



XXII
PREMIO FRANCISCO
GARCÍA PAVÓN
2019

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

VIAJE A LA LOCURA

OFF
VERSATIL

VIAJE A LA LOCURA

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

Título: *Viaje a la locura*

© José Manuel González, 2019

Este libro ha sido patrocinado por el Ayuntamiento de Tomelloso

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: septiembre 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Un jurado presidido por Nazareth Rodrigo Ponce y compuesto por Eva Olaya Martín, Carlos Augusto Casas, Sonia García Soubriet y Sergio Vera Valencia, con Victoria Bolós Montero como secretaria, concedió por unanimidad a Viaje a la locura, de José Manuel González, el XXII Premio Francisco García Pavón de Narrativa Policiaca convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso.

*A Carmen, que viaja conmigo de la mano y me regala esas pizcas de
cordura que me faltan.*

PRÓLOGO: *EXPRESS NOIR*

¿Qué tendrán los trenes que provocan tantas ganas de matar?

La ficción criminal ha regado los raíles de tantos cadáveres, que en Japón constituye un subgénero, que en España podríamos bautizar como «express noir».

Y es que cómo olvidar *Pacto de sangre*, la obra maestra de James M. Cain en que se basó la bendita *Perdición* de Billy Wilder, con Chandler derrochando ingenio al guion.

U otro clásico adaptado por el padre de Marlowe, esta vez con Alfred Hitchcock, el bautizo de fuego de Patricia Highsmith: *Extraños en un tren*.

Aunque si existiera el premio «Locomotora de sangre» al crimen más popular, sin duda se lo llevaría el que quizás sea el misterio más conocido y tramposo de Agatha Christie: *Asesinato en el Orient Express*. El libro es también la novela de cabecera de uno de los protagonistas de *Viaje a la locura*: título con el que José Manuel González aporta un nuevo vagón y vuelta de tuerca al subgénero.

Madrid, 1980. Daniel Luna es un revisor a punto de jubilarse que, tras enviudar, ha consagrado su vida al trabajo, a la reina del crimen y a tres hijos que ya han volado del nido.

Pero su último y tranquilo trayecto al frente de la línea Madrid-Zaragoza se ve de pronto truncado por un enajenado que acusa a sus compañeros de compartimento de haberlo envenenado.

Aunque Daniel no le da ningún crédito, pone el tema en conocimiento de su amigo Martín Villanueva, un curtido agente de policía que, tras caer en desgracia por intentar hacer justicia a una prostituta, mira la vida pasar como vigilante ferroviario.

Pero contra todo pronóstico, el mal augurio se cumple y el desequilibrado convulsiona y muere.

Justo entonces, el convoy sufre un trágico accidente que se salda con varios fallecidos y decenas de heridos, por lo que pese a la insistencia de Villanueva, las autoridades deciden archivar el caso de Jacinto Méndez Pascual, nombre del presunto envenenado.

Y en un intento de ocupar su tiempo emulando a su admirado Poirot, Luna convence a Villanueva para tomar el que quizá sea el último tren de su vida e investigar a Méndez y a sus sospechosos compañeros de compartimento.

Entre tanto, Águeda, la única hija de Guzmán, una de las primeras juezas del país, se incorpora a su puesto, y descubre que su predecesor había perdido la cabeza tras obsesionarse con el voluminoso sumario de un tal Jacinto Méndez Pascual.

Así arranca una vigorosa novela que pese al guiño inicial a la tía Agahta, pronto deja atrás el enigma de salón y rancio abolengo para acercarse más a exitosas obras policíacas historico-costumbristas contemporáneas como la imprescindible trilogía de *Los años oscuros* de Rosa Ribas.

Un libro de estilo elegante y cuidado, engañosamente sencillo, que aspira y consigue mucho más que sumergirnos en una laberíntica y apasionante trama de engaños y falsas identidades donde nada ni nadie es lo que parece ni lo que dice ser, para transportarnos a otra época.

Porque es tal la cantidad, calidad y variedad de personajes que se pasean por las páginas de esta novela, que constituye un verdadero fresco del Madrid de La Movida y la España que quería ser moderna.

Por estos y otros motivos que no puedo desvelar si no quiero aparecer de cuerpo presente en el próximo AVE, esta obra ha resultado unánimemente elegida merecedora del XXII Premio Francisco García Pavón, uno de los más veteranos y prestigiosos de las letras criminales ibéricas, en un año tan señalado como el del centenario del nacimiento del creador de Plinio.

Pero mejor me callo, el tren está a punto de partir.

Siéntese y disfrute del viaje.

Próxima estación: el manicomio.

Sergio Vera Valencia
Director de la colección Off Versátil.

1

Daniel Luna llegó a la estación de Chamartín con media hora de antelación. Se enfundó el uniforme y se permitió una breve visita a la cafetería, contraviniendo la rutina de treinta y cinco años de servicio.

—Un café americano —pidió.

Rosario, la camarera, se apresuró a servir la consumición. Conocía a Daniel desde hacía tiempo y sabía de sus costumbres inalterables. Intuía que había algo nuevo en la vida del revisor, de la misma forma que adivinaba los retrasos de los trenes por la longitud de las zancadas de los jefes de estación.

—¿Cómo usted por aquí? ¿A qué debemos tanto honor?

—Es bueno que vaya acostumbrándome a estar a este lado de la vía, Rosario. Pronto seré un pasajero más. Hoy es mi último viaje como revisor. Me jubilan. Los que mandan dicen que hay que reestructurar el personal y que los viejos sobramos.

Rosario sabía que últimamente había habido muchas jubilaciones anticipadas, pero el revisor no tenía aspecto de tener más de cincuenta y cinco años. No es que fuera un adonis, pero se conservaba bien. Siempre impecable con su uniforme reglamentario, como si se tratara de un almirante de la armada británica; con los zapatos brillantes de betún y la camisa sin una arruga. Se conocían desde hacía más de veinte años, de cuando ella servía en la cantina de empleados. No sabía por qué, pero siempre se había sentido atraída por él. Sobre todo cuando se enteró de que, tras enviudar, se hizo cargo él solo de tres niños pequeños. Sin embargo, nunca se le había insinuado abiertamente. Daniel seguía viudo; y Rosario, soltera.

—¿Sin azúcar, como siempre? —preguntó saliendo de su sorpresa.

—No, Rosario, hoy quiero dos terrones.

Daniel saboreó el café. Observó con disimulo a la pareja que tonteaba en la mesa más alejada de la barra. La joven reía entre dientes con timidez mientras que el hombre, unos veinte años mayor que ella, pugnaba por acariciarle los muslos por debajo de la falda. Al revisor, que siempre se había considerado a sí mismo un aventajado observador de la naturaleza humana, aquello le olió a aventura extraconyugal y prefirió mirar hacia otro lado.

Cuando solo faltaban cinco minutos para la salida del tren, Daniel ocupó su asiento en la cabina del maquinista.

—Próxima salida del tren expreso con destino a Zaragoza el Portillo, andén número cuatro —tronó la megafonía—. Última llamada a los pasajeros del tren expreso con destino a Zaragoza el Portillo...

Poco a poco, el tren comenzó a coger velocidad. La locomotora fue subiendo de revoluciones hasta llegar a su máxima potencia. El maquinista, con la mirada atenta a las señales luminosas que le daban vía libre, despidió Chamartín haciendo sonar el silbato de aire comprimido. Daniel continuó sentado unos minutos más, como si al hacerlo, pudiera retroceder en el tiempo y volver a tener treinta años.

No es que añorase esa época de miseria y privaciones, pero le hubiera gustado llegar a la jubilación junto a Elisa, su único amor, que lo había dejado demasiado pronto por culpa de la mala suerte y de la carencia de antibióticos en los hospitales públicos. Sus hijos crecieron, estudiaron, y se fueron alejando del nido. Estaban bien situados y cada vez visitaban menos a su padre. Arturo, el mayor, se licenció en Derecho y trabajaba como abogado especializado en Mercantil en un bufete con sede en la calle Serrano. Águeda, la mediana y la única chica, también había estudiado leyes y fue la última en dejar a su padre. Desde la temprana muerte de su madre, había asumido el papel de mujer de la casa aun siendo una niña. Se preocupaba de que sus hermanos comieran bien, de que Daniel llevara las camisas bien planchadas, de la compra, de la limpieza... Quizás por eso siempre pareció mayor de lo que era. Para Daniel era muy cómodo tenerla cerca. Había sido un tanto egoísta al permitir que Águeda asumiera responsabilidades que no le correspondían. De manera que él había podido

volcarse en el trabajo y en la lectura de las novelas de su adorada Agatha Christie.

«De no ser por tu madre, te llamarías Ágata», le había dicho a la niña desde muy pequeña». Elisa, por supuesto, se había negado. De algún modo se sentía celosa. Siempre le decía a Daniel: «Pasas más tiempo con ella que conmigo». Y su marido le seguía la corriente y bromeaba diciéndole que sí, que estaba enamorado de la Christie. Entonces, Elisa fingía enfurruñarse y le escondía la novela que los separaba en aquellos momentos. ¡Cuánto echaba de menos a su mujer!

En esos instantes de nostalgia, Águeda se abrazaba a su padre hasta que él la besaba suavemente por encima de la diadema que solía llevar en la cabeza. Después, Daniel se retiraba a su habitación con una excusa cualquiera, pues no le gustaba que su hija lo viese llorar. Pasaba casi todo el tiempo libre en casa. Nunca salía con los amigos, a pesar de que estos insistían. Para Daniel, encerrarse en su cuarto con la Christie y sus crímenes era su forma de guardar el luto a Elisa.

Y por último estaba Baltasar.

El pequeño no llegó a conocer a su madre, pues ella murió en el parto. Padre e hijo nunca se habían llevado demasiado bien. Quizá fue por crecer sin el cariño materno o por madurar demasiado temprano, pero Baltasar carecía del apego que sentían sus dos hermanos por su padre. Quería a Daniel, sí, pero veía en él algo parecido al reproche, como si su padre no pudiera evitar responsabilizarlo de la muerte de su madre. Fue el primero que se fue de casa. Dejó los libros en bachillerato y empezó a trabajar en bares, primero como camarero, luego como encargado hasta que decidió probar suerte y ser su propio jefe. Abrió un local nocturno y le fueron bien las cosas. A ese primer establecimiento se le fueron sumando otros, siempre relacionados con el mundo del ocio nocturno, con lo que se fue afianzando en el negocio de la noche madrileña. Los años y la distancia habían apaciguado su carácter explosivo y empezaba a llevarse mejor con Daniel, aunque no se veían demasiado y, tal vez fuera gracias a ello.

Daniel dejó pasar unos kilómetros más hasta comenzar a cumplir con sus obligaciones. Saludó a Manuel, el camarero del coche-bar, con una leve inclinación de la cabeza y se dirigió con paso firme al primero de los

vagones de segunda clase. Entró en el primer compartimento. Solo lo ocupaban dos pasajeros y ambos se dirigían a Guadalajara. Les pidió los billetes, los miró con atención y continuó su ronda. Memorizó sus caras, como hacía siempre con los viajeros que sacaban billete con destino a las primeras estaciones. No era raro que algunos quisieran escatimar unos duros pagando el viaje hasta la siguiente parada y, con la excusa de haberse despistado, se bajaban dos pueblos más allá. Pero Daniel era perro viejo y siempre los cazaba.

La puerta del baño estaba cerrada, así que llamó con suavidad pidiendo el tique. Una mano de mujer le alargó el trocito de papel sin abrir del todo la puerta. Daniel lo validó y esperó cinco minutos hasta que asomó otro pasajero, naturalmente sin ningún tique. Daniel cobró la multa sin alterarse y le extendió el justificante. Apenas medió palabra. Le bastó con una mirada escrutadora directa a los ojos. El tramposo nunca aguantaba la vergüenza de verse pillado.

En el siguiente coche, Daniel reconoció a los tortolitos del bar de la estación. Ocupaban asientos contiguos, pero trataban de disimular su relación. Ella miraba por la ventanilla. Tenía unos ojos tristes y, paradójicamente, una sonrisa encantadora. Parecía como si su mirada quisiera negar lo que decían sus mejillas, sonrosadas y lozanas, en contraste con su tez clara. Cada uno llevaba su billete y los dos se dirigían a Zaragoza. Junto a ellos, un joven estudiante procuraba que la pila de folios que sostenía sobre las piernas no se le cayese. El joven, buscó torpemente el billete en los bolsillos hasta que recordó que lo había utilizado como marcapáginas en otra montaña de apuntes que descansaba sobre el asiento contiguo. Al tratar de cogerlo, los folios que sostenía en el regazo se desparramaron por el suelo del vagón y se maldijo a sí mismo por no haberlos numerado. Daniel no pudo evitar curiosear sobre la materia de estudio del pasajero: «Los efectos de la digitalina sobre el cuerpo humano».

—¿Estudias Medicina?

—Farmacia. Estoy en quinto curso —contestó él, con orgullo.

Frente al aprendiz de boticario sesteaba un infante de Marina. Había estado toda la noche de guardia y viajaba de permiso de fin de semana. El petate, en el que las manchas pardas habían vencido al blanco primitivo,

descansaba sobre el estante emparrillado y describía un viaje de ida y vuelta con cada curva de la vía. Daniel carraspeó para llamar su atención y el soldado se reincorporó para mostrarle su billete.

Antes de solicitárselo, el quinto pasajero ya exhibía el tique con impaciencia y altanería, como si quisiera demostrar que era alguien importante y merecía un trato privilegiado.

—Soy el alcalde de Ateca —anunció con una mueca de fastidio al verse relegado.

«Por mí como si es el obispo de Jaca», pensó Daniel. A pesar de que la joven democracia se estaba asentando en la sociedad española, todavía quedaba un regusto rancio en los se sabían con una parcela de poder, por muy pequeña que fuese. A Daniel le corroía las tripas.

—Coche número siete, compartimiento tres. Es correcto, pero está usted sentado en una plaza que no le corresponde —dijo Daniel, solo por reafirmar su autoridad.

El alcalde de Ateca agachó la cabeza y desplazó su anatomía hacia donde le había indicado el revisor. Lo hizo mascullando algo entre dientes que bien podía ser un insulto. Daniel prefirió ignorarlo. Observó que la velocidad del tren disminuía de forma constante. No se oían los frenos, pero era evidente que algo sucedía.

Atravesó los vagones hasta llegar a la locomotora. Allí, el maquinista, frenaba con suavidad el convoy.

—Me han avisado por radio. Hay desprendimientos a treinta kilómetros de Medinaceli.

—Siempre igual. El día que lleguemos puntuales, creeré que estamos en Suiza.

—No seas cafre, Daniel, que en todas las casas cuecen habas.

—Y en la mía, a toneladas —dijo Daniel completando el dicho mientras constataba cómo una enorme piedra obstaculizaba la vía—. Vamos a tener que hacer noche en Zaragoza.

Esperaron pacientemente durante dos horas. Finalmente, una excavadora pudo despejar la vía y el maquinista reinició el viaje poco a poco, hasta que le informaron por radio de que el peligro de desprendimiento había cesado.

Cuando Daniel continuó su ronda por los vagones, los pasajeros estaban inquietos y protestaban por el retraso, pero el revisor sabía que lo mejor era poner buena cara, aguantar el chaparrón y continuar con su trabajo.

El estridente pitido de la locomotora anunció al pasaje que todo volvía a la normalidad. El maquinista apuraba la potencia, el traqueteo hacía oscilar los equipajes, y los postes de luz que flanqueaban la vía pasaban a mayor velocidad ante los ojos de los viajeros.

Con varias horas de retraso, el expreso Madrid-Zaragoza llegó a la estación de Medinaceli. En ella esperaba un único pasajero, sin equipaje, cubierto con un enorme gabán que parecía salido de otro tiempo. En su mano derecha sostenía una lata de refresco.

Subió al vagón con cierta dificultad y esperó a que reiniciase su marcha para deambular como un grotesco tentetieso por los pasillos en busca de un asiento. A pesar de que el resto de los coches estaban prácticamente vacíos, atravesó el convoy hasta llegar al compartimiento tres del coche número siete.

2

Cuando el nuevo viajero ocupó el asiento libre junto al soldado, se hizo el silencio. No se quitó el gabán, pero se retiró el faldón para que la gruesa tela no se arrugase todavía más. Ni siquiera había saludado al entrar.

El soldado se fijó en la mano derecha del personaje. Se aferraba a la lata de refresco con tanta fuerza que estaba empezando a abollar la superficie. Con la mano libre, se desabotonó el abrigo y se acomodó en su plaza. Luego, apoyó sus pies en el asiento de enfrente sin importarle que pudiese molestar al estudiante, que lo miraba con reparo. Los zapatos no pegaban con el resto de su atuendo: muy relucientes, con suela de cuero y cordones, pero desatados y sin calcetines.

El estudiante no protestó por la falta de respeto del hombre del gabán y se limitó a arrimarse un poco más a la ventanilla.

Tanto mutismo estaba empezando a resultar molesto. Ninguno sabía dónde posar la vista. Solo el nuevo mantenía la suya fija en el portaequipajes.

El alcalde se levantó e introdujo la mano en uno de los bolsos que descansaban sobre su cabeza. Un brusco movimiento del tren hizo que perdiera el equilibrio y que acabara sentado sobre las piernas de la mujer. El viejo, azorado por su torpeza, permaneció más de lo necesario sobre la joven, o eso le pareció a ella.

—¡Por Dios, levántese! Me está aplastando —protestó molesta.

—Perdone, señorita. No he querido ofenderla —mantuvo el de Ateca, izándose como un resorte para liberarse del bochorno.

Fue tanto el impulso que le dio a sus piernas que golpeó el portaequipajes con la cabeza. La embestida derribó parte de los bultos. Como el bolso que manipulaba antes de la caída estaba semiabierto, se

derramó parte de su contenido: un chorizo, medio queso, un pan de hogaza y una bota de vino.

Todos, excepto el recién llegado, se pusieron manos a la obra para recoger el desaguado. El pobre alcalde estaba cada vez más sofocado, pero finalmente, tomó la palabra:

—Llevamos varias horas juntos y todavía no nos hemos presentado: soy don Damián Azara Padilla, alcalde de Ateca. —Mientras hablaba sacó una enorme navaja del bolsillo del chaleco, de esas con cachas de hueso, y, con el chorizo apoyado sobre la hogaza de pan, fue cortando lonchas generosas. Pinchadas en la punta de acero, las ofreció a sus compañeros de viaje. Conforme las iban tomando, fueron desgranando sus nombres:

—Agradecido, don Damián. Soy Alejandro Longás. Como he dicho antes al revisor, estudio Farmacia en Madrid.

—¡Cojonudo el chorizo, señor alcalde! —aprobó el soldado, llevándose el embutido a la boca—. Cabo primero especialista, Gregorio Molins.

El soldado no se conformó con una porción y pidió otra. Como el infante de Marina seguía hambriento, cortó una tajada de queso a la que añadió un buen trozo de pan. El cabo festejó la generosidad del de Ateca con un saludo marcial.

Le tocó el turno a la única mujer. En un primer momento, declinó el ofrecimiento con un suave ademán, pero Damián insistió:

—¿Aún me guarda rencor? Lo de antes ha sido un accidente.

—Quédese tranquilo, está olvidado. Si grité fue por el susto. Tomaré un poco de queso, si insiste.

—Insisto, y ¿cómo es su gracia?

—Encarna Muniesa, para servirle.

A continuación, le tocó el turno al galán maduro. Estaba claramente molesto por el episodio anterior y eso se reflejaba en su rostro. Hubiera querido partirle la cara al viejo por atreverse a tocar a Encarna, pero no quería ponerse en evidencia ante unos desconocidos.

—Alberto Tornos —se presentó alargando, con un gesto mecanizado, una hermosa tarjeta de visita—. Representante en España de Mercedes Benz.

Solo faltaba por hablar el del gabán gris. Don Damián le ofreció una porción de embutido. Sin soltar la lata de refresco, el extraño no la rechazó. La engulló con cara de asco y empezó a masticar con la boca abierta. Al poco, de sus labios descoloridos, empezó a brotar un hilo de saliva que pronto descolgó por la barbilla, añadiendo una mancha roja a la gabardina.

—¿No nos va a decir su nombre?

—No hace falta, mañana sabrán de mí.

La enigmática y descortés respuesta no amilanó a don Damián que siguió repartiendo comida entre los pasajeros. La conversación se animó y el alcalde hizo circular la bota de vino. Encarna rió divertida cuando el estudiante se manchó la camisa. Ella se excusó cuando le tocó su turno diciendo:

—Yo solo sé beber a morro.

—Hágalo como quiera. Con una boca como la suya, el vino no se contamina.

Alberto Tornos se molestó por el torpe galanteo del viejo y frunció los labios. Don Damián captó su malestar, así que Tornos suavizó el rictus y bebió también, reconociendo el regusto a la pez que impermeabiliza el cuero y el sabor áspero de los taninos de la garnacha.

—Buen vino, don Damián —dijo tras apurar un generoso trago.

—Lo hago yo mismo. Tengo viñedos y me gusta pensar que este caldo es mi mejor obra. Si alguna vez pasa por Ateca no dude en visitarme y le regalaré un barral de mi mejor añada.

—¿Un barral?

—Una garrafa, como dicen ustedes los de Madrid. Yo no viajo nunca sin mi vino. No es que no me guste lo que sirven en la capital, pero ya soy viejo y tengo mis manías —dijo don Damián.

El del gabán seguía aferrado a su refresco. La bota pasaba ante sus narices y él no se dignaba siquiera a acercársela al próximo.

—¿No le va el vino, caballero? —le preguntó don Damián.

—Solo bebo de lo mío. —Y abrió, por fin, la lata.

Las sacudidas del tren habían agitado el contenido, y un surtidor de espumoso líquido color chocolate se proyectó hacia el estudiante y

manchó sus preciados apuntes.

Alejandro esbozó una mueca de enfado, pero el causante del desaguisado lo fulminó con la mirada. Ni siquiera se disculpó; se limitó a sorber ruidosamente la bebida con avaricia, de manera que parte del pegajoso líquido le resbalaba por la barbilla. Cuando dejó de chorrear, se limpió la cara con el dorso de la mano. Luego, colocó la lata sobre el estante portaequipajes y salió del compartimiento agitando tras de sí los faldones de su gabán.

—Vaya tipo más extraño —dijo el soldado.

—Y maleducado. Miren cómo ha puesto todo y ni siquiera se ha disculpado.

—No pensemos mal, señorita. Seguramente ha ido al retrete a por papel para secar el suelo.

—No lo creo, don Damián. No parece de los que se preocupan por la limpieza de los sitios públicos —opinó Encarna.

La lata oscilaba peligrosamente sobre la cabeza de Alejandro. Con las sacudidas del tren, el exiguo equilibrio del recipiente hacía presagiar un nuevo derramamiento. El estudiante sacó una pequeña bolsa de plástico de su equipaje. Con cierto asco, introdujo la lata en la bolsa, e hizo un nudo.

—Si cae, no me volverá a salpicar —dijo.

Poco después, el misterioso pasajero volvió a irrumpir en el compartimento, pisó el charco pegajoso del suelo y su mano se dirigió directa a la lata. Abrió la bolsa que la protegía, volvió a beber haciendo ostentación de sus malos modos y salió sin decir ni pío, dejando el suelo lleno de pisadas y la lata en el mismo sitio.

—El tío está como una chota —dijo Molins.

Los pasajeros no sabían qué hacer con la dichosa lata, se la fueron pasando unos a otros tratando de encontrar un sitio más estable, y la acabaron dejando en el asiento de su dueño.

Pasaron unos minutos y el tipo seguía fuera. Los viajeros del compartimento número tres se relajaron por un momento.

—Parece que nos hemos librado del loco —comentó Alberto Tormos—. Espero que se haya olvidado de nosotros.

El estudiante dormitaba, el rústico alcalde seguía engullendo y el soldado escuchaba música de su *walkman*. Encarna, que empezaba a echar de menos el contacto físico con Alberto le pidió fuego y salieron juntos del vagón para fumarse un cigarrillo.

Los dos juntos, huyendo de las miradas de sus vecinos, se dirigieron hacia el coche-bar. Él la sujetaba por la cintura y ella se estremecía con la caricia. Se besaron con pasión en la plataforma entre dos vagones y, tras recomponerse la ropa, desaparecieron rumbo a la cafetería.

Por el camino se cruzaron con Daniel que seguía validando billetes. El revisor los saludó tocándose levemente la visera de la gorra y continuó su camino. En ese momento salía del retrete el señor del gabán. Daniel sabía que había subido en la última estación y le pidió el tique. Había pagado viaje hasta Calatayud y así lo anotó en su memoria. El rostro taciturno del viajero no se inmutó ante el revisor, que se limitó a seguir su camino.

3

El extraño viajero volvió a entrar en el compartimento número tres. Tenía los ojos enrojecidos, muy abiertos, y no paraba de hacer ruidos con la boca. Parecía como si un caramelo se le hubiera pegado al velo del paladar.

—Tengo la boca seca —dijo en voz alta. Se extrañó al ver la lata en su asiento, pero aun así le dio un trago largo.

—No me habréis puesto algo dentro, ¿verdad?

—¿Por quién nos toma, caballero? Somos gente de orden —se indignó el alcalde de Ateca.

El hombre del gabán empezó a actuar como un perturbado. Sus ojos, cada vez más vidriosos y amenazantes se iban posando, uno a uno, en los ocupantes del compartimento, como si quisiera fijar sus caras en la memoria.

Nadie decía una palabra. El soldado sostenía el *walkman* y, simulando buscar una canción, accionaba el botón de avance rápido y el de rebobinado alternativamente. Don Damián recogió su almuerzo en la bolsa y le dio un trago a la bota antes de guardarla también. Alejandro se refugió en los papeles. Todos estaban nerviosos, se sentían intimidados, pero a él era al que más se le notaba.

—Los tienes al revés —dijo el extraño pasajero.

El pobre estudiante recompuso los apuntes y, con la cara roja, esbozó una estúpida explicación. El del gabán volvió a dejar la lata en el portaquipajes y salió arrastrando la pierna derecha, pero enseguida volvió a entrar y regresó a su asiento. Se dejó caer ruidosamente sobre el asiento de escay y desmadejó su figura, como si los músculos se le hubieran quedado laxos, incapaces de sostenerle los huesos.

—Me estáis envenenando. Lo sé. No penséis que no me doy cuenta.

—No diga tonterías. Aquí nadie le quiere mal —intentó apaciguar don Damián.

—¿Ah, no? ¿Y qué opina de esto? —El desconocido se introdujo el índice y el pulgar en la boca y se extrajo un hilo de baba blanquecino que mostró a los presentes.

La saliva había adquirido una consistencia gelatinosa y se le pegaba a los dedos como si fuera chicle. Don Damián no podía dejar de mirar y Alejandro buscaba la manera más honrosa de abandonar el compartimento. El cabo primero, por su parte, hacía como si no le importara nada lo que sucedía y escuchaba música con los ojos entornados, ajeno a los desvaríos de aquel hombre.

—¿Qué me habéis puesto en el refresco?

—Nada, solo lo hemos cogido para cambiarlo de sitio y que no se cayera. Mire cómo se me han manchado los folios...

El perturbado ni siquiera miró a Alejandro. Sus ojos, ahora, se posaron en el simulado duermevela del soldado.

—¿Y tú no tienes nada que decir?

—A mí déjeme en paz, viejo. Yo solo quiero dormir y ya me estoy empezando a hartar de que nos toque los huevos con sus chifladuras.

—No perdamos los nervios —propuso conciliador don Damián, viendo que la situación se estaba poniendo tensa—. Seguramente será algo que ha comido y le ha sentado mal.

—¿Su asqueroso chorizo?

—Todos lo hemos probado y estamos perfectamente —intervino el estudiante.

—Esto hay que aclararlo ahora mismo. Voy a por el revisor. Que nadie se mueva del asiento. —El extraño introdujo la lata en la bolsa de plástico que había utilizado Alejandro y salió golpeando con el hombro derecho el marco de la puerta corredera.

Haciendo caso omiso, el cabo salió en la dirección opuesta al trastornado, de manera que Alejandro y don Damián se quedaron solos en el compartimento. Este último no sabía dónde poner las manos: se mesaba la barba, se quitaba y ponía la boina... De cuando en cuando miraba el

reloj de bolsillo y, con disimulo, comprobaba que la navaja seguía en el chaleco.

El estudiante de Farmacia, por su parte, había dejado de leer sus apuntes.

—Puede que tenga un trastorno bipolar.

—¿Cómo dices, hijo?

—Un brote psicótico. Una alucinación. Seguramente cree de verdad que lo estamos matando. Lo mejor sería largarnos de aquí ahora mismo.

—Si vuelve con el revisor y no estamos creerán que es cierto que lo hemos envenenado. Tú de aquí no te mueves.

Don Damián se apostó delante de la puerta corredera. Por nada del mundo se iba a quedar solo.

—No tenemos nada que temer. Seguro que el revisor llama al policía —le dijo al joven.

—¿A qué policía?

—En todos los trenes viaja un agente de paisano. Acostumbra a ser el mismo todos los viernes, ¡hasta me saluda cuando nos cruzamos por el pasillo! Yo viajo mucho a Madrid. Como mínimo una vez por semana. Es lo malo de ser tan viejo y tener familia en la capital. Si quiero verlos, tengo que coger el tren. Ellos nunca vienen a Ateca, ni siquiera por las fiestas.

—¿Y qué cree usted que nos harán?

—¿Qué nos van a hacer? No tenemos nada que temer. Le seguirán la corriente al pobre hombre. Nos pedirán el DNI y harán como que toman en serio la denuncia. Después, cada uno bajaremos en nuestra estación y santas pascuas.

—No lo veo yo tan fácil, señor alcalde.

En ese momento, la pareja regresó, y esta vez parecía que no les importaba que los vieses juntos. Encarna, ante los rostros preocupados de Alejandro y don Damián preguntó:

—¿Sucedo algo?

—El de la lata, que se ha vuelto más loco si cabe —replicó Alejandro—. Dice que lo hemos envenenado y ha ido a denunciarnos al revisor.

—¿Cómo que a denunciarnos? —se sobresaltó Tornos.

—Eso ha dicho, y parecía convencido de nuestra culpabilidad. Pero tranquilo, el revisor y el agente de policía lo aclararán todo.

Fue oír la palabra «policía» y a Encarna le cambió el color de la cara.

—¿Está usted bien, señorita? ¿No la habremos asustado?

—Descuide don Damián... ¡los que me aterran son los chiflados!

En realidad, lo que temía Encarna era verse descubierta. Tanto ella como Alberto habían mentido sobre el verdadero propósito de su viaje a Madrid. Aunque, bien mirado, peor lo tenía él, con una esposa y dos hijas a quienes dar explicaciones además de su suegro, a quien debía su privilegiado puesto en la firma automovilística alemana y de quien dependía económicamente. ¡Hasta el piso de la calle Preciados era del padre de su mujer! «A la próxima te vas de patitas a la calle», le había dicho en un anterior desliz. «Si te vuelvo a pillar poniéndole los cuernos a mi hija no volverás a pisar Madrid y me ocuparé de hacerte la vida imposible». Desde luego, don Marcial, que así se llamaba el suegro, no era de los que amenazaban en falso, y Alberto Tornos lo sabía muy bien.

—Aquí están los culpables —gruñó a media lengua el demente, irrumpiendo en el compartimiento seguido por Daniel.

—Tranquilícese, ya verá como no es nada.

—¿Usted tampoco me cree? ¿No estará también en el ajo?

—Este señor asegura que ustedes le han puesto algo en el refresco y que lo han envenenado —dijo Daniel, ignorando la acusación.

—Ya le hemos dicho a él que está equivocado. Seguramente habrá tomado algo antes que le ha sentado mal —intervino don Damián—. Lo mejor sería que lo viera un médico.

Alberto dirigió su mirada al revisor y, aprovechando que el del gabán tenía los ojos fijos en el suelo, se señaló la sien haciendo el típico gesto de la locura. Daniel asintió sin palabras y todos entendieron que quería que le siguieran la corriente.

—Un agente de paisano les tomará declaración, no salgan del compartimento.

Las noticias del revisor parecieron tranquilizar al extraño pasajero. Sin decir palabra, volvió a abandonarlos rumbo al retrete.

Encarna se dirigió a Daniel. Estaba muy nerviosa.

—¿No creerá lo que dice ese hombre?

—Tranquilícese, señorita, solo cumplo con mi deber. Ya habrá tiempo para aclarar este asunto. Por favor, no le lleven la contraria si vuelve a acusarles. Limítense a conservar la calma.

En el compartimento se hizo un silencio molesto, roto solo con las toses nerviosas de don Damián, que no sabía qué hacer para mantener los pies quietos.

El tren circulaba a buen ritmo. Si seguían a esa velocidad quizá podrían recuperar el retraso. «Con suerte, no habrá que hacer noche en Zaragoza», pensó el revisor.

4

Martín Villanueva era un policía al que, por su hoja de servicios y sus años en el cuerpo, no le correspondía una función tan insignificante como la que desempeñaba. Nunca había dicho nada al respecto, pero Daniel sospechaba que algo gordo tuvo que suceder para que lo destinasen a la vigilancia ferroviaria. A pesar de todo, Martín disfrutaba con su trabajo. Siempre le había gustado viajar y la línea Madrid-Zaragoza le resultaba muy cómoda porque se aseguraba dormir todos los días en casa y no tenía que aguantar la mala leche de su comisario. La mayoría de sus funciones en el tren consistían en ayudar al revisor cuando algún pasajero se negaba a pagar, solucionar alguna pelea entre los soldados que regresaban a sus pueblos de permiso de fin de semana o apaciguar a algún que otro borracho alborotador. Pero la mayoría de los viajes eran muy tranquilos.

Vestido de paisano, Martín perdía el aplomo que le confería su uniforme gris. Su naturaleza fibrosa, su estatura media y la estrechez de hombros daban a su aspecto un toque desvalido. Si a eso le sumamos que solía usar trajes muy gastados cuando prestaba servicio en los viajes de media distancia, no era extraño que lo confundieran con un comercial, de esos que trabajan a comisión.

Pero cuando entraba en acción todo cambiaba. Actuaba con una agilidad impropia de su edad, echando mano de las habilidades adquiridas en tantos años en la calle, buscaba siempre el punto débil de su oponente. «Todos tenemos un talón de Aquiles. Lo difícil es encontrarlo, pero lo tenemos», le decía a Daniel en las tardes de aburrida paz. «El tipo grande suele fiarse de su envergadura y desprotege la guardia, el bravucón confía en asustar a su víctima con sus insultos y su lengua afilada; y en ese caso,

no hay nada mejor que una patada directa en los huevos: seguro que cambia las palabras por resoplidos».

El último día de trabajo como revisor de Daniel, Martín vestía uno de sus trajes gastados, una corbata estampada y sus zapatos negros de cordones. Apenas se había afilado un poco el bigote. El revisor lo encontró junto a una pareja de ancianos que discutían sobre cuántas paradas quedaban para llegar a Calatayud.

—Martín, te necesito. Hay follón en el coche número siete.

—Siempre a tus órdenes.

—Uno de los pasajeros del compartimento tres ha presentado una denuncia verbal. Afirma que sus compañeros de viaje lo están envenenando.

—¿Como que envenenando?

—Eso dice. Parece que está un poco majareta, pero ya sabes que no podemos negarnos a intervenir.

—¿Y qué hay de los presuntos envenenadores?

—En apariencia, son gente de lo más normal. Pero será mejor que nos demos prisa. El tipo está cada vez más nervioso y me da muy mala espina. No hace nada más que enseñar a todo el mundo un hilo de baba asqueroso y no para de repetir que lo están matando. Dice que le han puesto algo en la lata.

—Eso le pasa por beber cosas raras. Mejor le iría si le diera al vino como un buen cristiano.

—No te lo tomes a broma, Martín. La cosa se nos podría ir de las manos. En cualquier momento se puede poner violento y formar un escándalo.

—Pues no digas más, vamos, vamos.

Exhibiendo la chapa policial en la mano, Martín hizo su entrada triunfal en el compartimento número tres. Daniel lo seguía a unos dos pasos de distancia y también se incorporó al grupo. Las caras de los ocupantes del habitáculo expresaban nerviosismo. Todos permanecían en silencio, preocupados tanto por la reacción del hombre del gabán, como por las implicaciones que una acusación tan grave podía acarrearles.

El ambiente estaba muy cargado. La calefacción del tren funcionaba a pleno rendimiento y el olor a sudor se mezclaba con el del chorizo y el tufo del queso de oveja. El extraño pasajero había desplazado de su asiento al cabo y estaba sentado junto a la ventanilla, con la frente apoyada en el cristal.

Martín se acercó a él y comprobó de un vistazo su lamentable aspecto:

—¿Se encuentra bien?

—Me estoy muriendo...

—Ya será menos, hombre. ¿Cómo se llama?

No le dio tiempo a responder. De su boca estalló un vómito que proyectó sobre el estudiante.

—¡Otra vez no!

El agrio aroma hizo que Encarna se tapara la boca y la nariz con las manos. El resto de los viajeros miraba para otro lado reprimiendo el asco y temiendo que el vómito se contagiara.

Martín les urgió para que desalojaran el compartimiento, mientras el pobre desgraciado convulsionaba en el suelo, revolcándose sobre su propia náusea, agitando piernas y brazos. De su boca surgía una espuma sanguinolenta. Con toda probabilidad, se había mordido la lengua.

Daniel permanecía inmóvil y Martín intentaba contener al enfermo para evitar que se hiciera daño a sí mismo. Pero él solo no podía.

—Ayúdame por Dios, que se nos va a descalabrar.

Entre los dos consiguieron apaciguarlo. El hombre jadeaba débilmente y su pulso apenas se dejaba sentir, pero la agitación había cesado.

—¿Está usted bien? —preguntó el revisor sacudiéndole suavemente por los hombros.

No respondió. Los latidos se iban espaciando más y más. Martín, asustado pero resuelto, comenzó a practicarle un masaje cardíaco presionando el esternón con el puño cerrado, parando de vez en cuando para comprobar la respiración. El veterano policía sudaba por el esfuerzo.

—¿Está usted bien? —repetía Daniel mientras su amigo intentaba encontrarle el pulso.

—Todo lo bien que puede estar un muerto —constató Martín sellándole los párpados.

5

Antes de precintar el cubículo, Martín volvió a comprobar que el pobre hombre estaba efectivamente muerto. Con las puntas de los dedos, y protegido con unos guantes de látex para no contaminar las posibles pruebas con sus huellas, extrajo la billetera del bolsillo interior de la chaqueta del loco del gabán. La cartera parecía de piel, de buena calidad. En su interior se apretaban un buen fajo de billetes de cinco mil pesetas, su documentación, un recorte de periódico de las páginas de anuncios por palabras, varias tarjetas de visita y una fotografía de medio cuerpo en la que aparecía con un aspecto más aseado.

Todas las tarjetas eran de la misma persona, pero con distintas profesiones: agente de seguros, corredor de bolsa, catedrático de lenguas muertas, cerrajero... Algunas estaban completamente nuevas; en otras, el color amarfilado del papel y el desgaste de los cantos revelaban el paso del tiempo. Letras doradas competían con biselados floridos, mientras que las más nuevas exhibían escuetas tipografías a dos tintas. Un experto en linotipia podría haber compuesto la evolución de las ocupaciones del tipo solo por el gramaje del papel utilizado.

El DNI estaba caducado. La foto de medio cuerpo, mostraba una persona muy distinta a la que yacía en el suelo. El pelo cortado a navaja y peinado con raya, el rostro perfectamente afeitado, camisa blanca y corbata elegante. A pesar de la mala calidad del retrato, la imagen representaba a un hombre al que cualquiera dejaría entrar a su casa. No podía decirse lo mismo de su actual estado.

Martín anotó el nombre y los demás datos que encontró en la documentación:

Jacinto Méndez Pascual. Hijo de Jacinto y Suceso.
Nacido en Zafra (Cáceres) el tres de octubre de 1934.
Estado civil: soltero.
Profesión: empleado de hogar.
Domicilio: Plaza Mayor, nº 22.
Localidad: Madrid.

Junto al DNI había un permiso para conducir vehículos del tipo D1. La foto estaba algo desgastada y apenas se podían apreciar los rasgos faciales. Al desplegarlo, se cayó al suelo una dirección anotada en una servilleta de papel. Debía de llevar mucho tiempo allí, a juzgar por lo marcados que estaban los pliegues y el desgaste de la tinta. No obstante, el policía tomó nota de lo poco que se podía leer: «Calle la higuera, 4» (pero bien podía ser un 7 o un 1). Lo que sí se veía con claridad era el nombre del bar de donde había salido la servilleta: «Bar restaurante La almeja».

Martín recogió el resto del contenido de los bolsillos y guardó todo en una bolsa de papel de estraza. Una vez se hubo asegurado de que no había cometido ningún error al preservar las pruebas, procedió a precintar el compartimento tres del coche número siete.

Cerró la puerta corredera y, para asegurar la manilla, utilizó cinta adhesiva verde que le prestó Daniel.

—Siempre la llevo en el bolsillo, por si hay que sujetar alguna pieza suelta —dijo el revisor al ofrecérsela.

—Hazme un favor Daniel. Reúne a todos los compañeros del muerto en el compartimento dos.

—Está completo.

—Me da igual. Desalójalo, y de paso, asegúrate que queda vacío todo el vagón. No quiero curiosos entorpeciendo la investigación.

—A tus órdenes. Voy a reubicar a todos los que pueda en primera clase. Los que no quepan allí, que esperen en el bar.

—Cuando termines, me gustaría que estuvieras presente en el interrogatorio preliminar. Me servirás de testigo por si el juez de instrucción se pone puntilloso.

Mientras cumplía con su tarea, Daniel cavilaba sobre la petición de Martín. No es que le alegrara tener un cadáver entre sus pasajeros, pero

desde luego aquello parecía un misterio digno de la mismísima Ágata Christie y él iba a conocer los hechos de primera mano. En su cabeza empezaron a bullir ideas disparatadas, residuo de sus lecturas y fruto de su despierta imaginación.

Martín esperaba a su amigo en la puerta del compartimento. En su interior, cinco nerviosos pasajeros se miraban unos a otros, sin atreverse a romper el silencio. Sus respectivos equipajes se habían quedado haciendo compañía al muerto, y solo Alejandro, el estudiante, se había acordado de llevarse la chaqueta y un libro. Encarna sacó un pañuelo de su bolso y se arregló el maquillaje que las lágrimas habían descompuesto ayudándose de un pequeño espejo de mano. Deliberadamente, se había separado de Alberto, que cada vez estaba más nervioso.

Don Damián echaba de menos su bota de vino y se entretenía limpiándose las uñas con la punta de la navaja, para regocijo del soldado que lo observaba sin poder reprimir una sonrisa, a pesar del dramatismo de la situación que estaban viviendo todos. Parecía como si el cabo primero especialista fuese ajeno a la tragedia que acaban de presenciar.

La irrupción de Daniel y Martín en el compartimento supuso una pequeña revolución en los pasajeros. No hacía falta nada más que observar sus caras para saber que las cosas pintaban mal. Martín les pidió los carnés de identidad y los guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—¿Nos va a dejar indocumentados? —quiso saber don Damián.

—Es pura formalidad. Cuando lleguemos a Zaragoza, les tomaremos declaración en la comisaría de la estación...

—Pero... yo me apeo en Ateca.

—Me temo que eso no va a ser posible. Si es necesario, le buscaremos transporte cuando terminemos el atestado.

—Y entonces, ¿qué hacemos ahora aquí todos juntos?

—Quiero que me cuenten todo lo que recuerden de lo sucedido. Ahora que los acontecimientos están frescos es más fácil que no se nos escape ningún detalle.

—Ni siquiera sabemos cómo se llama ese pobre hombre —intervino Encarna.

—Ustedes limítense a relatar lo que han presenciado desde que subió al tren.

—Fue en Medinaceli —dijo Daniel.

—Tengo entendido que abrió la lata de refresco en presencia de ustedes.

—La abrió y la dejó en el portaequipajes sobre mi cabeza —respondió Alejandro, el estudiante de Farmacia.

—¿Y no observaron nada raro en ella?

—¿Algo cómo qué...?

—No sé, algún abombamiento. Si la pintura estaba o no intacta; cualquier cosa que pudiera hacer pensar que pudo manipularse antes de que el sujeto subiera al tren.

—Yo lo único que puedo decir es que era muy pringosa. Mis apuntes están para tirar.

—De momento, no lo haga. Si no aparece el recipiente, quizá sea lo único que tengamos para comprobar si estaba o no envenenada.

—No me diga que ha desaparecido...

—Esa información es confidencial, señor alcalde.

—La verdad es que el pobre loco salió en busca del revisor con la dichosa lata en la mano. Dentro de una bolsa de plástico, creo recordar —apuntó Gregorio, el infante de Marina.

—Cuando vino a mí con el cuento de que lo estaban envenenando no llevaba nada consigo.

—De eso ya hablaremos más adelante tú y yo, Daniel. Prosigamos, ¿conocían ustedes de algo al sujeto?

Todos negaron la más mínima relación con la víctima. Hablaban atropellándose unos a otros, componiendo un galimatías incompresible que Martín se apresuró a atajar:

—De uno en uno. Esperen a que yo les pregunte. Primero usted, don Damián.

—No lo había visto en mi vida. Viajo casi todas las semanas en este mismo tren y nunca había coincidido con él.

—¿Y usted señorita?

—Este es mi primer viaje a Zaragoza.

—No es eso lo que le estoy preguntando.

—Perdóneme señor inspector...

—Solo soy agente. Prosiga.

—Quiero decir, señor agente, que tampoco conocía de nada al muerto.

Luego intervino Alberto Tornos que sostuvo su total inocencia y negó cualquier relación con el ahora cadáver. Martín seguía anotando en su libreta de espiral y Daniel observaba con admiración la sistemática estrategia de su amigo. Sin presionar demasiado a los testigos, el policía los iba encerrando en un círculo de preguntas, aparentemente banales, pero que conseguían proporcionar una idea muy precisa de las personalidades de todos ellos. Por un lado los trataba como sospechosos de sabe Dios qué; y por otro, les hacía creer que eran víctimas de un lamentable suceso fruto del azar, o quizás de su mala suerte.

El tren marchaba rápido, inexorable hacia su destino. La próxima parada, sin embargo, no estaba programada. En un instante, un estrépito de frenos chirrió a través de cada uno de los vagones.

Lo que pasó a continuación, lo supo Daniel por los periódicos.

6

Agencia EFE:

En la tarde de ayer se produjeron seis víctimas mortales cuando el Intercity Madrid-Zaragoza chocó contra una viga desprendida de un tren mercancías que circulaba en sentido contrario. Las autoridades civiles han confirmado la naturaleza accidental del suceso, descartándose la tesis de atentado terrorista que se había barajado como causa del descarrilamiento en un primer momento. A consecuencia del suceso, el tráfico ferroviario estuvo cortado en ambos sentidos durante doce horas. Una vez que fueron retirados los heridos y las víctimas mortales, se restableció el tránsito normal.

No ha trascendido la identidad de los fallecidos al haberse declarado el secreto del sumario por parte del juez de instrucción: «Siguiendo el procedimiento habitual», según sus propias palabras.

Fuentes cercanas a la investigación han informado a esta agencia de noticias de la posibilidad de la existencia de un número mayor de víctimas mortales, extremo que ha sido negado categóricamente por el gobernador civil.

Madrid, 15 de marzo de 1980.

Martín leía la noticia por quinta vez. Había comprado todos los periódicos de la capital buscando información sobre el accidente. Por mucho que escudriñaba entre líneas no había rastro de la identidad de los muertos. A pesar de su condición de policía, una vez que tomó el mando la unidad antiterrorista, se había visto relegado al mero papel de víctima.

Luego, cuando se confirmó que todo había sido consecuencia de un desgraciado accidente, a nadie le interesó el suceso «del loco del refresco». Martín todavía conservaba la documentación de los sospechosos del compartimento tres. Sus jefes, con el lío que tenían, no quisieron hacer caso de un «asunto menor» como lo habían calificado. «¿Cómo pueden considerar un asunto menor a un posible asesinato?», había protestado ante el comisario jefe.

El comisario, no obstante, hizo oídos sordos. Se limitó a indicarle que abandonase su oficina con un leve movimiento de la mano, sin levantar la vista de los papeles que estaba ojeando.

El inspector Sena, antiguo compañero de patrulla de Martín, lo llamó a su mesa al verle salir dando un portazo. Con el cuerpo lleno de magulladuras, un brazo en cabestrillo y cojeando, el viejo policía parecía un perro apaleado.

—No te hagas mala sangre, Martín, deja que se pose el polvo. Ahora todos están encantados de que no sea cosa de ETA. Lo que menos necesita el comisario es que le hablen de asesinatos.

—Pero... han tenido que encontrar el cadáver.

—A ese y a cinco más, supongo. Será una de las víctimas mortales, pronto sabremos los nombres. Por ahora solo el juez dispone de esa información.

—Pues me veré obligado a hablar con su señoría si el comisario no quiere escucharme.

—No te metas en líos otra vez. Ahora las cosas están muy revueltas y sabes muy bien que solo si te quedas quietecito puedes medrar en este nido de víboras.

—Claro, así tú eres inspector y yo agente itinerante.

—No me toques los cojones, Martín. ¿Quieres que te recuerde el caso de la calle Montera?

—Eran otros tiempos.

—No te engañes, son los mismos perros con distinto collar, pero perros al fin. De todas formas, no sé por qué me preocupo por ti. Harás lo que te pase por las narices, como siempre.

El maldito asunto de la calle Montera. Otra vez salía a colación ese caso que relegó a Martín al ostracismo policial. Por aquel entonces, poco

después de la muerte de Franco, él era inspector y Sena subinspector. Una prostituta apareció muerta una madrugada del diciembre de 1975. Era la Choni, una vieja conocida de Martín. La había detenido varias veces, y siempre le había dado lástima su cara de niña. La encontraron en un callejón, desnuda y desmadejada; alguien había escrito con una navaja la palabra «puta» en su espalda. El grotesco letrero había sido practicado *ante mortem*. Estaba claro que, antes de matarla, su asesino se había ensañado con ella. Además le había arrancado los dientes uno a uno. La pobre chica había luchado para defenderse. En lo que le quedaba de uñas, el forense encontró restos de piel; y entre los dedos, un mechón de pelo castaño teñido. Lo extraño es que nadie oyó nada. Ni un solo testigo, ni otra pista que no fuese el propio cadáver...

Martín preguntó en los portales contiguos, en los bares cercanos, entre los viandantes, entre los parroquianos del barrio y entre los clientes habituales de las prostitutas baratas. Interrogó también a un par de proxenetas, pero no obtuvo ni un solo testimonio al que agarrarse para resolver el crimen.

«A nadie le importará que haya una puta menos», le había dicho Sena.

«A mí sí me importa. Hay un asesino suelto y eso no me deja dormir», le había respondido él.

Martín creyó reconocer en las lesiones del cuerpo la mano sádica de un antiguo compañero suyo, Aurelio Boza, un policía de la brigada político-social que disfrutaba con la tortura y tenía un odio irracional hacia las prostitutas. El entonces inspector Villanueva, estaba seguro de que esas marcas en la espalda de la Choni eran idénticas a otras halladas en los cuerpos de las víctimas torturadas en los calabozos policiales donde había servido Boza, además estaba el asunto de los dientes: esa era la firma de Aurelio. Al muy cabrón le gustaba jugar a los dentistas. Arrancaba, una a una, las piezas dentales, y ni siquiera paraba cuando conseguía que su víctima firmara su confesión. Lo hizo saber a sus superiores y estos le ordenaron que abandonase la investigación. Empezaron a llamarlo soplón. Y hasta sus propios compañeros de la comisaría lo miraban mal, animados por los comentarios vertidos por sus superiores. Pero al parecer, el tipo seguía contando con el favor de sus jefes, o quizá sabía demasiado de ellos

y eso les hacía protegerlo. Para evitar escándalos, Aurelio Boza fue trasladado a Barcelona y el asunto se fue enfriando.

Sin embargo, Martín Villanueva no estaba conforme con el arreglo. Su jefe directo, el comisario Márquez, lo llamó a capítulo por negarse a cumplir las órdenes y seguir insistiendo en la implicación de Boza en el asesinato de la Choni. Martín gritó su desacuerdo y Márquez le mandó callar. A lo que Martín respondió con un puñetazo directo a la mandíbula que le supuso un expediente por insubordinación grave. Fue suspendido de empleo y sueldo durante seis meses, degradado a agente de policía raso y destinado a servicios itinerantes.

Martín estuvo tentado a dejar el cuerpo de policía, pero le quedaban pocos años para jubilarse y no estaba dispuesto a perder su pensión de clases pasivas. Así que se tragó su orgullo e inició su servicio en el tren con la dignidad que le quedaba. Allí conoció a Daniel y entre ellos surgió, poco a poco, una amistad verdadera; una camaradería y una complicidad de la que Martín no había disfrutado jamás con ninguno de sus compañeros en la Jefatura Superior de Policía.

En los aburridos viajes de ida y vuelta Madrid-Zaragoza, Martín le explicaba a Daniel sórdidos asesinatos que él había resuelto, luchando, casi siempre, contra la red de privilegios tejida por el régimen franquista que todavía seguía mandando en la sombra. Daniel, tan aficionado a las novelas de misterio, disfrutaba con sus relatos, a pesar de que lo que su amigo le contaba fuese tan distinto a lo que los libros describían.

«La mayoría de los crímenes se resuelven en el primer día de investigación —solía decirle—. El marido cornudo que mata a su mujer, el prestamista que liquida a quien no le devuelve lo que debe... Basta con rascar un poco y la verdad sale a la superficie. Lo malo es cuando te topas con una losa que no te deja bajar a la alcantarilla. Entonces puedes oler la porquería, la tienes en tus narices, pero no te dejan verla y, si al fin consigues abrir la tapa, la mierda te salpica y tienes que tirar el traje».

Cuando Martín se ponía trascendente, lo mejor era dejarlo hablar. Daniel intuía que algo grave le había pasado en su anterior destino, pero siempre tuvo la delicadeza de no preguntarle directamente. Había una especie de pacto tácito entre ambos para soslayar los asuntos escabrosos. El policía no hablaba de su degradación profesional y el revisor nunca

nombraba a su esposa fallecida. Era como si los dos se protegieran con una costra de barro de sus recuerdos para evitar que volviesen a hacerles daño.

A veces, cuando los silencios herían más que los recuerdos, Martín empezaba a filosofar, comparando los hechos novelados con la cruda realidad:

«No hay mejor novela que la vida —decía Martín—. Tu dama inglesa no sería capaz de imaginar los asesinatos que yo he investigado».

«La Christie nunca se mancharía las manos con tanta sangre...», respondía Daniel.

«Pues no hay muerto sin mancha, querido amigo», replicaba el policía.

«Por eso me gustan tanto las novelas de misterio».

Tras el accidente ferroviario, Martín, aunque estaba de baja médica, era incapaz de quedarse en casa. En la comisaría no era bien recibido y estaba muy preocupado por su amigo Daniel. A pesar de que se conocían desde hacía tiempo, no se veían más que en el tren. Apenas habían compartido unos cafés en la cantina de vez en cuando, cuando el tren venía con retraso. Martín lamentó no haber llevado la relación con Daniel al ámbito personal; ni siquiera sabía dónde vivía. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que pudiera estar entre las víctimas mortales, así que decidió ir al juzgado para salir de dudas.

—No podemos facilitarle ese dato. —Le había dicho la agente judicial que le atendió con una aspereza que rallaba la grosería—. El señor juez todavía no ha levantado el secreto del sumario.

—¿Qué secreto del sumario ni qué niño muerto, señorita? Le recuerdo que está usted hablando con un inspector de policía —mintió Martín enseñando parcialmente su placa— y esa información es vital para mi investigación.

—Pues dígaselo usted mismo al señor juez, yo solo cumplo órdenes.

Sin necesidad de escuchar más impertinencias de su interlocutora, Martín llamó a la puerta del magistrado. No se oyó ninguna respuesta, así que, harto ya de tanto impedimento, irrumpió en el despacho. Detrás de la mesa encontró a un joven de fino bigote que confería a su cara un aspecto trasnochado. La chaqueta le venía tan estrecha que no podía abotonársela. Sobre la mesa se apilaban dos perfectas pilas de folios mecanografiados y

sus copias a carboncillo. El juez, que todavía no conocía a sus subordinados, ya que acababa de tomar posesión en ese destino, se vio intimidado por la seguridad de Martín. El policía le habló del descarrilamiento y mintió de nuevo sobre su rango y grado de implicación en la investigación. Por su parte, el juez, dijo desconocer el asunto:

—Lo siento mucho, pero acabo de llegar. Imagino que será cosa de mi antecesor. Mire usted mismo lo que tengo sobre la mesa —dijo señalando el mamotreto de papeles.

—Pero yo necesito ver urgentemente la lista de fallecidos en el accidente. Es crucial para mi investigación...

—Déjeme ver... —El juez escarbó superficialmente entre los documentos que estibaba y, sin mucho trabajo, dio con la carpeta del descarrilamiento. La ojeó con interés y dijo—: No comprendo por qué sigue sin levantarse el secreto del sumario. Esto no ha sido más que un accidente. Seis muertos, veinticinco heridos, cuatro de ellos graves, y una locomotora que tendrá que ir directa al desguace. No veo la razón para no hacer pública la lista de damnificados, como usted pide.

Inmediatamente, levantó el teléfono, llamó al secretario judicial y le dictó el auto de levantamiento del secreto del sumario. En poco más de media hora, Martín salía del juzgado con una lista de nombres mecanografiada en papel oficial.

En la relación de víctimas mortales encontró el nombre del loco del compartimiento tres: Jacinto Méndez Pascual y, junto a otros cuatro desconocidos, a don Damián, el alcalde de Ateca. Por fortuna, Daniel formaba parte, como el mismo Martín, de la lista de heridos. Gracias a esa información, el policía averiguó el hospital donde el revisor se estaba recuperando y la naturaleza de sus lesiones.

7

Daniel respiraba pesadamente. Un sueño agitado le hacía sudar y las sábanas se le arremolinaban entre las piernas. Ya llevaba once días en el hospital y todavía no había recuperado totalmente la memoria. Por su mente solo pasaban retazos del accidente: el quejido metálico del convoy al retorcerse por el descarrilamiento, los gritos de pánico de los pasajeros, el frío penetrando por los cristales rotos... Creía saber quién era, pero no recordaba cómo había llegado allí. Las enfermeras se esforzaban por hacerle más cómoda su estancia, pero el revisor seguía con las pesadillas.

Seguramente, haberse visto atrapado entre hierros, con varios cadáveres a su alrededor, sin poder hacer nada por remediar el desastre, lo había traumatizado y solo podía rellenar las lagunas de sus recuerdos a golpe de alucinación. En su mente febril se mezclaban los muertos desconocidos con los de su propia familia. Entonces despertaba gritando como un loco, con los ojos muy abiertos y agitando los brazos. La primera vez que sucedió, las enfermeras llamaron al médico de guardia y este le prescribió un sedante fuerte. Quizá no fue una decisión muy acertada. La droga acentuó su delirio sumiéndole en un sopor inconsciente preñado de soliloquios murmurados y movimientos espasmódicos.

Los hijos de Daniel estaban muy preocupados. El doctor quiso enmendar su error suministrándole un nuevo fármaco que consiguió reducir la agitación incontrolada de brazos y piernas.

—Mientras se recupera físicamente, vamos a mantenerlo en un coma inducido para que no se haga daño a sí mismo. En unos días iremos disminuyendo la sedación y, cuando despierte, veremos cómo se comporta su mente.

—¿Volverá a ser el de antes, doctor? —preguntó Águeda, la única hija de Daniel.

—Es pronto para saberlo, pero yo confío en ello. Aunque no descarto que siga teniendo lagunas de memoria durante algún tiempo. Deberá seguir tomando medicación y someterse a terapia para recuperar la motricidad fina.

Los hijos del revisor escuchaban al doctor sin que sus palabras lograran tranquilizarles. Luego, una vez solos, decidieron organizarse para velar a su padre. Águeda despachó a sus hermanos y asumió la primera noche de guardia, por nada del mundo iba a permitir que su padre despertara y se encontrara solo.

Los días se sucedían, las heridas sanaban y, tal y como el médico había anunciado fue reduciendo la dosis de sedante. Aun así, Daniel seguía en coma.

—Ya debería despertar. En cualquier momento recuperará la consciencia.

—Eso esperamos, doctor. Usted dijo que eso ocurriría en cuanto se le retirase la medicación.

—Y así será, señorita, pero lamentablemente en Medicina dos más dos no siempre son cuatro...

Pese al acuerdo que habían llegado con los turnos, por quinta noche consecutiva, Águeda velaba a su padre con la esperanza de ser ella la primera persona que viese Daniel a su regreso del mundo de los sueños.

Cuando se habían apagado los ruidos de los carritos del servicio de las cenas, una mano temerosa golpeó la puerta.

—¿Se puede? —se oyó apenas.

Águeda, que se había quedado momentáneamente traspuesta, se incorporó del incómodo sillón de hospital y se dirigió hacia la entrada. En el pasillo, una mujer de mediana edad esperaba en la semipenumbra.

—Hola, soy Rosario, preguntaba por Daniel. En admisiones me han dicho que estaba aquí. Tú debes de ser Águeda, ¿no es así?

—Perdone, pero creo que no nos conocemos.

—Yo a ti te he visto crecer en fotografías. Soy una amiga de tu padre. No pienses mal, no soy ese tipo de *amiga* —dijo Rosario ante la mirada inquisidora de Águeda.

—Disculpe, estaba casi dormida...

—¿Cómo está tu padre?

—En coma.

—¡Dios mío!

—No es grave. El médico dice que en unos días estará mejor. Lo han dormido para que no se lastime, le indujeron el coma con medicación, pero parece ser que mi padre le ha cogido el gusto y no tiene muchas ganas de volver a la cruda realidad —dijo Águeda para suavizar la noticia.

—¡Qué forma de entrar en la jubilación!

Las dos mujeres rodearon la cama y tomaron asiento cerca de la ventana. Rosario se acercó a Daniel, se sacó un pañuelo del bolso e inclinándose sobre el enfermo le limpió el sudor de la frente. Águeda observaba algo molesta ante la intromisión de esa extraña que se tomaba tantas libertades con su padre.

—¿Querrás creer que en más de veinte años que conozco a tu padre este es el primer contacto físico que tenemos?

Águeda apaciguó un tanto sus reservas y ayudó a Rosario a arreglar las sábanas. Su suave olor a lavanda, y los susurros de su voz melosa para no molestar al enfermo, actuaron de bálsamo. Pronto las dos conversaban como si se conociesen de toda la vida.

—No sé por qué mi padre nunca me ha hablado de ti —dijo Águeda adoptando con naturalidad el tuteo.

—Ya sabes cómo es, siempre tan reservado con lo suyo. Nos conocemos desde que entré a trabajar en la cantina de empleados. Tu padre siempre se ha portado conmigo como un caballero. ¡Es tan diferente al resto de sus compañeros! Para mí fue muy difícil trabajar entre tanto hombre. Fui la primera mujer que contrataron en la RENFE para algo que no fuera la limpieza. Tuve que oír de todo.

—Sé de lo que hablas, en el mundo de la abogacía las mujeres también somos unos bichos raros; y no te digo nada en la judicatura.

—¿La judicatura?

—Soy juez, acabo de terminar las prácticas en la Escuela Judicial y muy pronto me incorporaré como juez en prácticas. Solo hace dos días que me lo comunicaron. Mi pobre padre ni siquiera lo sabe; antes del accidente todavía estaba en Barcelona cursando la formación obligatoria.

—¿En Barcelona?

—Claro, cuando apruebas las oposiciones a judicatura todavía hay que asistir a un curso teórico-práctico en la Escuela Judicial Española de Barcelona. Si no lo superas el esfuerzo de la oposición no vale para nada.

—Cuando despierte estará muy orgulloso. ¡No puedes imaginarte cómo habla de ti y de tus hermanos! Sabía que estudiabas Derecho, pero tu padre no me dijo nada de que hubieses terminado y que fueses, nada más y nada menos que jueza...

—A él no le hace mucha gracia que me haya metido en esos líos, cómo él dice, y por eso no le gusta mucho hablar de ello. Ya sabes cómo son los padres, piensan que siempre seremos niños. Él no ve apropiado que yo ejerza de jueza, lo ve poco femenino. Con lo liberal que es para otras cosas, en todo lo que tiene que ver conmigo es un carca. Eso nos ha costado más de una discusión.

—Vaya...

—No me entiendas mal, mi padre me quiere con locura y solo desea lo mejor para nosotros. Cuando decidí prepararme las oposiciones para la judicatura sé que le di un gran disgusto. Él me veía trabajando cómodamente en el despacho de abogados de mi hermano, protegida del mundo exterior y sobre todo... de los hombres. Pobrecito, y ahora míralo a él, solo pensar que pudiera pasarle algo malo...

—Descuida que de esta sale. Me da en la nariz que tienen más culpa de su estado los matasanos que el accidente.

—El médico dice que puede despertar en cualquier momento. La verdad es que ahora está más tranquilo. ¿Te importa quedarte con él mientras hago una llamada telefónica?

—Por mí encantada, tengo toda la noche por delante. Nadie me espera para cenar...

Águeda dejó a Rosario a cargo de su padre. El pasillo estaba vacío. Caminó con cuidado, pues el silencio de la planta acentuaba el ruido de sus tacones. La cabina pública del hospital estaba estropeada y, siguiendo

las indicaciones del personal de admisiones, se dirigió a un bar cercano para telefonar a Alfredo, su preparador de oposiciones a jueza. A pesar de que era tarde, sabía que estaría despierto. Por mucho que le costara reconocerlo, Águeda sentía por su colega algo más que admiración. Sin saber por qué y, desde luego, sin pretenderlo, se había metido en una relación complicada que comprometía a una tercera persona. Por eso solo llamaba a Alfredo al despacho donde acostumbraba a trabajar hasta tarde. Sabía que estaba preparando un juicio importante y no tenía duda de que estaría allí, con su mesa atestada de papeles.

—¿Alfredo?

—¿Quién lo llama a estas horas? —preguntó una voz femenina. —Don Alfredo está reunido...

Águeda colgó precipitadamente dejando con la palabra en la boca a su interlocutora. «¿Y si era su mujer?», receló horrorizada. No reconoció en esa voz a ninguna de sus secretarias. «Alfredo se va a mosquear de lo lindo», pensó. Para recuperarse del chasco pidió un anís al camarero.

—Marchando un Marie Brizard, el anisete de las esposas...

Águeda frunció el ceño y se bebió el licor de un trago, como un estibador de puerto, para contradecir al camarero.

8

A partir de las diez, parece que el tiempo en los hospitales se detenga. Las luces se atenúan y los internos dormitan acostados esperando la última toma de temperatura. En las escaleras no hay nadie, ni siquiera los que hace unos minutos jugaban a las cartas entre la planta de infecciosos y traumatología. Los ascensores apenas se mueven contagiados de la molicie generalizada, una calma tensa que solo se rompe por el aullido insolente de las ambulancias.

Águeda, todavía alterada por la llamada al bufete de Alfredo, subía las escaleras de dos en dos rompiendo el silencio, como si intuyera que algo importante hubiese sucedido en su ausencia. Estaba muy decepcionada por no haber podido hablar con él y, sobre todo, muy avergonzada por haberlo hecho con alguien que podría ser su mujer. Llegó a la planta séptima casi sin aliento. Saludó a dos médicos jóvenes que entraban de guardia y vio que había un cierto revuelo en el control de enfermería.

Con paso apresurado y un mal presentimiento, se dirigió a la habitación de su padre. «Si le ha pasado algo mientras estaba llamado por teléfono, no me lo perdonaré nunca», se dijo sofocada. Abrió la puerta y encontró a Rosario sujetando la mano de Daniel. Charlaban animadamente, como si su padre nunca hubiese perdido la consciencia.

—¡Papá, por fin has despertado!

—Parece que me di un buen golpe. Ven aquí y dame un beso, hija mía.

Águeda se abrazó a Daniel llorando, esta vez de alegría, desalojando de su mente los funestos presagios de un momento antes.

—Cuánto me alegro de que estés bien. Tienes que saberlo: ¡Por fin soy juez! Mientras tú estabas durmiendo tan ricamente —bromeó Águeda—, salieron las listas de aprobados, después de las prácticas en la Escuela

Judicial, y ahora tienes una hija en la judicatura. Bueno, de momento solo juez en prácticas...

Daniel besó con fuerza a su hija todavía algo confuso y emocionado por las noticias. Estaba orgulloso de tener una hija como Águeda, tan segura de sí misma y tan parecida a su madre. Rosario se retiró unos pasos, no quería entrometerse en aquel momento de intimidad familiar. Estaba muy contenta, pero no pudo reprimir el llanto. Daniel, todavía en los brazos de su hija, observó a la camarera y le sonrió embozado con el cabello de Águeda.

Luego irrumpió con gran estrépito el médico de guardia, asistido por dos enfermeras y un celador de brazos peludos. Pidieron o, más bien, obligaron sin demasiado tacto a salir a Rosario y a Águeda de la habitación.

Cuando el médico acabó, las dos mujeres lo abordaron, pero el doctor no estaba dispuesto a pararse a dar explicaciones. Se limitó a citarlas en el despacho del jefe de servicio a primera hora de la mañana.

—¿No puede adelantarnos nada ahora? —inquirió Águeda, bastante molesta con la frialdad del médico.

—Yo solo soy residente de tercer año, tengo un aviso urgente en la sexta planta y ahora no puedo atenderlas. Les repito que se les dará la oportuna información a su debido tiempo, pero descuide que su padre está perfectamente.

Y así las dejó, con la inquietud y la palabra en la boca. Rosario tomó las riendas de la situación y fue a lo práctico:

—Ahora lo importante es que Daniel está despierto. Lo que mejor le va a sentar es que le hagamos compañía, sobre todo tú...

Daniel estaba ligeramente incorporado en la cama. Tenía un color mortecino que se acentuaba por la penumbra, pero en los ojos se empezaba a vislumbrar la vuelta a la vida. Todavía no le habían retirado los goteros, pero se las arreglaba lo mejor que podía para conseguir una cierta libertad de movimientos. Sus brazos, antes inertes, ahora acompañaban a sus palabras, tirando en exceso de los tubos de plástico.

—Papá, te vas a hacer daño —dijo Águeda procurando acomodar a su padre entre las sábanas.

—Descuida hija, los pinchazos de las agujas me hacen sentir que sigo vivo. Me gustaría levantarme para ir al baño...

—Estás sondado —observó Rosario con cierto rubor.

—Pues ya va siendo hora de que mee por mi cuenta. Por favor, llamad a la enfermera y que me retiren esto del pito.

Rosario nunca había oído hablar así a Daniel. Aquel hombre educado, casi mojigato, que siempre le pedía todo por favor, que nunca le miraba el escote, ahora se mostraba casi procaz. «Seguramente será efecto de la medicación», se dijo.

La enfermera de guardia acudió refunfuñando. De ninguna manera estaba dispuesta a retirar la sonda sin la orden de su jefe médico. Daniel la miró con una determinación que nunca había exhibido. Se retiró la sábana y, ante la sorprendida sanitaria, él mismo intentó arrancar el tubo tirando de él.

—¡Pare por Dios! ¡Se va a hacer usted daño! La sonda hay que retirarla con cuidado, espere un minuto que vuelvo enseguida y se la quito.

A los pocos minutos, el tubo de plástico estaba fuera del cuerpo de Daniel. La enfermera lo miró esperando unas palabras de agradecimiento; pero Daniel, como única respuesta, se levantó y se dirigió al baño, ofreciéndole una panorámica de su desnudo trasero. La enfermera se dio la vuelta y salió de la habitación a toda velocidad, airada. Águeda y Rosario estallaron en carcajadas.

9

—Su padre padece unos síntomas que recuerdan a la demencia frontotemporal —expuso el jefe de servicio cuando Águeda, Arturo y Baltasar tomaron asiento en su despacho—. La verdad es que su caso nos tiene algo desconcertados. ¿Habían notado ustedes cambios en su comportamiento antes del accidente?

—¿Cambios de qué tipo?

—Cualquiera, señorita. En sus hábitos cotidianos, en su trato con los demás, si se olvidaba de lavarse los dientes y comer a las horas o si tenía dificultad para recordar los nombres de las cosas.

—Mi padre estaba perfectamente lúcido, doctor. ¿Qué es eso de la demencia «frontonosequé»? —preguntó Arturo, el mayor de los hermanos.

—La demencia frontotemporal es el nombre de un grupo de demencias progresivas que afectan principalmente a la personalidad, al comportamiento y al habla de un individuo. Afecta al lado frontal y derecho del cerebro, que controla nuestro juicio, la personalidad y la habilidad para manejar tareas complejas. Individuos con esta forma de demencia pueden comportarse de una manera inapropiada en lugares públicos o cuando están con gente desconocida. Habilidades sociales como el tacto y la empatía se pueden olvidar. El enfermo puede perder el interés por todo, o de repente necesitar estar activo todo el tiempo. A menudo, las personas que padecen esta enfermedad pierden la capacidad de tomar decisiones seguras y coherentes sobre tareas tales como cocinar o conducir un coche. Cuando los problemas conductuales son muy acusados, esta forma de demencia puede parecerse a la depresión, la esquizofrenia o el trastorno bipolar. Naturalmente, no todas las personas con la enfermedad presentan todos estos síntomas.

—¿Y ha llegado a ese diagnóstico solo porque mi padre ha empezado a decir tacos y a tocarle el culo a las enfermeras? —dijo Águeda alterada por las palabras del médico.

—Bueno, su desinhibición es bastante evidente, pero tampoco quiero ser tremendista. Lo que les adelanto es una posibilidad, pero antes hay que descartar otras muchas.

—¿Y no es más sencillo pensar que todo lo que le ocurre es fruto del tremendo golpe que se dio en la cabeza? —adujo Baltasar, que hasta el momento no había abierto la boca.

—Tiene usted razón, es lo más probable; por eso les decía que sus síntomas recuerdan a esa enfermedad. El trauma por daño físico al cerebro puede desembocar en problemas cognitivos y de memoria parecidos a la demencia. Los síntomas dependen de la gravedad del traumatismo y de qué parte del cerebro está afectada.

—Por lo tanto, todavía es pronto para ese diagnóstico, diría yo —mantuvo Águeda visiblemente molesta.

—Solo estamos especulando, naturalmente. En la forma extrema, la pérdida de la memoria se llama amnesia. Lesiones leves pueden incluir síntomas como las dificultades para concentrarse, prestar atención y para las llamadas funciones ejecutivas: planear, organizar, usar el razonamiento abstracto, resolver problemas, y juzgar. Los cambios emocionales también pueden ocurrir después de la lesión cerebral e incluyen la depresión, la ansiedad, los arrebatos de ira, la agitación...

—Entonces... ¿Usted qué recomienda?

—Mantenerlo en observación unos días más en el hospital. Continuaremos con la medicación y, si es el caso, descartaremos el daño cerebral con pruebas radiológicas.

—Él no está por la labor de permanecer mucho más con ustedes. Está bastante harto de las batas blancas.

—Tendrán que convencerlo de que debe permanecer ingresado y de que todo es por su bien.

Los dos hermanos miraron a Águeda, esperando que tomara la iniciativa. Ella, no obstante, no dijo nada. El doctor se levantó de la silla dando por terminada la consulta. Los tres hijos de Daniel caminaron despacio por el largo y aséptico pasillo, tenían miedo de lo que podía pasar

a partir de entonces. Todos pensaban lo mismo, pero ninguno se atrevía a expresar en voz alta lo que sentían: su padre convertido en un inválido, en una carga, ¡ahora que todo les empezaba a ir tan bien...!

Águeda debía incorporarse a su primer destino. Temía, egoistamente, que sus nuevas obligaciones familiares, derivadas del estado de su padre, le hicieran dar un paso atrás en su carrera.

Arturo ni siquiera se había planteado por un momento dejar de trabajar para cuidar a Daniel. «Eso es cosa de mujeres», pensó, a pesar de que estaba harto de llenarse la boca con las bondades de la igualdad de sexos.

Baltasar, que siempre se creyó algo excluido del núcleo familiar por su temprana independencia, ahora no se sentía en la obligación de cuidar al viejo. Sus negocios de restauración, como llamaba a los tres bares de copas que regentaba, le exigían plena dedicación. Las noches eran largas, y por las mañanas tenía que descansar. Además ahora estaba a punto de abrir su cuarto local, el bar El Kutre, y necesitaba todo su tiempo libre para el papeleo de los permisos del ayuntamiento, la contratación del personal de barra, la negociación con los proveedores y la promoción para atraer clientes. Desde luego no era el mejor momento para dedicarse a cuidar a su padre.

Como el despacho del jefe médico estaba en la planta baja del hospital, los tres hermanos subieron en ascensor. Seguían sin atreverse a hablar. En la séptima les esperaba su padre, o eso creían ellos.

Llegaron a la habitación. Estaba entreabierta. La persiana cerrada filtraba los rayos del sol de la mañana.

—¿Cómo estás papá? —preguntó Águeda.

Silencio.

—¿Te encuentras bien? ¿Es que te molesta la luz?

—No creo —contestó una voz femenina desde la puerta—, su padre se ha largado hace media hora. Y a juzgar por lo que corría, tenía mucha prisa.

—Imposible, el doctor acaba de decirnos que debe quedarse ingresado unos días más —adujo Arturo con estupor.

—Ha pedido el alta voluntaria. La verdad es que ha montado una buena y el médico adjunto no ha tenido más remedio que concedérsela, sin ni siquiera consultarlo con el jefe de planta.

—Claro, nosotros estábamos con él, nos estaba informando de su estado, de lo confundidos que tenía a todos sus síntomas. ¡Y ahora resulta que bajamos y ha desaparecido! ¿Cómo le han dejado marcharse solo, en su estado?

—¿Quién dice que fuera solo? Se fue bien agarrado a la cintura de una señora. Bueno, a la cintura por ser fina. Ya sabemos lo larga que tiene la mano su padre.

—Desde luego sí que se ha desinhibido —dijo Arturo mirando a sus hermanos.

10

Martín Villanueva no estaba dispuesto a dejar las cosas como estaban. Todavía con el brazo en cabestrillo, se obligaba a visitar diariamente la comisaría para recabar una información que le suministraban con cuentagotas. Su antiguo camarada, el inspector Sena, no era partidario de remover la mierda, como él decía, y le daba largas, pero siempre había algún compañero que, recordando los viejos tiempos, le iba desgranando novedades del caso. Pero la verdad es que una vez descartado el atentado terrorista, la investigación estaba totalmente paralizada. La pila de papeles seguía creciendo con los informes de los peritos, la mayoría por la intervención de las compañías de seguros, sin que nadie sintiera la tentación de echarles un vistazo.

El viejo policía se ofreció a ordenar las diligencias y el comisario, por no oírle, al final le dio permiso.

Frente a Martín se amontonaban las declaraciones del maquinista, levemente herido a pesar de que fue el primero en sufrir el impacto, de los pasajeros de los vagones de cabeza, que vieron venir el desastre, del ingeniero de caminos que realizó el primer examen ocular de las vías, de un pastor que regresaba al redil con sus trescientas ovejas cuando escuchó el crujir de hierros...

Martín fue separando por bloques los testimonios de los declarantes. Por un lado, los que habían sufrido el descarrilamiento dentro del tren; y por otro, los que observaron el incidente desde fuera. Le gustaba proceder con método, estaba convencido de que la mayoría de las investigaciones se resolvían tan solo con ordenar adecuadamente las diligencias.

En una carpeta con el marchamo del Instituto Anatómico Forense, encontró los informes de las autopsias de los fallecidos. Las revisó con

interés leyendo primero las conclusiones sobre el cadáver de don Damián:

Muerte por politraumatismo torácico y craneoencefálico con diversas heridas inciso contusa en cuello, tórax y extremidades...

Al llegar al expediente del individuo del gabán se dio cuenta de que los del anatómico forense habían tenido poco celo en su autopsia. Se despachaban con una causa probable de la muerte por politraumatismo y posterior decapitación con masiva pérdida de sangre. No habían realizado un informe toxicológico. Naturalmente, no se les podía achacar negligencia alguna sobre este respecto dado que nadie les había hecho partícipes de que el cadáver ya lo era antes del accidente ferroviario. Martín anotó los nombres de los facultativos con la intención de hacerles una visita. Lamentablemente, el juez ya había autorizado el enterramiento de los cuerpos, pero siempre se podía solicitar la exhumación si fuese necesario.

En cuanto al resto de víctimas, Martín no encontró nada raro, pero sintió pena al comprobar que entre ellas había una madre con su hijo de cuatro años. Una verdadera desgracia.

Todavía estaba trasegando papeles cuando recibió una llamada que le llenó de alegría:

—Martín, soy Daniel. ¿Cómo te va, viejo cascarrabias?

—Eso habría que preguntártelo a ti, jubilado decrepito. ¿Por fin estás fuera del sanatorio?

—Mira que eres antiguo, ¿quién dice ya sanatorio? Pero sí, estoy libre, en realidad me he escapado de esos putos matasanos que me estaban friendo a pastillas...

Martín se sorprendió ante la grosería que exhibía su amigo, pero quedaron en verse en el bar de la estación de Chamartín. «A la hora del vermut», según Daniel, y eso extrañó aún más al policía, que jamás lo había visto tomar ni un boquerón. Martín lamentaba no haber ido a visitarlo al hospital, pero no era muy amigo de las relaciones sociales y había preferido esperar a que estuviese repuesto para contactar con él. Y ahora Daniel se le había adelantado y eso, la verdad, le quitaba un peso de encima.

Martín recogió los papeles que abrumaban su mesa. Metódicamente los fue archivando en cajas de cartón que etiquetó con su puño y letra. Luego pidió la llave del almacén de pruebas y se ocupó de guardar la documentación para poder seguir trabajando sobre ella más adelante.

Se despidió de su compañero, el inspector Sena, y salió con paso firme hacia la estación, a apenas cuatro manzanas de la comisaría. Estaba tan acostumbrado a recorrer esa distancia que tenía cronometrada hasta la frecuencia de los semáforos.

En la cantina ya lo esperaba Daniel. Charlaba con Rosario asiéndola por las muñecas y jugueteando con sus pulseras. Martín se sorprendió de su actitud. Actuaban con demasiada familiaridad, sin importarles que los vieran tontear; era evidente que estaban juntos.

El revisor no se amilanó por la presencia de su amigo el policía. Siguió coqueteando con Rosario mientras lo saludaba con un movimiento de cabeza.

—Me alegro mucho de verte tan bien, Daniel —dijo el policía dándole un sincero abrazo.

—Mala hierba nunca muere. Tú estás hecho unos zorros —observó Daniel.

—No es nada, magulladuras y poco más. Hace diez años ni me hubiera dejado vendar y ahora... ya me ves.

—Por cierto, ¿cómo van las pesquisas? Me refiero a nuestro caso de envenenamiento.

—No hay tal caso. A mis jefes les trae al paio lo que les diga. Apenas he conseguido que me dejen revolver en las diligencias. Es como darse golpes contra un muro.

—Pues ahora yo tengo mucho tiempo...

—¡Daniel no te metas! Deja a la policía hacer su trabajo.

—¿No dices que no te dejan investigar?

—Eso es cosa mía. Tú disfruta de la libertad... —Martín miró a Rosario y continuó diciendo—: Ahora que te has soltado la melena no pierdas tiempo con líos que solo te pueden traer quebraderos de cabeza.

—Bueno, bueno, eso ya lo veremos.

11

Después de tener en sus manos la lista de fallecidos del accidente, a Martín no se le escapó un pequeño detalle: los nombres del alcalde de Ateca y del misterioso hombre del gabán aparecían con total exactitud. Y junto a los nombres: edad, estado civil, residencia y todos los datos que pueden extraerse del documento nacional de identidad. Sin embargo la documentación original seguía en poder del policía.

En el juzgado no dijo nada, pero Martín no era de los que dejan que un detalle quede sin resolver. Todavía mantenía muy buenos contactos con los médicos del Anatómico Forense, así que decidió hacer una visita al doctor Fuentes.

Roberto Fuentes no era un médico al uso. Premio extraordinario de la carrera, doctor *summa cum laude* por la Universidad Complutense de Madrid, se especializó en Anatomía Patológica. Con su espectacular expediente académico, todo el mundo esperaba que se dedicara a la cirugía cardíaca, o al menos a la cirugía general, pero prefirió trabajar con los muertos.

Solía decir que no soportaba tratar con los enfermos, que los cadáveres no lo abrumaban a preguntas y que así no tenía que aguantar sus mentiras.

No obstante, su relación con los cadáveres distaba mucho de ser idílica. Odiaba los olores de la putrefacción casi tanto como los perfumes de los vivos, y se protegía de los efluvios pestilentes con toda clase de ungüentos en torno a sus fosas nasales. Últimamente se embadurnaba el bigote con un ungüento a base de mentol y eucalipto y, como consecuencia, el mostacho había tomado un tono amarillo verdoso que contrastaba con el negro azabache de su cuidado cabello.

Martín lo encontró en la sala de autopsias. Llevaba gafas de bucear, guantes de fregar sobre los quirúrgicos, doble mascarilla y delantal de hule.

—¿Le pillo en mal momento? —preguntó el policía.

El forense se alegró de ver a Martín. Era un viejo conocido con el que le gustaba conversar. El antiguo inspector sabía escuchar y, sobre todo, cuándo debía callar. Además, su visita era la excusa perfecta para tomar el aire y alejarse un rato de los efluvios corporales que tanto odiaba. Ambos se dirigieron al patio de luces. El doctor encendió un cigarrillo mentolado, y el humo aromático se mezcló con los vapores del ungüento de su bigote.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó el forense tras la primera calada.

—Es por el caso del accidente ferroviario. Tengo entendido que usted realizó las autopsias.

—No todas, había varios cadáveres. Esos días trabajamos a tres turnos; además del accidente hubo una reyerta en las Barranquillas con tres muertos por arma blanca...

—El juez de instrucción me permitió hacer copias de los informes forenses de las víctimas del descarrilamiento. Resulta que yo estaba en ese tren y conocía a dos de las víctimas. Lo que necesito saber es cómo venían identificados los cuerpos.

—Todos llevaban documentación, excepto, curiosamente, dos que tuvieron que ser reconocidos por familiares.

—¿Familiares?

—Bueno familiares y conocidos. Si no recuerdo mal, al individuo enjuto y demacrado lo identificaron dos mujeres, en el expediente figuran sus nombres si le interesa, mientras que al otro, que no tenía familiares directos, vino a reconocerlo alguien de su pueblo, creo que el propio alcalde del municipio. Al parecer, sus allegados sabían que viajaban en el tren siniestrado e hicieron la oportuna petición al juez. Una vez terminado nuestro trabajo fueron trasladados al cementerio de la Almudena y al municipio de Ateca respectivamente.

Martín estaba cada vez más escamado. No le parecía extraño que hubiesen retirado los restos mortales de don Damián, el alcalde de Ateca, pero tenía esperanzas de que Jacinto estuviera todavía en el Anatómico

Forense. Como es lógico, nadie había ordenado realizar un análisis toxicológico. ¿Quién iba a pensar en que ya estaba muerto cuando sobrevino el accidente?

—Doctor Fuentes, ¿recuerda haber encontrado algo raro en el muerto más delgado?

—Todo lo raro que puede encontrarse en un cadáver decapitado.

—Me refería a si le llamó la atención algún detalle que no encajara.

—No recuerdo nada de eso. ¿A qué se refiere?

—A que en el momento del descarrilamiento ya estaba muerto. Puede ser que lo hubieran envenenado.

—Nadie me dijo nada al respecto, aunque no podría afirmar lo contrario; para eso deberíamos haber realizado exámenes toxicológicos específicos. Si está usted seguro de lo que afirma, debería darse prisa y pedir una segunda autopsia. Los venenos persisten en los restos orgánicos, pero cuanto antes se realicen los análisis, más fiables son. El proceso de putrefacción de los tejidos puede enmascarar los resultados de una electroforesis, que es la prueba de elección. Sin embargo, puedo asegurarle, por mi experiencia en este tipo de traumatismos, que hubo hemorragia activa, y por lo tanto el sujeto debía de conservar el latido, aunque fuese débil, antes de que la cabeza se desprendiera del cuerpo.

—Gracias doctor, me ha sido usted de gran ayuda. —Se despidió Martín, contrariado con las afirmaciones del forense. Estaba seguro de que el corazón de Jacinto había dejado de funcionar antes del accidente, por mucho que dijera el doctor Fuentes. ¡Lo había comprobado por dos veces!

El viejo policía informó a sus superiores de sus pesquisas e insistió en que era necesario repetir la autopsia de Jacinto, pero recibió la misma respuesta que en las otras ocasiones: «Deja en paz a los muertos, el caso está cerrado».

Martín recordó el ofrecimiento de su amigo Daniel. Quizá no resultase tan descabellado que investigasen por su cuenta después de todo. Así que, para no tener que soportar más impertinencias de jefes bisoños, pidió unos días de permiso. No estaba dispuesto a aceptar que se hubiese producido un asesinato delante de sus narices y que el responsable quedara impune.

12

Daniel y Martín cogieron el primer tren regional de la mañana desde la estación de Chamartín con destino a Ateca. Los dos estaban decididos a investigar todo lo posible a don Damián. Naturalmente, Martín quiso asegurarse de que Jacinto había sido envenenado, como aseguró poco antes de caer al suelo, de manera que cursó una petición al juez instructor a espaldas de sus superiores para volver a realizar la autopsia. Pero ya habían pasado dos semanas, y el magistrado seguía sin permitir la exhumación del cadáver. Martín sabía que la judicatura no haría nada hasta no tener pruebas incuestionables que la justificaran. Tal como le había advertido el forense, el tiempo iba en su contra, de modo que no merecía la pena lamentarse; había que ponerse en marcha para ayudar al juez a tomar una decisión lo antes posible.

El revisor y el veterano policía llegaron a la estación de Ateca cerca del mediodía. Era el primer viaje en ferrocarril que abordaban desde el descarrilamiento. Ninguno de los dos había dicho nada al pasar por el sitio exacto del accidente, únicamente se habían dirigido una mirada triste recordando a las víctimas. Daniel, quien evidentemente había salido peor parado, experimentó un frío estremecimiento al escuchar los frenos, que se disipó cuando pudo ver el cartel de la estación de Ateca. El tren regional, por una vez, había llegado a su hora. Daniel conocía al jefe de estación y prefirió tomar un café con él en la cantina antes de empezar las pesquisas.

—Venimos a entregar a la familia del señor alcalde unos efectos personales que se recogieron en el lugar del accidente —mintió Martín.

—¿Para el alcalde?

—Sí hombre, para don Damián, que murió en el descarrilamiento...

—El alcalde no se llama Damián y tiene una salud envidiable. Querrá decir el viejo alguacil.

—Vaya, parece que alguien no dijo toda la verdad. Nos da igual qué cargo ocupara en el ayuntamiento, el caso es que tenemos que hablar con sus familiares.

Martín y Daniel prefirieron no entrar en detalles con el jefe de estación. Estaba claro que el pobre hombre mintió descaradamente para darse importancia o por sabe Dios qué razón. Martín ya sabía de antemano que don Damián no era el verdadero alcalde. Le bastó una simple llamada de teléfono para confirmar su sospecha, pero estaba muy interesado en averiguar cómo reaccionaban en Ateca ante la mascarada que había protagonizado don Damián en el tren.

—Vamos al ayuntamiento. Hablaremos con el verdadero alcalde y veremos qué nos cuenta. ¡A ver si resulta que el viejo era, en realidad, un asesino con boina, y el azar ha hecho justicia! —dijo el policía.

El conjunto urbano de la villa aragonesa se descubrió ante la pareja de investigadores como un entramado irregular repleto de pintorescos rincones y plazuelas.

Sin necesidad de preguntar mucho, llegaron a la Casa Consistorial; un edificio de tres cuerpos de arquitectura renacentista. La entrada porticada los protegió, como había protegido a cientos de generaciones de atecanos, del sol del mediodía. Cuando los ojos de la pareja se acostumbraron a la penumbra, vieron la puerta principal que daba paso a una escalera monumental de cómodas gradas.

Las oficinas del ayuntamiento se situaban en la primera planta. Allí les recibió una amable administrativa que, una vez que Martín hubo exhibido su placa policial, les conminó a esperar al alcalde.

—No tardará mucho —les dijo la joven—, acostumbra a pasarse por su despacho a eso de la una, un poco antes de ir al vermú.

Daniel, acorde su nueva personalidad, le lanzó un piropo a la funcionaria, que no pareció ofenderse. Martín recriminó con la mirada a su amigo y tomó asiento en una de las dos sillas de enea dispuestas junto a la puerta del despacho del alcalde e incitó, con gestos, a hacer lo mismo a su acompañante en la que quedaba libre.

No tuvieron que esperar mucho. Poco antes de la una, como había adelantado la secretaria, asomó por la puerta el verdadero alcalde de Ateca. Su aspecto no recordaba en nada a don Damián. Vestido con americana de verano y pantalón vaquero, sin corbata, tocado con una elegante gorra de *tweed* que cubría su calvicie, se dirigió a ellos sin preámbulos:

—¿Querían hablar conmigo?

—Así es, señor alcalde.

—Tengo entendido que han venido a traer no se qué para la familia de Damián.

Los dos amigos se maravillaron de lo rápido que viajaban las noticias en ese pueblo. Martín hizo las presentaciones y el señor alcalde de Ateca los invitó a pasar a su despacho.

Tomó la palabra Daniel, que no pudo reprimir más su recobrada locuacidad:

—Nos gustaría saber algo más de don Damián. Estamos interesados en conocer a sus allegados para entregarles lo que quedó en el tren después del accidente...

—Pues lo van a tener muy difícil. El alguacil vivía solo en un chamizo construido por él mismo en su viña. Yo siempre le decía que tenía que alquilarse una casa en el pueblo, pero él prefería fundirse todo lo que ganaba en vino y en putas. Perdonen la crudeza, no me gusta hablar mal de los muertos, pero Damián no era precisamente un dechado de virtudes. A menudo descuidaba sus obligaciones y desaparecía una semana de Ateca. Luego aparecía con las orejas gachas, con excusas inverosímiles que nadie creía. Reconozco que no tendría que haberle permitido esas licencias, pero ya saben ustedes lo que pasa en los pueblos como este: aquí la costumbre se hace ley.

—Él contó en el tren que tenía familiares en Madrid y que los visitaba con frecuencia.

—Creo que lo que visitaba era la calle Montera. Le repito que frecuentaba las casas de citas. No es que hiciera daño a nadie con ello, imagino que pagaba los servicios que recibía, yo no soy quien para juzgarle. El día del accidente Damián regresaba de uno de sus viajes de vicio. Como otras veces, me llamó para decir que había perdido el tren y

que iba a tomar el próximo, hasta me indicó la hora de salida de Chamartín. Por eso, al día siguiente, cuando supe del descarrilamiento y que Damián no se había presentado por la mañana al trabajo, llamé a las autoridades preguntando por él, por si estaba entre las víctimas. Me informaron de que un cuerpo de sus características físicas reposaba en el Anatómico Forense, así que me desplazé a Madrid solo para confirmar lo que temía: mi alguacil había muerto. Yo mismo hice las gestiones pertinentes para el traslado a Ateca y aquí reposa, en una tumba pagada por el ayuntamiento.

—Vaya, eso aclara algunas cosas. Le estamos muy agradecidos por su tiempo, señor alcalde. Pero me gustaría pedirle un favor más: ¿puede decirnos cómo llegar a su viña? Nos gustaría dejar allí lo que traemos — pretextó Martín sin demasiado convencimiento.

El alcalde no tuvo ningún inconveniente en indicarles la ubicación de la precaria vivienda de don Damián, a pesar de que opinaba que dejar allí cualquier cosa era un acto inútil, pues nadie iba a reclamar sus efectos personales. Pero aún hizo más: se empeñó en invitarles a vermú en el bar de la plaza. Daniel, convertido ahora en un nuevo crápula, aceptó de buena gana y terminaron comiendo en el propio bar, dejando para la tarde la visita al cobertizo.

13

Los dos amigos disponían de cuatro horas antes de que el tren los devolviera a Madrid. Salieron del bar con paso vivo, pero pronto vieron frenado su avance por el peso intangible de los rayos del sol sobre sus cuellos. Buscando la sombra, fueron caminando hacia las viñas, dejando a lo lejos el castillo que domina Ateca desde el siglo x fundiendo su planta triangular con los muros de la iglesia.

Tras casi una hora de paseo bajo el sol, divisaron la cabaña de don Damián, y se sintieron aliviados al llegar por fin a su destino.

Martín probó a abrir la puerta. Estaba atrancada desde dentro, lo que resultaba bastante chocante. Golpeó la madera con el hombro, pero la cochambrosa puerta seguía sin franquearles el paso. Daniel dio con la solución: bastaba con tirar de la cuerda que pendía del dintel para que una madera que atrancaba la puerta se alzase sin esfuerzo.

Ante la vista de los investigadores, se mostró entonces un diminuto cubículo con muy pocos muebles: apenas una cama, una mesilla de noche con un único cajón a la le faltaba un pata que había sido sustituida por un ladrillo, una alacena sin cristales; y bajo esta, un fregadero que conservaba todavía la vajilla del último desayuno de don Damián. Cerca de la chimenea se encontraba una mesa rústica de pino con un banco corrido sin respaldo. Sobre la tabla se apilaban periódicos viejos, cartas sin abrir, papeles de propaganda de clubs de alterne y una baraja española dispuesta en tres montones decrecientes, como si Damián hubiese estado haciendo un solitario esa misma mañana.

A pesar del desorden, antes de marcharse al que sería su último viaje a Madrid, el viejo alguacil había dejado la cama hecha, con colcha y todo. Martín registró el cajón de la mesita. Encontró tabaco de liar, una navaja

como la que había mostrado el viejo en el tren y un recorte de anuncio por palabras del *ABC* que decía:

Señora rellenita busca señor serio de 40 a 50 años para compartir amistad. Gustando bailar y las novelas de amor.

El anuncio remitía a un apartado de correos de Madrid. Don Damián lo había subrayado en rojo para luego guardarlo en la mesilla junto a otros recortes.

—¿Te apetece bailar? Algo me dice que la señora rellenita nos podrá decir algo más de nuestro falso alcalde —dijo Martín guardándose el recorte en el bolsillo interior de la americana.

Siguieron revolviendo lo poco que quedaba de la memoria de don Damián. Buscaron entre la ropa de cama y en un saco de arpillera que resultó ser el armario ropero del viejo. No dejaron rincón sin auscultar y no encontraron más que polvo y miseria, apenas un eco de una vida vacía que el fallecido había adornado en sus viajes a la capital de España. Cuando ya estaban pensando en abandonar el registro, Daniel, subido a la única silla sólida de la casa, encontró sobre la alacena un hatillo de cartas. Tenían matasellos de Madrid. La mayoría estaban sin abrir, pues eran del propio Damián y le habían sido devueltas. Del resto, apenas tres sobres llevaban remite, aunque era imposible distinguir las señas a primera vista, de tan deformada que estaba la letra.

El revisor se las guardó en el bolsillo sin decirle nada a su amigo, pues sabía que se opondría a la sustracción de pruebas, como siempre decía. «Ya tengo lectura para la vuelta», pensó, y continuó buscando.

Martín también encontró algo prometedor: recortes de periódicos de la capital, casi todos de anuncios por palabras. Pero no obedecían a ningún patrón aparente. Tan pronto se trataba de un fontanero que ofrecía sus servicios para desatascar desagües, como de un filólogo español buscando material para su tesis doctoral sobre las modalidades dialectales de la Alcarria. El antiguo inspector no podía comprender a qué obedecía ese acopio de material tan diverso. Pero estaba seguro de que, con el tiempo suficiente, encontraría algo que lo relacionase.

—Igual le gustaba coleccionar recortes —aventuró Daniel ante el estado de turbación de su compañero.

—Un coleccionista no los habría dejado así: sin clasificar, sin protegerlos del polvo, dispersos entre tanta mierda...

—Aquí hay más —dijo el revisor al mover la mesa—. El alguacil utilizó periódicos para calzar las patas de sus muebles.

—Mételos todos en esta caja, que vienen con nosotros a Madrid. Nos llevaremos también esta foto —dijo el policía al localizar un retrato enmarcado de Damián vestido con su uniforme de empleado municipal—. Y añade también las cartas que llevas en el bolsillo.

Daniel, admirado por la perspicacia de su amigo, le hizo caso y añadió los sobres que le había ocultado.

Casi anochece cuando cogieron el tren de regreso a Madrid con más preguntas sin respuestas que cuando habían llegado al pueblo de Damián, el falso alcalde de Ateca.

14

De la lectura de las cartas que habían encontrado en la choza del pobre don Damián —para Daniel y Martín siempre sería don Damián a pesar de todo—, se deducía que el de Ateca tenía pretensiones amorosas con más de una de las prostitutas a las que rondaba. Seguramente, se sentía adulado por ellas y pretendía que las palabras amables se tradujeran en algo más que promesas pagadas. Para él, que tanto necesitaba cariño y compañía, cualquier mínima muestra de afecto resultaba una auténtica declaración de amor y por eso escribía cartas y más cartas a sus amantes fugaces sin darse cuenta de que ellas nunca le daban sus nombres verdaderos, nunca lo besaban en la boca y de que sus cartas acababan o en el cubo de basura de la casa de putas o devueltas al remitente.

Solo una mujer, una tal Lupita sí le había respondido en varias ocasiones. No debía de ser muy del agrado de Damián, pues ella se quejaba de que no volviese a visitarla y le rogaba, cuando no le exigía, que hiciera efectiva su promesa de matrimonio.

Y a su encuentro se dirigía Martín, esta vez sin la compañía del revisor. Decidió no acudir directamente a la residencia señalada y preguntó en los alrededores, entre las de su mismo oficio, hasta dar con ella cerca de una tasca frecuentada por hombres aficionados al vino recio y los amores de pago. La prostituta en cuestión resultó ser un personaje al que las tres gracias de Rubens, juntas en un solo cuerpo, no hubieran podido igualar en carnes, pero conservaba una cierta gracia en el gesto, casi oculto por una máscara de maquillaje, residuo de su pasado de mujer bandera.

Martín fue al grano. Le mostró las cartas después de exhibir su placa policial, y comenzó a interrogarla sin más preámbulos:

—¿Desde cuándo conoces a este hombre? -dijo mostrándole la fotografía de Damián que habían traído de Ateca.

—No me acuerdo, yo conozco a muchos hombres.

—¿Y a todos les mandas cartas de amor?

—Yo no sé escribir muy bien, señor inspector.

—¿Y esto qué es? —adujo Martín mostrando los sobres que llevaban su remite.

—Me las escribió un estudiante que vivía en la misma fonda que yo. Pero no sé qué pone en las cartas. Es un fantasioso el muy cabrón y lo mismo me ha metido en un lío. Yo solo le decía que le pusiera cosas bonitas, para que el cateto no me olvidara. El chico me hacía las cartas y yo escribía la dirección en el sobre, que algunas letras sí sé y no quería que supiera el nombre de mi *baturrico*.

—¿Desde cuándo conocías a Damián?

—¿Por qué habla *usté* en *pasao*?

—Está muerto.

La tal Lupita, que tras el examen de su documentación resultó ser Pedro José, comenzó a llorar a moco tendido. Martín, algo conmovido por su dolor, la convidó a un refresco mientras intentaba sonsacarle algo más de información.

—Era muy bueno, atento y espléndido. ¡Muy bruto! Pero un bendito. Yo me hubiera ido con él a su pueblo, pero él decía que allí no comprenderían nuestra relación. A mí me recordaba a mi padre, que sí, es verdad, me pegaba, pero lo hacía para enderezarme. Lo mismo que don Damián la primera vez que nos fuimos a la cama.

—Igual le molestó comprobar que tenías veintiún dedos.

—Hombre, al principio le asustó, pero luego yo sé que se quedó prendado de mis encantos. En la calle Montera hay muchas putas para elegir y casi siempre acababa conmigo y no solo porque yo sea de las más económicas, no crea *usté*.

—¿Has visto alguna vez a este otro hombre? —preguntó Martín exhibiendo ahora la fotografía de Jacinto.

—Vaya cara de acelga que tiene el *jodío*. No me suena, pero una conoce a tantos, que vaya *usté* a saber si lo he tenido en mi cama. Además,

como comprenderá, no miro mucho a los ojos a mis *enamoraos*.

De repente, Martín, tuvo una corazonada:

—El joven al que dictabas las cartas, ¿no estudiaría para farmacéutico?

—Precisamente. ¿Cómo lo sabe?

—¿Vive todavía en tu pensión?

—Ni él ni yo. La cerró el ayuntamiento, por cosas de *salú* pública. La verdad es que era un nido de ratas. Muy barata, pero allí se te podía pegar de todo menos la hermosura. Derribaron el edificio y ahora están construyendo pisos. Dejé allí muchos recuerdos. Ni siquiera me permitieron los muy cabrones, perdone *usté* la franqueza, despedirme de doña Engracia, la casera.

Martín conocía a la tal doña Engracia, una *madame* de baja estofa a la que había detenido en varias ocasiones, siempre en relación a pequeños hurtos cometidos en su asqueroso establecimiento. Un oscuro edificio de paredes casposas, con una escalera que cimbrecaba a cada paso y que amenazaba con escupirle a uno al abismo a nada que se apoyara en el pasamano. Sin embargo, no había regresado al barrio desde el desgraciado incidente por el que acabó degradado y sin ilusiones.

En su mente se agolpaban los recuerdos, la rabia y el desconsuelo de su castigo injusto, la cara inocente de la pobre chica muerta a manos de un salvaje que se escondía en la impunidad de su pertenencia al estamento policial y al que un pez gordo del ministerio, para más inri, le brindaba protección hasta hacerlo poco menos que intocable. Cuando todas las pruebas apuntaban a la dirección del brutal esbirro de la antigua brigada político-social, un oportuno traslado a Barcelona lo quitó de en medio y eso bastó para dar carpetazo al asunto.

Pero el muy hijo de perra había vuelto a las andadas en varias ocasiones hasta que no pudieron tapanlo más y lo cazaron. Martín tenía el recorte de la noticia que lo atestiguaba:

Procesamiento de un policía por supuestas torturas

Agencia EFE, Barcelona, 20 de julio de 1979.

La sección quinta de la Audiencia de Barcelona ha dictado auto de procesamiento contra el policía nacional Aurelio Boza Sánchez por supuestos malos tratos a un joven de dieciocho años, José Luis

Delpech, que fue detenido cerca de la comisaría de Hospitalet de Llobregat el 19 de septiembre de 1978. La detención se produjo después de que una persona no bien determinada, «que pudiera ser Delpech» —según el auto judicial— lanzara un cóctel molotov contra la comisaría. Delpech manifestó con posterioridad haber sido golpeado repetidamente durante la noche del 19 al 20 de septiembre en la citada dependencia policial. De acuerdo con la correspondiente denuncia, el detenido ingresó ya lesionado a la mañana siguiente en la Jefatura Superior de Policía desde donde, en vista del deplorable aspecto físico que presentaba fue trasladado a un hospital. Las lesiones tardaron sesenta días en curar.

De todas formas, como Martín sabía, Boza no pagó con cárcel sus excesos, ya habían pasado más de un año desde su detención y ahora lo juzgaban. El auto de procesamiento anunciado por la agencia de noticias, pronto quedó en nada y Aurelio Boza quedó absuelto por falta de pruebas.

El viejo policía se sacudió los pensamientos oscuros y dejó marchar a Lupita. Viéndola contonear sus caderas rotundas no pudo menos de admitir que conservaba un misterio que bien pudo confundir a cualquier alcalde de Ateca aficionado a bailar canciones lentas.

15

Mientras su padre jugaba a los detectives, Águeda había tomado posesión de su primer destino como jueza adjunta para completar sus prácticas hasta su nombramiento definitivo como jueza titular. De la lista de posibles juzgados que su posición en la lista de aprobados le permitían acceder, la hija de Daniel había buscado el más próximo a Madrid, sin importarle demasiado la población. Y así aterrizó en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción n.º 1 de Valdemoro.

Águeda conocía la ciudad por el dicho «Entre Pinto y Valdemoro» y en verdad así se sentía ella, en medio de la nada. Era como asomarse a un abismo desde el trampolín de su vida anterior. Hasta ese momento había llenado su tiempo con el estudio, con las obligaciones monótonas que la hacían sentirse segura. Ahora se enfrentaba, por primera vez, a la gran responsabilidad de su profesión: juzgar y hacer cumplir la ley. Y se sentía muy ansiosa.

En el juzgado la recibieron con frialdad. Con el secretario judicial a la cabeza, recelaban de su juventud y, sobre todo, de su condición femenina. Todo el mundo fumaba y ninguno dejó de hacerlo para recibir a su nueva jefa. Águeda fue informada en el último momento de que el juez titular, el que debía tutelar sus prácticas, estaba de baja y que ella debía asumir el papel de jueza sustituta. Esta circunstancia no la asustó, se sabía preparada aunque, naturalmente, hubiese preferido un rodaje práctico más sólido.

Águeda dejó para más adelante las presentaciones y, marcando las distancias desde el primer momento, se encerró en su despacho para tomar aire. Sobre su mesa se apilaban expedientes abiertos por su antecesor en el cargo, el juez Román Sánchez Pintado, convaleciente, ahora, en una clínica de salud mental y que había pasado los últimos cinco años

acumulando causas sin resolver, a causa de sus lagunas mentales y la inoperancia del poder judicial en detectar o, mejor dicho, en reconocer los problemas de alguno de sus miembros. Tuvo que suceder el desgraciado incidente, aireado por la prensa sensacionalista, en el que Sánchez Pintado acudió a la vista preliminar de un juicio de faltas vestido solo con su toga, a la que había sustituido las puñetas blancas por otras de vistoso organdí de color rosa chicle. Ni siquiera se preocupó por ponerse zapatos, entró dando saltos haciendo flotar la tela y descubriendo así su irreverente desnudez. Las carcajadas estallaron desde el banco de los acusados, y el resto de la sala se sumó a la algarabía. El juez no se lo tomó mal, se subió a la mesa y mostró su peludo trasero acompañando el contoneo con su campanilla.

Se lo llevaron a rastras entre dos alguaciles y, desde aquel día, hacía dos meses, esperaban a su sustituto en el Juzgado.

Sentada en su nuevo despacho, algo abrumada por la carga de su responsabilidad, Águeda tuvo el impulso de levantar el teléfono y llamar a Alfredo, su preparador. No había vuelto a telefonarle desde la noche que despertó su padre, y no pasaba día que no se sintiera tentada a hacerlo. Su aventura había sido breve, pero muy intensa. Recién licenciada en Derecho, Águeda se quedó deslumbrada tanto por el físico como por los profundos conocimientos legales de Alfredo y se hicieron amantes. Sin embargo, pronto fue descubriendo que Alfredo era un ser superficial, pagado de sí mismo, que buscaba reafirmar su virilidad con conquistas cada vez más frecuentes que ni siquiera se preocupaba por ocultar. «Somos dos personas libres», decía. «Nadie tiene derecho sobre nadie; si me dan yo doy, si me ofrecen lo tomo». Su cinismo llegó hasta el límite de impedir, no obstante sus palabras, que Águeda se relacionara con otros compañeros que, como ella, se preparaban para jueces o fiscales. «Céntrate en el derecho penal y deja a esos mamarrachos», le recriminaba. Ella, al principio, cegada por la vorágine de las horas de estudio y la espartana disciplina que su preparador le exigía, creía que todo lo que él le decía era por su bien, hasta que los celos enfermizos del donjuán fueron aflorando sin tapujos y una tarde le levantó la mano. Águeda no le dio tiempo a bajarla; sin pensarlo dos veces, le pateó los testículos y lo dejó en el suelo en posición fetal, llorando como un crío.

Cuando Águeda volvió al despacho de Alfredo para pagarle sus honorarios, con la única intención de cortar por lo sano aun a riesgo de suspender sus exámenes, él se deshizo en disculpas, se humilló como nunca había visto hacerlo a nadie. Entonces era él quien estaba fascinado por ella, quien no podía vivir sin verla. La joven aceptó continuar preparándose con Alfredo, pero no dejó nunca más que tomara la iniciativa. Se acostaban de vez en cuando, pero siempre cuando Águeda lo llamaba, en hoteles del centro de Madrid o en una casa que el abogado tenía en la sierra. Pero cuando aquella noche escuchó al otro lado del teléfono la voz de una mujer, que bien podía ser la esposa de Alfredo, tomó la decisión de desprenderse de esa relación enfermiza que empezaba a tener tintes patológicos y que no solo la perjudicaba a ella misma, sino que también podía romper una familia.

Unos golpes enérgicos pidiendo permiso para entrar devolvieron a Águeda al presente.

—Pase.

—¿Da su permiso, señoría? —dijo una voz masculina desde el otro lado de la puerta.

—Ya le he dicho que pase. ¿Quién es usted y qué se le ofrece?

—Soy Julián González, el secretario judicial de este juzgado. Hasta hace unos días era el hombre de confianza del juez don Román Sánchez Pintado. Estoy dispuesto a ayudarla en lo que necesite. Le aseguro que conozco todas las causas que tenía entre manos su antecesor.

—Le agradezco su interés, señor González. El resto de sus compañeros no parecen tan dispuestos a facilitar mi incorporación al puesto.

—No les haga mucho caso. Ya los irá conociendo, no son mala gente, lo que pasa es que llevan meses haciendo lo que les da la gana y ahora tienen miedo a que alguien como usted los ponga en su sitio. Su señoría, el juez Sánchez Pintado, hacía tiempo que había relajado un tanto sus costumbres, me temo, y eso contagió a los funcionarios a su cargo...

—Bueno, tampoco quiero que empecemos nuestra relación laboral con una guerra de guerrillas. Lo mejor será que los reúna, si me hace el favor, y pongamos las cosas claras desde el principio.

En diez minutos, el servicial Julián González reunió a los funcionarios del juzgado n.º 1 de Valdemoro. Águeda fue memorizando sus nombres y

cargos mientras se iban presentando. Después los llamó por su nombre, uno a uno, a su despacho. «Divide y vencerás», se dijo y así se fue empapando de la *trascendental* labor de sus subordinados.

Todos salieron del despacho de la jueza con el convencimiento de que la tenían en el bote. De que esa joven novata se dejaría llevar por la inercia de la rutina, por esa serie innumerable de prebendas y privilegios consentidos que la costumbre y el tiempo habían consolidado, convirtiendo un equipo de personas, antes eficiente, en una maquinaria lenta y pesada, incapaz de cumplir los plazos.

16

La jueza Águeda Luna comenzó a devorar expedientes atrasados. Siguiendo un metódico orden de fecha de entrada, fue resolviendo las causas estancadas en la mesa de Sánchez Pintado. La mayoría de los asuntos eran simples litigios por injurias, algún altercado de bar, juicios de faltas, pequeños robos de cuantías que no llegaban a delito penal... Lo peor era descubrir, de vez en cuando, entre la montaña de carpetas, un juicio sin celebrar que tenía que archivarse por exceder los plazos y que se resolvía con un delincuente en la calle; o lo que es peor, fases de instrucción eternizadas por la demencia de su predecesor que habían mantenido al presunto autor del delito en la cárcel sin tener pruebas en su contra que lo justificara. González, el secretario judicial, tuvo que emplearse a fondo para dar cumplimiento a los autos, notificaciones de comparecencia, etc., que la inexperta jueza producía con eficacia y celeridad. Pronto, la pila de causas triviales se aligeró y la hija mediana del revisor pudo concentrarse en el expediente más grueso que desbordaba los archivos del despacho: el expediente 243/75.

—Sánchez Pintado estaba obsesionado con ese asunto —le dijo González—. Estoy convencido de que fue lo que le hizo perder la razón. Pasaba horas y horas investigando sobre ese caso, desatendiendo el resto de sus asuntos pendientes.

—¿De qué trata?

—Nada del otro mundo, un simple juicio de faltas. Un individuo que se hacía pasar por lo que no era, pero que, de algún modo, le interesó a su señoría hasta la locura.

—Siga...

—Como quiera, pero espero que usted no caiga en la misma obsesión que su antecesor... Le repito que no es más que una tontería.

—Permítame a mí juzgar la pertinencia de la investigación.

—Todo comenzó en noviembre de 1975, un pobre hombre presentó una denuncia por usurpación de la personalidad con ánimo de lucro. Parece ser que alguien lo había suplantado aprovechando que estaba de baja médica y se había apoderado de su empleo en el Ministerio de Trabajo; de ordenanza, si mal no recuerdo. El denunciado, un tal Jacinto Méndez Pascual, se hizo pasar por el enfermo durante seis meses. Cobró su sueldo cambiando los datos de la nómina. Cuando el denunciante se dio cuenta de que no recibía las pagas por su baja médica descubrió el engaño.

—¿De qué me suena a mí ese nombre? —dijo Águeda interrumpiendo a su subordinado—. Continúe, por favor.

—Su señoría conocía al tal Jacinto Méndez, me llegó a decir que le había dado clase de latín a sus hijos en Madrid, antes de que se separara de su mujer y dejara su brillante carrera en la judicatura para acabar en este destino, impropio de un juez de su talla.

Águeda dejó hablar al funcionario. No le gustaba demasiado que le contaran chismes, pero algo le decía que había mucho que investigar en esas carpetas manchadas de tinta y ceniza de puro. González le fue describiendo el progresivo deterioro de su anterior jefe. Las noches sin salir de su despacho, la compulsiva recopilación de datos sobre el tal Jacinto Méndez... Bebía mucho y mezclaba el alcohol con los antidepresivos, y eso lo llevaba a un creciente estado de idiotez. A menudo arrastraba a González a un tugurio cercano a la estación y allí se ponía a llorar lamentando su mala estrella. Y así, ahogado en bebidas espirituosas soltó la lengua. Confesó los motivos de su ostracismo. El juez, cegado por los celos, había intentado matar a su mujer y solo la intervención del juez decano de Madrid había impedido su procesamiento penal. Todo en aras al buen nombre de la justicia y de la respetabilidad del poder judicial.

—¿Y eso qué tiene que ver con el encausado?

—Parece que el tal Jacinto acabó siendo un «capullo». Su señoría lo pilló enseñándole algo más que latín a su esposa. El muy cobarde escapó dejando al señor juez ante su mujer aún desnuda entre las sábanas, o eso era lo que contaba don Román. Solo la intervención de sus hijos, que

acudieron alarmados por los gritos, pudo impedir la tragedia. Pero aún le dio tiempo a dejarla mal herida, con evidentes marcas de ahogamiento en el cuello. Hubo que llamar a emergencias y de ahí el destierro al Juzgado n.º 1 de Valdemoro.

—Sigo sin recordar de qué me suena este nombre —musitó, casi para sí, la jueza.

Una oportuna llamada telefónica de Daniel, su padre, alejó a Águeda de sus pensamientos difusos:

—¿Cómo está mi juez favorita?

—Me gusta más jueza, la jueza, papá.

—Perdona hija si te molesto —dijo Daniel al detectar algo de crispación en las palabras Águeda.

—¿Cómo vas a molestarme? Tú llámame como quieras. Es que creo que es necesario que nosotras mismas, las pocas que ejercemos esta profesión, la feminicemos, aunque tengamos en contra hasta la propia Real Academia de la Lengua. No me hagas caso, estoy divagando. ¡Cuánto me alegro de oír tu voz! Estoy abrumada con el trabajo. ¡Aquí hay tantos papeles! Una persona necesitaría diez vidas solo para ordenarlos.

—Tranquila, podrás con todo, como siempre puedes con lo que te propones.

Águeda despidió con un gesto a su subalterno buscando un poco más de intimidación. Hablar con su padre la devolvía a la infancia o, al menos, a un estado de vulnerabilidad que no le apetecía compartir con nadie fuera de su familia.

—Esta vez es algo más que memorizar lecciones. Esto es la vida real, papá, y me temo que todavía no estoy preparada para afrontarla.

—Bueno, eso ya se verá, tú límitate a hacer una cosa detrás de otra. La mayoría de los problemas se resuelven con un poco de orden, separando lo importante de lo banal, ocupándose de lo más preciso y olvidándose de lo accesorio.

—¡No te reconozco, papá! ¡Te estás volviendo todo un filósofo! —se admiró Águeda recordando el carácter apocado de su padre antes del accidente.

Hablaron un buen rato de cosas intrascendentes, pero esas palabras cruzadas en la distancia actuaron como un sedante sobre el ánimo de la

joven que le permitió recordar de qué le sonaba el dichoso Jacinto y le preguntó a su padre:

—¿Te acuerdas cuando me contaste lo que había sucedido en el vagón antes de tu accidente? ¿Cómo se llamaba el muerto del gabán?

—Jacinto Méndez «Nosequé», ¿por qué lo preguntas?

—Por nada, pura curiosidad —mintió Águeda—. Me preguntaba si Martín y tú seguíais buscando culpables...

—No te rías de dos viejos. El tiempo te hará reconocer las bondades de la intuición y aprenderás que nada en este mundo pasa por casualidad.

—Puede que tengas razón, papá —dijo la jueza acariciando suavemente la carpeta azul que había vuelto loco a su antecesor, el dichoso expediente 243/75.

17

Daniel colgó el teléfono con cuidado de no hacer demasiado ruido. Había sentido la imperiosa necesidad de llamar a su hija después de hacer el amor con Rosario en la hora de la siesta. No es que se sintiera culpable por ello, solo era que volver a estar con una mujer después de tanto tiempo le hacía recordar su vida anterior. No había tenido relaciones con ninguna mujer desde que murió Elisa, su añorada esposa, y ahora que gozaba en brazos de otra, sentía que había retrocedido en el tiempo, que volvía a ser el hombre dispuesto a disfrutar de lo mejor de la vida. El viejo revisor sabía que su hija acabaría por enterarse de su relación con Rosario, pero a pesar de su desconcertante desinhibición verbal, no se atrevía a contárselo a Águeda.

Rosario se desperezó, todavía soñolienta, y observó con los ojos dormidos como Daniel la miraba con un brillo húmedo.

—¿Estás llorando?

—¿Llorando? Los hombres no lloran, y menos los revisores jubilados de la RENFE —bromeó Daniel reponiéndose del momento de debilidad—. Acabo de hablar con mi hija y la he encontrado un poco cansada.

—Es normal, ¡con lo que tiene encima, la pobrecita! Es demasiado joven para tanta responsabilidad.

—Podrá con ello, aunque sabes que yo hubiese preferido otra vida más tranquila para ella —mantuvo Daniel—. Por cierto... mañana me voy de viaje con Martín. Vamos a Logroño.

—¿Y qué se os ha perdido a vosotros en La Rioja? Si puede saberse...

—Nos gusta viajar por puro placer, ahora que tenemos tiempo, yo jubilado y él de vacaciones, dos amigos que disfrutan de su tiempo libre, no hay nada malo en ello.

—Eres un embustero —dijo Rosario colocándose a horcajadas sobre el revisor—. Tú lo que quieres es librarte de mí. ¿Es que ya he dejado de gustarte?

—¿Eso crees? ¿Cómo podría convencerte de que te equivocas?

Daniel rodeó las caderas de su amante y comenzó a mecerla suavemente mientras su sexo otoñal recobraba el vigor de cuando tenía veinticinco noviembrés.

A la mañana siguiente, Martín le estaba esperando ya en el tren, con un traje impecable, muy distinto a los que llevaba cuando servía como agente itinerante.

—¿A qué se debe tanta elegancia? Podías haberme dicho que íbamos a una boda, para no desentonar.

—Me gustaría que Tornos no me reconociera desde el principio. Si piensa que mi intención es comprarle uno de los coches que vende estará más dispuesto a contestar nuestras preguntas.

—¿Y yo cómo me escondo?

—De ti no se acordará, vestido de paisano pareces otro. Además, con esa sonrisilla de pavisoso enamorado que se te ha puesto, nadie diría que eres un viejo verde seductor de camareras de estación.

Daniel rio con ganas. No estaban solos en el compartimiento y eso les privaba de la necesaria intimidad para hablar de su investigación. No obstante, Martín hizo partícipe a su amigo de los avances de sus pesquisas en solitario entre lo más granado de las putas madrileñas:

—Nuestro alcalde era un cliente asiduo de los burdeles del Foro. En los bares de la calle Montera también lo conocían como el alcalde de Ateca. Seguro que más de uno oyó el nombre de ese pueblo por primera vez de la boca de don Damián. Siguiendo las señas del remite de las cartas que encontraste llegué hasta *la pretendiente* de nuestro alcalde fingido. Estaba muy molesta por no haber respetado su palabra de alejarla de las calles.

—¿Le preguntaste por el del gabán?

—Claro, pero dijo no saber nada de él. Al que sí que recordaba era a nuestro estudiante de Farmacia. Él era quien le escribía esas cartas tan floridas que encontraste el otro día en Ateca.

—O sea, que algo unía a Damián y el estudiante...

—Eso parece, al menos tienen algo en común. Los dos conocían a Lupita, o mejor dicho, a Pedro José, como reza en su carnet de identidad.

—Vaya con el señor alcalde...

—Lo cierto es que la tal Lupita guardaba muy buen recuerdo de ambos. De don Damián por haberle prestado una atención que va un poco más allá del amor tasado y del estudiante de Farmacia por haberlo ayudado a cultivar esa relación epistolar con el pobre alguacil.

—¿Y dices que el estudiante y el travesti vivían en la misma fonda? Pues sí que debía de ser pobre el boticario para alojarse entre semejante fauna.

—Todavía no sabemos nada de él. Solo lo que nos dijo en el tren. Y recuerda que no nos dio tiempo a preguntar mucho.

Antes de viajar hacia Logroño, la investigación sobre el representante de la Mercedes condujo a Martín a un elegante piso del barrio de Salamanca. Allí había pasado su niñez la esposa de Tornos y allí vivían todavía sus padres, los suegros del representante de la firma alemana. Bastó una llamada telefónica al concesionario oficial Mercedes de Madrid para comprobar que el donjuán ya no trabajaba allí, sin embargo, la persona que lo atendió no pudo, o no quiso, darle el paradero de su antiguo compañero, así que el policía decidió visitar la dirección que le había proporcionado el vendedor de coches en la investigación inicial.

Martín prefirió preguntar por el sospechoso al portero de la finca, un individuo que resultó ser un chismoso ex guardia civil que compatibilizaba su media pensión por invalidez con la explotación de la portería. Por él se enteró de que el pájaro había volado. Que el suegro, que tan bien lo había situado a merced de sus influencias políticas como antiguo procurador en Cortes, lo había obligado a mudarse a Logroño con toda su familia, «Para alejarlo del vicio de Madrid», dijo el portero.

—Cuando se fueron todos, ella —y me refiero a su mujer—, lloraba desconsolada y le juraba a su madre que no volvería a hablar al padre —continuó el locuaz conserje—. La pobre tiene más cuernos que la sala de trofeos del Generalísimo, pero está loquita por su hombre.

—Quien tiene el vicio de las mujeres, no le importa dónde buscar nuevas conquistas —razonó Martín—. No creo que alejarse de Madrid lo convierta en marido ejemplar y padre amantísimo.

—Eso pienso yo, pero así, al menos, su suegro no lo ve a diario y no tiene que soportar que le vengan con cuentos. Que la gente es muy mala y le gusta mucho largar de lo que no le importa...

«Como tú», pensó Martín. Al cabo de unos minutos, el portero tuvo que dejar por un momento la charla para atender a uno de los vecinos. Un cartero asomó por la portería y, asumiendo que el policía era un vecino del edificio, le entregó la correspondencia de la finca para que el conserje la distribuyera, como cada día, en los buzones del patio de escaleras. Así fue como Martín se enteró de la dirección exacta de Tornos: una voluminosa carta dirigida a nombre de su suegro, lo localizaba en una zona residencial de la capital de La Rioja.

Cuando el portero regresó a la entrada blandiendo un cubo de agua en una mano y el mocho de la fregona en la otra, el policía se alejaba por la acera, mostrando todavía una leve cojera que se resistía a desaparecer a pesar de que ya había pasado tiempo del accidente.

Para llegar a Logroño no pudieron evitar un tedioso transbordo en Zaragoza. Los dos amigos tuvieron que esperar durante dos horas en la estación del Portillo, hasta subir al tren que los llevaría a tierras riojanas. Martín dormitaba plácidamente en un banco metálico y Daniel paseaba por el andén recordando las innumerables esperas que había sufrido entre tren y tren en su dilatada vida profesional. Se acercó a saludar a viejos conocidos en el control de las salidas y compartió con ellos bromas de ferroviarios. Junto al andén de llegadas admiró las máquinas de acero que se aproximaban haciendo sonar los frenos y se permitió una lágrima de nostalgia mezclada con cierta envidia. Su retiro no había sido deseado, y eso pesaba en su ánimo.

Junto a las escaleras metálicas, se cruzó con el maquinista con el que había formado equipo los dos últimos años. El mismo que conducía el convoy el día del accidente y que, inexplicablemente, resultó ileso.

—Hombre, Daniel, ¿qué haces tú por Zaragoza? —preguntó el maquinista sin esperar respuesta—. Te veo bien. Perdona que no fuera a

visitarte al hospital, pero ya sabes cómo están las cosas en la empresa, por más que sea pública, últimamente estamos haciendo doble turno. Esto no hay quién lo entienda, falta personal y jubilan anticipadamente a los mejores.

—No pasa nada, ya sé que preguntaste por mí cuando estaba fuera de juego. ¿Quién va hoy a Logroño?

—Marcial, el de Vallecas.

—¿No me digas que por fin ha llegado a maquinista?

—Ya ves, al final le ha servido más estar en la junta de personal por el sindicato que los años de servicio. Bueno, chico, perdona que te deje que llego tarde y si yo llego tarde...

Daniel se dio cuenta de que su antiguo compañero se sentía algo culpable del accidente. Si bien la investigación posterior al descarrilamiento lo había exonerado, era una mancha en su expediente, un borrón con consecuencias mortales. Seis vidas segadas antes de tiempo que quizá hubiera podido evitar si hubiese estado más atento a las vías y menos a la *Interviú* que leía. Encontrarse con el viejo revisor le hacía remover la herida y prefería evitarlo.

Daniel desanduvo sus pasos y volvió a sentarse junto a Martín. Del bolsillo de su chaqueta sacó una gastada novela de su idolatrada Agatha Christie: *Asesinato en el Orient Express*. El ejemplar, en edición de bolsillo, evidenciaba la cantidad de veces que había sido leído. A pesar de que el revisor era muy cuidadoso, las hojas de papel barato se exhibían arrugadas en grupos irregulares, y la cubierta había perdido color. Para evitar que se abriese como una lechuga madura, Daniel sujetaba las páginas con una goma elástica que colocaba alrededor de su muñeca cuando leía. No utilizaba marcapáginas para señalar por donde iba, había leído tantas veces la novela que se la sabía prácticamente de memoria, y de memoria acudía al párrafo exacto para continuar donde lo había dejado.

Pero esa tarde no le bastaba la Christie para evadirse del mundo. A su mente volvía una y otra vez la imagen de su hija, rodeada de papeles y de hombres horribles, ejerciendo una profesión que había marginado a la mujer desde tiempos inmemoriales. A pesar de sus reparos estaba orgulloso de Águeda y de su firme propósito de entrar en la carrera judicial.

Daniel recordaba con cierta emoción cuando Águeda le había mostrado la noticia de la entrada en la judicatura de Josefina Triguero, en enero de 1978. La primera jueza de España. Se estrenó en los juzgados de Navalmoral, provincia de Badajoz. Tenía treinta años y toda una carrera por delante. Triguero estaba sola en un mundo de hombres y la única hija del revisor quería que dejara de estarlo. Águeda aprobó en el primer intento, fue juez antes de tener siquiera el carné de conducir, antes de conocer el mundo real más allá de su casa y de los libros de Derecho. Y eso es lo que temía Daniel cuando el tren expreso con destino a Logroño y paradas en Tudela, Alfaro, Calahorra y Agoncillo hizo su entrada triunfal en el andén número cuatro.

18

Águeda se había instalado en un estudio de un dormitorio con un saloncito y cocina americana. El piso era diminuto, pero le bastaba para lo poco que lo utilizaba, además estaba situado a cinco minutos del juzgado y eso lo hacía todavía más cómodo. La cocina todavía estaba sin estrenar. Solía comer cualquier cosa en el bar que abría siguiendo el ritmo de la actividad judicial. El menú del día no estaba mal y los dueños, cuando supieron que era la nueva jueza y que era tan joven, la mimaban como si fuese de la familia.

—Tiene que comer más, señorita —le decía Clotilde, la cocinera y esposa del dueño, al comprobar que casi nunca acababa sus raciones—. Si no van a decir que en Valdemoro no tratamos bien a los que imparten justicia.

—La culpa es suya, que me pone los platos muy llenos. No piense que no aprecio sus guisos. Garbanzos como estos —señalaba Águeda—, no los había probado desde que murió mi madre.

El ritmo de la oficina del Juzgado n.º 1 de Valdemoro se fue adaptando a los horarios espartanos de la nueva titular. Los oficiales se turnaban para asistir a su jefa y se fueron contagiando de su entusiasmo y de su capacidad de trabajo. Si en un primer momento habían sentido rechazo por la jueza sustituta, todos sin excepción lo habían sustituido por una mezcla de respeto y admiración. Lo cierto es que Águeda sabía motivar muy bien a su equipo. Asignaba a cada funcionario tareas que le hacían sentirse importante y eso hacía que todos ellos volviesen a ser como cuando tomaron posesión de su plaza de funcionarios en su primer destino, con la ilusión y la vocación de servicio público intacto, sin la pátina de tedio con

la que el paso de los años y la rutina había cubierto su carrera administrativa.

Con ese nuevo impulso, el juzgado fue despejándose de causas que sufrían retrasos injustificables. Águeda despachaba con eficacia casos que acumulaban polvo en pilas interminables de carpetas azules. La mayoría de las veces, bastaba con aplicar el sentido común, con emplazar a las partes para un careo que solía acabar en acuerdo gracias a la intervención de la jueza y las urgencia de los litigantes. Aunque eso valía para las causas civiles, en las penales la cosa era distinta. Águeda seguía sintiéndose insegura a la hora de impartir justicia en un juicio penal que podía llevar a la cárcel a una persona. Por eso se obligaba a repasar una y mil veces los informes de la instrucción.

Julián González había asumido el papel de mano derecha de la jueza Luna, como había hecho con su antecesor, Sánchez Pintado. Lo cierto es que era un tipo competente, algo zalamero con sus superiores, pero gran conocedor de la pesada y lenta maquinaria judicial. Él le mostró a Águeda los obstáculos propios del sistema que impedían avanzar a buen ritmo los procedimientos. También le enseñó unos cuantos trucos de viejo funcionario de justicia como, por ejemplo, dirigirse siempre a la secretaria de un juez antes que intentar contactar con el propio magistrado.

—Es mejor que hablemos con Pepita, señorita —decía González—. El juez Gallardo no hace nada sin su aprobación. Pepita controla su agenda, y no recibe ni una llamada sin su consentimiento, aunque se trate de una colega. Si queremos que el juzgado de Pinto colabore con nosotros, tenemos que ganarnos a Pepita —insistía.

Por mucho que el Ministerio de Justicia quisiera modernizar al poder judicial, eran los funcionarios quienes seguían marcando el tiempo, y en la mayoría de los juzgados, se había detenido en el siglo XIX.

Águeda quería cambiar esa inercia, como todos los nuevos jueces de la nueva democracia española. Se sentía partícipe de una generación renovadora, sin los lastres de un régimen dictatorial que había constreñido la independencia judicial hasta límites inaceptables incluso para el propio estado franquista. Una extensa red de favores, prebendas, derechos no escritos que pasaban de padres a hijos, otorgando impunidad a la clase dirigente que había crecido a los pechos del dictador y toda su cohorte de

aduladores. Lamentablemente, esa lacra no se podía erradicar de un plumazo. Era necesario el paso del tiempo y, sobre todo, de las personas que vivían ancladas en la época anterior.

Y es que, para muchos jueces, todavía seguía vigente la Ley de los Principios del Movimiento Nacional que regía a la justicia franquista, aquella Ley Orgánica del Estado promulgada en 1958 como disfraz necesario para revestir al régimen de una apariencia democrática aunque, en realidad, todo siguiera igual.

Las nuevas hornadas de jueces tenían ante sí una labor titánica para dotar a la justicia de estructuras democráticas que hicieran efectiva la separación de poderes que tanto se había echado de menos en la dictadura, y lo mismo sucedía con la tan cacareada tutela judicial efectiva. Águeda había sido educada añorando las leyes republicanas. Sus padres le enseñaron que había algo más que la justicia divina, que las leyes las hacen los pueblos y que de ellos depende la convivencia. Quizá eso fue lo que la decidió a estudiar Derecho.

En las últimas semanas, la joven jueza había recurrido a su hermano en varias ocasiones. Arturo, desde su despacho de la calle Serrano, subía como la espuma en el bufete. Al especializarse en mercantil, se ocupaba de operaciones societarias, nuevas compañías y, en general, de todo lo que oliese a dinero. Y Águeda, por su parte, utilizaba los conocimientos de su hermano para asuntos más prosaicos: estafas, sociedades pantalla, fuga de capitales, denuncias de herederos...

En uno de esos feos asuntos de familia volvió a aparecer otra vez el expediente 243/75. Jacinto Méndez Pascual estaba involucrado en un litigio sobre unas tierras de labrantía. El juez Sánchez Pintado había subrayado en rojo el nombre del encausado hasta taladrar la hoja. Se trataba de una viuda que denunciaba la falsedad de un testamento ológrafo, es decir un el escrito del puño y letra por la persona que hace testamento y no por un notario, presentado ante el juez por Méndez Pascual, en orden al artículo 689 del código civil. En el sumario, el juez había grapado una página de papel cebolla arrancada con evidente rabia, dada la irregularidad del corte.

La pobre viuda se lamentaba de que un perfecto desconocido pudiera despojarla de parte de su herencia. Pero el juez no pudo hacer nada al respecto. El testamento parecía legítimo y lo único que paralizó su ejecución fue la incomparecencia ante el juez de una de las partes.

19

Daniel y Martín llegaron a Logroño al anochecer. Como no tenían ninguna prisa por abordar el interrogatorio de Tornos, ni tampoco hubiese sido apropiado hacerlo con nocturnidad y alevosía, decidieron buscar un alojamiento para pasar la noche. En la misma estación, encontraron la dirección de una fonda cercana que se anunciaba como económica, limpia y de confianza. Lo de económica se confirmó al instante, en cuanto a lo de limpia y de confianza...

Al contrario a lo que suele ser lo habitual, la pensión Loli estaba regentada por un hombre. «Loli debió de ser su mujer», pensó en voz alta Martín, pero resultó que el nombre del establecimiento era una herencia de los antiguos dueños. Martín y Daniel se instalaron en una habitación con balcón y dos camas de noventa. No tenía baño, en su lugar, dos descascarillados orinales de loza se brindaban solícitos para el alivio de las vejigas de los que no querían salir al pasillo y usar el retrete común.

El propietario los recibió con el delantal puesto. «Estaba con las cenas», les dijo y los conminó a sentarse a la mesa sin darles opción a rechazar la oferta. Daniel y Martín no tenían ganas de buscar un sitio donde reponer fuerzas en una ciudad que no conocían, así que se arriesgaron a probar las bondades de la cocina de la pensión Loli.

—De primero hay sopa de ajo y de segundo merluza a la romana —dijo el patrono y cocinero desde el final del pasillo.

En la mesa se sentaban también otros dos huéspedes: una señora de mediana edad y un individuo que dijo ser viajante de artículos de mercería.

—No se dejen engañar por las apariencias —comenzó diciendo el viajante dirigiéndose a los dos investigadores—, el señor Vandrés no es

mal cocinero.

—No se puede decir lo mismo de su forma de limpiar la vajilla — opinó la mujer de mediana edad mientras frotaba enérgicamente el plato con la servilleta.

Martín, que siempre había sido muy escrupuloso con las cosas de comer, examinó la cuchara, el tenedor, la servilleta y el plato, pero no encontró nada que reprochar. Por su parte, Daniel se enzarzó en una animada conversación con el representante de lencería:

—¿Es buena plaza Logroño para sus productos?

—No crea, en mi negocio cada vez es más difícil vender artículos de calidad. Las jóvenes prefieren las prendas cómodas y yo me dedico a las fajas y a los sostenes con refuerzo. ¿No se ha fijado usted que las chicas de hoy están cada día más flacas? Le aseguro, caballero, que la edad dorada de la corsetería se ha acabado, si no fuera porque me falta poco para jubilarme dejaría este negocio...

La charla se interrumpió con la llegada de la sopa de ajo. Su potente aroma recordó a los comensales que tenían hambre.

—No le he echado mucho chorizo por si a alguno de ustedes no le gustaba. Es mejor pecar de poco que de mucho.

Pero lo cierto es que todos pensaron que de lo que pecaba el casero era de tacaño. A pesar de todo, la sopa estaba bastante buena. La olla seguía humeando en el centro de la mesa y Daniel incluso repitió.

—Señor Vandrés, ¿sabe usted dónde está el concesionario de Mercedes? Mañana queremos hacer una visita a un conocido que trabaja allí —preguntó Martín.

—Claro hombre, faltaría más. No tiene pérdida. —Y continuó hablando mientras les dibujaba un tosco plano en una servilleta de papel—. Hace tiempo tuve un 300 D. ¡Qué maravilla de coche! ¡Cómo me miraban todos al pasar! Lástima que tuviera que venderlo para tapan algún agujero... ¿Su amigo es de Logroño?

—No, hace poco que se trasladó aquí. Antes trabajaba en Madrid, de eso lo conocemos —intervino Daniel.

—Pues entonces ya sé quién es. Logroño es como un pueblo. Precisamente vive en el mismo bloque que mi hermana pequeña. No me hablo con ella, pero me llevo bien con su marido, mi cuñado. Solemos ir

juntos a ver algún partido de fútbol al bar de Curro y me he cruzado más de una vez con el amigo de ustedes en el portal. Con él y con su encantadora esposa, que por cierto, está esperando un hijo ¿lo sabían?

—¿Y qué tal le va al bueno de Alberto?

—Imagino que bien. Los coches de lujo siempre se venden. Ya saben ustedes que los ricos no saben de crisis. Además su amigo dio un buen braguetazo. Ya sabrán ustedes que su suegro es un ricachón y no tiene más que esa hija. Bueno, eso es lo que se dice por aquí...

El señor Vandrés siguió hablando de las bondades de su añorado Mercedes 300 D mientras servía el pescado; y, tras un frugal postre, todos se retiraron a sus habitaciones.

A la mañana siguiente, los dos amigos prefirieron desayunar en un bar próximo al concesionario. Desde allí pudieron ver entrar a los empleados sin despertar la menor sospecha. Alberto Tornos llegó pasadas las nueve y media. Desde el bar, Martín y Daniel observaron cómo saludaba a los compañeros, sobre todo a las dos secretarias, y cómo tomaba asiento en una de las mesas que daban al escaparate. Desde luego, su nuevo cargo no debía ser muy importante si ni siquiera tenía despacho propio. Parecía que su suegro lo había castigado de verdad y que le estaba haciendo pagar sus excesos.

Martín abrió la puerta de cristal seguido de Daniel.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —preguntó Tornos solícito pensando que eran clientes.

—¿Es usted Alberto Tornos? —dijo Martín.

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—A mi amigo y mí os gustaría hablar con usted de un asunto personal. Si lo cree conveniente podemos salir fuera.

—¿Nos conocemos? —preguntó Tornos—. ¿No son ustedes los del tren expreso? ¿El policía y el revisor?

—Vaya, pensaba que no nos reconocería. Precisamente por el accidente del tren estamos aquí —intervino Daniel contraviniendo la orden de no intervención de Martín.

—Estamos visitando a todos los que se encontraban en su compartimiento ese día. ¿Recuerda usted a este hombre? —preguntó Martín mostrándole la fotografía de Jacinto Méndez.

Tornos se puso lívido. Sujetaba entre los dedos la fotografía del hombre del gabán sin atreverse casi a mirarla. Pensaba que el asunto del tren era una cosa olvidada. Que todo había quedado zanjado una vez que se descartó el atentado terrorista. Y ahora se presentaban ese viejo policía y su amigo ferroviario a remover la mierda. ¿No era suficiente con el exilio para pagar su deslíz con Encarna?

—No se qué decirle —mintió Alberto.

—Yo le voy a ayudar un poco a hacer memoria —intervino Daniel—. Poco antes del descarrilamiento, ese pobre diablo cayó a nuestros pies después de acusarles a ustedes de envenenarlo.

—No veo dónde quieren ustedes llegar. Yo no tengo nada que ver con el accidente. Ya presenté mi declaración en el juzgado. Pero si no les importa, hablaremos en un lugar más discreto. En el bar de enfrente estaremos tranquilos.

Los tres hombres salieron del concesionario y cruzaron la calle hasta la cafetería que había propuesto Tornos, la misma que habían visitado Daniel y Martín pocos minutos antes. Pidieron unos cafés y ocuparon una mesa alejada del bullicio de la barra.

—¿A qué han venido ustedes aquí? No tengo nada que ocultar —dijo Tornos.

—Quiero que nos cuente todo lo que recuerde del, llamémoslo, incidente del tren.

—No hay mucho que decir, agente. Un tipo desequilibrado irrumpe en nuestro compartimiento, se pone a beber un refresco y nos acusa de algo inverosímil. El resto lo saben ustedes tan bien como yo.

—¿Por qué viajaba usted a Zaragoza?

—Asuntos profesionales que no vienen al caso.

—Eso, permítame que sea yo el que lo juzgue. Si no tiene nada que ocultar, dígame la verdadera razón de su viaje a la capital aragonesa.

—Ya saben, o deberían saberlo a estas alturas, lo de mi aventura con Encarna...

—Para echar un polvo no hace falta irse uno a Zaragoza, si me permite la franqueza —opinó Daniel haciendo gala de su impertinente descaro.

—Queríamos estar tranquilos. La verdad es que fue ella la que insistió en salir de Madrid. Temía que alguien nos viese juntos. Ahora que lo pienso, algo raro sí que es. Ella está soltera y no tiene por qué ocultarse, soy yo el que tenía algo que perder, a las pruebas me remito...

—¿Quién sacó los billetes a Zaragoza?

—Le repito que Encarna quería ser discreta. Nos conocimos en una cafetería parecida a esta, situada enfrente de las oficinas centrales de Mercedes Benz Madrid. Nada más verla me sentí atraído por su dulzura, por su pudor cándido... La invité a un café y esa misma tarde volvimos a vernos en el Retiro. Seguimos conociéndonos durante un mes. Ella solo me permitía besarla cuando nadie miraba y no me dejó nunca llegar a más. Encarna me había prometido entregarse sin tapujos en Zaragoza, o al menos así me lo dijo cuando se presentó con los billetes una semana antes del viaje.

—¿Han seguido en contacto después del accidente? —preguntó Daniel.

—No he vuelto a saber nada de ella. Cuando mi suegro se enteró de ese viaje que no podía justificar por trabajo, me dio un ultimátum: o dejaba Madrid y mi vida de crápula —fueron sus palabras— o me quedaba en la calle sin mujer, familia ni trabajo. Les aseguro, señores, que mi suegro puede llegar a ser muy convincente —dijo Tornos mientras se masajaba la muñeca como si el propio recuerdo de lo que estaba contando le impidiese ocultar una mueca de dolor.

—¿Está usted seguro de que no conocía de nada al muerto?

—Si le soy sincero, agente, en el tren no lo reconocí, pero al verlo ahora en la fotografía, con mucho mejor aspecto, me ha recordado a un antiguo cliente de Madrid.

—¿No me diga que ese indigente se dedicaba a comprar coches de lujo?

—Él no, pero acompañaba como chófer a un pez gordo, un viejo conocido de mi suegro, un falangista de los que todavía cortan el bacalao, reconvertido en demócrata de toda la vida.

—¿Y su nombre es...?

—No voy a decirle nada más. Conozco mis derechos, ahora estoy esperando mi tercer hijo. Quiero a mi mujer y no voy a echar a perder mi matrimonio por un asunto que todo el mundo ha olvidado.

—No todo el mundo, caballero —replicó Daniel—. Solo le pedimos que si recuerda algo más nos llame. Descuide, seremos discretos.

Alberto tomó las dos tarjetas que le alargaba el revisor y las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Sin mediar más palabra se levantó de la mesa y regresó a su puesto de trabajo dejando a los dos amigos mirándose con cara de póquer.

20

Águeda creía que por fin le había tomado el pulso a su responsabilidad. Había resuelto los asuntos más sencillos con rapidez y eficacia y eso contribuyó a que la joven jueza reforzara su autoestima. «La primera a quien tengo que demostrar mi competencia es a mí misma», se repetía en los momentos de flaqueza. Los funcionarios del juzgado veían cómo despejaba el atasco que el juez Pintado había creado y se contagiaron del entusiasmo de su nueva jefa.

Águeda, naturalmente, era consciente de esos cambios y temía que todo se fuese a desmoronar si no sabía mantener la ilusión entre sus filas. Por eso tenía especial interés en aclarar el expediente 243/75 que involucraba al misterioso Jacinto Méndez Pascual. Incluso procuraba estudiarlo fuera del juzgado, donde ninguna mirada curiosa pudiera descubrirla. Por nada del mundo quería que alguien pensara que estaba cayendo en el mismo pozo de su predecesor, pero lo cierto es que el extraño caso estaba empezando a obsesionarla más de lo que era capaz de admitir.

Los legajos de información del expediente la abrumaban, y decidió ordenar cronológicamente los papeles. El juez Sánchez Pintado parecía tener un sentido del orden, como poco, peculiar. O quizá su paranoia lo había llevado a confundirlo todo, sin ningún esquema aparente, sin nada que diera cohesión a las pruebas. Por eso Águeda pensó que sería interesante hacer una visita al hospital psiquiátrico donde se recuperaba el juez.

En un primer momento pensó en pedirle a Julián que la acompañara, pero al final prefirió ir sola un sábado en taxi.

El hospital psiquiátrico de Santa Isabel, en Leganés, había sido la institución elegida por la familia de Sánchez Pintado para aislarlo del mundo.

La antigua construcción ducal se hallaba muy lejos de responder a la planificación consciente de un hospital modelo. El edificio principal, destinado a los hombres, constaba de dos alas, unidas por un vestíbulo artesonado, a las que se accedía por anchas escaleras de piedra, con un solo piso y buhardillas. Estas alas formaban un ángulo recto, que se completaba hasta formar un cuadrado con una huerta y un jardín. En el ala derecha se hallaba un salón espacioso destinado al dormitorio general, así como siete dormitorios particulares que, vulgarmente, se denominaban jaulas. En uno de los ángulos de estas habitaciones había un sillón de hierro, que podía servir de descanso y de silla de comodidad, ya que estaba horadado en el centro y se había colocado un orinal. Además, en el ala izquierda se habían arreglado cuatro celdas destinadas a furiosos, que recibían luz de una galería que daba a la huerta —casi una hectárea de tierra—, y las puertas tenían un ventanuco accesible solo desde fuera, para vigilar al enfermo. En uno de esos habitáculos diminutos, con las paredes forradas de hule acolchado para evitar que los enfermos se autolesionaran, se encontraba el juez, amarrado a la cama por las extremidades.

Águeda había concertado la cita directamente con el director del centro, un joven médico psiquiatra que había aterrizado en Leganés hacía menos de un año.

«Estaré encantado de recibirla», le había dicho el médico a Águeda en respuesta a su llamada telefónica. «Su colega es uno de nuestros más ilustres internos».

Pero Sánchez Pintado no estaba para visitas. Su actual presencia en el módulo de furiosos presagiaba una comunicación más que difícil.

—Ha tenido una recaída. Cuando hablamos usted y yo estaba muy tranquilo. Tanto que tomé la decisión de bajarle la sedación. Pero el miércoles, cuando le comuniqué su visita, tuvo un brote violento que me ha obligado a aislarlo por su seguridad y la de los otros internos.

—Siento mucho que mi petición haya desencadenado todo esto...

—No se culpe, señorita, enfrentarse a sus miedos forma parte del tratamiento. Se trata de un tipo de catarsis controlada. El enfermo puede

exteriorizar sus manías y nosotros, los médicos, podemos escudriñar, o por lo menos intuir, la naturaleza del problema. De hecho, señorita, pretendo que nos entrevistemos con él para ver cómo responde. Por eso no la he llamado para anular la visita.

—Doctor, le ruego que no seamos tan formales, mi nombre es Águeda y mi visita no es oficial.

—En ese caso, Águeda, me presentaré: soy Miguel, y confieso que no estoy de guardia. La verdad es que tenía una gran curiosidad por conocer a alguien como usted, una jueza.

—Espero no haberte decepcionado —coqueteó Águeda sin pretenderlo, pasando al tuteo.

—¡Nada de eso! ¡Todo lo contrario! —Se ruborizó el médico—. Tu voz sonaba joven al teléfono y eso me intrigó todavía más... Pero si te parece, vayamos a mi despacho antes de nada. Tengo el expediente de tu colega, y no estaría mal que te comentara algunos detalles de su tratamiento.

—¿No crees que nos haría falta el consentimiento de la familia?

—No vamos a tratar nada que sea confidencial. Además, en el tiempo que llevo aquí nadie lo ha visitado. Solo quiero que conozcas la verdadera naturaleza de su enfermedad.

—Te sigo —dijo Águeda.

Caminaron durante unos minutos por el largo pasillo enlosado en mármol que multiplicaba el sonido de las pisadas. El despacho de Miguel, cerrado por una puerta con una vidriera traslúcida en la parte superior, se mostraba perfectamente ordenado. Sobre la mesa descansaba un único expediente, no demasiado abultado. No estaba rotulado con el nombre del juez, «Será para respetar la confidencialidad médico paciente», pensó Águeda.

—El señor Sánchez Pintado recibió una terapia electro-convulsiva nada más ser ingresado —leyó el doctor.

—¡Dios mío! ¿Eso con electroshock?

—Sí, pero no es tan extraño. La gente tiene una idea equivocada de este tipo de tratamientos. La terapia electroconvulsiva ha recibido mala prensa, en parte debido a su potencial para causar problemas de memoria y, sobre todo, por cómo se ha mostrado en las películas. Desde que se

introdujo, en los años treinta, se ha disminuido en forma considerable la dosis de electricidad, lo cual reduce enormemente los efectos secundarios, incluido la pérdida de memoria. Sin embargo, este tipo de tratamiento puede causar confusión, neuralgias, presión arterial baja o alta, dolencias musculares...

—E imagino que mucho dolor durante la descarga...

—No, de ninguna manera. El procedimiento se realiza siempre con anestesia general. Al paciente se le administra un relajante muscular. Luego se aplica una pequeña cantidad de corriente eléctrica en la cabeza para provocar actividad convulsiva en el cerebro. Esto dura aproximadamente cuarenta segundos. También administramos medicamentos para impedir que la convulsión se extienda por todo el cuerpo. Solo las manos y los pies se mueven ligeramente durante el proceso.

—¿Y a cuántas sesiones se sometió el juez?

—La terapia electroconvulsiva suele administrarse una vez cada dos días durante un total de doce sesiones, pero a veces se necesitan más. Aquí hay anotadas un total de treinta —señaló el doctor—. Debió de venir en un estado deplorable.

—¿Y es normal que le aplicaran electricidad nada más llegar a este sanatorio?

—En el historial médico que acompañó su ingreso, según veo, se indicaba que no había respondido al tratamiento farmacológico habitual. Mis colegas no hicieron nada más que aplicar el procedimiento habitual —excusó Miguel en un arranque de proselitismo corporativo.

—Perdona mi ignorancia, solo es que pienso que tanta descarga habrá minado más de lo debido su memoria.

—Lamento darte la razón. No recuerda nada de su vida anterior. Apenas responde a los estímulos exteriores. Solo parece tranquilizarlo mirar por la ventana el jardín.

—¿Y cuál es diagnóstico que le llevó a ingresar?

—Sufre el síndrome de Capgras, también conocido como «ilusión de los dobles». Es un trastorno que forma parte de un proceso psicótico. El afectado tiene la creencia delirante de que una persona cercana con la que existe un vínculo emocional, por lo general un familiar con el que convive,

ha sido reemplazada por otra persona, un sustituto idéntico tanto en su físico como en su forma de actuar, lo que le provoca fuertes sentimientos de miedo y rechazo hacia esa persona a la considera un impostor.

—¡Es horrible!

—Imagina por un momento la situación: vuelves del trabajo, y tras abrir la puerta de casa te encuentras con un extraño, que se parece mucho al familiar con el que compartes hogar, pero algunas diferencias te hacen pensar que no lo es. El miedo, e incluso el terror que puede provocar esta situación generan un gran sufrimiento psicológico.

—No es para menos.

—Por qué ha sido reemplazado, por quién o para qué, son preguntas que la persona que sufre el síndrome no es capaz de explicarse, lo que añade aún más incertidumbre y miedo a la situación. Esto suele derivar en un rechazo hacia el *sustituto*, siendo este el primer síntoma que puede apreciar el entorno de los enfermos.

—Sánchez Pintado, tengo entendido, tuvo graves problemas con su mujer.

—No es de extrañar. Ponte en el caso contrario, que tu marido, de buenas a primeras, afirmase que no eres con quien se casó, que eres una extraña y que no quiere compartir la casa contigo, insistiendo en que salgas de su vida, ya que eres una completa desconocida. ¿Cómo te sentirías? Pues así es como se siente el sustituto: sorpresa, extrañeza, incompreensión... Sabes que hay un problema y que es grave, pero no cómo solucionarlo, pues por muchas explicaciones que trates de dar, o intentes aportar pruebas de que eres quién dices ser, la persona que sufre este síndrome no parece querer comprender que nada ha cambiado.

—Entonces, ¿Sánchez Pintado decía que su mujer no era ella?

—Claro, aunque la ilusión de los dobles es más frecuente en mujeres, también se da en hombres. Puede ser temporal o crónica, y aparecer en cualquier momento de la vida, generalmente asociado a un suceso traumático. Actualmente no existe un consenso sobre el origen y mantenimiento del síndrome de Capgras. Lo que sí se ha observado es que a menudo aparece junto con trastornos orgánicos como lesiones craneoencefálicas o tumores cerebrales, así como junto a enfermedades

psicológicas como la esquizofrenia paranoide, la depresión psicótica o los trastornos delirantes.

—Según tengo entendido, el juez pilló a su mujer en la cama con otro. ¿Pudo eso desencadenar su locura?

—Sin duda. Eso explicaría muchas cosas. Aunque la infidelidad bien pudo suceder solo en la mente del pobre hombre. Cualquier malentendido basta para que el enfermo se convenza de que es cierto que lo engañan. Su paranoia hace el resto. Pero esto no puedo asegurarlo, no hay nada al respecto en el historial clínico. Parece como si se hubiese omitido deliberadamente.

—No es de extrañar, si fue la familia la que lo internó.

—Sí, su mujer figura como la ordenante del ingreso. Según parece, pidió su incapacidad legal por demencia y el juzgado se la concedió. En los momentos de lucidez, lo único que repite tu colega es que quiere mucho a su mujer, a su verdadera mujer, no a esa que vive en su casa de Madrid. Es obvio que su mente no admite que la persona que amaba pudiera engañarlo y por eso la cree una impostora.

—Tengo entendido que intentó matarla...

—Puede ocurrir. Ten en cuenta que para estos enfermos sus familiares no son tales, los creen dobles que han asumido sus personalidades y se sienten tentados a desenmascararlos cueste lo que cueste.

—¿Y es normal que Sánchez Pintado pudiera seguir ejerciendo como juez durante un tiempo?

—Si estaba alejado de la que creía doble de su esposa, sí.

—Lo estaba. Al juez lo trasladaron tras la agresión a su mujer. Algo así como un paso atrás en su carrera que lo llevó a Valdemoro. Los que tuvieron trato con él dicen que empezó a comportarse de manera extraña nada más llegar a su nuevo destino.

Miguel sugirió visitar al enfermo en su celda de aislamiento, pero antes quiso advertir a la jueza de la crudeza de lo que iban a encontrarse:

—No te asustes —dijo Miguel antes de abrir la puerta—. El juez está sujeto a la cama con correas de cuero. Son para evitar que se haga daño. Ayer estuvo a punto de arrancarse los ojos. Verás las consecuencias en su cara. Está sedado, pero voy a inyectarle algo que lo despertará de su letargo.

El médico flanqueó la robusta puerta de hierro. Pidió a Águeda que esperase un poco a que el fármaco hiciese efecto. Animada por Miguel, Águeda accedió al cubil. En un principio no pudo reprimir una mueca de asco. La habitación olía a orines y excrementos. Eso no parecía importarle al médico, así que ella hizo de tripas corazón y, pinzándose la nariz con dos dedos, se aproximó a la cama de hierro.

—Tiene usted visita —susurró Miguel cerca del oído del enfermo—. Es una colega suya que quiere preguntarle algo de su juzgado.

El juez hizo ademán moverse, así que el médico le aflojó las correas y pudo incorporarse. Con un leve gesto, Miguel indicó a Águeda que podía hablarle.

—Buenos días, señor juez. Soy Águeda Luna, estoy en su juzgado sustituyéndolo hasta que se reponga...

El enfermo no articuló palabra. Se limitó a abrir un poco más los ojos, observando a su suplente de hito en hito.

Águeda no se atrevía a decir nada más. Al rato, el pobre hombre inició un farfallo salivoso, incomprensible al principio, pero que se fue aclarando conforme lo repetía como un mantra:

—Dos, cuatro, tres, setenta y cinco. Dos, cuatro, tres, setenta y cinco. —Y así siguió hasta que los dos jóvenes abandonaron la celda.

21

Águeda aceptó el ofrecimiento del director del hospital psiquiátrico de Leganés y viajó con él hasta Madrid. La joven abogada llevaba sin permitirse un fin de semana de descanso desde su toma de posesión en Valdemoro y pensó que necesitaba un poco de calor de hogar para reponerse de las últimas emociones.

Miguel conducía despacio, como si quisiera que el viaje durase más. Águeda le había gustado desde el primer momento y quería prolongar su compañía. Era casi mediodía, así que cerca de Villaverde, con toda naturalidad, el doctor propuso comer en un restaurante que conocía, a medio camino de la capital de España.

—Tienen la mejor brasa que puedas encontrar. Entre semana, el comedor está atestado de gente, pero los sábados son bastante más tranquilos.

De primero pidieron una ensalada para compartir; y de segundo, la parrillada de carne que se anunciaba como el plato de la casa. El vino ayudó a soltarles la lengua y, tras la segunda botella, se dieron cuenta de que el camarero los miraba con fastidio. Se habían quedado solos en el comedor. Pagaron la cuenta algo achispados y se enfrentaron al sol de la tarde.

—¿Estás en condiciones de conducir? Mejor sería que diésemos un paseo para bajar la comida —propuso Águeda sin dar tiempo a su acompañante para responder.

Miguel, con cierto descaro, la cogió de la mano y caminaron hacia una alameda cercana. Mientras paseaban, escucharon el inconfundible sonido del agua de un riachuelo, y conforme se acercaban a los árboles, vieron cómo lo que parecía apenas una acequia, discurría entre los troncos,

formando una lámina cristalina fresca y fragante. Siguieron el curso de la corriente hasta un recodo menos pendiente donde se formaba una poza artificial de agua mansa. Águeda se descalzó, se remangó los vaqueros y se refrescó los pies cansados. Lo hizo desinhibida por el efecto del alcohol y no le importó que Miguel viese que tenía los calcetines agujerados por los pulgares. Él se sumó al pediluvio sentándose junto a ella, quizá demasiado cerca.

Águeda sintió que invadía en su espacio vital y se levantó un poco molesta.

—¿Crees que en algún momento podré hablar con el juez?

—Eso espero. Hay que confiar en la ciencia. Me he propuesto recuperarlo para que pueda desenvolverse en el mundo real.

Águeda volvió a sentarse junto a Miguel y ambos jugaron distraídamente arrojando piedras al agua. De una forma natural, continuaron charlando hasta que las primeras sombras del atardecer los despertaron del embrujo.

—¿Continuamos el viaje?

—Cuando quieras, Águeda. Desde aquí estamos a quince minutos del centro. Cualquiera día llega el metro a Villaverde...

—Eso piden los vecinos desde hace tiempo. Madrid se está convirtiendo en un monstruo que devora a sus hijos, fagocitando a los pueblos y convirtiéndolos en barrios.

—Ya sabes los que dicen: mejor es ser cola de león que cabeza de ratón...

—Eso no es más que el punto de vista de los leones...

—Me ha gustado mucho pasar el día contigo, ¿cuándo lo repetiremos?

—Yo también he disfrutado. Lamentablemente mi trabajo no me permite muchas distracciones —se excusó Águeda que se daba cuenta de que el médico iba demasiado deprisa—. De todas formas, seguiremos en contacto para que me informes de la evolución de Sánchez Pintado.

—Claro, serás la primera en enterarte de cualquier cambio en su estado. Pero no sé cuánto tiempo podré tratarlo en el hospital...

—Tenía entendido que estaba internado de forma permanente.

—Así es, pero está a punto de producirse un cambio importante en la política sanitaria del manejo de los enfermos mentales. Nuevos métodos que pasan por reinsertar a los pacientes en las familias, devolverlos a una vida lo más parecida a la normalidad.

—Eso parece como si el estado quisiera quitarse un peso de encima para echarle el muerto a la sociedad.

—El tiempo lo dirá. No obstante, no sé si la familia del juez estará muy dispuesta a llevárselo a casa. Te recuerdo que desde que lo conozco no ha recibido ninguna visita de sus hijos y mucho menos de su mujer.

—Entiendo lo de su esposa, pero sus hijos...

—No juzgues y no serás juzgado, dice la Biblia.

—Mala frase para quien, como yo, no se dedica a otra cosa.

—Ja, ja... Es cierto, ¡soy un estúpido!

Ambos siguieron bromeando y comentando cosas banales hasta que, una vez en Madrid, pasaron por delante del último bar que había abierto el hermano menor de Águeda, Baltasar.

—¿Te apetece una cerveza? Todavía no he estado en El Kutre, el propietario es mi hermano —propuso Águeda.

El Kutre era uno de esos establecimientos surgidos por todo Madrid al rescoldo de la movida. Apenas una barra sin taburetes, poca luz, altavoces enormes y un pequeño escenario para la música en directo. Por allí circulaban grupos de nombres estrambóticos formados por chavales que derrochaban entusiasmo y talento, pero que carecían de la menor formación musical. Las letras de las canciones, llenas de provocación y modernidad, suplían la impericia con los instrumentos y, la mayoría de las veces, las actuaciones no eran más que un patético desfile de disfraces.

Baltasar, convertido en un empresario de éxito en la noche madrileña, no solía pasarse por sus establecimientos hasta altas horas de la madrugada, pero como El Kutre acababa de despegar, aquella tarde estaba detrás de la barra.

—¡Gueda! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace aquí la jueza más guapa de toda la judicatura?

—Menos lobos, Caperucita. Eres un desgraciado, hermanito. No me has llamado desde que estoy en Valdemoro —bromeó Águeda con un fingido mohín mientras le estampaba un sonoro beso en la mejilla.

—Tengo unos horarios terribles —se excusó Baltasar—. Pero pienso mucho en ti. ¿Quién es este pollo? ¿No me digas que te has echado novio?

—Es un amigo —se precipitó a decir Águeda sin poder reprimir el rubor de sus mejillas—. De hecho, acabamos de conocernos...

—Pues no lo parece —mantuvo el más pequeño de los Luna con una sonrisa cómplice—. ¿Cerveza?

—Claro, para eso venimos. ¿Cómo está papá?

—Apenas lo veo. Anda con su amigo el policía jugando a los detectives. Creo que ayer volvió de Logroño.

—Eso lo explica todo. Lo llamé el jueves y no estaba en casa, pero pensé que estaría con su nueva *amiga*... Espero que esta noche podamos cenar juntos. He llamado a Arturo esta mañana y ha prometido pasarse por casa de papá.

—No contéis conmigo, tengo mucho lío. Para mí el sábado es el peor día de la semana. O mejor dicho... el mejor para el negocio.

—Pues ahora mismo no es que tengas mucha gente, querido.

—Espera a que sea de noche y verás. Hoy tocan Desgarro Anal y esto se va a llenar de pijos disfrazados de punks.

—¡Vaya con el nombrecito del grupo! —opinó Miguel por no verse desplazado de la conversación.

—Cuanto más irreverente es el nombre del grupo, más fans. Tampoco hace falta que sean grandes músicos. Basta con que digan tacos, hablen de sexo o, simplemente, chapurreen el inglés. Los Desgarro cumplen todos los requisitos.

Águeda observó cómo entraban los músicos al local. Eran prácticamente unos críos, tres chicos y una chica con el pelo cardado y teñido de colores. Los cuatro llevaban pantalones rotos y camisetas estampadas con nombres de grupos ingleses. Descargaron los instrumentos de una furgoneta blanca que exhibía un letrero bien grande: «Pescados y Mariscos Domínguez». Parecía que no se habían preocupado mucho en limpiar el vehículo antes de cargar, puesto que la batería y los bafles

apestaban a pescado podrido. A ellos no parecía importarles, pero a Baltasar sí.

—Sois unos guarros, chavales —les reprendió—. Os dije la última vez que no volveríais a tocar si traíais este tufo...

—No me toques los *güevos*, rey mago, si nos pagaras con algo más que cerveza podríamos alquilar una buena burra y no tendríamos que robarle esta a mi padre —gruñó el bajista que cargaba con un amplificador Marshall junto al guitarra.

Miguel se acercó a los artistas e incluso les ayudó a montar el equipo. Resulta que el joven doctor era un músico frustrado. Reconocía que había intentado aprender a tocar la guitarra, el bajo y hasta la batería, pero no fue capaz de dominar ningún instrumento. Sin embargo, disfrutaba con la sola visión de un Fender Jazz Bass como el que se encontraba apoyado en la pared.

—¿Americano? —preguntó Miguel admirado

—Claro, es una reedición del Jazz Bass del 62 —contestó orgulloso su propietario, cambiando el tono desafiante de su respuesta por algo cercano a la camaradería.

Águeda dejó a su acompañante disfrutar del ensayo de los Desgarro mientras charlaba animadamente con su hermano, o al menos lo intentaba dado el nivel de decibelios que abrumaba el local. Casi eran las nueve de la noche cuando sonó el teléfono. Baltasar ordenó a los músicos que bajaran el volumen y descolgó.

Al instante, dejó el teléfono en su base y miró a su hermana con el rostro descompuesto.

—Era Arturo. Papá ha muerto.

22

Nadie está preparado para la muerte de un padre. Ningún hijo es capaz de asimilar que un ser que te ha acompañado toda tu vida, que te ha arropado cuando eras pequeño, que te ha limpiado los mocos o te ha acompañado al colegio en tu primer día, te deje sin más, sin despedirse, sin que puedas decirle lo mucho que lo quieres o lo odias. Daniel se marchó de este mundo sin hacer ruido, simplemente se recostó un poco sobre la mesa después de comer y murió tranquilo. Rosario creyó que dormía y esperó con paciencia durante una hora hasta que se dio cuenta de que tanto sueño no era normal. Lo zarandó suavemente al principio, y enérgicamente cuando la desesperación y el miedo le nublaron el juicio. Él, simplemente, se escurrió de la silla, lacio e inerte, exento todavía de la rigidez de la muerte. Se desparramó sobre el suelo embaldosado como si fuera una ameba, un cuerpo sin huesos ni tendones, sin el armazón capaz de sujetar la carne muerta.

Cuando los tres hermanos, acompañados por Miguel, se presentaron en la casa de Daniel, ya se habían llevado el cadáver. Rosario los esperaba con la mirada hundida en el regazo. No sabía qué decirles, sentía vergüenza por estar allí, como si fuese una intrusa culpable de robarles los últimos minutos de su padre.

—Está en el tanatorio de San Isidro —dijo entre sollozos.

—Rosario, tienes que decirnos cómo ha sido —pidió Águeda sobreponiéndose al dolor.

—El médico de urgencias que ha certificado su muerte ha dicho que ha sufrido un ictus fulminante que podía ser consecuencia del accidente del tren.

—Pero de eso hace meses. ¿Y cómo es que el médico sabía lo del tren?

—Yo se lo dije. Me preguntó si había sufrido algún golpe fuerte en la cabeza y le conté lo del descarrilamiento.

—Un trombo puede estar circulando sin causar daño hasta que se hace lo suficientemente grande como para obstruir un vaso y desencadenar un proceso tan grave como el que, al parecer, ha sufrido vuestro padre —informó Miguel por deformación profesional, quien no había querido dejar sola a Águeda a pesar de su breve amistad.

—El médico dijo que no ha sufrido —susurró Rosario para intentar aliviar el dolor de los hermanos.

—Habrá que preparar todo para el entierro —dijo Arturo asumiendo su primogenitura—. Hay que llamar a los tíos del pueblo y publicar una esquela en el *ABC*.

—Yo me voy al tanatorio. Quiero verlo. No me resigno a pensar que se haya ido así, sin despedirse.

—Águeda, sería mejor que mantuviésemos a papá vivo en la memoria.

—Habla por ti, Baltasar. ¿Alguien se viene conmigo?

—Vamos todos —sentenció Arturo.

Miguel y Rosario se quedaron al margen. Baltasar pidió un taxi y sin que fuese necesario decir nada más, los tres hermanos, abrazados en los asientos traseros del vehículo, lloraron juntos en el trayecto al tanatorio.

Nada más llegar, Águeda pidió ver el cuerpo de su padre, pero le informaron de que aún no estaba preparado. Mientras esperaba, Arturo se hizo cargo del papeleo y Baltasar se ocupó del sórdido examen del muestrario de ataúdes que sostenía el funerario sobre el regazo. Eligió uno sencillo, pero de buena madera, forrado de una tela acolchada de color claro, con las letras iniciales en dorado y sin vidrio en la tapa. «¡Por nada del mundo hubiese querido estar expuesto en un escaparate!», pensó el menor de los Luna. También se preocupó de pagar la factura. A pesar de ser el menor, era el que disfrutaba de la mejor situación económica.

Águeda, más serena, preguntó por el certificado médico que seguramente habrían entregado para trasladar el cuerpo. Le extrañaba que el facultativo que atendió la llamada de auxilio de Rosario no hubiese tenido la menor duda de la causa de la muerte. Por mucho menos, ella había ordenado practicar autopsias.

Desde la cabina telefónica del velatorio llamó a urgencias pidiendo el nombre del doctor que había atendido a su padre. Tuvo que hacer uso de todo el poder que le confería su cargo para que el sanitario se pusiera al teléfono; de hecho, hasta que no amenazó con una denuncia por obstrucción a la justicia, no hubo manera de conseguirlo.

—Su padre murió de un accidente cerebrovascular, una apoplejía de toda la vida —afirmó categórico el médico—. No hacía falta hurgar en su cabeza para saberlo. Llevo más de veinte años ejerciendo y no necesito que un forense me diga lo que ven mis ojos.

—No pretendía dudar de su profesionalidad, solo me extrañaba lo rápido que ha sucedido todo.

—Lo entiendo, señorita, y le aseguro que he hecho lo mejor en estos casos. No obstante, está en su derecho si desea solicitar una segunda opinión. Basta con que presente la petición al juzgado de guardia. Pero le reitero que no servirá de nada, solamente para retrasar el funeral y hacer sufrir más a su familia.

Águeda aceptó las explicaciones del médico, que, por otra parte, coincidían con la opinión de Miguel. Se sintió enfadada consigo misma por confundir su profesión con el deber de hija, con ver fantasmas donde solo había desgracia y dolor. A su regreso a la sala de espera encontró a Martín, el amigo de su padre al que apenas conocía, hablando con sus hermanos.

—Él te adoraba, Águeda. —Quiso consolarla el policía—. No sabes lo orgulloso que estaba de ti. No paraba de hablar de su hija jueza, de los criminales que ibas a meter en la cárcel, de lo mucho que harías por la justicia. Todavía no me creo que ayer estuviéramos juntos en Logroño investigando a un sospechoso y que ahora...

—De esas investigaciones hablaremos en otro momento, Martín.

Martín no quiso tirar de la lengua a la jueza, no era el momento, pero realmente se moría de curiosidad por saber a qué se refería. El caso del muerto en el tren estaba cerrado oficialmente y todo lo que había investigado hasta ahora lo había hecho en sus vacaciones. Solo le faltaba que la jueza informase a la Dirección General de sus actividades extraoficiales y terminara amonestado.

La sala del velatorio pronto se fue poblando de antiguos camaradas del revisor. Todos destacaban su profesionalidad, su compañerismo y lo mucho que se habían reído con él. Los hermanos aceptaban el pésame con gesto afligido y resignación. Águeda recibió besos de muchas personas que no había visto en su vida. A las pocas horas, sus ojos ya estaban secos de lágrimas. Enrojecidos y cansados por la vigilia, se mantenían abiertos a duras penas, obligados por las circunstancias y las convenciones sociales.

Pese a que ella ya había decidido que no quería volver a verlo, la llegada de Alfredo, su preparador de oposiciones a judicatura, actuó sobre Águeda como el mejor de los calmantes. El maduro abogado irrumpió en el velatorio como siempre lo hacía: lleno de arrogancia, consciente de el magnetismo que producía sobre las mujeres. Había sido muy generoso con la loción de afeitar y su perfume inundó la cargada estancia. Se dirigió directamente a Águeda y la besó en las mejillas mientras la abrazaba con fuerza. Águeda se sintió tentada de disolverse en el abrazo, a olvidarse de todo acurrucada en el pecho de Alfredo. Ella pensaba que se había librado para siempre de su influencia, pero estaba claro que estaba equivocada, todavía la subyugaba su mirada de suficiencia, que matizaba con palabras suaves.

El abrazo se prolongó más de lo que Águeda hubiese querido permitirse. Tuvo que ser su hermano Arturo el que lo rompiera.

—Han venido los tíos del pueblo.

Águeda, sonrojada y molesta, se retiró de los brazos de su antiguo amante y se recompuso la blusa. Frente a ella esperaban en fila sus primos y sus tíos de Cardiel de los Montes, el pueblo de Toledo donde había nacido Daniel. Apenas los conocía; sin embargo, lamentaba no haberse relacionado con los que la unían a sus raíces toledanas. Baltasar se percató del sofoco de su hermana y fue a su rescate. Haciendo alarde de sus dotes como relaciones públicas, saludó a cada uno de sus parientes, les preguntó por la familia, se interesó por las cosechas y estrechó manos a diestro y siniestro.

Águeda buscó a Alfredo con la mirada, pero el abogado ya se había ido.

23

De vuelta en su juzgado de Valdemoro, Águeda recobró su condición de mujer fuerte y decidida. Esos días se había sentido vulnerable y se había dejado arropar demasiado por los suyos. En su despacho se sabía capaz de todo, o por lo menos así debía mostrarse.

El secretario judicial la puso al día de lo acontecido en su ausencia. Tres asuntos menores: una disputa en una comunidad de vecinos, una queja por ruidos procedentes de un bar de alterne y la denuncia de un marido a su mujer por abandono de hogar.

Todos los compañeros del juzgado le expresaron sus condolencias. Águeda les agradeció las flores que habían enviado al velatorio y les pidió que volvieran a sus ocupaciones. «Trabajando es como mejor podré superar este trance», les dijo.

A pesar de su intención, no podía concentrarse. Se sentía culpable por haber perdido el tiempo comiendo con Miguel en lugar hacerlo con su padre en casa, como era su primera intención. ¡Quién sabe si ella hubiese podido hacer algo por evitar su muerte!

Pensar en Miguel llevó a Águeda al juez Sánchez Pintado, en lo desvalido que lo había encontrado en el psiquiátrico de Leganés. Su vista se posó en los números que repetía y que coincidían con en el maldito expediente 243/75.

Siguiendo con la asociación de ideas, Águeda recordó el perfume a lavanda de Miguel que tanto contrastaba con el fuerte aroma de Alfredo. El carácter y el aspecto del psiquiatra eran el polo opuesto del abogado; nada resultaba estridente. Su ropa sencilla, pero impecable, a juego con su físico, infundía cercanía, como si se rodease de un aura de confianza que facilitaba la confidencia. De hecho, era lo más apropiado para su oficio.

Miguel se ganaba la vida escudriñando las mentes ajenas, escuchando pesadillas y diagnosticando las obsesiones de sus pacientes; y ese envoltorio de proximidad debía de facilitarle mucho las cosas.

Águeda hubiese querido que Alfredo saliese totalmente de su vida, pero su irrupción en el velatorio volvió a encender el deseo casi animal que su sola presencia le despertaba. Alfredo había intentado retomar la relación en varias ocasiones, pero Águeda había conseguido vencer las tentaciones y esperaba que todo siguiera igual. «Ha sido un momento de debilidad», se dijo. «Todo volverá a su cauce cuando me quite su olor de la cabeza», quiso convencerse.

—Señoría, tiene una llamada —interrumpió Laura, que manejaba la centralita telefónica simultaneando su labor como auxiliar administrativa—. Es el doctor Miguel Sebastián, dice que es importante.

—Pásemelo, Laura.

—¿Cómo te encuentras, Águeda? —se interesó Miguel en cuanto le pasaron con la jueza.

—Razonablemente bien. El trabajo me ayuda y si algo sobra en este juzgado es trabajo. Me han dicho que tienes algo importante que decirme...

—La verdad es que ha sido una excusa para que me pasaran contigo, siempre me dicen que estás ocupada...

—El personal del juzgado tiene órdenes de restringir mis llamadas entrantes, solo me pasa las urgentes.

—Espero no molestarte demasiado.

—Nada de eso, precisamente estaba pensando en ti —mintió Águeda—. Podíamos vernos el fin de semana.

Águeda quería hacer realidad el dicho de «Un clavo saca otro clavo» y el joven doctor parecía un buen candidato. No es que se sintiese con fuerzas para iniciar una relación seria, solo quería que alguien, a poder ser del género masculino, la ayudara a avanzar, a alejarse de la pesada sombra de Alfredo y su tóxica influencia. ¿Quién mejor que un psiquiatra para librarlo de una obsesión?

—Cuenta con ello. Además quizá pueda darte buenas noticias sobre el juez. Está experimentando una leve mejoría. Desde que te vio ha sufrido

un cambio positivo, una ligera evolución que me hace pensar que despertaste algo en su mente y que le ha devuelto algo de lucidez.

—De veras agradezco tu llamada, pero ahora estoy muy ocupada. Nos vemos el sábado en el bar de mi hermano —dijo Águeda, y colgó.

La jueza se sumergió en la rutina de despachar los asuntos más sencillos sin dejar de pensar en Sánchez Pintado. De algún modo, el viejo juez, además del cargo, también le había traspasado su obsesión. La extensa documentación que acumulaba el expediente 243/75 la atraía como la miel a las moscas. Ella sabía que solo había una forma de librarse de esa desazón: resolviendo de una vez el embrollo, sacando a la luz todas las aristas de la vida de Jacinto Méndez Pascual. Y para ello necesitaba la colaboración del policía Martín Villanueva.

Martín, todavía impactado por la repentina muerte de su amigo el revisor y una vez que se le agotaron los días de permiso, seguía vegetando en su mesa de la comisaría, relegado a meras tareas administrativas, sin más ocupación que clasificar expedientes que nadie iba a leer jamás. Sin apenas pretenderlo, fue prolongando sus pausas de descanso para alejarse del tedio que lo atenazaba: primero una hora, luego dos, hasta que dejó de volver por las tardes. Lejos de granjearse un expediente disciplinario, el comisario no le dijo nada. Al principio, Martín, que había querido utilizar sus ausencias del puesto de trabajo como una llamada de atención ante sus superiores, se sintió molesto ante la indiferencia, pero pronto se adaptó a esa extraña libertad y decidió utilizarla para continuar con sus pesquisas, aunque para ello tuviera que quebrantar las órdenes de sus superiores.

La dirección que rezaba en el carnet de Jacinto Méndez resultó ser el domicilio de la persona que lo había contratado como chófer. Parece que, y así se lo hizo saber la portera a Martín, el patrón de Jacinto se había jubilado y había vuelto a su ciudad natal: Granada. La portera recordaba a Jacinto perfectamente y lo describía como un hombre educado, algo reservado, pero agradable. Todo lo contrario a como se había mostrado en el tren.

—Connmigo era muy cariñoso, hasta me llevaba alguna vez en coche al centro cuando no estaba de servicio.

—¿Y no ha vuelto a verlo?

—Un par de veces vino a recoger las cartas que le llegaban a esta dirección. Yo se las guardaba hasta que un día me pidió que le indicara al cartero su nueva dirección: el número 1 de la calle de Fray Ceferino González.

El policía anotó las señas y se despidió dándole las gracias a la buena señora.

Martín reservó para otro día las nuevas señas de Jacinto. Tenía pendiente la visita a la calle la Higuera, 4 (que bien podía ser un siete o un uno), la dirección que encontró anotada en la cartera del muerto. Aunque no pudiese estar seguro del número de la calle, sí que estaba claro el bar de donde había salido la servilleta: el bar restaurante La almeja. Así que resultaba de lo más conveniente pasarse por ese establecimiento de nombre tan procaz.

El bar restaurante La almeja resultó ser más tugurio que restaurante. Un antro que proveía de bocadillos y café caliente a las prostitutas que constituían la principal clientela del local. Lo regentaba una antigua ramera que invirtió sus ahorros en algo distinto a la heroína o a enriquecer a un chulo. Se llamaba Soledad y conservaba todo el descaro que le hizo ser una de las putas más solicitadas de la calle Montera. No era demasiado guapa, pero mantenía bien su figura. Sin embargo, desde que reabrió La almeja, cerró las piernas a los hombres; o al menos dejó de abrirlas por dinero. Martín, que había visto morir tantas chicas envilecidas por la mala vida, se alegraba cada vez que veía a una de ellas abandonando las esquinas. La primera tarde que visitó el bar prefirió hacerlo de incógnito. Se apostó en el rincón más apartado de la puerta y se limitó a observar a los parroquianos. Las prostitutas entraban y salían solas o con clientes, utilizaban el baño o descansaban en grupos en torno a una mesa cerca de la puerta de cristal, a esperar que anocheciera y que los puteros, como ellas los llamaban, empezaran a revolotear en busca de carne fresca.

El segundo día, Soledad abordó directamente a Martín:

—¿Tú no serás un madero, no? Aquí no traficamos con drogas. Las odio. Estoy hasta el mismísimo de esa mierda. Mata a las chicas y las que malviven se venden a precios de risa.

—Nada de drogas, busco otra cosa —contestó Martín sin confirmar ni negar su condición de policía—. ¿Conoces a este *julai*?

Soledad tomó la fotografía que le alargaba Martín aunque no perdió mucho tiempo.

—No me suena de nada, jefe.

—Pues él debía de venir por aquí. Llevaba una de tus servilletas en la cartera.

—Pasa mucha gente por el local. Yo no los conozco a todos. ¿Qué ha hecho ese menda?

—Morirse.

—Pues que descanse en paz. Dejemos a los muertos tranquilos que ellos no molestan a nadie.

—Es que a este puede que lo ayudasen a ir al otro barrio, y yo soy muy curioso.

—Pues no lo seas tanto y tómate algo. Invita la casa. ¿O es que estás de servicio?

La antigua prostituta le llenó una copa de coñac Fundador y Martín no le hizo ascos. No solía beber ni por vicio, ni de servicio, pero pensó que el trago le iría bien. La propietaria del bar lo observaba sin saber muy bien a qué atenerse. Le mosqueaba el interrogatorio tan poco convencional, tan poco insistente, como si las respuestas no fuesen importantes o el que preguntaba ya supiese las respuestas de antemano. Estaba más preparada para los gritos y los empujones que para la sutileza de las medias palabras que utilizaba el viejo policía; y cuando este terminó su copa, Soledad ya estaba decidida a ayudarlo.

—Si quiere podemos preguntar al Pichatriste, lleva trabajando en esta barra desde que su padre lo echó de casa, y de eso ya hace treinta años. Estaba incluido en el traspaso del local y aquí sigue.

El sujeto en cuestión era un tipo enclenque que arrastraba un pie zambo por el entablado del interior de la barra. Su atuendo, no obstante, estaba impoluto, sin manchas ni arrugas. Parecía que quisiera mostrar al mundo que, a pesar de lo mal que le había tratado la madre naturaleza, él estaba dispuesto a vencer todos los obstáculos. Llevaba un bigotillo muy cuidado que atusaba insistentemente en un gesto involuntario convertido en un tic. Su voz no desmerecía su envergadura, era aflautada y carrasposa, fruto de todo el humo del tabaco que había aspirado en sus treinta años trabajando en el local. Nada más ver la foto le cambió la cara.

No pudo reprimir un gesto de asco que le hizo escupir en el suelo por no hacerlo sobre la propia fotografía.

—Ese tío es un hijo de puta. Y que me perdonen las putas que no tienen culpa ninguna, que para eso nos dan de comer...

—¿Lo conocías?

—Venía mucho por aquí antes que la doña Sole se hiciera cargo del negocio. Un tipo pendenciero que le gustaba meter cizaña. Se sentaba siempre detrás de los que jugaban al mus y se las arreglaba para que al final salieran discutiendo los que antes eran amigos. Hasta que al antiguo dueño de La almeja, el señor Miguel, se le hincharon las pelotas y lo echó del local con los morros bien calientes.

—¿Y no volvió?

—Sí lo hizo... A la mañana siguiente se presentó con dos gorilas que dejaron al señor Miguel lisiado de por vida. Yo había ido al mercado y para cuando regresé ya no pude hacer nada.

—¿Y tu jefe no lo denunció?

—Sí, pero no sirvió para nada. El cabrón tenía un juez que le cubría las espaldas y la cosa quedó en agua de borrajas. Sin testigos, solo con la palabra del señor Miguel, el de la foto se fue de rositas.

Martín sacó de la cartera la servilleta con la dirección escrita y se la mostró al camarero.

—Sí que es de las nuestras, pero no conozco esa calle. Sé cuál es la calle Higueras, cerca del camino del pozo del Tío Raimundo, pero, Higuera, a secas, no.

—Puede que no sea de Madrid. Yo tampoco la he encontrado en el callejero —reconoció Martín—. Pudo dársela algún cliente, ¿tenía aquí algún amigo?

—No que yo sepa. Se pasaba la tarde recortando los anuncios por palabras del *ABC* y, como ya le dije, metiendo cizaña a los que jugaban a las cartas.

—¿Y volvió alguna vez por aquí?

—No ha tenido *güevos*. Yo seré un *pichatriste*, pero no olvido una cara. El señor Miguel hizo mucho por mí y nada me gustaría más que devolverle el favor.

—Llegas tarde, murió hace unos meses.

Martín no esperó a la reacción del camarero, pagó la consumición, incluida la copa de coñac que le había ofrecido la dueña, y se largó con la chaqueta debajo del brazo.

24

Martín tenía pendiente una visita a los hijos de Daniel. Desde el entierro no había vuelto a hablar con ninguno de ellos, había preferido dejar pasar unos días para que pudieran digerir el duelo. En su memoria se mantenían frescas las palabras de Águeda refiriéndose a las pesquisas de su padre y él por Logroño. No sabía si se había metido en un lío con sus investigaciones extraoficiales, así que prefirió salir de dudas concertando una visita en el juzgado de Valdemoro.

La jueza Luna tenía la agenda completa, le había dicho la telefonista, pero siendo un amigo de su padre le haría un hueco para el jueves a las seis de la tarde, dentro de tres días. Entretanto, Martín pensó que sería una buena idea hacerle una visita al infante de Marina. El cabo primero especialista servía en el cuartel de Infantería de Marina de la calle Arturo Soria. Unas instalaciones inmensas rodeadas de un muro encalado para proteger de intrusos al acuartelamiento. En la garita de control le proporcionaron un pase de visitante y pidió que llamasen al sargento Broto, un viejo conocido suyo. Todo el mundo lo conocía como el sargento Terry, por su gran afición al *brandy* de jerez. Era un poco más joven que Martín y se conservaba en una buena forma física a pesar de sus excesos. Se vanagloriaba de hacer quinientas flexiones al día, o eso les decía a los futuros policías navales que instruía. Le gustaba castigar las faltas de disciplina con ejercicio físico y raramente mandaba a alguien al calabozo. Martín lo conocía a causa de su afición a las prostitutas. Una vez lo libró de una buena cuando el sargento se enfrascó en una pelea con uno de los chulos más pendencieros. Martín se limitó a separarlos y acabaron brindando borrachos por el glorioso pasado de la infantería de Marina. Desde entonces se veían de vez en cuando.

—El sargento le espera en el bar de oficiales —le comunicó el soldado de guardia—. No tiene pérdida, está enfrente de la cantina de tropa, al lado de los talleres.

Martín encontró a su amigo bebiendo con un subteniente de su compañía que acababa de ser ascendido tras más de veinte años de servicio.

—Llevo más mili que el palo de la bandera —le dijo el subteniente abusando del tópico—, me han dado los galones para que me jubile, pero yo me resisto. Le he cogido cariño a estos cabrones —balbuceó abrazándose al sargento.

Una vez que se libraron del oficial, que resultaba que estaba de guardia, Martín le preguntó al sargento abiertamente por el cabo primero especialista.

—¿Que si conozco al cabo Molins? No me jodas, Villanueva. ¿No lees los periódicos?

—No te entiendo. Claro que los leo.

—¿No te enteraste de que hace dos meses murió una mujer de un disparo, justo enfrente de este cuartel?

—Sí, hombre, dijeron que fue una bala perdida.

—Una nueve milímetros Parabellum para ser precisos. En un principio, acusaron a un pobre soldado que estaba de guardia. Como sabes, que para eso has hecho la mili, hay que entregar el subfusil al salir de guardia con la totalidad de la munición en el pañol de armamento. El soldado entregó una bala menos, y así quedó registrado en su estadillo. Así que cuando la policía científica determinó que el disparo había partido del cuartel, metieron en el calabozo al pipiolo. Tardaron en dar en el clavo, la pobre víctima murió de un disparo en el pecho y la bala no aparecía. Les costó una semana localizar el proyectil incrustado en un árbol. Mientras, el cabo primero Molins se largó a su pueblo de permiso. El falso acusado juraba y perjuraba que no había disparado su arma, que solo había sustraído la bala para hacerle un colgante a su novia. Cuando Molins volvió del permiso, aunque parezca increíble, confesó ser el responsable del disparo. Parece ser que el hijoputa de Gregorio Molins también estaba de guardia ese día y se aburría. Él dice que se le disparó el arma, pero nadie se lo traga. Lo tienes en la cárcel de Alcalá Meco esperando juicio.

—¿Y podría hablar con él?

—Está incomunicado. No me importa para qué quieres verlo, pero si lo estás investigando por algo civil, seguro que es culpable, no merece vestir este uniforme.

—Solo quería preguntarle algunas cosas. No se le acusa de nada, pero estaba presente en el escenario de una muerte que no sé si fue casual o no. Sé que te pido algo irregular, pero... ¿podría echarle un vistazo a su taquilla?

—En el ejército, la ley está del lado del que manda. Si puedes abrirla, y podrás, mira lo que quieras, mientras no te lleves nada, claro.

Los dos terminaron sus consumiciones y se dirigieron a los dormitorios de tropa. Los cabos primeros ocupaban la parte más alta del edificio, compartían planta con la Policía Naval. Normalmente eran soldados de reemplazo que habían sacado buenas notas en el curso de cabo segundo y eso les había permitido realizar las pruebas de acceso a cabo primero. Pero los que añadían a su graduación el epíteto de especialistas eran en realidad soldados profesionales. Tanto los de reemplazo como los especialistas servían en las mismos destinos, en el Cuartel General de la Armada, en la Jefatura de Apoyo Logístico (la JAL como la llamaban todos) o en la propia prisión militar de Alcalá de Henares donde ahora esperaba juicio Gregorio Molins.

Flanqueado por el sargento Terry, Martín accedió a la camareta de los cabos primeros. Una habitación doble, con dos camas de estructura de metal y sendas taquillas de chapa cuyas puertas brillaban como si las hubiesen esmerilado. La taquilla de Molins era la más cercana a la ventana. No estaba cerrada, en el cuartel se jactaban de la ausencia de robos, y menos dentro del edificio de la Policía Naval. No hizo falta más que un leve tirón para que pudieran hurgar en la intimidad de Molins. En el estante superior se disponían varias botellitas de colonia, espuma de afeitar y útiles para la higiene diaria perfectamente alineados. En el lado derecho colgaba el uniforme de gala. Martín registró los bolsillos y encontró un recorte del periódico *El País*. Leyó para sí:

De «bastante extrañas» calificó ayer una fuente policial las circunstancias de la muerte de María Gavarrón Fernández, de 50

años de edad. La mujer falleció el pasado jueves cuando paseaba, pasadas las ocho de la tarde, con su marido y su hija por la avenida de San Luis, casi en la confluencia con la calle de Arturo Soria. En la zona donde ocurrió el hecho se encuentra ubicado el cuartel de Infantería de Marina. Según declaraciones de la familia a la policía, un disparo, de procedencia desconocida, hirió de muerte a María Gavarrón. La mujer ingresó cadáver en La Paz. La bala originó un orificio de entrada y salida por el pecho.

Fuentes policiales han indicado que prosigue la búsqueda de la bala. Ayer se había rastreado prácticamente toda la zona, e incluso se vació una piscina cercana al lugar de los hechos en un intento por encontrarla. Además, adelantaron la hipótesis de que podía tratarse de un arma de mayor calibre que una pistola o un revólver. «Las características de la herida y la desaparición de la bala, que atravesó el cuerpo de la víctima, hacen pensar que se trata de un arma más potente», precisaron.

Martín no tuvo que seguir leyendo. Lo que sucedió a continuación tenía entre rejas a Gregorio. La Brigada de Homicidios localizó la bala 9 mm Parabellum, la munición que alimentaba al subfusil Star Z-70 B con el que se hacían las guardias en el cuartel y que todos conocían como Z. Sin embargo, la bala coincidía en calibre y fabricante con el arma reglamentaria de Gregorio: una pistola Star 9 mm. Seguramente el cabo primero desconocía, en el momento de marcharse, que había sido el causante de tan dramático suceso y cuando regresó del permiso, en un arranque de camaradería, se autoinculpó del *accidente*. O eso pensó entonces Martín.

25

El juez Sánchez Pintado, parecía recuperar por momentos la lucidez. Ya no necesitaba que lo alimentaran los celadores y podía mantener conversaciones más o menos coherentes con los médicos. El doctor Miguel Sebastián había decidido dejar definitivamente la terapia electroconvulsiva y pasar a los barbitúricos más suaves y, al parecer, había sido una buena elección. Así que el joven doctor pensó que el siguiente paso podía ser la terapia y así se lo planteó al propio enfermo:

—Creo que podemos plantearnos un cambio de estrategia, señor juez. Vamos a empezar con la terapia conductual.

—No le entiendo, doctor.

—La terapia conductual es un tratamiento de psicoterapia más antiguo. En esencia considera que casi el cien por cien de nuestra forma de ser, de nuestra personalidad, es fruto de nuestras experiencias. Aunque nacemos con fuertes predisposiciones genéticas o biológicas, es el aprendizaje el que provoca que estas potencialidades fragüen o cristalicen en una u otra dirección. Por todo ello, la infancia es de gran importancia, pero también lo es la adolescencia y la adultez. Todos los periodos de nuestra vida son importantes porque posibilitan experiencias y aprendizajes y se va moldeando nuestra manera de ser. Iremos recordando juntos toda su vida y quizás así logre superar sus malas experiencias, esas que lo han traído a estas instalaciones.

—No sé si podré enfrentarme a mis miedos, doctor.

—A veces tenemos experiencias que nos hacen aprender reacciones emocionales dañinas o dolorosas. Por ejemplo, si una persona tiene un accidente de tráfico y aunque no se hiere se asusta mucho, puede que la

próxima vez que suba a un coche se sienta muy ansioso, con un gran miedo. Ha aprendido una fobia a conducir.

—En mi caso no fue exactamente así. A mi mujer me la cambiaron...

—Ya hablaremos de eso más adelante. Lo que quiero decirle es que nuestros problemas emocionales son fruto del aprendizaje. Cuando alguien sufre una depresión, un trastorno de la ansiedad o un problema de alimentación, no está loco ni enfermo ni es débil, sencillamente ha sido víctima de una serie de desafortunadas experiencias.

—Muy suave es eso de desafortunadas experiencias. Te roban a tu mujer, se acuestan con su doble delante de tus narices, te destierran de tu casa, te roban tu vida...

—Mediante la terapia le voy a enseñar una serie de técnicas y estrategias psicológicas para que afronte su problema emocional y lo maneje hasta eliminarlo.

—Doctor, creo que va usted demasiado rápido. Me abrumba con sus teorías. Mi mente no está lúcida, lo percibo todo como si estuviera entre la niebla. Muchas cosas de las que me acuerdo no son más que imágenes borrosas... y estoy seguro de que he perdido muchos de mis recuerdos...

—El cerebro no borra nada. Solo arrincona lo que le hace daño bajo capas de imágenes que fabrica para que podamos seguir viviendo sin que el pasado nos aplaste.

—Necesito su ayuda, doctor, pero hoy estoy muy cansado.

El doctor Sebastián comprendió que el enfermo tenía razón y dio por terminada la sesión. Sin embargo, estaba muy satisfecho del resultado. El juez había reconocido que necesitaba ayuda, había hablado abiertamente de su mujer, de su infidelidad y, aunque aún creía que la que le había puesto los cuernos era una doble, suponía un principio esperanzador.

El primer impulso de Miguel tras la sesión de terapia, fue llamar a Águeda, pero se reprimió consciente de la falta de profesionalidad que eso representaba. Lo que sí hizo fue ordenar el traslado inmediato de Sánchez Pintado a una habitación individual del módulo de enfermos crónicos. Sin cerrojos en la puerta, sin correas en la cama y con la posibilidad de relacionarse con otros internos, el juez comenzó a salir de la cárcel mental a la que él mismo se había condenado.

Román pidió papel y bolígrafo y comenzó a escribir unos incomprensibles soliloquios cargados de términos legales en los que mezclaba sentencias firmadas por él, en su ejercicio profesional, con diligencias preliminares que su mente fabricaba como ejercicio expiatorio.

26

Martín no solía conducir su propio coche. Conservaba un Seat 1430 que compró de segunda mano a un compañero de comisaría. Pese a la antigüedad del vehículo, su aspecto era impecable. De hecho, Martín apenas lo sacaba del garaje, únicamente para ir al pueblo en su mes de vacaciones y en otras raras ocasiones, como esta, en las que no podía utilizar el vehículo oficial. Seguramente, si Martín se hubiera casado hubiera utilizado el coche más a menudo en su tiempo libre, pero el policía nunca encontró una mujer que se adaptara a sus rarezas, o eso decía a quien le preguntaba por su soltería. La verdad es que nunca se sintió muy atraído por las mujeres ni por los hombres, digamos que no sentía ninguna inclinación sexual conocida. En otros tiempos, esta característica de su carácter se hubiese considerado como una gran virtud, pero, en las actuales circunstancias, él se sentía como un bicho raro.

Martín condujo más deprisa de lo que tenía por costumbre, exprimiendo el motor de su Seat hasta Valdemoro. Llegó con una hora de adelanto y esperó en el bar restaurante donde solía comer Águeda. Se tomó un café con leche y observó como el dueño del local lo miraba con disimulo hasta que no pudo aguantar más la curiosidad:

—¿Viene al juzgado? ¡Qué pregunta! Perdone mi impertinencia, todos vienen al juzgado.

—Tengo cita con la jueza Luna, es una vieja amiga —respondió Martín sin saber por qué le daba tantas explicaciones a ese desconocido.

—No puede ser una vieja amiga. ¡Si es casi una niña! Mi mujer y yo la queremos como a una hija. ¿Se enteró usted de lo de su padre? ¡Qué lástima, tan joven, con tantas responsabilidades y ahora sin padre...!

—Me alegro mucho de que la aprecien. ¿Conocían a su antecesor? Tengo entendido que estaba un poco... desequilibrado.

—Como una chota estaba, si me permite la expresión. El pobre, además, bebía más que comía y nunca tenía ganas de palique. A mi señora le dio más de un desplante solo por preguntarle por su familia.

El dueño del bar seguía con su cháchara insulsa y Martín le dejaba hablar sin interrumpir. Los años de servicio le habían enseñado a apreciar las informaciones que, como quien no quiere la cosa, daban los camareros aunque solo fuera por salir del tedioso aburrimiento cuando había pocos clientes. Entró un nuevo parroquiano y el camarero mudó su interés por el policía dedicando su mejor sonrisa al recién llegado. Martín miró su reloj, pagó su consumición y salió con paso firme hacia el Juzgado de Primera Instancia.

De camino a su cita con Águeda, recordó la visita que había hecho a Rosario esa misma mañana. Estuvieron hablando de Daniel, de lo mucho que ambos lo echaban de menos, de cómo se había convertido en un seductor gracias al accidente que acabaría llevándolo a la tumba.

—No creo que se hubiera atrevido a decirme nunca nada si no llega a ser por el golpe en la cabeza —aseguró Rosario.

—Fue feliz desde entonces. No paraba de repetirme lo mucho que lamentaba no haberte cortejado antes, pero vivió intensamente desde que salió del hospital hasta que nos dejó aquí a todos plantados.

—Además dio rienda suelta a su afición por los detectives. Reconozco que sentí celos de ti, de los momentos que pasabais investigando, o lo que sea que llevarais entre manos, que, por cierto, nunca me contaba.

—No pude dejarlo al margen. Para él era un enigma que hubiese podido ser el argumento de una de sus novelas policíacas.

—Es cierto, tiempo libre que tenía, tiempo que dedicaba a leer. Debí de pasarlo de vicio contigo investigando. Para él fue como ver un sueño cumplido, hacer de Watson y asistir en primera fila a los interrogatorios.

—No fue para tanto, pero lo cierto es que disfrutó mucho tanto en el viaje a Ateca como en el de Logroño. Me alegro que se fuera al otro mundo con esa ilusión satisfecha, al menos.

Martín se prometió a sí mismo volver a visitar a Rosario y en eso estaba pensando cuando Águeda lo recibió con dos besos y él, aunque no era muy dado a la efusividad con el sexo opuesto, se reconfortó en el cariño. Los dos pasaron al despacho de la jueza y Águeda dio orden de que nadie los molestara hasta nuevo aviso.

Se sentaron en torno a la mesa redonda que Águeda había dispuesto en un rincón bien iluminado por la ventana, para permitir conversaciones menos distantes. Martín observó el orden del despacho donde se veía la indiscutible mano femenina, la pulcritud de los escasos muebles, la ausencia de polvo de las estanterías. Sobre el escritorio, Águeda solo permitía un vade de cuero, la fotografía de sus padres el día de su boda y otra más pequeña en la que se asomaba ella misma, con la toga recién estrenada, rodeada de sus dos hermanos.

—¿Te apetece un café?

—No gracias, Águeda. He tomado uno en el bar de enfrente mientras esperaba.

—¿Esperabas? ¿No habíamos quedado a las seis?

—Llegué antes. No te preocupes. No quiero entretenerte demasiado. Tienes mucho trabajo, a juzgar por la gente que entra y sale de este edificio.

—Nuestra reunión también es trabajo. No me malinterpretes, Martín, me alegro mucho de verte, pero te dije que teníamos que hablar de vuestras investigaciones.

—No me digas que me he metido en un lío.

—Eso me lo tendrás que decir tú. Yo solo quiero que me cuentes lo que sabes del sujeto que falleció en vuestro viaje. Resulta que tu investigado era un viejo conocido del antiguo titular de este juzgado. Mira el tercer estante de la pared que tienes enfrente. Todos los expedientes se refieren a él.

Martín observó de hito en hito el volumen de información que se acumulaba convencido de que el asunto que tenían entre manos era más gordo de lo que había pensado en un principio.

Águeda pidió a Martín que la pusiera al tanto de sus pesquisas y este le fue relatando los pasos que había seguido. Su visita a Ateca, la conversación con Tornos, la fallida entrevista con el cabo primero

Gregorio Molins, hasta las cartas que habían encontrado en la choza de don Damián.

—Te estás metiendo en un terreno pantanoso investigando un caso que no existe en tus horas de trabajo. Si te descubren tus jefes te abrirán un expediente disciplinario. Pero, por otro lado, yo no puedo ignorar ese hecho... ¿Aceptarías una comisión de servicio en Valdemoro? Como policía judicial, me refiero. Tengo varias plazas vacantes, tus compañeros no quieren venir aquí si no es por traslado forzoso y yo necesito a alguien de confianza.

—Mujer, tengo montada toda mi vida en Madrid y además, para mi carrera, sería como dar un paso atrás.

—Vendrías como inspector. De hecho, ya he hablado con tu comisario y está conforme.

—Ese burócrata hijo de puta solo tiene ganas de perderme de vista —dijo Martín sin darse cuenta de que estaba hablando con una jueza.

—Entonces, ¿aceptas?

—No me queda otra, además veo que ya está decidido. No me hagas caso, Águeda, naturalmente que acepto, estaré encantado de cambiar de aires. No puedes imaginar lo que he sufrido trasegando papeles de una mesa a otra sin nada más que hacer. Pero tú... ¿cómo vas a justificar la instrucción del caso? El tipo aseguraba que lo habían envenenado, pero nadie pudo demostrarlo. En su autopsia se limitaron a certificar la muerte por decapitación fruto del accidente ferroviario. No investigaron si previamente lo habían envenenado y ya estaba condenado. Además no es de tu jurisdicción.

—Eso déjalo de mi cuenta. En principio me basta con que sigas investigando a los testigos, aquellos que ocupaban su compartimiento en el tren. No hace falta que te traslades a vivir a Valdemoro. Es suficiente con que nos veamos una vez a la semana para que me reportes las novedades. Con un poco de suerte, hasta te pagarán las dietas y los desplazamientos.

—No creo que sea necesario. No necesito mucho para vivir y estoy harto de tanto papeleo inútil. Cuanto menos me vean por la comisaría mejor. Pasando a otro tema... ¿has pensado en ordenar una nueva autopsia de Méndez Pascual? Sería la mejor prueba de su envenenamiento.

—Eso va a ser difícil de momento. Pero todo a su tiempo. Encontraré una excusa para pedirla en cuanto tengamos algo más sólido. Algo que relacione los documentos que atesoró el juez Sánchez Pintado y que estoy intentado ordenar.

—¿Tu antecesor?

—El mismo. Está enfermo; tiene serios problemas mentales, pero parece que ha experimentado una mejoría. Tengo un buen amigo en el hospital psiquiátrico de Leganés, donde está internado, que así me lo asegura.

—Me alegro por él.

—Necesitamos encontrar algo que relacione fehacientemente a tu víctima con este juzgado; con el expediente que inició mi colega y que lo obsesionó hasta perder el norte.

—En ese caso, me pongo inmediatamente con el caso. Vuelvo a Madrid. Te tendré puntualmente informada.

27

Encarna, la que a punto estuvo de convertirse en la última amante de Tornos, trabajaba como funcionaria interina en el Ministerio de Agricultura. Se había presentado a oposiciones y no superó la prueba final, pero pudo cubrir una vacante como administrativa hasta que celebrasen unas nuevas pruebas selectivas.

La dirección que Martín había anotado diligentemente en el funesto vagón de tren al tomarle declaración, llevó al policía a un castizo patio de vecinos en Chamberí. Encarna ocupaba, junto a su madre, un reducido entresuelo frente al que desfilaban todos los inquilinos, que, como ellas, resistían en esas viviendas. Pese a la mala ventilación y a que solo contaban con un retrete por planta, se negaban a dar su brazo a torcer ante los dueños que querían derribar el edificio con el fin de construir pisos más modernos y poder cobrar rentas más acordes a los tiempos actuales.

Cuando Martín llamó al timbre, un intenso olor a pescado frito le golpeó la nariz. Lo recibió la propia Encarna con una toalla enroscada en la cabeza:

—Perdone mi aspecto, es para que no me huela el pelo a sardina.

—¿Me recuerda? Soy el policía del tren accidentado.

—Cómo iba a olvidarme de usted. Nada de lo que ocurrió esa tarde se me ha borrado de la cabeza. ¿Le importa que vayamos a otro sitio? No quiero que mi madre sepa nada de aquello. Le dije que iba a visitar a una amiga y no que me iba de viaje con ese crápula que me había llevado engañada.

—Faltaría más, no quiero buscarle problemas. La espero en la cafetería de enfrente.

—Mejor quedamos en el Retiro, en el primer banco que hay al lado del Palacio de Cristal.

—La espero pues en una hora, no tarde.

Encarna se retrasaba más de media hora. Martín ya pensaba que la chica le iba a dar esquinazo. Decidió volver sobre sus pasos y comenzó a caminar hacia la entrada del Retiro. Entonces vio cómo la joven se bajaba de un coche negro con matrícula oficial. Caminaba azorada, arreglándose la blusa y mirando el reloj.

Martín se ocultó tras un platanero y la siguió con cuidado de no hacer ruido por el camino de gravilla. Encarna llegó al banco, se sentó acomodándose la falda y esperó quince minutos. Sudaba por el ejercicio, la frente le brillaba y esa incómoda humedad le descomponía el maquillaje. Sacó un pañuelo de hombre y se limpió la transpiración de la parte superior del labio arrastrando, sin querer, parte del carmín que enmarcaba su sonrisa. «La he hecho buena», se dijo lamentando su retraso. «El policía pensará que tengo algo que esconder» y cubriéndose los ojos con las manos comenzó a sollozar como lo hacen los niños, haciendo pucheros.

Martín no quiso prolongar por más tiempo su congoja. Se presentó por detrás dándole un golpecito en el hombro.

—¡Ah, es usted!

—Llega tarde.

—No más que usted —contrató Encarna.

—No voy a entretenerla mucho. Quería preguntarle por el loco del gabán. ¿Lo conocía?

—Nunca, no lo había visto en mi vida —respondió categórica.

—A veces no reconocemos a personas que no hemos visto en mucho tiempo, o que han cambiado de aspecto. El pobre hombre no debió de ser siempre así, imagínese lo con un buen traje, bien afeitado y peinado.

—Ni vestido de lagarterana lo confundiría, inspector. Esa mirada no se olvida. Si me hubiese cruzado alguna vez con esos ojos de loco lo recordaría.

—No lo dudo, pero a mí no se me olvidan sus palabras cuando les acusó de envenenarlo.

—¿No pensará qué...?

—Nada de eso, señorita, yo no pienso nada. Solo le digo que me quedaron grabados sus desvaríos y que, en vista del resultado final, puede que no estuviera tan desencaminado.

Encarna miró para otro lado, ocultando una mueca de preocupación. Le contó al inspector Villanueva que había zanjado para siempre su relación con Tornos y que había comenzado a salir con un compañero de trabajo, un ingeniero agrónomo del ministerio en el que estaba destinada. Por nada del mundo quería que salieran a relucir viejas historias, y menos relacionadas con la muerte de ese loco indigente. Le pidió encarecidamente a Martín discreción y este le entregó una tarjeta con su teléfono personal. «Por si recuerda usted algo que no me ha contado y que pueda servirme en la investigación», sostuvo el policía. «Y descuide que no le diré nada al agrónomo».

Se despidieron con un blando apretón de manos y se fueron cada uno por un lado. Cuando hubo recorrido apenas veinte pasos, Martín se detuvo para observar alejarse a Encarna y pudo ver cómo un coche negro frenaba en la entrada del parque, un hombre corpulento vestido de conserje le abría la puerta y el coche arrancaba quemando rueda.

28

Martín pasó a recoger sus cosas por la comisaría. Apenas se despidió de nadie. Se limitó a entregarle a su superior directo la documentación que acreditaba su aceptación de la comisión de servicios y se marchó llevándose todo el archivo que había acumulado desde el accidente. A pesar de que su recobrado grado de inspector le confería más privilegios, sabía que no era reglamentario retirar los expedientes de unas dependencias policiales sin la autorización expresa de su superior. Pero lo último que deseaba era pedirle un favor al comisario, así que simplemente los metió en una caja de cartón, ante la mirada indiferente del personal de servicio, y se marchó cargado de papeles y ligero de remordimientos.

Como no tenía intención de ocupar una oficina en Valdemoro, el escueto salón de su casa haría las veces de despacho. La vida social de Martín Villanueva no se iba a resentir por la invasión de papeles, solo recibía la visita de la señora Milagros, su portera, que hacía la limpieza dos veces por semana y que estaba sobradamente acostumbrada a encontrarse montañas de expedientes sobre la mesa del comedor, eso sí, perfectamente ordenados. Martín era un maniático del orden y tan pulcro que a la portera le daba apuro cobrarle las doscientas pesetas estipuladas por la hora de limpieza.

Dispuso la documentación en subcarpetas rotuladas con los nombres de los investigados y tomó entre sus manos la que correspondía al estudiante de Farmacia. Apenas había unos breves apuntes: filiación, nombre, apellidos, número de DNI, dirección... Martín decidió que el próximo en su lista de investigados sería Alejandro Longás.

Lo primero que hizo fue llamar al puesto de la Guardia Civil de Aniñón, el municipio a dieciséis kilómetros de Calatayud en el que estaba

domiciliado Alejandro Longás. El cabo de guardia informó al inspector de la vida y milagros del boticario. Era hijo de un agricultor de la zona, dedicado al cultivo del cerezo, no tenía más hermanos y, según las malas lenguas, tras la muerte del padre, madre e hijo se habían quedado casi en la calle por culpa de las herencias. Alejandro ya había terminado sus estudios y ahora trabajaba en una farmacia de Torrelaguna, en la sierra de Madrid, propiedad de un tío suyo, hermano de su madre. «El viejo está soltero y no tiene hijos, la farmacia será para el sobrino, a poco que aguante las manías del tío», opinó el cabo de guardia que, al ser hijo del pueblo, conocía todos los chismes de los vecinos de Aniñón.

Contento con evitarse el viaje al pueblo natal de Alejandro, Villanueva preparó un cómodo desplazamiento a la sierra y condujo los escasos cincuenta y cinco kilómetros que separan Madrid de Torrelaguna. Como solía hacer el inspector, realizó un estudio preliminar del terreno. Desde el coche, observó cómo una furgoneta de reparto descargaba medicamentos y pudo distinguir la figura menuda y algo desgarrada del recién licenciado. Alejandro cubría su ropa con una bata blanca que le venía grande. El joven sujetaba la puerta mientras el encargado del transporte colocaba dos cajas de plástico verde sobre el mostrador de la oficina de farmacia. Detrás del mostrador, un individuo de gesto adusto repartía órdenes a diestro y siniestro, braceando airadamente como si nada de lo que hacían los demás fuese de su agrado. Martín esperó a que la furgoneta se marchara y abrió la puerta de la botica.

Alejandro buceaba entre las cajas de medicamentos buscando los productos que le cantaba el viejo leyendo el albarán de entrega:

—Paracetamol, tres cajas de 600; Trankimacín 0,5, dos unidades...

—No corra tanto tío, que no me da tiempo.

—Deja eso ahora y atiende al señor —dijo el boticario titular al darse cuenta de la presencia de Martín.

Alejandro se puso lívido al reconocer al policía. Empezó a farfullar sin atreverse a mirar directamente a los ojos de Martín:

—¿Qué desea?

—Calmante vitaminado. La jaqueca me está matando.

Alejandro buscó por los cajones del mostrador, pero no encontró los analgésicos y miró a su tío pidiendo ayuda.

—Ve a la rebotica, en el tercer estante tienes lo que buscas. ¡A ver cuándo aprendes a tener surtido el mostrador! Este sobrino mío está aún muy verde, no sé lo que les enseñan ahora en la facultad, en mis tiempos lo primero que aprendíamos era a atender bien el negocio, ¿sabe usted? —dijo el viejo dirigiéndose a Martín.

—No le regañe, que todos hemos sido jóvenes. ¿Lleva mucho tiempo con usted su sobrino?

—Muy poco, pero ya tendría que estar más despejado. Si quiere heredar esto cuando yo falte, tiene que aplicarse mucho.

Alejandro escuchaba desde la rebotica sin atreverse a salir hasta que sonó el teléfono y el viejo farmacéutico tuvo que atender la llamada.

—Me necesitan urgentemente. Le dejo con el chico —dijo el boticario. Y sin mediar más palabras abandonó la oficina de farmacia dirigiendo sus pasos hacia el bar de enfrente donde tres de sus amigos le esperaban para echar la partida de mus, esa era toda la urgencia.

Martín aguardó en silencio un buen rato, pero en vista de que el mancebo no salía, carraspeó con fuerza para llamar su atención:

—No tengas miedo, solo vengo a hacerte unas preguntas sobre el descarrilamiento.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó Alejandro saliendo de su escondite.

—Muchacho, eso no tiene importancia, el caso es que estoy aquí y tú parece que hayas visto a un fantasma. ¿Qué puedes decirme de Jacinto?

—¿Qué Jacinto?

—El muerto del tren, el que murió acusándoos de que lo estabais envenenando.

—Yo creía que estaba claro que era un perturbado, un loco que nos asustó con sus disparates. Los periódicos dijeron que murió decapitado en el accidente.

—Pero bien sabes tú que no fue así. Ya estaba condenado cuando perdió definitivamente la cabeza, si me permites el chiste macabro.

—No sé qué quiere de mí. Nunca había visto a ese individuo.

—¿Y al resto de los del compartimento?

—¿Cómo iba a conocerlos?

—¿Tampoco a Damián, el de Ateca? Alguien me ha dicho que le escribías cartas muy románticas...

Alejandro se quedó sin palabras. Luego le pidió a Martín que siguieran la conversación en un sitio más discreto y lo emplazó a la tres de la tarde en una plaza cercana. El policía pagó los analgésicos y buscó un sitio tranquilo para comer.

Alejandro abandonó la farmacia pensando en lo que le iba a preguntar el policía, pensó en ir a comer, pero tenía el estómago cerrado por los nervios. De sus tiempos en la fonda de la calle Montera conservaba un miedo irracional a todo lo que oliese a la *pasma*. Había contemplado —y sufrid— demasiados abusos de autoridad como para creer en la limpieza de las fuerzas y cuerpos del Estado. Llegó al punto de encuentro convenido, la Plaza Mayor, y esperó sentado en uno de los bancos de madera a que Martín acudiera a la cita.

Cuando Martín llegó paseando sin prisa, le ofreció la mano y comprobó, al estrecharla, que el joven sudaba a pesar del fresco que se disfrutaba a la sombra de los soportales de la plaza. Alejandro retiró su mano blanda y húmeda y se la frotó en el pantalón como si quisiera borrar su bochorno. El labio le temblaba ligeramente y no podía evitar un evidente tic que le obligaba a cerrar ambos ojos sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Tranquilo chico, no tienes nada que temer de mí. Solo quiero hablar contigo de tus tiempos de estudiante. ¿Cómo acabaste alojado en ese antro?

—¿Se refiere a la fonda de doña Enriqueta? Es una historia larga de contar. Fue al morir mi padre. Soy hijo único y mis padres estaban empeñados en que fuese algo más que agricultor. Así que no quise decepcionarlos y me matriculé en Farmacia. Mi familia nunca fue rica, pero tampoco pasábamos necesidades. Con las tierras que mi padre heredó del suyo, vivíamos razonablemente bien; yo en Madrid, alojado en el colegio mayor Pio XII y preocupándome solo por aprobar la dichosa Botánica. Hasta que sobrevino la fatal enfermedad cardiaca de papá y todo se fue al carajo. En pocos días me vi obligado a regresar al pueblo para ayudar a mi madre. Prácticamente nos quedamos en la calle porque un tipo reclamó nuestra herencia.

—Vaya, ¿no recordará su nombre?

—Nunca lo supe, mi madre me obligó a regresar a Madrid. Tuve que buscarme otro alojamiento más acorde a nuestros menguados ingresos y ella se puso a trabajar como secretaria en la gestoría de un amigo de la familia y haciendo faenas por las casas, mientras litigaba para invalidar el testamento ológrafo que presentó ante notario ese maldito cabrón... Mi madre tuvo que pedir dinero prestado a mi tío el farmacéutico, con el que apenas se hablaba, para pagar a los abogados. Por eso ahora yo estoy aquí, trabajando por casi nada, aguantando al viejo hasta que salde la deuda. La verdad es que con las putas no viví mal, después de todo me acogieron entre ellas y por eso yo las ayudaba como podía. De ahí las cartas de las que me habla.

—¿Y no te parece demasiada casualidad que te encontraras en el mismo viaje, el mismo tren y el mismo compartimiento que el destinatario de tu florida correspondencia?

—Nunca supe a quién iban dirigidas, se lo juro. Yo solo escribía las cartas, no los sobres. Lupita era muy celosa de su correspondencia. Imagino que la misma o el mismo que le leía las cartas de su enamorado la ayudaría a enviar la respuesta que yo le escribía.

—¿Y cuándo dejó de vivir con sus compañeras?

—Poco después del accidente del tren. Como le dije antes, mi madre denunció el testamento ológrafo que nos desposeía de todo lo nuestro. El juez que llevaba el caso citó a las partes y el que decía ser heredero universal no se presentó. Su señoría, un magistrado un tanto pintoresco, según mi madre, dictó sentencia a nuestro favor por incomparecencia del demandado y todo volvió a la normalidad. De eso apenas hace cuatro meses.. Me avergüenzo de confesarle que no volví a visitarlas jamás. A pesar de lo mucho que hicieron por mí, no quise que nadie supiese nada de esa época. En junio terminé mis estudios e inmediatamente me trasladé a este pueblo, pues mi tío insistió en que para devolverle lo que le había prestado a mi madre me requería en la botica. No quería dinero, sino ayuda en la farmacia. No he vuelto a Madrid desde entonces, mi tío me tiene aquí secuestrado. Apenas me deja salir un rato los domingos.

—Se dice por ahí que vas a heredar el negocio...

—Pues sí que vuelan lejos las noticias. Eso va pregonando, pero mientras tanto me toca aguantar sus manías y sus ruindades de tacaño. ¿Sabe usted que la botica fue de mi abuelo y este desheredó a mi madre al casarse con mi padre? Parece ser que mi abuelo no veía con buenos ojos la boda y decidió dejar a mi madre sin nada. Cosas de familia. No se puede imaginar lo que sufrió la pobre al verse otra vez igual al quedarse viuda, y los sapos que se tuvo que tragar para mendigar a su hermano cuando no pudo más. Si al final mi tío cumple su promesa, no hará nada más que devolverme lo que es mío por herencia. Pero no sé por qué estoy contándole todo esto...

—Descuida chico, en todo lo concerniente a la vida privada, si no puede utilizarse en un juicio, soy como un cura en el confesionario. ¿Y tu madre llegó a conocer al del testamento ológrafo?

—Lo ignoro. Siempre que saco el tema cambia de conversación. Si acaso, se pone a llorar, me abraza y niega con la cabeza, como si así pudiese borrar toda la amargura que nos hizo pasar ese cabrón con su absurda patraña.

—Volvamos al vagón. ¿Crees que alguno de los pasajeros pudo poner algo en la lata de ese hombre?

—No entiendo a dónde quiere ir a parar. Yo solo sé que estaba loco, que casi nos riega con el dichosa refresco, que me estropeó los apuntes y que no volveré a coger un tren mientras pueda evitarlo. ¿De verdad cree que lo envenenamos?

—Yo no creo nada, aunque en mis muchos años de servicio he visto cosas más raras. Yo me limito a seguir las órdenes del juzgado, que para eso me pagan —dijo Martín sin pensarlo demasiado. Tenía la mente en otro sitio, concretamente en el *ABC* que había estado leyendo Alejandro mientras esperaba en la plaza y que ahora descansaba en el banco de madera. El policía recogió el periódico y preguntó:

—¿Es tuyo?

—No, no, para nada —contestó con evidente nerviosismo el joven—, no me gusta la prensa monárquica.

—Me lo llevo entonces. No olvides avisarme si se te ocurre abandonar a tu tío —dijo Martín alargándole una tarjeta con su teléfono personal—. Si no estoy en casa, deja el recado en el contestador.

Alejandro no dijo nada más. Se alejó en dirección a la botica con paso decidido, pero cuando pensaba que Martín ya no lo veía, se giró para comprobar cómo el policía subía al coche y se alejaba del pueblo en dirección a la capital de España.

29

Águeda olvidó totalmente su cita con Miguel. Ni siquiera se le ocurrió llamar esa tarde a su hermano mayor, con el que había quedado para resolver, de una vez, los papeles de la herencia de su padre. Un caso de violencia en el hogar, como eufemísticamente había anunciado el secretario judicial al recibir la notificación de la Guardia Civil, la había retenido todo el día en el juzgado.

El panorama que se encontró la jueza de Valdemoro al acudir al lugar del crimen no permitía distracción alguna: la vivienda, que bien podía haber sido un hogar feliz, completamente salpicada de sangre. En todas las habitaciones se apreciaban signos de lucha. El presunto parricida se había despachado con saña.

—La primera cuchillada debió de ser aquí, en el recibidor —señaló el forense una vez que se hubo situado en la escena del crimen—. La pobre mujer abrió la puerta y, seguramente, no esperaba encontrarse a su marido. Todavía con fuerzas, pudo llegar a la cocina y allí recibió la segunda, esta vez en el abdomen a juzgar por la altura de las manchas de la pared. De ahí al comedor, donde cayó de rodillas y recibió una estocada en la región escapular derecha. Luego fue arrastrada por el piso hasta la habitación conyugal. En la cama siguió la carnicería, esta vez con más furia. Veinticuatro puñaladas en decúbito prono. Ocho llegaron a atravesar el cuerpo y penetraron en el colchón. En el dormitorio, la despojó de lo que le quedaba de ropa. El agresor, volvió a trasladar el cuerpo ya sin vida de la víctima hasta el cuarto de baño, lo introdujo en la bañera y la lavó. Después se cortó las venas con la misma navaja con la que había cometido el crimen. Su sangre no manchó el agua jabonosa. Se preocupó de que las muñecas abiertas bombearan sobre las baldosas del cuarto.

—¿Quién dio el aviso?

—La vecina del segundo derecha, señorita —contestó uno de los números de la guardia civil que permanecía allí desde que se encontraron los cuerpos.

—¿La han interrogado?

—Todavía no. Está muy afectada.

—Yo me ocuparé.

—Nunca los oí discutir, señorita —dijo entre llantos la vecina una vez que Águeda comenzó a interrogarla en torno a una mesa de camilla—. Era una pareja ejemplar, se conocían desde chicos. Los tres éramos del mismo pueblo, ¿sabe usted? No puedo entender qué ha podido pasar por su cabeza para que haya sido capaz de semejante locura.

—¿Ella trabajaba fuera de casa?

—Desde hace unos seis meses limpiaba unas oficinas del ayuntamiento. Estaba muy contenta con su empleo. Decía que por fin podría disponer de su propio dinero. «Como si lo que trae tu marido no fuese también tuyo», le decía yo. Tenía nuevas amistades. Quedaba con las compañeras de trabajo algunas veces y llegaba a casa más tarde que su marido. Ya imaginaba yo que esos retrasos no traerían nada bueno, que a los hombres no les gusta tener que esperar a sus mujeres para que les hagan la cena...

Águeda llegó a su despacho odiando profundamente a los hombres. Sabía que se le pasaría ese desasosiego, que no era bueno ni justo generalizar, pero no tenía la menor gana de confraternizar con ninguno de ellos. Se encerró entre sus expedientes, dispuesta a redactar el auto que abría y cerraba el caso que acaba de investigar. Por eso su mente arrinconó las citas y se centró en ordenar el levantamiento de los cadáveres, la autopsia y todas las actuaciones que necesitaban su firma para seguir adelante con el proceso judicial.

Miguel, por su parte, no se molestó demasiado por el plantón. El joven director del hospital psiquiátrico Santa Isabel, se acostó con el convencimiento de que no podría conciliar el sueño y sucumbió a la

tentación de tomarse un Valium para descansar. Por la mañana, todavía algo atolondrado por culpa del barbitúrico, pensó en llamar a Águeda antes de salir hacia Leganés, pero decidió esperar al mediodía.

En el hospital le esperaban dos nuevos ingresos por depresión y uno por demencia senil. Nada que se escapara de la rutinaria normalidad. Al filo de la hora del almuerzo, decidió visitar a su huésped más ilustre: el juez togado Sánchez Pintado.

El pobre diablo había vuelto a empeorar. Miguel pidió que se lo llevaran a la consulta. Dos robustos celadores trasladaron en volandas al juez, que cada día estaba más delgado.

—No es necesario que lo inmovilicen —ordenó Miguel—. Siéntelo en la silla de ruedas y vuelvan en una hora.

El paciente apenas reaccionaba a la voz del psiquiatra. Miguel pensó en utilizar la hipnosis para seguir con la terapia, pero para ello necesitaba una mínima colaboración del enfermo. Lo llamó por su nombre. Le puso una música agradable, buscó llamar su atención con luces y hasta con olores fuertes, pero todo resultaba inútil. Sánchez Pintado seguía sin hacer el menor caso, hasta que al médico se le ocurrió insistir con la letanía de números que, en los escasos momentos de lucidez, repetía obsesivamente el demente.

—Lo tengo todo archivado. No hay nada que se me haya escapado. Lo voy a meter en la cárcel hasta que las ranas críen pelo...

—¿De quién estamos hablando?

—De Jacinto Méndez Pascual. ¿Quién si no?

—Hábleme de él.

—No puedo, está bajo secreto de sumario...

—Usted dirige la instrucción y ya sabe que todo lo que me diga quedará en la más estricta confidencialidad. Yo solo quiero ayudarlo en la investigación.

—De acuerdo, pero antes debo tomarle juramento: ¿Jura o promete no revelar los secretos descubiertos en el curso del ejercicio de su cargo como ayudante judicial?

—Lo juro.

—¿Y me traerá mi campanilla para hacer guardar el orden en el juicio?

—Cuenta con ello, señoría. Prosiga.

—No hasta que no tenga la campanilla. La gente no sabe que en España no utilizamos el mazo para hacer callar o dictar sentencia. Las películas estadounidenses tiene la culpa.

—Lo ignoraba.

—Como todo el mundo. Sin embargo, buena parte de mis colegas coinciden conmigo en que la herramienta más poderosa para imponer la autoridad no es ni la campanilla ni el mazo.

—¿Cuál es entonces?

—El silencio. Ya le digo que si no me trae la campanilla, no hablo.

Y calló. Incluso reafirmó su intención de seguir con los labios sellados pinzándolos con el índice y el pulgar.

Miguel no recordaba dónde diablos podía haber una campanilla en el hospital. Preguntó a la jefa de enfermeras, que era la más veterana, y esta le aseguró que no sabía de dónde sacar una. El oficial de mantenimiento, que escuchaba la conversación agachado mientras reparaba un radiador, dio con la solución:

—Si quiere, en un plis-plas, le fabrico yo una campana con un vaso de metal y un clavo como badajo.

Y así, con el rudimentario instrumento de percusión entre las manos, volvió Miguel a su consulta, donde el juez seguía con los labios cosidos.

—Aquí la tiene, señoría —anunció haciendo sonar el artilugio.

—Pare usted de tañer, si no quiere que le abra un expediente disciplinario. En mi juzgado solo yo puedo usar la campana. ¿De qué estábamos hablando?

—Del expediente de Jacinto Méndez Pascual.

—Claro, de ese cabrón... Borre esto último del sumario, señor secretario, que no quiero que se nos caiga la sentencia condenatoria por defectos de forma.

—Decía usted...

—Comuníquese al Ministerio Fiscal de la apertura de juicio oral para el día 23 del presente citándose a declarar a...— Y comenzó a soltar nombres, edades, estos civiles, direcciones... Miguel tomaba notas, aunque sabía que la demencia de su paciente le hacía confundir la realidad

y estaba seguro de que aquel galimatías no eran más que delirios. Pero no pasaba nada por anotarlos si así su paciente se quedaba más tranquilo.

De repente, el juez comenzó a agitar con demasiada fuerza la campana, y el clavo que hacía de badajo salió proyectado impactando en una ceja de Miguel. Al ver la sangre, Sánchez Pintado entró en pánico. Comenzó a gritar cada vez más fuerte hasta que, alarmados por los alaridos, dos enfermeros entraron en la consulta y lo sujetaron como pudieron mientras hacía efecto el sedante que acababan de inyectarle.

Miguel, a pesar del golpe, estaba contento con lo que había conseguido del juez. Tal vez, por fin, el tratamiento estaba dando sus frutos.

30

La cárcel militar de Alcalá, recibe el nombre del pueblo de Alcalá de Henares, situado a unos cinco kilómetros de ella y pegada a la conocida cárcel civil de Alcalá-Meco. Es el centro donde se envía a los soldados, suboficiales y oficiales a cumplir sus penas, reeducar y, si se puede, reintegrar en el ejército a los miembros que hayan incumplido el código penal militar. Por la penitenciaría militar pasan desde conspiradores hasta traficantes de droga, insumisos y hasta homicidas confesos, como era el caso del cabo primero especialista de la Infantería de Marina Gregorio Molins.

Martín había concertado su cita con él con suficiente antelación. Necesitó el permiso expreso del juez togado militar que llevaba el caso y que mantenía a Gregorio entre rejas a espera de juicio. Necesitó además la intervención de un viejo conocido de la Dirección General de Policía que mantenía muy buenas relaciones con las altas jerarquías del Ejército, pues la jurisdicción militar no admitía injerencias de la civil y así se lo hicieron saber con todo lujo de detalles a la jueza Luna cuando quiso intervenir de manera oficial para que se le permitiera a Martín Villanueva interrogar al soldado.

El sargento Terry ya se lo había advertido cuando Martín le confesó su intención de interrogar a Molins.

—Ármate de paciencia, Martín. En Alcalá no les gustan las visitas de civiles. Ya sabes que en el Ejército nos gusta lavar nuestros trapos sucios en casa.

—No pretendo preguntar nada acerca de la afición del cabo por el tiro al blanco.

—Ya, pero eso no lo sabe el juez. Di que estás investigando un robo o algo con poca trascendencia y que Molins pudo ser testigo.

—No mentiré demasiado si digo eso. Solo quiero hablar con él para cerrar un asunto que me tiene de aquí para allá y que fue presenciado por Molins.

—Tú verás. Hablé con el chico poco antes que lo trasladaran a presidio. Lo tuvimos unos días recluido en el calabozo del cuartel desde que se declaró culpable. Estaba, como puedes imaginarte, completamente hundido. Me contó que no pudo aguantar más la culpa, que todo fue un lamentable accidente, que estaba borracho y el disparo salió de su arma como si fuera en una pesadilla...

—Un poco peliculero el muchacho, ¿no crees? ¿No será que le apretaron un poco las teclas? Tengo entendido que llegó a declarar, *voluntariamente* como tú dices, después de que le propinaran una buena paliza en el cuartel. Que el soldado que cargaba con las culpas antes que él era un enchufado del coronel, que a Molins se le fue la lengua en la cantina y eso llegó a oídos de los mandos...

—A mí no me metas en líos. Eso es lo que sé. De todas formas, él ha confesado voluntariamente y eso es lo que importa.

—Bueno, eso me da igual. Agradezco tus consejos. Espero reunirme pronto con el chico, si al final el juez togado me da permiso.

—Recuerda lo que te he dicho: no menciones el incidente del tiroteo.

—Descuida, no te dejaré en mal lugar.

Y así, con medias verdades, Martín consiguió la entrevista en el módulo de tropa.

Dentro de la cárcel no había mucho ambiente presidiario. Parecía un cuartel más, donde los reclusos se ordenaban por clase y especialidad del mismo modo que lo harían en su empleo militar. Los oficiales disfrutaban de los mismos privilegios que en su vida castrense y los componentes de la tropa ocupaban el escalafón más bajo de la prisión, independientemente de la gravedad de los delitos cometidos y la severidad de las penas impuestas. Así, los soldados se ocupaban de limpiar las celdas de sus superiores y estos eran los primeros en ser atendidos en la cocina.

Molins estaba muy desmejorado. Con el pelo cortado al cero, mostraba viejas cicatrices en el cuero cabelludo, recuerdos de una infancia cargada de peleas y batallas a pedradas. Nada quedaba de la altanería que mostraba en el tren cuando lo conoció Martín. Con la mirada huidiza, tomó asiento frente al policía que lo recibió con un aséptico apretón de manos.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó sin preámbulos.

—Poca cosa. Me gustaría que me contaras todo lo que recuerdas del día del accidente de tren. Principalmente desde que subió el del gabán.

—¡Vaya pirado!, estaba convencido de que lo estábamos envenenando.

—Bueno, acabó muerto...

—¿Qué insinúa? Nosotros no le tocamos ni un pelo.

—Cuando puso en conocimiento del revisor su sospecha insistía en que le habían puesto algo en el refresco.

—¡Qué le vamos a poner! Bastante teníamos con evitar que nos regara. Dejó la lata abierta sobre nuestras cabezas. No sabíamos qué hacer con ella, nos la íbamos pasando unos a otros como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Se la pasaban unos a otros? Es decir, que todos tocaron la lata...

—Oiga, yo no vi a nadie echar nada dentro. Además, ¿no murió en el accidente?

—Eso dicen los periódicos, pero tú sabes perfectamente que ya era fiambre cuando descarriló el tren.

Molins empezaba a estar muy molesto con las preguntas de Martín. Incluso hizo un ademán de levantarse dando por concluida la entrevista. El policía, acostumbrado a lidiar con testigos esquivos, no quiso perder el hilo del interrogatorio y continuó preguntado:

—¿Habías visto alguna vez al loco antes de aquel día?

—No que recuerde. Y seguro que me acordaría. Una cara de vinagre como la suya no es fácil de olvidar.

—¿Y qué me dices del resto de tus compañeros de compartimiento?

—Más de lo mismo. Era la primera vez que los veía y no he vuelto a saber nada de ellos desde ese día.

—¿Eres aficionado a la prensa diaria? —preguntó Martín al observar como jugueteaba con un periódico atrasado que había enrollado formando

un cilindro de papel.

—¿A qué viene esa pregunta? Me divierto con los crucigramas. El resto, sobre todo las noticias, me aburre. En la cárcel hay mucho tiempo libre.

—¿Cuándo sale tu juicio?

—Me han dicho que para diciembre, pero ya se ha aplazado dos veces.

—Puede que recibas una citación para declarar del juzgado de Valdemoro.

—¿Qué tengo yo que ver con Valdemoro?

—Eso no es de tu incumbencia, se te citará en calidad de testigo. Lo digo porque, si sigues aquí, puede que te venga bien una salida al exterior. Aunque sea a un juzgado. Además quien instruye es una jueza bien guapa.

Nada más decir las, Martín se arrepintió de sus palabras. Conociendo a Águeda, sabía que ese último comentario sobraba. Bastante tenía con lidiar cada día en un mundo de hombres para que las personas de su confianza le fueran con el mismo cuento. Sin embargo, al cabo, eso se la traía al paio. Le daba igual juez que jueza, lo único que quería era salir de una vez por todas de su encierro, como le habían prometido cuando se declaró culpable. Las razones de su valiente testimonio no eran tan espurias como podía parecer. Era cierto que le habían apretado bastante las tuercas en el calabozo del cuartel de Arturo Soria, tanto que, una vez firmada su confesión, hubo que esperar una semana hasta que los moratones se fueron borrando de su cuerpo y pudo presentarse ante el comandante juez togado.

«Si te declaras culpable, si admites que fuiste tú el que disparó el arma, pasarás una temporada en Alcalá de Henares, sin empleo ni sueldo, luego te trasladaremos lejos de Madrid, a Cartagena por ejemplo, y aquí paz y después gloria», le había dicho su capitán tras la manta de palos, y antes del ver al juez militar. «Y en un par de años, nadie se acordará del incidente y podrás volver a Madrid».

Resultó que el pobre recluta al que le habían cargado con las culpas, no era tan pobre como podría parecer. Su familia, concretamente su padre, tenía amistad directa con el coronel del cuartel. Simplemente tuvo la mala suerte de que en su única guardia, la que iba a preceder su entrada en el servicio doméstico del mandamás del acuartelamiento, se produjo el

disparo que acabó con la vida de esa pobre mujer. Por eso se removió tierra con Santiago hasta dar con el verdadero culpable. El AJEMA (El Almirante Jefe del Estado Mayor de la Armada) ya había hablado personalmente con la familia de la fallecida. Le había prometido castigar al culpable y una reparadora indemnización: «Si son discretos naturalmente», se había apresurado a matizar el almirante. El marido de la víctima, abrumado por los galones del marino y de la autoridad que irradiaba, habría firmado lo que se le pusiera por delante, así que se conformó con lo que le ofrecían y aceptó el dinero consciente de que así podría cerrar ese terrible capítulo de su vida para seguir adelante, aún a sabiendas de que el ejército español se encargaría de echar tierra por encima de la memoria de su esposa.

Pero todo eso ya era agua pasada. El cabo primero especialista, seguía recluido en espera de juicio sin que nada de lo prometido se hiciera efectivo. Así que lo que menos deseaba era que el Ejército lo viera de nuevo en el punto de mira de un juez, ni aunque fuera en calidad de testigo.

—Señor inspector, le ruego que haga lo posible por que la citación no llegue antes de que se celebre mi juicio. Si es necesario, puedo declarar por escrito. Le juro que colaboraré en todo lo que se me pida, pero no me haga ir esposado a un juzgado civil.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que sean discretos. ¿Has leído ya el periódico? —dijo Martín mientras se lo quitaba de las manos sin esperar respuesta.

—Lléveselo, hace días que las noticias están caducadas.

31

Nadie le había dicho a Águeda que desempeñar el cargo para el que se había preparado fuera a ser fácil. Nadie le había prometido que los días pasarían sin sobresaltos, sin tener que llorar cuando nadie la miraba, sin acabar odiando la naturaleza humana. Nadie le había pintado la judicatura como un bucólico escenario donde sus decisiones serían celebradas. Ella era consciente de todo lo que perdía siendo jueza y lo tenía asumido, pero en días como el que acababa de terminar, hubiera deseado dedicarse a cualquier cosa que le hubiese evitado contemplar el horror de aquel hogar teñido de rojo.

Águeda se acurrucó en la cama, ocupando un espacio minúsculo en el lado izquierdo, como cuando se acostaba con Alfredo y él se desparramaba con las piernas abiertas imponiéndose con su postura sobre ella. A pesar de que la mediana de los Luna sabía que esa relación era tóxica, Alfredo seguía siendo su droga y aquella noche sentía más fuerte que nunca el mono por no tener su dosis. Llegó a marcar su número un par de veces, pero colgó al primer tono y se tragó la congoja con un vaso de vodka que le supo a fuego líquido.

Por la mañana se despertó con la boca pastosa, estaba húmeda de sudor y el aliento le olía a colonia barata. Entró en la ducha sin esperar a que el agua estuviera caliente y disfrutó con la lluvia artificial sobre su cuerpo. Se frotó con fuerza como si al hacerlo pudiera desprenderse de la maldad que la rodeaba.

Desayunó en el bar situado enfrente de su juzgado. Se olvidó de dietas y prefirió preparar a su cuerpo para la dura batalla cotidiana con la

consistencia de unos huevos fritos con panceta y un café con leche bien cargado.

—Mire, señorita, que los huevos fritos sin vino llevan pena de cárcel — bromeó la dueña del bar que tanto cariño le tenía—. Usted mejor que nadie debería de saberlo.

—Eso decía mi padre, esperemos que nadie le vaya con el cuento a la Guardia Civil —continuó la jueza Luna con la guasa—. Mejor, solo por disimular, traiga unas porras para mojar en el café.

Eran las siete y media de la mañana y Águeda ya estaba lista para el trabajo, sin que nada de lo que había vivido la jornada anterior le hiciese perder ni un gramo de su entusiasmo. En el juzgado solo encontró al secretario judicial, Julián González.

—¡Buenos días, señorita!

—Puede llamarme Águeda, no hace falta tantos formalismos entre nosotros.

—Se equivoca, sí que hacen falta. Cada uno en su sitio. Usted representa la autoridad y yo me encuentro más cómodo así, guardando las distancias.

—Como quiera, Julián —dijo Águeda, pues en el fondo, la actitud del secretario no hacía más que reafirmar que la respetaba a pesar de su juventud—. ¿Ha entrado alguna causa nueva que deba conocer?

—Nada extraordinario. Luego se lo paso todo a la firma.

Recibió la llamada de Miguel alrededor de las once. El psiquiatra no mencionó el plantón de la noche anterior. Se limitó a contarle las novedades sobre su paciente más ilustre: Sánchez Pintado. Comentó con la jueza, sin incurrir en irregularidades que comprometiesen su juramento hipocrático, los pormenores de su sesión con el paciente:

—Ha vuelto a empeorar. Está convencido de que todavía está ejerciendo. Aunque se había empezado a relacionar con otros internos a los que les daba consejos legales, algo ha vuelto a desconectarse en su cerebro y todo nuestros avances se han ido al garete.

»Ahora, el juez piensa que soy algo así como su ayudante y se comunica conmigo como si estuviéramos en el juzgado en lugar de en un hospital. En nuestra última sesión se puso algo violento. Nada grave, pero nos obligó a sedarlo de nuevo. Ahora no hace más que llamar a su esposa

gritando que quiere ver a la auténtica. La verdad es que me siento tentado a hacerle una visita a su mujer, para ver si estaría dispuesta a colaborar en la terapia, aunque lo dudo.

—Si lo haces estaría encantada de acompañarte. Puede que al saber que soy colega de su marido nos reciba con menos reparos.

—Bien, si finalmente me decido, te avisaré.

—Miguel, perdona lo de la otra noche. La cosa se complicó en el juzgado y se me fue el santo al cielo.

—No hay nada que perdonar. Primero la obligación y después la devoción. Pero no te vas a librar de invitarme a una copa.

—Dalo por hecho. También dejé colgado a mi hermano Arturo. ¿En El Kutre mañana a las diez?

—Mejor en otro sitio, que allí hay mucho ruido.

—Como quieras, mi hermano tiene otros establecimientos para elegir. Su cafetería de la avenida Daroca es mucho más tranquila. Por cierto, me ha encantado hablar contigo. No sé que tienes en la voz que me relaja.

—No quería decirte nada, pero te estoy hipnotizando —bromeó el médico—. He de advertirte que soy capaz de hacerlo a distancia. Me basta con susurrarte una orden para que obedezcas todos mis deseos.

—Menos lobos, Caperucita, que nadie se deja hipnotizar si no quiere.

—Claro, existe un gran número de mitos y concepciones erróneas alrededor de la hipnosis. Muchos de ellos causados por programas de televisión y espectáculos, así como por algunos profesionales de la salud que desconocen lo que es la hipnosis.

—En cuanto te doy un poco de pie sale a la palestra el científico.

—Perdona, Águeda, me apasiona mi profesión y si consigo que alguien me escuche fuera de la consulta y no puede escaparse lo torturo con mis cosas...

La verdad era que Águeda dejaba hablar a Miguel sin prestar demasiada atención. Empezaba a conocer al psiquiatra y su afición a dar conferencias. Solo la interrupción de su secretaria advirtiéndole de que el fiscal de guardia la estaba esperando en la sala de reuniones le hizo cortar el hilo de la conversación:

—Lo siento, Miguel, me reclaman. Nos vemos pasado mañana.

Y así quedaron citados.

32

Mientras Águeda y Miguel conversaban por teléfono, Martín ordenaba sus notas en casa. A pesar de que solo tenía que reportar informes de sus pesquisas a la jueza Luna, seguía con su costumbre, convertida en rutina, de transcribir sus notas manuscritas recogidas en libretas de espiral en documentos formales escritos a máquina con copia a carboncillo. Esa obsesión, por no fiarse demasiado de la fragilidad de la memoria, lo había salvado en momentos difíciles de su carrera policial, situaciones en las que los hechos narrados por otros observadores, incluso compañeros del cuerpo, distaban mucho de lo que reflejaban sus apuntes. Pero para que su método fuese efectivo debía mantener la disciplina de pasar a limpio al final de la jornada sus garabatos y mantener su diario mecanografiado sin concesiones al olvido ni huecos en el calendario.

Ya se había entrevistado con todos los testigos y se había hecho una composición de lugar. No encontraba un nexo de unión demasiado sólido entre ellos, si exceptuamos a Tornos y su conquista, pero estaba seguro de que algo tenían en común. Junto con los informes, Martín recopilaba todo lo que había ido recogiendo en sus entrevistas: localizaciones, horarios de autobuses, recortes de periódicos... en fin, todo lo que le ayudase a reconstruir el puzle de los hechos tal como le había encomendado su nueva jefa.

No obstante, seguía sin saber demasiado de la víctima. Apenas su filiación, los datos de su autopsia, que por otro lado había sido muy superficial, y lo que podía desprenderse de la escasa documentación que llevaba en su billetera.

Águeda le había informado de que iba a ser difícil conseguir repetir la autopsia. Primero debía de encontrar una justificación legal con la

suficiente fuerza para que el caso pasase a su jurisdicción. Un caso que, por otro lado, ya había sido cerrado. Pero la jueza Luna pensaba que la documentación que atesoraba su antecesor podría pesar lo suficiente como para permitir la exhumación. La profusión de chantajes, reales o no, que había recopilado Sánchez Pintado en su obsesiva instrucción, una vez ordenados con coherencia, podían dar pie al desenterramiento y a mucho más.

Entre tanto, Martín se tendría que contentar con los vivos. Así que decidió visitar la última dirección conocida de Jacinto Méndez, según la amable portera, el número 1 de la calle de Fray Ceferino González.

Martín cogió el metro hasta Embajadores y caminó hasta las calles del Rastro. Era martes y nada hacía pensar que los domingos, ese barrio tan castizo se convertía en un hervidero de vendedores de todo tipo de artículos de dudosa procedencia que pugnaban por ocupar el mejor sitio.

La calle Fray Ceferino González era conocida también como la calle de los pájaros, por ser allí donde se vendían aves canoras desde que el Rastro empezó a ser el Rastro. Periquitos, jilgueros y, sobre todo, canarios, poblaban los puestos callejeros proporcionando una banda sonora de absurda naturalidad que travestía el ambiente urbano de un cierto aire a selva tropical.

El número uno esquina con Embajadores resultó ser un hostel muy coqueto, de apenas veinte habitaciones distribuidas en tres plantas sin ascensor. La falta de ascensor le restaba al establecimiento los puntos suficientes para llegar a la categoría de hotel, pero por otro lado, como pudo comprobar el policía, casi siempre se encontraba lleno de huéspedes. Su privilegiada situación, los precios moderados y la familiaridad del personal, hacían del hostel Latina un sitio ideal para vivir unos días en el Madrid de los Austrias.

En la recepción, Martín preguntó por Jacinto Méndez. La recepcionista era nueva y cuando inspector Villanueva exhibió su placa, llamó a la directora del hostel.

Doña Enriqueta Latina, además de directora, era la dueña única del establecimiento que llevaba su apellido. Heredado de un hermano de su padre que murió soltero y sin descendencia, el hostel era el centro de su vida. Conocía cada rincón, cada bombilla y cada grieta del edificio y se

vanagloriaba de recordar a todos los huéspedes alojados entre sus muros desde que ella había cogido las riendas del negocio.

—No se me olvida una cara si la veo dos veces —decía—. En hostelería tienes que conocer a la gente para poder adelantarte a sus deseos, para que quien te visite se sienta como en casa.

Pero la verdad era que de quien mejor se acordaba doña Enriqueta era de los morosos.

—¿Que si sé quién es este individuo? —gritó la directora rompiendo la serenidad del recinto—. Ese mal nacido me dejó a deber un mes de estancia a pensión completa.

—¿Cuánto hace de eso?

—Más de un año. Desde entonces no hemos vuelto a saber nada de él. Di parte a la policía, pero sus compañeros no hicieron nada por encontrarlo.

—¿Qué puede contarme de él? —preguntó Martín ignorando las críticas a su gremio.

—Poca cosa. Se limitaba a dormir, a comer a cuerpo de rey y a protestar por casi todo. Se quejaba de la limpieza, del desayuno, de los ruidos de la calle, hasta me amenazó con poner una denuncia a Sanidad cuando encontró un pelo en la sopa...

—¿Sabe si se relacionaba con otros huéspedes?

—Apenas lo hacía. Desayunaba temprano y salía del hostel antes de las ocho. Siempre con ese gabán raído, aunque hiciera calor. Si regresaba a la hora del almuerzo, comía en el último turno y si no llegaba a tiempo exigía que le hiciésemos algo para picar aunque la cocina estuviese cerrada.

—Deduzco, entonces, que se alojó con ustedes bastante tiempo.

—Seis meses y, como le dije antes, solo pagó cinco.

—¿Dejó alguna dirección de contacto que usted recuerde?

—Eso me gustaría a mí. Las señas con las que se registró resultaron ser falsas, según me dijeron en comisaría cuando puse la denuncia.

—¿Y se marchó así, sin que usted pudiera sospechar que se despedía a la francesa?

—Claro, simplemente salió un poco más tarde que de costumbre, con su abrigo piojoso.

—¿Sin equipaje?

—Nada, todavía está aquí lo que dejó: su ropa, la maleta con la que llegó y una máquina de escribir Olivetti.

—¿Puedo echarle un vistazo a todo eso?

—Sin problemas. Lo tengo todo en el trastero. Pero ¿por qué lo busca? Imagino que no será por lo que me debe.

—Murió hace unos meses.

—¡Maldita sea! Yo pensando que me había dado esquinazo y resulta que había pasado a mejor vida. Ahora me da un poco de vergüenza haberle denunciado. Si llego a saberlo no hubiera dado ese paso. Confieso que me dejé llevar por mis prejuicios y pensé que me la estaba pegando. Yo poniéndole verde y el pobre criando malvas...

Martín no quiso decirle que las fechas no cuadraban. Que Jacinto llevaba varios meses fuera del Latina cuando murió en el vagón de tren. Siguió a doña Enriqueta hacia el trastero situado en el sótano del edificio. Con una gruesa llave, abrió el almacén.

Doña Enriqueta giró el viejo interruptor de baquelita y ante los ojos del policía se mostró un abigarrado conjunto de enseres ordenados por tamaño sobre dos hileras de estanterías de chapa, una frente a la otra. En las de la izquierda se almacenaban cachivaches del hostel, inservibles o no, que la directora se resistía a tirar por razones sentimentales o, simplemente, porque pensaba que alguna vez podían serle útiles. En las de la derecha, se acumulaban maletas, zapatos, ropa, libros y cualquier cosa que alguien pudiera haberse dejado olvidado tras su paso por el hostel.

Cada objeto estaba perfectamente ordenado alfabéticamente por el apellido del huésped y etiquetado con el nombre, el número de habitación y la última fecha de pernoctación. De manera que si su propietario volvía a alojarse o a reclamar lo que había olvidado pudieran devolvérselo sin dificultad.

La dueña del hostel rebuscó entre los objetos hasta dar con los pocos efectos personales de Jacinto Méndez. Entre una constelación de polvo en suspensión, la vio emerger con una pequeña maleta de cuero y la máquina

de escribir Olivetti envuelta en una bolsa de plástico de Galerías Preciados.

—¿No cree que deberíamos esperar al consentimiento de la familia para abrirla? —receló doña Enriqueta al comprobar la prisa que tenía Martín por ver el contenido de la maleta.

—Tengo una orden judicial, no se preocupe —mintió el policía al que de vez en cuando le sobaban los derechos fundamentales de la reciente constitución española—. Veamos qué tenemos aquí.

El viejo policía forzó la cerradura de la maleta e hizo saltar el pestillo, lo que le permitió acceder al contenido: un fajo de cartas sujetas con una goma elástica, recortes de periódico que, según pudo comprobar Martín con posterioridad, abarcaban varias décadas, un pequeño neceser que solo contenía una maquinilla de afeitar eléctrica marca Philips con accesorio rasurador de patillas, dos camisas idénticas con las iniciales J. M. bordadas con exquisitas puntadas de hilo púrpura, tres instantáneas en blanco y negro de mujeres desnudas que estaban siendo penetradas por rotundas vergas en posturas que ocultaban el rostro del *partenaire* masculino y, por último, una baraja de naipes franceses con más imágenes pornográficas y evidentes signos de desgaste.

—Le gustaban los solitarios —dijo doña Enriqueta mientras Martín abría el estuche. Tras el comentario de su acompañante, el policía no supo si se refería a los juegos de cartas o a otras prácticas más íntimas.

Dentro, mezcladas con las cartas de póker, el muerto guardaba tarjetas de visita. Eran como las que encontró el inspector Villanueva al registrar la cartera cuando todavía estaba caliente el cuerpo. Con el mismo nombre, pero todas distintas, como si Jacinto Méndez pudiese barajar el perfil de su personalidad como lo hacía con los naipes en sus juegos onanistas.

—Doña Enriqueta, ¿le dijo señor Méndez alguna vez a qué se dedicaba?

—Según anoté en su ficha de registro, era viajante de comercio, pero no le vi muestrario alguno, aunque viajar si viajaba mucho. Solía marcharse temprano los miércoles y pasaba la noche fuera del hostel. Yo, como era un cliente fijo, nunca le cobraba la habitación ese día, aunque bien podía haberlo hecho. Pero lo cierto es que él nunca me reprochó nada de la factura. Sospecho que ni siquiera se dio cuenta de que le hacía rebaja.

—¿Cómo pagaba?

—Siempre a tocateja. Con billetes de cinco y diez mil pesetas. Por eso nunca pensé que, a pesar de su aspecto, me fuera a dejar a deber. No obstante, es bien sabido que los muertos no pagan sus deudas.

Martín asintió con una leve sonrisa y se fue guardando en los bolsillos todo lo que le parecía de interés para la investigación.

—¿No querrá que me quede otra vez con la maleta? Si no le parece mal, mejor llévesela, ¿no dice que tiene orden judicial? Con que me deje un papel firmado como recibo, por si algún heredero reclama las pertenencias del fallecido, me sirve.

Martín, con desgana, improvisó un documento de entrega en el que se comprometía a la custodia de los efectos personales de Jacinto Méndez. Lo redactó por duplicado en una misma hoja y entregó una copia a doña Enriqueta.

Cargando con la bolsa de plástico que guardaba la máquina de escribir Olivetti y la maleta con la cerradura forzada, Martín se despidió de la dueña del hostel con la promesa de mantenerla informada, cosa que no tenía ninguna intención de hacer.

33

Miguel avanzaba, o eso le decía a Águeda, a pasos agigantados en la terapia con el juez. Se había ganado su confianza al mantener la farsa de que trabajaba para él en el juzgado. Sánchez Pintado, en su paranoia, seguía dictando autos absurdos, pero iba recobrando algo de su memoria más próxima. De vez en cuando preguntaba si había llamado su esposa, si su hija pequeña le esperaba en la puerta del juzgado como todos los días, si se había acordado alguien de que había que llevar al perro a vacunarlo de la rabia. Era como si su mente quisiera diluir la niebla que lo ofuscaba, pero su cuerpo no consiguiera ver del todo la luz.

El psiquiatra finalmente había conseguido concertar una visita con la familia del enfermo. En un primer intento, la esposa le había dado con la puerta en las narices y le dijo que no quería saber nada de su marido. Pero la intervención de Águeda y una velada sugerencia de revisar su incapacitación allanó el camino para conseguir vencer la resistencia de la señora.

Águeda y Miguel se citaron media hora antes para consensuar la estrategia en la entrevista. La jueza quería dejar las sutilezas y entrar en el interrogatorio sin ningún subterfugio, confiando en que su autoridad sería suficiente para allanar las reticencias de la mujer. Pero Miguel, más preocupado por su paciente que por la investigación de su amiga, la convenció de que debían abordar el encuentro como algo que podía ser muy beneficioso para la familia, no solo para el enfermo.

—Si la atosigamos no nos dirá la verdad sobre su marido. Solo si conseguimos que colabore sacaremos algo en claro con la visita.

—Tienes razón. Pero de todas formas, nada la obligaba a recibarnos y eso ya es una buena señal ¿no te parece?

—Puede que esté algo avergonzada por no haber visitado a su marido, o por ponerle los cuernos.

—No prejuzgues, Miguel. Primero habrá que escuchar su versión.

Remedios Sangüesa —así se llamaba la esposa de Sánchez Pintado—, recibió a los dos jóvenes vestida con un elegante traje de chaqueta. La indumentaria realzaba una belleza todavía resistente a la edad. Ofreció su mano como única muestra de cercanía, estrechando con más fuerza la de Miguel y resistiéndose a la de Águeda, como si el contacto con la piel femenina le produjera algún tipo de repulsión.

La jueza Luna se presentó como la sustituta de Sánchez Pintado en el juzgado de Valdemoro, pero Remedios no le dio la más mínima importancia.

—Valdemoro fue su exilio por lo que me hizo, una deshonra para la familia, para sus amigos y hasta para él mismo.

—Entiendo su amargura, señora.

—¿La entiende? Usted no sabe nada.

—No se ofenda, doña Remedios, no queremos molestarla —intervino Miguel—. Estamos aquí para comunicarle que su marido ha experimentado una leve mejoría. Ya ha salido de su, digamos, catalepsia, y ha comenzado a percibir la realidad, o al menos algo parecido a lo que nosotros entendemos como normalidad. Perdone, no me he presentado: soy el doctor Miguel Sebastián, el psiquiatra de su marido.

—Siéntense, estoy siendo una grosera. Discúlpenme, pero últimamente recibo pocas visitas y estoy perdiendo las buenas costumbres. Les aseguro que esta casa antes era un hervidero de personas, de gente interesante que venía a verme solo por estar un rato en mi compañía. Yo, de soltera, fui actriz, hasta que cometí el gran error de mi vida y lo dejé todo por un juez joven, prometedor, el más precoz en entrar el Supremo, pero, señores, el amor vuelve ciegos hasta a los linceos.

—Él todavía la idolatra. No hace más que hablar de usted —dijo Miguel.

—No le crea. Mi marido admira a otra Remedios. Quiere a la Remedios que posó en ese cuadro —mantuvo dirigiendo su mirada a un lienzo de casi dos metros de altura que presidía el salón y que mostraba a

una hermosa y joven Remedios Sangüesa, vestida con una leve túnica griega que dejaba traslucir los pechos—. Ahora no me reconoce. Dice que soy otra. Que la estoy suplantando. Hasta llegó a agredirme, si no fuera por mis hijos me habría matado...

—¿Qué nos puede decir usted de Jacinto Méndez Pascual? —intervino Águeda con cierta crudeza.

—Ya veo que mi marido sigue en sus trece. Nunca me acosté con ese hombre, si es lo que quiere saber. Román veía cosas que solo estaban en su mente. Estaba envenenado por los celos. Méndez solo venía a dar clase de latín y griego a mi hijo mayor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Apenas un trimestre y, la verdad, con poco éxito, yo creo que mi hijo sabía menos latín después de las clases con el profesor particular que antes de recibirlas. Luego Román empezó con sus desvaríos. Veía cosas que no eran ciertas. Me mostraba cartas que me comprometían y que yo no había escrito. Hasta el fatídico día que creyó encontrarme con el profesor de latín en la cama...

—¿Qué pasó exactamente?

—No sé a santo de qué viene volver a recordar aquello. Pero no tengo nada que ocultar, señorita. Yo padezco de unas terribles migrañas desde la adolescencia y aquella tarde estaba encerrada a oscuras en mi cuarto. En esas ocasiones, no soporto la luz ni los ruidos. Apenas como y no permito que ni el servicio ni mis hijos me molesten. Román llegó a casa a eso de las siete, justo en el momento en que Jacinto terminaba la clase con Luis, mi hijo mayor. Mi marido creyó ver salir al profesor de nuestra habitación ajustándose la ropa, pero lo cierto es que el maestro acababa de utilizar el baño contiguo a la habitación. Román, entonces, comenzó con su delirio. No atendió razones, empezó a golpear a Jacinto con el puño cerrado y el pobre apenas se defendió. Jacinto, aún aturdido, acertó a desembarazarse de Román, le dio un empujón y abandonó la casa...

—Huyendo.

—No, solo quería alejarse para no excitar más a Román.

—Y luego su marido la agredió.

—Así fue. Si no llega a ser por mis hijos que pidieron auxilio, no estaría aquí ante ustedes.

—¿Y el profesor no hizo nada más?

—¿A qué se refiere?

—Mujer, podría haber llamado él mismo a la policía. No parece muy valiente dejar a una mujer indefensa a merced de un hombre fuera de sus cabales y marcharse sin más —razonó Águeda.

—En esos momentos, lo que menos me importaba era la integridad moral de un extraño.

—Lo entiendo —sostuvo Miguel—. ¿Supo usted algo más del profesor?

—Nada de nada. Ni siquiera vino a cobrar la última semana de clases. Imagino que tuvo miedo de volver a encontrarse con mi marido.

—O quizá le remordía la conciencia —dijo la jueza Luna.

—Siento mucho decirles que no puedo atenderles por más tiempo —cortó doña Remedios—, pero tengo otra cita y me están esperando.

—Perdone usted las molestias. No la vamos a entretener más. Si recuerda algo del profesor, por muy banal que pueda parecerle, le ruego que nos lo haga saber. —Águeda le alargó una tarjeta del juzgado.

—Descuide, señorita. Así lo haré, aunque no entiendo en qué puede ayudar a mi marido saber la vida y milagros de un aburrido profesor de latín.

Doña Remedios Sangüesa guardó la tarjeta de la jueza Luna en el bolso con la firme convicción de no utilizarla jamás. Su marido estaba bien donde estaba, era un capítulo cerrado de su vida que no quería releer.

34

Después de entrevistar a doña Remedios Sangüesa, Águeda se excusó con Miguel y se citó por fin con su hermano mayor, Arturo, para intentar zanjar el asunto de la herencia.

Ninguno de los hermanos tenía mucho interés en hurgar en el testamento de Daniel. De algún modo, rehuían del acto formal que les mostraba las últimas voluntades de su padre. Tampoco es que hubiese mucho que repartir, pero era algo que debían resolver tarde o temprano y los tres los sabían.

No obstante, Arturo había pedido cita ya dos veces en el notario y no estaba dispuesto a excusarse de nuevo, así que les había dado un ultimátum a sus hermanos:

—O venís mañana a las siete o me quedo con todo.

Águeda se había reído del fingido enfado de su hermano mayor y le aseguró que no faltaría a la cita, pero Baltasar, siempre atareado con sus negocios de la noche, hizo llegar un poder notarial a Arturo dándole plenos poderes de representatividad.

—¡Manda narices! Tiene tiempo para ir a que le redacten un poder notarial y no puede asistir a la lectura del testamento de su padre.

—No se lo tengas en cuenta, por mucho que se haga el duro, no deja de ser un niño que dice que le gustan las películas de miedo, pero se tapa los ojos cuando parece que va a pasar algo malo.

—¿Y qué hay de malo en conocer las últimas voluntades de tu padre?

—Nada, Arturo, pero para él supone revivir la pérdida, recordarle que se ha quedado definitivamente solo.

—Nos tiene a nosotros, Gueda.

—Ya, pero tú sabes que no es lo mismo. En fin, terminemos con esto cuanto antes...

Los Luna entraron en la oficina del notario. El acto formal de la lectura del testamento se despachó sin muchas sorpresas. Daniel los nombraba a los tres herederos universales. El notario fue enumerando las cuentas de ahorro, los fondos del estado, el pequeño paquete de acciones, la superficie en metros cuadrados de la casa familiar que ahora les pertenecía a partes iguales *pro indiviso*, hasta la colección de primeras ediciones de las novelas de Agatha Christie que tantos buenos momentos le habían proporcionado a Daniel.

Eran poco menos de las ocho de la tarde cuando el mayor de los Luna subió a un taxi dejando a Águeda en la puerta de la notaría. La jueza prefería volver dando un paseo y Arturo tenía una cena de trabajo con un buen cliente del bufete.

—¿Estás segura que no quieres que te acerque, hermanita?

—Claro, caminar un poco me hará bien. Me paso todo el día sentada y al final voy a echar culo. Además, pasaré la noche en casa de papá.

Se despidieron con un beso y Águeda se encendió un cigarrillo. Había cogido ese estúpido vicio cuando preparaba las oposiciones y, a pesar de que no fumaba demasiado, siempre llevaba en el bolso un paquete de Marlboro.

Dio una larga calada mientras guardaba la cajetilla y el mechero. Y entonces lo vio: Alfredo caminaba por la acera de enfrente. Una hermosa joven iba cogida de su brazo y se acurrucaba en la gabardina del abogado al menor descuido.

Águeda sintió asco. Se vio reflejada en la candidez de la chica. Era como si el tiempo volviera atrás y pudiera verse a sí misma en una película de blanco y negro.

Armándose de valor, cruzó la calle y llamó la atención de la pareja. Se presentó ante Alfredo como si no pasara nada, intentando demostrar que para ella su historia estaba totalmente enterrada, aunque sabía que no era cierto. La jovencita se ruborizó antes de que Águeda le plantara dos besos y se separó de Alfredo colocándose un paso por detrás de él. La jueza vistió su mirada de indiferencia para cruzar sus ojos con los de Alfredo,

pero era tal el poder de la atracción que aún ejercía sobre ella que tuvo que desviar la vista hacia el centro de la calle para no evidenciar su turbación.

—¿Cómo va todo Alfredo? ¿Cómo están tu mujer y los chicos? —preguntó Águeda, procurando que sus palabras llegaran nítidas a la joven.

Alfredo no respondió. Dio un tirón del brazo a su conquista y dejó a Águeda plantada en la acera.

—Ese cabrón no cambiará nunca —dijo en voz alta, y no consiguió reprimir el llanto. No lloraba por tristeza, ni siquiera por despecho, lloraba de rabia al comprobar que, con otros personajes, todo seguía igual en la vida de Alfredo. Bastaba con sustituir a la actriz protagonista para que la obra se representara de la misma forma todos los días.

Sacó un pañuelo del bolso y se arrancó las lágrimas con furia. Se sonó con fuerza los mocos y, al hacerlo, el propio ruido le despertó la risa. Una carcajada nerviosa fluyó de su boca sumiéndola en un estado bipolar, en el que el llanto se peleaba con la risa. Esa catarsis de sentimientos obró el milagro de liberarla del influjo tóxico de Alfredo y sus artimañas de seductor maduro. Águeda se prometió no volver a pensar nunca más en él.

Y sin más siguió su camino, mezclándose entre la gente que deambulaba por las calles de Madrid. La distancia entre la notaría y la casa paterna se le hizo corta y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba en el viejo portal donde tantas veces había jugado.

Los Luna tenían su casa en el principal derecha, así que Águeda no tuvo que subir muchas escaleras. Al abrir la puerta se embriagó con los olores de sus recuerdos: a libros, a ropa recién lavada tendida en la galería, hasta de los desagües que los días de bochorno desprendían un tufo acre que no había manera de ocultar ni con el mejor de los ambientadores. Encendió la luz y, sin quitarse el abrigo, se acurrucó en el sillón de lectura de Daniel. Desde allí, acarició los lomos de los ejemplares que tanto había disfrutado su padre y, cuando apenas habían dado las diez de la noche, se quedó dormida hecha un ovillo.

Se despertó sobresaltada antes de amanecer. Le costó unos instantes situarse hasta que sus sentidos, aletargados por el sueño, la devolvieron al mundo consciente. Torpemente, accionó el interruptor de la lámpara de lectura y se desperezó hasta que todos los músculos de su cuerpo le devolvieron señales de dolor por no haber dormido en una cama, como es

debido. Águeda se resignó a la contractura y decidió mitigarla con una ducha caliente.

Luego hizo café y volvió a sentarse en el sillón orejero de su padre con la taza humeante entre las manos. Los recuerdos acudían a su mente filtrados por la fragilidad de la memoria, que arrincona las malas experiencias e idealiza las buenas, para componer una existencia dulcificada, en el mejor de los casos. Águeda había sido muy feliz entre esas paredes y ahora la tristeza de las ausencias le atenazaba el vientre. Los primeros rayos del amanecer iluminaron la estantería donde Daniel guardaba sus novelas de la Christie. Águeda, cegada por el reflejo del sol, apuró su café y se preparó para abordar un nuevo día en el juzgado.

35

Martín siempre se había fiado de su intuición. Pensando en cada uno de los testigos que había entrevistado, su voz interna le gritaba que Encarna, la dulce joven seducida por el vendedor de coches de alta gama, no era tan cándida e inocente como pretendía hacerle creer. El inspector tenía la intención de investigarla con un poco más y, para ello, lo mejor era observarla en su nuevo puesto de trabajo. Estaba claro que a la chica no le iba nada mal, a juzgar por su llegada en coche oficial del Ministerio de Agricultura.

Martín tenía un conocido en Agricultura, un guardia civil retirado que compaginaba su pensión con el trabajo de conserje, como tantos otros.

—¿Cómo te va la vida, Segis? —se interesó Martín por pura cortesía.

—Con muchos gastos, pero me voy apañando. ¿Y tú, en qué andas metido?

—Ahora presto servicio en la Policía Judicial, en el juzgado de Valdemoro —respondió Martín.

—Imagino que no vienes a verme solo para recordar viejos tiempos...

—Tienes razón, es por trabajo. Estoy investigando a una persona que según tengo me han informado, trabaja en tu ministerio.

—Desembucha, soy todo oídos.

—Encarna Muniesa Galve, auxiliar administrativa interina.

—Jefa de negociado, querrás decir.

—Veo que sabes de quién hablo.

—Está muy buena la condenada, no es alguien que pase desapercibida, pero no la conozco solo por su hermosura: está liada con el subsecretario.

—Tenía entendido que era la novia de un ingeniero agrónomo...

—El ingeniero es nada menos que el subsecretario de Agricultura. Aquí todo el mundo sabe lo suyo con el jefazo, pero ella se las da de modosita y va diciendo a todo el que quiere escucharla que sus ascensos son debidos a sus méritos y su capacidad.

—El mérito y capacidad también se puede demostrar en la alcoba...

—Eso pienso yo, y conmigo toda la plantilla. Apenas se relaciona con el resto de las administrativas. Ella dice que es porque le tienen envidia, pero lo cierto es que le tienen verdadero asco.

—¿No estás siendo algo duro con ella?

—No creas, a mi la chica me cae bien, es una superviviente. Entró por la puerta de atrás del ministerio y ahora tiene despacho propio. Pero eso aquí no está muy bien visto. El escalafón es una cosa que está grabado a fuego entre los funcionarios y que alguien se lo salte no sienta nada bien.

—Me gustaría echar un vistazo a su expediente administrativo.

—Sabes que eso no es legal sin su consentimiento.

—Solo de forma extraoficial. Considéralo un favor personal, por los viejos tiempos.

—Ya entiendo, antes no teníamos tantos reparos, ¿verdad? No nos andábamos con tantos remilgos en una investigación.

—Bueno, no creas, eso tampoco ha cambiado tanto. Lo que sucede es que ahora hay que andar con más cuidado y procurar que todo parezca lo más legal posible. Solo quiero información, Segis.

—Descuida, que algo podré hacer. Déjame unos días y te digo.

De todas formas, Martín decidió investigar por su cuenta. Una visita al registro civil le confirmó que Encarna era hija de madre soltera, que no tenía padre reconocido y que había nacido en un pueblo muy familiar para el policía: Ateca. «Curiosa coincidencia, paisana de don Damián, el falso alcalde», se dijo.

Martín decidió hacer una visita a la madre de Encarna en horario de oficina para asegurarse de que no estaba la hija. Haciéndose pasar por un funcionario del ayuntamiento, se plantó de nuevo en la corrala del barrio de Chamberí.

—Buenos días, señora, vengo por lo de la contribución —se presentó.

—¿La contribución? No entiendo a qué se refiere, caballero.

—¿No es de su propiedad el inmueble?

—¡Qué más quisiera! Estoy alquilada, como todos los de aquí.

—¿Vive sola?

—Ahora sí. Mi hija ya se ha independizado, ¿sabe usted?, trabaja para el gobierno —mintió la madre de Encarna.

—Me alegro mucho, señora —disimuló el inspector Villanueva que todavía recordaba a Encarna abriendo esa misma puerta con la toalla en la cabeza—, pero yo venía por lo de la contribución. ¿Cuánto paga de renta?

—No tengo por qué decírselo, eso no es de la incumbencia del ayuntamiento.

—Se equivoca, señora, sí que lo es. Dependiendo de lo que se recibe por los alquileres se calcula el valor de la finca, y a mayor valor, mayor tasa de contribución.

—¿Y a mí que me cuenta?

—Por cierto, usted no está empadronada en Madrid. ¿No sabe que es obligatorio inscribirse donde se reside?

—Mi estancia aquí es circunstancial, estoy de paso.

—No paga alquiler, no está empadronada... ¿no será usted como una de esas *hippies* que se meten en las casas vacías de Londres?

—¿Me está usted tomando el pelo? Márchese de aquí, no tengo por qué darle explicaciones.

—Perdone señora, no pretendía molestarla. Solo una cosa más: ¿Cuál es su población de residencia habitual?

—Eso a usted no le importa. Estamos en un país libre ¿o es que lo ha olvidado? No me moleste más que tengo mucho que hacer.

Martín no quiso tensar más la cuerda y se retiró; no sin antes observar cómo la madre de Encarna daba un sonoro portazo para, a continuación, volver a abrir la puerta lo suficiente para comprobar que el inquisitivo funcionario se marchaba. Pero antes de abandonar la finca, Martín se paró a hablar con la señora que barría la puerta de entrada.

—¿Conoce usted a las vecinas del entresuelo? —preguntó sin rodeos a la abnegada limpiadora.

—De toda la vida. Llevan viviendo aquí desde que nació la niña.

—Tengo entendido que vinieron de un pueblo de Zaragoza.

—Eso parece, pero la madre no cuenta mucho. A mí no me gusta hablar, pero es una siesa. No hay manera de sacarle una palabra, y la hija es como la madre, una estirada, como si fuera la hija de un ministro.

—A lo mejor lo es.

—Vaya usted a saber, dicen las malas lenguas que no conoció a su padre y algo de verdad tiene que haber, pues la madre y la hija tienen los mismos apellidos. Uno de los pocos hombres que pisa la casa es el administrador de fincas, don Rufino, que por cierto, murió hace unos meses en un accidente de tren.

—¿Don Rufino? Me parece que yo conocía a ese hombre, ¡qué casualidad más curiosa! ¿No hablará usted de este señor? —dijo Martín mostrando la fotografía de Jacinto e intuyéndole a este una nueva personalidad a añadir a la lista.

—Uy, podría ser. Se le da un aire, pero don Rufino era mucho más elegante, un señor en toda la regla.

—Puede ser, pero la verdad es que esta foto no le hace justicia. Muy buenas tardes y que usted lo barra bien.

Al día siguiente, el amigo Segis convocó a Martín en un bar cercano a Nuevos Ministerios. Traía bajo el brazo una carpeta azul con el expediente completo de Encarna Muniesa Galve. Una carrera administrativa meteórica: de interina repescada en segundo llamamiento por la renuncia expresa de la titular antes de tomar posesión del puesto, a jefa de negociado de la sección de lonjas y mercados. Según el guardia civil retirado, desde su jefatura controlaba a abastecedores, mesas de contratación de abastos, daba y quitaba permisos de importación de carnes congeladas y, por todo ello, según las malas lenguas, cobraba sin que nadie le pusiera freno.

—Eso que dices es muy grave. No puedo entender que sus superiores le permitan esas prácticas.

—Te recuerdo que tiene un buen padrino y además ella no se queda con todo, sabe repartir con quien tiene que hacerlo.

—¡Vaya con Encarnita! Muchas gracias por todo, Segis. Te debo una.

Los dos viejos agentes de la autoridad se despidieron prometiéndose no espaciar tanto el próximo encuentro. Martín estaba muy satisfecho con sus pesquisas. Ahora tenía ante sí más piezas del rompecabezas, una telaraña en la que todos los hilos conducían al centro: Jacinto Méndez Pascual, o don Rufino el administrador de fincas, la nueva ocupación que había que sumar al inventario de méritos y funciones del muerto.

36

Martín tenía entre sus manos la servilleta de papel con el anagrama del bar La almeja. Había muchas calles de la Higuera en España, pero teniendo en cuenta la última estación del tren que lo había llevado a la muerte, lo más probable era que encontrara nuevas pistas sobre la vida de Méndez Pascual en Zaragoza.

Haciendo un paréntesis en su vida austera, Martín tomó el tren Talgo con destino Zaragoza de las siete de la mañana. En menos de tres horas se plantó en la estación del Portillo sin más equipaje que el abrigo y su libreta. En la misma comisaría de la estación aprovechó para informarse sobre la ubicación de la dichosa calle de la Higuera.

—Está en el barrio de las Fuentes, lo mejor es que cojas el 38. Antes de llegar a la facultad de Veterinaria, te bajas en Miguel Servet y preguntas. Zaragoza no es Madrid, descuida que no te perderás —le informó un compañero de servicio.

Martín agradeció la ayuda e hizo caso de las indicaciones.

Desde la parada apenas había trescientos metros hasta la calle que buscaba, pero entró en un bar para preguntar.

—¿Me sabrían indicar dónde queda la calle de la Higuera?

—Caballero, esa calle no existe, querrá usted decir de Tomás Higuera.

—Claro, por eso no la encontraba en el callejero.

—Bueno, no se apure, todo el mundo la llama así —ilustró el camarero a la vez que le preguntaba qué iba a tomar.

—Póngame un café solo, gracias. Por cierto, estoy buscando a este señor —dijo Martín mostrando la fotografía de Jacinto Méndez—. ¿No lo conocerá usted por casualidad?

El camarero se tomó su tiempo para estudiar el retrato. Se lo pasaba de una mano a otra y hasta se tomó la molestia de buscar las gafas para ver de cerca.

—La verdad es que me resulta familiar —dijo—. ¿No será don Rufino, el marqués? En esta foto lleva una ropa muy poco acorde con su categoría, pero se le parece mucho.

—¿Viene mucho por aquí don Rufino? —interrogó Martín como dando a entender que se trataba de la misma persona.

—Una vez al mes, a cobrar la renta. Y no es que le haga falta el dinero, lo hace para seguir activo. Es un señor en toda la regla.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Ahora que lo dice, no se ha pasado por el bar últimamente. O al menos yo no he coincidido con él. Por las tardes me releva mi señora en la barra, puede que ella lo haya visto. ¿Para qué lo busca?

—Cosas de herencias —mintió el inspector—. Uno de mis clientes lo ha nombrado en su testamento y necesito ponerme en contacto con él para liquidar lo que le toca.

—Entonces tiene usted que hablar con la Reme. Ella sabrá de su paradero. Cuando él no está, se ocupa de sus asuntos. Llama a los gremios para pequeñas reparaciones en los pisos del marqués, recoge la correspondencia, cobra los alquileres...

La tal Reme resultó ser una señora casi octogenaria que ocupaba un bajo en el mismo número y calle que las señas manuscritas en la servilleta de papel. El policía llamó a su puerta y esta vez se identificó como el inspector que era. La anciana lo recibió con cierto reparo. No le gustaba que nadie husmeara en sus asuntos.

—El señor marqués no se encuentra en la ciudad —dijo nada más comenzar la conversación.

—Ya estoy al corriente de eso, señora. Solo necesito saber algo más de don Rufino...

—No sé a santo de qué viene ahora preguntar por él, y menos la policía. Mi señorito es un ciudadano ejemplar, paga sus impuestos, siempre está dispuesto a hacer mejoras en los inmuebles que heredó de su tío y hasta colabora en varias organizaciones benéficas del barrio.

—No se preocupe, señora, mi interés por él no es por nada delictivo — quiso tranquilizarla el inspector Villanueva—, simplemente estoy investigando un asunto en el que su patrón resultó muy perjudicado.

—Para serle sincera, hace bastante tiempo que no viene por Zaragoza. Yo le guardo la correspondencia en casa y me ocupo de ingresar los alquileres en su cuenta de la Caja de Ahorros de la Inmaculada. Si es por eso por lo que viene, le aseguro que no me he quedado nada de su dinero —informó Reme sin poder ocultar su nerviosismo.

—Hace unos meses padeció un problema serio de salud —suavizó el policía—, es lógico que no se haya puesto en contacto con usted. Tengo entendido que don Rufino posee un piso para su uso personal en esta finca. ¿No tendrá usted la llave por casualidad? Necesito dejarle unos documentos.

—Así es, el último piso está siempre a disposición de don Rufino, pero yo no puedo abrirle la puerta.

—¿Ni siquiera a la policía?

—Sin el permiso de don Rufino, de ninguna de las maneras. Yo no quiero líos. Él nunca me ha permitido subir a su casa. Además, por mucho que quisiera, no hay ascensor y la artrosis y la fatiga crónica que padezco no me dejarían pasar del primer rellano. Si quiere hurgar en las cosas del señor, tendrá que llamar a un cerrajero. Olvídese de mí, yo no quiero saber nada de lo que no es mío.

La vieja cerró la puerta sin esperar a que Martín se despidiese. Toda la conversación había discurrido en el rellano del entresuelo derecha. Martín no había evitado alzar la voz. Su intención era que los vecinos pudieran oírlo, y así despertar su curiosidad. Sabía por experiencia, que las rencillas en las comunidades de vecinos soltaban la lengua, y siempre había alguien dispuesto a poner a caer de un burro al de al lado.

Martín, en lugar de abandonar el edificio, subió al primer piso y, como había supuesto, no tuvo que esperar mucho hasta que se abrió la puerta del primero izquierda.

—Pase caballero y verá como la vieja sube las escaleras mejor que las cabras al monte —dijo un individuo de mediana edad, enfundado en una bata rosa de boatiné y zapatillas de leopardo.

Martín atendió el ofrecimiento del desinhibido cuarentón y, apostados en el pasillo tras la puerta de la entrada, los dos escucharon el zapateado cojitranco de la anciana ascendiendo con soltura los pisos que separaban el suyo del de su adorado marqués.

—No hay día que no vaya al ático. Riega las plantas de la terraza y abre las ventanas para que el piso no huela a cerrado, por si viene su señorito.

—¡Pues sí que le tiene devoción!

—Diga usted mejor pánico. Cuando algo no está a su gusto, el marqués es un demonio. Hasta aquí llegan sus gritos. La pobre vieja no sé cómo lo aguanta... El otro marqués no era tan desagradable.

—¿El otro?

—Sí, claro, el tío de don Rufino, el que le dejó el título y las rentas.

—Cierto —disimuló Martín dando pie a su interlocutor para que siguiera hablando.

—Si me permite el chascarrillo, el viejo era de los míos —dijo el cotilla mostrando una pose lo más de lo más afeminada—. No me duelen prendas reconocer que me habría dado un buen revolcón con él, a pesar de la diferencia de edad.

El ruido de pasos amplificado por el hueco de la escalera interrumpió las confidencias. Martín se asomó por la mirilla y pudo comprobar cómo, al cabo de unos minutos la señora bajó con la misma ligereza con la que había subido, para acto seguido, abandonar el edificio, dejando el camino libre a Martín.

El inspector abordó con entusiasmo la subida hasta el último piso, pero al llegar a la tercera planta ya estaba sudando a mares. Aunque no quisiera reconocerlo, se estaba haciendo viejo y cada vez le costaba más mover su cuerpo, y tuvo que detenerse varias veces para tomar aire. «Está mejor la abuela que yo», pensó. Con el corazón martilleándole en las sienes, abordó el tramo de escaleras que le llevó a la última planta en la que únicamente había una vivienda. La puerta no era muy nueva, pero mostraba un envidiable aspecto de solidez. Además de la cerradura de seguridad, un grueso barrote de acero atravesaba la hoja de madera. Estaba claro que Jacinto, el marqués, don Rufino, o como diantres quisiera llamarse el loco del gabán, era muy celoso de lo suyo e iba a resultar difícil entrar en la

vivienda sin llamar a un cerrajero. Martín no quería tener que llegar a ese extremo y menos sin la oportuna orden judicial.

Su dilatada experiencia policial le había enseñado que, a pesar de todas las medidas de seguridad, la mayor de las vulnerabilidades estriba en lo estúpido del comportamiento humano. La gente se gastaba dinerales en blindar sus casas y luego dejaba apuntadas las claves de la caja fuerte en los sitios más evidentes. Además, pensó que no era muy lógico que la vieja abriese tantos candados todos los días. Un examen más minucioso de la puerta confirmó lo que sospechaba: los barrotes estaban sueltos de un lado, era suficiente con tirar de ellos levemente hacia arriba y giraban sobre su eje sin necesidad de soltar los candados.

Ya solo restaba la cerradura de seguridad. Para abrirla no bastaba con la navaja que llevaba en el bolsillo. Martín pasó la mano sobre el dintel esperando encontrar la llave, pero el espacio era demasiado pequeño para esconderla. Sin embargo, una enorme maceta con flores sí que ofrecía un buen escondite.

Martín escarbó entre la tierra y no encontró nada. Movi6 el tiesto de barro y su búsqueda no dio frutos. Hasta que reparó en el plato que soportaba la maceta con la intención de recoger el agua sobrante del riego. Allí estaba la llave dentro de una bolsita de plástico. Una vez más, Martín se maravilló de la torpeza de la naturaleza humana y de sus previsibles acciones.

Ya dentro del apartamento, echó un vistazo por las habitaciones, pero nada parecía fuera de lugar; es más, todo estaba en perfecto orden. Abrió y cerro cajones, pero no halló nada que llamara su atención. En el despacho, sin embargo, sobre una escribanía de cierto valor, se apilaban libros encuadernados en cuero como si se hubiesen caído de la estantería que cubría la pared más alejada de la puerta. Una vitrina llamó la atención del policía. En ella se disponían frascos de vidrio con etiquetas manuscritas pegadas como vitola. Parecía el museo de un viejo boticario, sin embargo no todas las botellitas tenían aspecto antiguo, de entre ellas destacaba una rotulada con la palabra «escopolamina». Martín se la metió en el bolsillo.

37

El inspector regresó a Madrid con más preguntas que respuestas. Las pesquisas en Zaragoza solo añadían incógnitas a la vida de Jacinto Méndez, un personaje capaz de transfigurarse en noble, profesor de latín, viajante de comercio o quién sabe cuántas más ocupaciones.

Martín seguía con la mosca detrás de la oreja sobre el contenido del frasquito que había encontrado en el ático de la calle Tomás Higuera, y decidió pedir ayuda al doctor Fuentes, el médico forense que había practicado la autopsia de la víctima investigada. Con esa intención lo abordó la mañana siguiente de su viaje a tierras aragonesas.

Sin demasiados preámbulos, Martín preguntó al doctor Fuentes sobre la escopolamina.

—La escopolamina se extrae de una planta de la familia de las solanáceas, como el beleñero blanco, burladora o borrachero, la mandrágora, la escopolia o la brugmansia por ejemplo. Es un antimuscarínico, un anticolinérgico...

—Doctor, hábleme en cristiano.

—Los anticolinérgicos deben su acción terapéutica a su forma de actuar sobre el músculo liso, por lo que se utiliza para evitar los espasmos de la vejiga, el intestino y los bronquios, relajar el esfínter anal, reducir las secreciones gástrica, bronquial y salivar, disminuir la sudoración, etc.

—No parece un fármaco peligroso.

—Bueno, yo no diría tanto. Todo depende, como casi siempre, de la dosis. Los anticolinérgicos, que actúan sobre el sistema nervioso central también se utilizan en bajas dosis para reducir el temblor muscular característico de la enfermedad de Parkinson.

—¿Quiere decir que quien tuviera en su poder este vial podría padecer Parkinson? —preguntó Daniel exhibiendo el botecito de cristal sustraído de la estantería del falso marqués.

—A esa pregunta no sé si podré responderle. No soy clínico, pero lo que sí puedo decirle es que lo que tenemos aquí no es la forma de presentación más usual.

—No le entiendo.

—Lo que me ha traído es un liofilizado. Un polvo conservado al que se le ha retirado el agua por sublimación. Lo habitual en este fármaco es administrarlo por vía endovenosa y para eso es necesario reconstituirlo con un excipiente líquido, habitualmente suero fisiológico. Pero es de uso hospitalario y nunca se dejaría en manos del paciente, en su propio domicilio.

»Tampoco tenemos la certeza de que lo que contiene el frasquito sea lo que dice la etiqueta. Si lo necesita, puedo ordenar que analicen en el laboratorio fisicoquímico el polvo.

—Le estaría muy agradecido. ¿Se le ocurre algún uso, digamos, delictivo de esa sustancia?

—Claro, ya le digo que todo depende de la dosis, en España se le ha llegado a denominar «la droga zombi» aunque este término es más bien confuso, ya que existen otras drogas que recrean los efectos de ser un zombi y son muy diferentes, realmente solo se aplicaría la similitud al estado de conciencia.

—Esto empieza a resultar interesante. Siga, siga...

—Los usos ilegales más frecuentes pasan por diluirlo en bebidas o para embeber cigarrillos. También es frecuente aplicarlo por inhalación, que se consigue al impregnar un papel con polvos y acercándolo ligeramente a la nariz o la cara de la víctima. En Sudamérica, sobre todo en Colombia, se le llama burundanga o aliento del Diablo, y ya era utilizada por las culturas precolombinas para prácticas chamánicas y esotéricas.

—¿Cómo actúa?

—En dosis adecuadas, a los pocos minutos de la administración, anula la voluntad de la persona y hace que esta colabore en lo que se le proponga de forma inconsciente. Esta droga es muy utilizada para sedar y manipular

a las víctimas en robos, violaciones, secuestros... De hecho la droga permite que la víctima pueda hablar y seguir con su rutina sin que nadie de su entorno pueda percibir lo que le está ocurriendo, su discurso es normal, no se tambalean...

—¿Y luego?

—Tras la desaparición de los efectos de la droga permanece una amnesia de unas seis horas. La persona nunca recuerda qué ocurrió mientras estaba drogada.

—¿Hasta qué grado de manipulación puede someterse a la víctima una vez que ha consumido la droga?

—Una persona bajo los efectos de la escopolamina se muestra complaciente, obedece y pierde su voluntad. No pueden negarse a las peticiones del que le da las órdenes.

—Vaya, vaya... ¿Y qué otros efectos tiene sobre el afectado? Me refiero *a posteriori*.

—Si hablamos de la intoxicación aguda, una sobredosis, puede conllevar piel seca, hipertermia, ausencia de saliva y sudor, alteración cardíaca, visión borrosa, desorientación, fabulaciones, delirio, alucinaciones y ligera euforia, coma e incluso la muerte.

—¿Es fácil llegar a la sobredosis?

—Mucho. La dosis letal de escopolamina es muy inferior a la de la cocaína. Además, y esto es lo más frecuente, suele haber secuelas neuropsicológicas muy difíciles de tratar y de diagnosticar pues se pueden confundir con cualquier enfermedad psiquiátrica.

—Y llevarte directo al psiquiátrico —concluyó Martín pensando en el juez.

—Claro, pero para que esos efectos secundarios se manifiesten hasta llegar a producir patologías tan graves es necesario que el «consumo» sea constante y en dosis cada vez mayores. Uno no se hace dependiente solo con probarla.

Martín agradeció al doctor Fuentes su ayuda. En espera de la recepción de los resultados de los análisis físicoquímicos que confirmarían o no que el polvo liofilizado era escopolamina, el veterano inspector decidió que se reservaría la información en la entrevista que tenía concertada con la jueza Luna.

38

La jueza y el policía habían quedado aquella misma tarde. Martín estaba preocupado, la llamada que había realizado al juzgado para concretar la cita con Águeda le había dejado algo mosqueado. Notó algo raro en la voz de la administrativa que lo atendió:

—Le pasa algo a la jueza, ¿se encuentra bien su señoría?

—Trabaja demasiado, inspector. Parece que quiera acabar con todas las demoras judiciales. Nosotros le decimos que siempre ha sido así, que es mejor tomarse las cosas con calma, pero ella no escucha...

Martín pensó que Águeda estaba haciendo forzar la máquina a todo el personal, tan acostumbrado a la indolencia y la dejadez que el juez Sánchez Pintado había instaurado *por mor* a sus obsesivas manías.

Como siempre, el inspector Villanueva llegó con antelación a su cita. En el bar de enfrente al juzgado ya lo conocían y, nada más verle entrar en el local, le sirvieron su cortado largo de café con dos sobrecitos de azúcar. Martín sonrió a la dueña y se sentó en la mesa más cercana a la ventana que daba al juzgado. Desde su punto de observación podía distinguir a Águeda deambulando por el despacho. Cogía archivadores del estante y volvía a dejarlos en su sitio sin siquiera abrirlos. Puede que la telefonista tuviera razón en lo del exceso de trabajo...

Y lo cierto es que Águeda llevaba unos días durmiendo muy poco. Al trabajo extenuante del juzgado añadía horas extra en su propia casa. Estaba empeñada en estudiar el expediente 243/75, en hacer comprensible el caótico material que el juez Román Sánchez Pintado había acumulado de manera obsesiva. No sabía por qué, pero algo en su interior la obligaba a volver una y otra vez sobre los papeles de su antecesor, como si tuviese una deuda pendiente con él y quisiera restituir su buen nombre. Quizá

estaba obsesionándose demasiado. Hasta tuvo un incidente con González al que creyó encontrar hurgando en el expediente. «¿Qué está haciendo aquí», le había gritado, «no quiero que nadie toque estos papeles sin mi permiso». «Perdóneme, señorita, solo estaba ordenando» había respondido el secretario visiblemente avergonzado. Luego, Águeda se había disculpado con su subordinado, consciente de lo absurdo de su paranoia y todo había vuelto a la normalidad.

—Pase inspector, su señorita le está esperando —dijo la recepcionista nada más verlo—. Pero no la entretenga demasiado, tiene que preparar una vista para mañana y siempre que habla con usted acaba cabreada.

Martín no contestó a la funcionaria. No entendía demasiado en qué podían perturbar a la juez sus informes. Llamó a la puerta y Águeda lo conminó a entrar.

Águeda, en efecto, parecía cansada. Había adelgazado bastante y en sus párpados inferiores se evidenciaba la falta de sueño. Hasta se podía decir que iba peor vestida, o eso le pareció a Martín al verla.

—Pasa, Martín, no te quedes ahí.

La juez se apresuró a cerrar la puerta y, con toda naturalidad, le plantó dos besos.

—No tienes buen aspecto.

—¿Tú también? Déjate de bobadas y cuéntame algo que no sepa.

—Como quieras, aquí tienes mi informe. Esta semana me he dedicado a investigar al muerto. Cada vez que escarbo un poco en su vida me aparecen nuevas facetas de lo más pintorescas. ¿Sabías que llegó a suplantar a un marqués? No sé cómo se las arregló, pero en Zaragoza vivía como un noble, cobrando rentas de inmuebles.

—Yo también he averiguado muchas cosas de Jacinto Méndez. Me está costando bastante ordenar los papeles del juez Sánchez Pintado, pero en su delirio, el pobre hombre había recopilado ingentes cantidades de información sobre ese tipo. Información que lo acusaba de varios hechos punibles, o eso pensaba el juez.

La secretaria personal de Águeda llamó a la puerta y entró al despacho sin esperar a que le diesen permiso. Le dejó sobre la mesa el portafirmas y

sonrió al inspector. De inmediato, Martín abandonó el tuteo que solo se permitía cuando no había presentes testigos y continuó la conversación:

—Señoría, creo que sería interesante que echara un vistazo al informe forense que le he entregado. Verá que hay serias sospechas de que el muerto pudiera en efecto haber sido envenenado.

Martín seguía empeñado en la necesidad de exhumar el cadáver y había convencido al doctor Fuentes para que redactara un informe que completaba el inicial, una vez reunidas nuevas evidencias, según pretextaba.

—Inspector, lo que me pide no es fácil. Sabe que la investigación del accidente ferroviario está fuera de mi jurisdicción.

—Murió acusando a los de su compartimento de que lo habían envenenado.

—Hablaré con mi colega, el juez que llevó la instrucción del accidente, y quizá pueda convencerlo de que tiene relación con mi caso. Puede que Sánchez Pintado no estuviera tan loco como parece.

Las palabras de Águeda alegraron el ánimo del policía. Martín Villanueva continuó con el relato de sus pesquisas y observó que la joven andaba descalza por el despacho. Los zapatos, desaparejados, yacían en un rincón con las puntas contrapuestas, mostrando las diferencias entre el izquierdo y el derecho, con tacón de aguja el uno y plano el otro. La jueza Luna se dio cuenta del estupor de Martín y se precipitó a decir:

—Los pies me están matando. Ya lo decía mi padre: la salud de una persona se demuestra con la fuerza de sus pisadas.

Martín no respondió a tan absurdo razonamiento. No entendía qué tenía eso que ver con que hubiera salido de casa con dos zapatos tan diferentes. Águeda tomó asiento y dio por terminada la reunión, enfrascándose en el estudio del dossier que reposaba sobre la mesa y olvidándose de la presencia del policía. Algo molesto, Martín abandonó en silencio el despacho de la jueza. Fue González quien lo abordó sin mucha ceremonia:

—¿Ya se marcha, inspector? Quería hablar con usted en privado. Le ruego que pase a mi oficina —dijo el secretario judicial sin darle tiempo a responder.

—Usted dirá...

—Estoy muy preocupado por su señoría. Me asustan sus cambios de carácter. Me recuerdan los que sufrió su antecesor en el cargo.

—¿Don Román?

—No quiero decir que haya perdido la razón como él, don Román ya venía muy tocado de Madrid, solo que hay cosas que me recuerdan a las paranoias de Sánchez Pintado. Más bien a sus primeras manías.

—Yo también he notado algo raro. Está más dejada —observó Martín recordando los pies descalzos de Águeda—. ¿Ha recibido alguna visita fuera de lo común?

—Nada extraordinario: los abogados de parte habituales, el representante del ministerio fiscal, algún acusado al que se le ha tomado declaración y bueno... el doctor Miguel Sebastián, ya sabe, el director del psiquiátrico con quien doña Águeda se reúne de vez en cuando. Imagino que para hablar del tratamiento del juez Sánchez Pintado —respondió con cierta picardía González.

A Martín no le acababa de caer bien el loquero. No lo conocía demasiado, coincidieron apenas unos minutos en el velatorio de Daniel, pero había algo en él que despertaba su instinto policíaco. Era demasiado correcto, demasiado perfecto en su indumentaria, demasiado formal en su manera de hablar. No obstante no dijo nada al secretario; se limitó a anotar mentalmente añadir una visita al hospital psiquiátrico a su lista.

39

Los hermanos Luna habían quedado el domingo para comer. Águeda propuso hacerlo en la casa familiar, y sus hermanos estuvieron de acuerdo. La paella de los domingos siempre había sido muy celebrada por toda la familia y desde que se había hecho cargo del juzgado número uno de Valdemoro no había vuelto a cocinarla.

Arturo llegó el primero y se extrañó que la casa no oliese al sofrito característico. Eran más de la una y las cortinas del salón seguían cerradas. «Pensaba que Gueda se iba a quedar a dormir aquí», se dijo. Buscó por todo el piso y no encontró ni rastro de su hermana, pero asumió que se habría retrasado por culpa del juzgado. Arturo sabía que aunque los jueces no estén de guardia siempre puede surgirles algún asunto de última hora que los obligue a cambiar de planes. Eran casi las dos cuando Baltasar abrió la puerta y se encontró a su hermano mayor leyendo en el sillón preferido de su padre.

—¿No comíamos hoy?

—Eso pensaba yo. Pero tu hermana no ha aparecido. La verdad es que está empezando a preocuparme. Es muy raro que no haya llamado y que nos haya dado este plantón —dijo Arturo mientras se levantaba para abrazar a su hermano menor.

Llamaron al juzgado de Valdemoro y les informaron de que Águeda no estaba allí. En el teléfono del domicilio en Valdemoro de Águeda no respondía nadie, y Baltasar propuso pedir comida en el bar de abajo convencido de que su hermana llegaría tarde o temprano con una razón de peso que justificara su tardanza.

A las tres de la tarde, no esperaron más y se comieron unos bocadillos que había subido Baltasar. El sonido hiriente del timbre los pilló con la

boca llena.

—Ya está aquí —se alegró Baltasar—, se ha debido de dejar la llave.

Pero al abrir la puerta no encontraron a su hermana. Rosario, la amiga de su padre, esperaba en el dintel con varias bolsas de plástico en las manos.

—Son cosas que vuestro padre olvidó en casa —dijo Rosario ofreciéndoselas a Baltasar.

—Pasa, no te quedes en la puerta.

—La verdad es que no vengo solo por las bolsas. Águeda me preocupa. Me llamó anoche, a las cuatro de la mañana. Estaba muy nerviosa. No paraba de nombrar a vuestro padre, quería que se pusiera al teléfono. Creo que estaba dormida. Pensé que me llamaba desde aquí, por eso me he presentado en el piso con la excusa de traer las cosas de Daniel. Desde que murió vuestro padre hablamos por teléfono, pero desde luego no a esas horas tan intempestivas. Su voz sonaba extraña, no parecía ella misma. ¿Vuestra hermana es sonámbula?

—No, que sepamos —contestó Arturo—. Voy a llamar al inspector Villanueva. Ahora trabaja para ella y puede que sepa algo más que nosotros y nos aclare el misterio.

—No os preocupéis, seguro que se le ha ido el santo al cielo con el psiquiatra. —Baltasar recordó las veces que habían acudido su hermana y Miguel a su local.

Martín tampoco sabía nada de Águeda. Desde el último viernes que se habían reunido en el juzgado, no había vuelto a hablar con ella. Sin pensárselo dos veces, cogió el coche y se plantó en el piso de los Luna.

—¿Cuándo hablasteis con ella por última vez? —preguntó nada más llegar.

—Ayer por la tarde me dijo que iba a salir a cenar con un amigo y que dormiría aquí, que nos esperaba a las doce y media con el vermú preparado. Pero aquí no ha dormido nadie y la nevera está vacía —informó Arturo.

—¿Ha podido pasarle algo, inspector?

—Es pronto para saberlo, Rosario. Voy a hacer unas llamadas, pero no nos pongamos en lo peor. ¿Os importa que telefonee desde aquí?

Sin esperar respuesta, Martín comprobó que no se había registrado ninguna incidencia policial que implicase a Águeda en las comisarías. Tampoco los hospitales más importantes habían recibido ingresos de mujeres con las características de la jueza Luna. El inspector quiso asegurarse y llamó a la Guardia Civil de tráfico que le confirmó que no había constancia de ningún accidente automovilístico en el trayecto de Valdemoro a Madrid en el que se hubiese visto implicada una mujer de su edad y morfología.

Como último recurso, Martín llamó al doctor Miguel Sebastián, de quien obtuvo el número personal tras una llamada previa al hospital psiquiátrico que dirigía.

—Ayer estuvo conmigo hasta medianoche —confirmó el médico—. Quedamos para cenar y luego fuimos a tomar una copa al centro. Pero Águeda estaba muy cansada y se retiró pronto.

—¿Dónde la dejó?

—Cogió un taxi en Nuevos Ministerios. Yo me encontré con unos colegas y decidí alargar un poco más la velada.

—¿Está usted seguro de que iba a casa?

—Eso dijo. ¿Por qué me iba a mentir?

—Estoy en el piso de su padre, con sus hermanos. La jueza Luna no ha dormido en el domicilio. No hay rastros de que viniese anoche.

—Está usted empezando a preocuparme. ¿Qué ha podido ocurrirle?

—Lo ignoro. Llámeme a este número si contacta con usted.

Miguel cortó la comunicación y Martín se sentó en el sillón de lectura de Daniel. Por un momento, sintió la presencia de su amigo. Aspiró el aire viciado por el peso de los recuerdos y por el polvo estéril que coloniza las casas cerradas y reflexionó en silencio sobre la fragilidad de la vida humana. Temeroso de sus lúgubres pensamientos, cerró los ojos como si con ese gesto pudiese ordenar mejor los pocos datos recopilados. Los hermanos Luna observaban al inspector en silencio, sumidos en una creciente preocupación, temiendo por la suerte de Águeda. La actitud pensativa y un poco distante del policía no ayudaba a tranquilizarlos. Rosario, por su parte, siempre en un segundo plano, tomó asiento en torno a la mesa del comedor y depositó sobre ella los papeles que acarreaba sin sacarlos de las bolsas.

—La espera me está matando —dijo rompiendo el silencio Baltasar—. Tengo que dejaros. Arturo, para cualquier cosa, estoy en El Kutre.

Cuando Baltasar todavía no había terminado de anunciar su marcha, el viejo teléfono de baquelita, negro como un mal presagio, empezó a timbrar con voz de lamento.

En un principio, ninguno de los presentes se atrevió a descolgar. Era como si temiesen que la llamada no trajese más que malas noticias. Pero antes que el timbre sonase cuatro veces, Martín volvió a tomar la iniciativa, saliendo con entereza de su letargo.

—Inspector Villanueva al habla...

—Martín, soy Águeda, llama a mis hermanos. Estoy en el hostal Latina, venid a buscarme.

40

Águeda estaba desorientada. Su ropa estaba perfectamente doblada en la única silla de la habitación de hotel donde se había despertado tras los insistentes golpes en la puerta de la propietaria del establecimiento. Eran más de las cuatro de la tarde y la jueza no sabía qué hacía allí. Cuando se incorporó de la cama para responder a los requerimientos de quien aporreaba la puerta, se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Se embozó con la sábana y abrió la puerta.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

—No sabría decirle. No recuerdo cómo llegué aquí —respondió Águeda, todavía sumida en un estado de pastosa confusión.

—Ustedes se registraron, según el libro de ingresos, a las dos de la mañana.

—¿Nosotros?

—La habitación la pagó al contado un caballero. Imagino que sería su novio. ¿Va a seguir alojada un día más? De otro modo deberá abandonar la habitación, la salida es a las doce y son más de las cuatro...

—Disculpe, deme cinco minutos. Me visto y dejo libre el cuarto.

Águeda cerró la puerta. Todavía estaba algo aturdida. Sentía en las sienes una presión punzante. Buscó su ropa interior entre las sábanas y no la encontró. Los moratones que empezaban a mostrarse en los muslos y el dolor sordo que sentía en su sexo la asustaron. Se vistió, pero sin las bragas ni el sujetador se sentía desnuda y sucia.

Una vez en recepción, pidió hacer una llamada. Martín respondió al teléfono y en menos de veinte minutos apareció en el hostel Latina junto a sus hermanos.

—¿Qué te ha pasado, Gueda? Nos tenías muy preocupados —dijo Arturo mientras la abrazaba.

—No recuerdo nada. No sé cómo he llegado hasta aquí. Llévame a un hospital.

—¿A un hospital? —preguntó el inspector.

—Sí, y llama a un forense. Creo que me han violado...

Los tres hombres se miraron en silencio, como si temieran que al decir algo pudieran mancillar algo más el honor de la jueza. Baltasar no pudo resistirlo más y se abrazó a su hermana que, contrariamente a lo esperado, exhibía una entereza envidiable, tal vez derivada de su condición profesional. Martín llamó aparte a doña Enriqueta, la dueña del hostel.

—Volvemos a vernos, inspector.

—El mundo es un pañuelo, señora. ¿Qué puede decirme como llegó aquí y con quién, la señorita? —preguntó Martín señalando a Águeda.

—Poca cosa. Podemos preguntar a Puri, la recepcionista del turno de noche. Pero ahora estará durmiendo...

—Tranquila, yo me encargaré de hablar con ella. Imagino que esta noche podré localizarla en el hostel.

—Mejor venga usted mañana. Hoy tiene el día libre. Si quiere podemos ver lo que anotó en el libro de ingresos de huéspedes. Aunque los sábados vienen muchas parejas y no suelen dormir mucho. Ya sabe usted a lo que me refiero...

Enriqueta se puso las gafas de ver de cerca y punteó con el dedo índice las anotaciones de su recepcionista, buscando los datos reseñados en el número de habitación ocupado por Águeda.

—Vaya, solo aparece un nombre: Águeda Luna... Sin embargo, Puri, en el cambio de turno, me recalcó que en la habitación 22 pernoctaba una pareja joven. Hasta se cachondeó sobre los ruidos que hicieron en el cuarto.

—¿Ruidos de pelea?

—No precisamente. Me refiero a los sonidos de la pasión amorosa. Parece ser que hubo quejas de los vecinos de la planta. Así lo anotó Puri en el parte de incidencias.

—¿A qué hora?

—Las tres de la mañana —respondió la dueña del hostel una vez hubo consultado los papeles de recepción.

—¿Quién pagó la habitación?

—No solemos cobrar por adelantado, pero parece ser que en este caso se liquidó el importe con la entrega de la llave, solo queda por pagar una llamada hecha desde el teléfono de la habitación de madrugada.

Martín anotó los nombres de los huéspedes colindantes a la habitación 22. En la 21 se había alojado una pareja de mediana edad vecinos de Cuenca. La 23 estaba vacía y la 24 la ocupó un individuo de Zamora, él fue quien se quejó por el escándalo.

—Desde este momento la habitación queda precintada. Hasta que el equipo de pruebas no haga su trabajo, nadie puede acceder al cuarto.

—¿Pero qué me está diciendo, inspector? ¿Y eso a mí quién me lo paga?

—Puede ser el escenario un delito grave, doña Enriqueta, y cualquier intromisión podía hacer desaparecer pruebas. ¡Hágase cargo!

Mientras Martín aleccionaba a la dueña del hostel, los Luna ya iban camino del hospital de La Paz en el coche de Baltasar. El inspector los siguió con el suyo.

El examen médico confirmó la relación sexual. Los moratones en las piernas sugerían cierta violencia, pero no podía asegurarse que hubiera habido una agresión. «Muchas veces se producen lesiones similares en las relaciones consentidas», aseguró la forense. El frotis vaginal evidenció que no había restos de semen, aunque las erosiones en la vulva y un pequeño desgarró anal atestiguaban que había sufrido varias penetraciones con violencia.

—Por lo menos ha utilizado condón —dijo la forense como si ese hecho pudiera constituir un eximente.

Águeda se dejaba hacer como si no fuera con ella. Con los ojos cerrados y el ceño fruncido, soportaba el examen sin abrir la boca. Siguiendo el protocolo, la forense continuó su inspección. Con delicadeza, le retiró el párpado para observar el ojo con el oftalmoscopio y fue anotando: «Pupilas no reactivas y dilatadas. Conjuntivas normales, ligero

edema palpebral, sufusión hemorrágica difusa en ojo derecho con sospecha clínica de origen traumático...».

La doctora también descubrió laceración en el cuero cabelludo, en la región occipital y en la parietal derecha. De hecho, al pasar un peine para recoger posibles restos orgánicos del agresor, varios mechones de pelo se desprendieron y cayeron sobre la camilla. Sin embargo, a pesar de las evidentes pruebas de la violencia sufrida, no se apreciaban señales de lucha. Ni las uñas estaban rotas, ni estas conservaban tejidos epiteliales ajenos, lo que hacía suponer que no intentó defenderse de su atacante.

—¿Sigue sin acordarse de nada?

Águeda se limitó a negar con la cabeza. En esos momentos era consciente de lo que estaba viviendo y eso le hacía sentirse aún peor. ¡Cómo comprendía ahora a las mujeres que había atendido en su juzgado denunciando una violación!

Fuera del box hospitalario esperaban Martín y los hermanos de Águeda. La forense terminó su trabajo y llamó al policía discretamente.

—Todo apunta a una agresión por sumisión química —informó—. Son delitos especialmente crueles. Destrozan la vida de las víctimas y ni siquiera pueden demostrarlo. Se trata de mujeres que han ingerido drogas contra su voluntad y ni siquiera recuerdan si fueron violadas o no. Lo llamamos sumisión química cuando la víctima ingiere de manera involuntaria benzodiazepinas u otros fármacos similares que eliminan total o parcialmente su consciencia, y se convierten sin quererlo en juguetes del agresor. Tampoco la asistencia hospitalaria sirve de gran ayuda a la hora de probar la agresión ante un tribunal: cada hospital tiene —si lo tiene— su propio protocolo asistencial. No hay una normativa que los unifique, así que la droga que se puede detectar en un centro sanitario, en otro ni se busca.

—Tiene usted razón, pero eso no ocurre en el hospital de La Paz —intervino la doctora Margarita Suárez, que se acaba de unir a la conversación—. Cuando la víctima dice: «No sé lo que me ha pasado, apenas recuerdo nada», se activa el protocolo. Buscamos rastros químicos en sangre, pelo y orina para detectar si ha habido ingesta de sustancias que anulan la voluntad.

—Gracias por la información, doctoras. Esperaré ansioso los resultados analíticos. Les sugiero que busquen restos de escopolamina.

41

Acompañado del doctor Fuentes, Martín retiró toda la documentación del expediente acumulado por el juez Sánchez Pintado que se encontraba en el apartamento de Águeda en Valdemoro. Provistos con sendas caretas de fieltro, envasaron en bolsas de plástico papeles, carpetas y archivadores. Luego abrieron las ventanas y la puerta del piso para que se formara corriente y la habitación se orea. La jueza Luna no tenía muy claro el porqué de esa intervención, pero había le entregado las llaves de su casa al inspector sin pensárselo demasiado.

—Buscaremos restos de la droga en los papeles, tengo el presentimiento de que hay algo en ellos que te estaba alterando —le había dicho Martín, y ella no se había negado.

Con el paso de los días, Águeda se iba recuperando lentamente de su amnesia. Poco a poco completaba sus lagunas mentales, y rellenaba los huecos que la química había borrado con la ayuda de pequeñas pruebas que recopilaba: un posavasos de una terraza de la Vaguada, un billete de metro, el testimonio del personal del hostel Latina... Además había encargado, como no podía ser de otro modo, que Martín investigara el asunto.

El doctor Miguel Sebastián llamó en repetidas ocasiones pidiendo verla, pero Águeda se negaba a recibirlo. Por mucho que el psiquiatra insistiera, la jueza no entendía cómo la había dejado sola si, como aseguraba uno de los camareros del local de donde se había llevado el posavasos, presentaba signos evidentes de no estar en sus cabales.

—Perdone la sinceridad, señorita, pero estaba usted muy borracha —mantuvo el del bar ante la insistencia de Águeda. La jueza necesitaba encontrar respuestas, era la única manera de mitigar el dolor y la

humillación que sentía—. Su acompañante tuvo que llevársela en volandas. Casi no se tenía en pie y eso que en nuestro establecimiento solo bebió un zumo de piña.

Águeda recordaba haber llegado al bar con Miguel. Él mismo fue a la barra a pedir la bebida y la trajo a la mesa. Estaba segura de no haber tomado ninguna bebida antes, y menos con alcohol. Había acudido a la cita con el doctor directamente desde el juzgado sin acordarse de que debía hacer la compra para la comida que había prometido a sus hermanos en casa de su padre. A pesar de ser sábado, se había quedado en Valdemoro adelantando trabajo atrasado y había viajado a Madrid en el tren de cercanías de las 18:30. Se apeó en la parada de Nuevos Ministerios, caminó unos minutos en dirección a la boca de metro, accedió a la línea 10 hasta Plaza de Castilla donde hizo trasbordo a la línea 9 hasta la parada Herrera Oria, a poco menos de seiscientos metros de su destino, y paseó sin prisa hasta el centro comercial donde la esperaba Miguel. En ningún momento se había sentido mareada, ni por el viaje ni por cualquier indisposición, y tampoco estaba tomando ninguna medicación.

Águeda concluyó que era necesario hablar con Miguel para corroborar su estado y lo llamó al trabajo rompiendo de ese modo su silencio.

—Águeda, ¿eres tú? Me tienes muy preocupado. Me dicen que no quieres hablar conmigo. Siento mucho lo ocurrido...

—Necesito saber qué hicimos después de salir de La Vaguada.

—Dijiste que estabas cansada, que querías irte a casa. Yo me ofrecí a acompañarte, pero preferiste coger un taxi y yo me quedé con unos colegas con los que tropecé por casualidad.

—Quiero sus nombres...

—¿Esto es un interrogatorio? ¿No pensarás que yo...?

—Yo no pienso nada. ¿Cómo pudiste dejarme sola en mi estado?

—No entiendo a qué te refieres. Estabas perfectamente. Solo cansada, dijiste.

—En el bar me aseguran que parecía bebida. Que tuviste que ayudarme a levantarme y que no era consciente de mis actos.

—Eso es absurdo. Te repito que te dejé en el taxi. Estabas lúcida y serena. Pero no te preocupes, ahora estas en estado de *shock*. Es normal que lo veas todo tan negro, que receles de cualquiera, pero te recuerdo que

yo no soy cualquiera. Lo que has sufrido no se olvida con facilidad. Necesito verte... quiero verte y esta vez por motivos profesionales. Si no confías en mí, puedo aconsejarte la consulta de uno de mis colegas. ¡No puedes superar ese trauma sin ayuda!

Águeda no pudo soportar más la conversación y colgó el teléfono. No se sentía con fuerzas para aguantar la verborrea de Miguel, su discurso cargado de suficiencia y paternalismo. Hasta la voz le parecía ahora falsa, impostada y artificial, como si se hubiese convertido en una máquina para hurgar en la mente utilizando alguno de sus trucos de loquero.

Lo cierto es que no tenía mucho sentido que Miguel hubiera sido el agresor. Demasiados testigos los habían visto juntos, además, Martín ya lo había interrogado y su coartada era sólida. Los colegas que Miguel aseguraba se había encontrado por casualidad existían y corroboraban que la noche del sábado estuvieron tomando copas hasta pasadas las cuatro de la madrugada.

Martín, de todos modos, no se quedó tranquilo con el testimonio de los amigos del doctor y acudió de nuevo al hostel Latina para tomar declaración a Puri, la recepcionista del turno de noche.

—¿Era este el acompañante de la señora Luna? —preguntó exhibiendo una fotografía del psiquiatra tomada de un artículo en una revista médica.

—No sabría decirle, inspector. El acompañante de la señorita estaba de espaldas, trataba de ocultarse, claramente.

—¿Se ocultaba?

—Claro, pasa a menudo. Cuando uno va a tener una aventura extramatrimonial no quiere que nadie le vea la cara. Imaginé que era uno de esos, ni siquiera pude verle el rostro cuando pagó la habitación por adelantado.

—¿Y no le pidió la documentación?

—No, sé que hice mal, pero tenía dos parejas más esperando, era tarde y registré la habitación a nombre de la mujer. Ella parecía muy tranquila, diría que casi dormida y nada hacía sospechar que pudiera suceder algo tan sucio como lo que dice usted que pasó. ¿Puedo ya ordenar que el servicio de limpieza arregle el cuarto?

—De momento la habitación seguirá precintada.

—Eso no le va a gustar nada a la dueña...

Martín hizo como que no oía el comentario de la recepcionista. En su cabeza iba creciendo una idea que hacía que los pensamientos le hirviesen como una olla al fuego. Sabía que era muy probable que no se encontrara nada incriminatorio en la habitación, que quien se había preocupado tanto en que no lo reconociesen también se habría asegurado de borrar sus huellas. Además, en un hotel es prácticamente imposible encontrar pruebas, dada la gran profusión de restos biológicos de todos los huéspedes que se alojan.

Los forenses encontraron manchas de semen en el colchón, pero eran antiguas. La sangre que teñía la sábana sí era reciente y coincidía con el grupo sanguíneo de Águeda. También recogieron pelos, trozos de uña y hasta un condón usado detrás de la mesilla de noche; lo que contradecía el eslogan que colgaba de la entrada principal del hostel: «Limpieza esmerada».

—De aquí no vamos a sacar nada en claro, inspector. Me temo que no podremos obtener ninguna prueba decente —dijo el técnico forense.

Martín dio la razón a su compañero y ordenó que se retirara el precinto de la habitación para que la normalidad volviera al hostel Latina.

42

Martín y el doctor Fuentes estaban encerrados en el despacho del médico. Los documentos rescatados de la casa de la jueza Luna estaban siendo procesados en el laboratorio físico-químico del Anatómico Forense y todavía no disponían de nada más que de los resultados de las pruebas preliminares. Pero ya estaba confirmada la presencia de escopolamina en cantidades generosas, esparcida entre los folios que constituían el maldito expediente 243/75.

—¿Cree que se trata del mismo principio activo de la droga que intoxicó a la jueza?

—Es muy pronto para asegurarlo, inspector, pero es muy probable. Los síntomas que presentaba la jueza Luna coinciden con los típicos de esa droga: pérdida de memoria, deshidratación, confusión...

—Ya me puso usted al corriente de los efectos de la sustancia. Pero también me habló de que era posible una intoxicación crónica.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que si sería posible mantener a un individuo constantemente drogado solo con suministrarle el tóxico contra su voluntad de manera periódica.

—Desde el punto de vista teórico es factible. Eso supondría que el sujeto perdería toda la noción de la realidad, estaría sumido en un continuo estado de pérdida de voluntad. Pero el abuso de ese tipo de alcaloides suele llevar a la psicosis, en muchos casos, de manera irreversible. ¿Piensa que la jueza Luna ya estaba intoxicada antes de su agresión?

—Ella no lo sé, pero sí el juez Sánchez Pintado.

—Eso tiene fácil solución. Es suficiente con un sencillo análisis de sangre. Me refiero en el caso del juez; a la señora Luna ya se le ha practicado en el hospital y pronto tendremos los resultados.

Martín no dijo más. Se guardó para sí mismo las sospechas y se prometió que lo primero que haría en cuanto la jueza se reincorporase al juzgado sería el sugerirle una visita, con asistencia médica, al sanatorio dirigido por el doctor Miguel Sebastián.

En el Anatómico Forense, la mañana fue discurriendo sin muchas sorpresas, los resultados preliminares se confirmaron. Las pruebas identificaron la escopolamina en los papeles del juez. Mientras, en laboratorio del hospital La Paz, se determinó que en la sangre de Águeda la escopolamina no se hallaba en estado puro, sino que coincidía con lo que los delincuentes llaman burundanga y que utilizan para desorientar y paralizar la fuerza de voluntad y autocontrol de sus víctimas y que, naturalmente, contiene el alcaloide.

El veterano policía resolvió visitar a la jueza sin esperar a que estuviese del todo repuesta. No cogió el metro ni el autobús urbano, prefirió la caminata de más de una hora desde donde se encontraba hasta la casa de su amigo el revisor. Las calles llenas de vida y ruido de Madrid ejercían ese día un efecto sedante sobre el ánimo de Martín, ayudándolo a poner en orden sus pensamientos. Las pistas bullían en su cerebro. Los nombres, las caras, las fechas y los lugares iban componiendo una extensa ficha mental, pormenorizada en detalles y rica en conexiones. Ese mapa incorpóreo, que se apoyaba en una sólida base documental acumulada en casa del policía, se dibujaba nítido con cada paso, consolidando una teoría cada vez más lúcida y verosímil que necesitaba poner en conocimiento de Águeda. Sin embargo, la sombra de sus recuerdos, de su pasado en el ostracismo policial, distraía con machacona insistencia el hilo de sus pensamientos. ¿Y si otra vez caía en desgracia por pisar demasiados callos de gente importante? —se preguntaba—. La enmarañada trama que estaba empezando a desenredar podía implicar a altos estamentos judiciales, personal médico, esposas desconsoladas, negocios turbios, extorsiones, suplantaciones de personalidad, vidas ocultas y paralelas, tráfico de drogas y de influencias... Lo que había comenzado con los delirios de un

desequilibrado, se estaba convirtiendo en algo difícil de manejar para un policía a punto de jubilarse como él, y para una jueza sin experiencia como Águeda.

Martín, no obstante, esta vez estaba decidido a llegar hasta el final. A esas alturas de su carrera, poco le importaba que lo defenestraran de nuevo. Disponía de dinero ahorrado y nadie dependía de él, así que logró borrar de su mente todo resto de cobardía. Nunca había sido un héroe ni había pretendido serlo. Toda su vida profesional había discurrido entre la obediencia ciega a sus superiores y la resignada indiferencia del subordinado que no cobra por tener pensamientos propios, pero ahora era distinto, habían tocado su fibra sensible, se lo debía a Daniel. Esta vez no volvería a pasar como con la pobre chica arrastrada a la prostitución por la pobreza y la desesperación, esa que abandonó este mundo a manos de quien debía protegerla y que aparecía en los sueños de Martín todas las noches, desmadejada en un sucio callejón, con la ropa arrancada, desangrada, con los ojos abiertos y la boca pintada gritando justicia. El viejo policía se odiaba a sí mismo por sus errores y luego se repetía, por pura supervivencia emocional, que en este perro mundo, no todas las víctimas son iguales.

Así son las cosas.

43

Martín llamó al telefonillo de la casa familiar de Águeda.

—Sube, mi hermana te está esperando —respondió Baltasar.

La jueza Luna ahora no parecía una víctima más. El aplomo y la determinación que había presidido su corta carrera judicial habían regresado a su ánimo y parecía que nada ni nadie sería capaz de desviarla de lo que ella consideraba cumplir con su deber. Estaba plenamente convencida de que la violación que había sufrido estaba relacionada con su ejercicio profesional.

—Traigo el resultado de los análisis —informó Martín—. Se confirman mis sospechas. La sustancia que han identificado los forenses en los documentos del juez coincide con el polvo que hallé en Zaragoza, en el piso del falso marqués.

—Entiendo. Me han llamado del hospital y me han asegurado que en mi sangre también hay restos de la sustancia.

—Lo sé, pero no con la misma pureza. Se trata de una droga que la contiene.

—Eso me han dicho, Martín. Lo primero que voy a ordenar es el traslado del juez Sánchez Pintado. También voy a solicitar la exhumación del cadáver de Jacinto Méndez. Debemos averiguar si de verdad sufrió un envenenamiento. Voy a citar también a todos los testigos del tren.

—A todos no será posible, el falso alcalde de Ateca murió.

—No estará él, pero sí todo lo que mi padre y tú averiguasteis sobre él.

Martín escuchaba con atención, esperando las órdenes de Águeda. Contento por verla más animada y activa.

—Hay que interrogar al doctor Sebastián. Está citado para mañana en mi despacho —continuó.

—¿En calidad de detenido?

—De investigado. Pero a él solo le he dicho que necesito su ayuda profesional.

—Perdona que te diga esto, pero ¿no es eso un tanto irregular? Si comparece como posible culpable de un delito, debería disponer de asistencia letrada.

—No hace falta que me lo recuerdes. Le informaré de sus derechos como es preceptivo. El fiscal ya está al tanto de la citación. Solo pasa que, cuando las pruebas son tan claras para imputar a un investigado, a mí me huele mal. Es poco probable que una persona con su formación actuara de manera tan torpe e incriminatoria.

—Tienes razón, Águeda, pero está claro que algo oculta.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

A la mañana siguiente, en el despacho de la jueza, comparecía el doctor Miguel Sebastián y Águeda comenzó el interrogatorio sin ningún preámbulo:

—¿Por qué me drogaste?

—No lo hice. ¿Qué te hace pensar eso tan terrible? Te dejé unos instantes para ir al baño. Estaba nervioso y eso siempre me hace orinar... Cuando regresé estabas con otro hombre. No le vi la cara. Llevaba sombrero y me daba la espalda. Creí volverme loco de celos, pero estaba paralizado y no sabía qué hacer. Se estaba aprovechando de tu debilidad y yo no hice nada. Te sacó del bar como si fueras un muñeco y yo os seguí sin atreverme a intervenir. ¡Fui un cobarde! No te mentí en lo del taxi. Pero no ibas sola...

El doctor Miguel Sebastián estaba cada vez más abatido. Su cuerpo se iba escurriendo más y más de la silla, como si se derritiera con el calor de la bombilla que iluminaba la mesa del despacho de la jueza. Se frotaba las manos con un frenesí rabioso y su frente brillaba de sudor. Águeda lo interrogaba como si no lo conociera de nada, como si ella no hubiese sufrido la agresión que le había dejado ese dolor blando y difuso, esa

desazón que le quemaba el estómago, esa tremenda sensación de fragilidad. El médico sabía que no iba a salir bien parado de aquello.

Martín escuchaba sentado a un metro de la jueza, junto a la ventana. Conforme iba declarando, aun sin reconocer nada punible en su confesión, más convencido estaba Martín de su culpabilidad. No obstante, el inspector se acercó a la jueza y le susurró al oído:

—Es hora de llamar al fiscal y leerle sus derechos a este hombre...

Miguel oyó parte de las palabras del policía y, abatido como estaba, logró articular:

—Quiero un abogado.

—Está en su derecho. Nada de lo que hemos hablado hasta ahora constará en el sumario si así lo requiere ante este juzgado.

—Águeda, yo...

—Inspector Villanueva, proceda a leerle sus derechos al investigado.

Martín recitó la retahíla de preceptos legales y extrajo del bolsillo de su americana las esposas reglamentarias. Al verlas, Miguel ofreció sus muñecas pensando que el hecho de leerle sus derechos suponía que estaba detenido.

—El doctor Sebastián no está detenido, inspector, guarde las esposas. Deberá estar localizable y presentarse en este juzgado cuando se le requiera —dijo la jueza dirigiéndose a Miguel con una mirada fría y distante.

Martín no estaba de acuerdo con dejar en libertad al psiquiatra, pero él no podía hacer nada. Se limitó a cumplir las órdenes de Águeda y lo dejó marchar. Aun así no pensaba renunciar a someterlo a vigilancia.

Siguiendo las instrucciones de la jueza, el enfermo Román Sánchez fue trasladado a la unidad psiquiátrica del hospital de La Paz. En dicha unidad, sería sometido a un completo examen toxicológico y se evaluarían sus posibilidades de recuperación. Águeda tenía un interés especial, que sobrepasaba sus obligaciones judiciales, en aclarar la verdadera naturaleza del cuadro clínico de su antecesor en el Juzgado n.º 1 de Valdemoro.

En vista de las posibles implicaciones penales, Miguel fue apartado de la dirección del hospital psiquiátrico de Leganés de manera preventiva. Las autoridades sanitarias le permitieron seguir prestando servicio como

facultativo en el centro, pero él pidió una excedencia para poder preparar su defensa.

Miguel quiso ponerse en contacto telefónicamente con Águeda, pero en el juzgado tenían instrucciones precisas de no pasarle llamadas suyas. Intentó hablar con Baltasar en El Kutre, y dos camareros lo expulsaron del local con toda la brusquedad que les ofrecieron sus fuertes brazos.

Martín, apostado en la terraza de un bar cercano, fue testigo del rechazo del hermano de Águeda y siguió a Miguel hasta el patio de vecinos de Chamberí, que ya había visitado simulando ser un funcionario del ayuntamiento. Oculto en un portal próximo, el policía observó cómo Miguel Sebastián entraba usando su propia llave en el entresuelo donde vivían Encarna y su madre.

En la entrada principal del patio, como la vez anterior, seguía apostada la vecina cotilla que ya conocía Martín. La buena señora reconoció al simulado funcionario del catastro y se dirigió a él:

—¿Otra vez por aquí?

—Ya ve usted, en el ayuntamiento no nos gustan los que no pagan sus impuestos, como sus vecinas, las Muniesa. Por cierto... ¿Sabe usted quién es el joven que acaba de entrar en la casa?

—Un sobrino, viene casi todos los sábados —contestó la señora sin dejar de barrer con brío. Y dejó al viejo policía encallado entre un océano de sospechas y la penumbra del portal.

Águeda ya tenía sobre su mesa el nuevo examen forense del cuerpo de Jacinto Méndez. La jueza había decretado la exhumación del cadáver y nadie puso objeciones. Tampoco ningún familiar puso impedimento a la nueva autopsia. Martín, por su parte, había entregado toda la documentación acumulada en su investigación a la jueza Luna. Incluidas las cartas del fingido alcalde de Ateca, los recortes de periódico, el contenido de la maleta requisada en el hostel Latina propiedad de Jacinto y la máquina de escribir Olivetti, que resultó estar sin estrenar. También añadió los apuntes mecanografiados que resumían las conclusiones de las pesquisas. Por otro lado, el caótico dossier acumulado por el juez Sánchez Pintado, ahora se encontraba ordenado y aislado del mundo por un plástico transparente para preservar a quien lo leyese de los efectos de la droga que contenía. Y eran tantas las certezas que se podían deducir del estudio de esos papeles malditos, que Águeda no hacía más que maravillarse de la inteligencia de su antecesor, capaz de encontrar pruebas inculpatórias a pesar de su estado psicológico cercano a la demencia.

—Curse estas citaciones de comparecencia —ordenó Águeda a González—. He fijado una vistilla para el próximo viernes, disponga la sala de juicios para que estén presentes todos los convocados.

El secretario judicial recogió de manos de Águeda las citaciones con la tinta aún fresca estampada sobre la firma.

Ese mismo viernes, ante la atenta presencia de los comparecientes convocados, en la sala de juicios del Juzgado n.º 1 de Valdemoro, Martín, a instancias de la jueza titular, tomó la palabra. Había un brillo de satisfacción en la mirada del inspector, un orgullo parecido al que siente

uno cuando al fin ha conseguido completar un puzle de veinte mil piezas. Había dedicado un tiempo considerable a investigar los contaminados papeles del juez Sánchez Pintado y eso le había proporcionado información suficiente como para elaborar una semblanza bastante completa de Jacinto Méndez Pascual, así que comenzó a relatar:

—Jacinto Méndez Pascual fue toda su vida un camaleón. Adoptó una variedad de identidades tal, que ha resultado muy difícil recomponer su biografía. Nacido en una familia humilde, se labró un futuro a base de extorsiones, engaños y pequeños delitos que nunca fueron suficientes para llevarlo a la cárcel. Su principal habilidad era la suplantación de personalidad. Se libró del servicio militar alegando retraso mental. En la misma fila de reconocimientos médicos, vio a un pobre desgraciado al que se le caía la baba y que ni siquiera era capaz de escribir su nombre. Al joven Jacinto Méndez le bastó un vistazo para darse cuenta de que él también podía hacerse el tonto, como había llamado el capitán médico al infeliz aspirante a soldado, y consiguió que le estamparan un «no apto para el servicio» en su cartilla militar.

»Desde el cuartel, no volvió al pueblo. Jacinto tenía su orgullo y no estaba dispuesto a aceptar las burlas de sus paisanos cuando descubrieran que se había librado del servicio militar por ese motivo. De modo que decidió probar suerte en Madrid. En el tren, de camino a la capital de España, conoció a un timador que se ganaba la vida engañando a incautos. Jacinto, que seguía actuando como un deficiente mental por miedo a ser devuelto al Ejército, se acercó al rufián y comprobó lo fácil que resultaba embaucar a aquel que se cree más listo que tú. Una vez en Madrid, se convirtió en la sombra del estafador y, delante de sus ojos, desfilaron los timos de la estampita, el tocomocho, el de la mancha y otros de los que jamás había oído hablar. Jacinto no podía desaprovechar la oportunidad y directamente abordó al estafador. De hecho, amenazó con denunciarlo si no le enseñaba todo lo que sabía. Y sin quererlo ni beberlo, el ingenioso delincuente, que decía llamarse Cupido, ganó un discípulo en el difícil arte del engaño. Pronto el aprendiz superó al maestro y le limpió la cartera en un descuido.

»Armado con sus nuevas habilidades, Jacinto medró engañando a inocentes en las estaciones de tren, a la salida de los toros en las Ventas,

los domingos en el Rastro y en cualquier oportunidad que se le presentara. Hasta que se cansó de sus golpes modestos y pensó que debía y podía aspirar a más.

—¿Cómo ha podido averiguar todo eso inspector? —interrumpió la jueza Luna, admirada en parte por el discurso del policía.

—El juez Sánchez Pintado consiguió una copia de su expediente militar. También recompuso sus inicios en el mundo de los timos y lo que faltaba lo he completado preguntado a soplones que lo conocían, siempre hay quien se va de la lengua de entre los de su calaña.

—Continúe, inspector.

—Con su permiso, señorita. Haciéndose pasar por un joven universitario, sedujo a una señorita, demasiado inocente, hija única de un notario del barrio de Salamanca. Jacinto se las arregló para introducirse en los elitistas círculos de la alta sociedad madrileña. Con el embeleso de su enamorada como carta de presentación, Jacinto conoció lo más granado de las solteras madrileñas, esas que jugaban al tenis con falditas plisadas y fumaban en los baños a escondidas de sus padres. La pobre chica, de nombre Isabel, comunicó a su madre que tenía una falta. El notario llamó a Jacinto y este prometió portarse como un caballero, casándose con ella si fuera preciso; pero el notario no estaba muy de acuerdo con entregar su única hija a un advenedizo sin apellido compuesto. Al final, el embrollo se arregló con un sobre que contenía doscientas mil pesetas en el bolsillo de Jacinto y un viaje a Londres de la hija del notario.

»Jacinto había descubierto las mieles de la extorsión y la usurpación de personalidad. De ahí surgieron nuevas oportunidades. Dotado de una inteligencia fuera de lo común, fue consiguiendo trabajos que le permitían seguir perfeccionando el arte de la estafa. Sirvió en varios despachos de abogados, donde ejerció de pasante sin necesidad de pisar la facultad de Derecho. Siempre con nombres fingidos, y con un estudiado aspecto de joven desvalido, se fue empapando de los entresijos del Derecho Civil y fue recolectando un sinfín de víctimas potenciales para futuras extorsiones. Gracias a la información que robaba en los bufetes, se apropió de herencias y despojó de tierras e inmuebles a viudas y huérfanos. Su avidez por lo material era insaciable, pero de la misma manera que obtenía

grandes sumas de dinero, las perdía en timbas clandestinas o en negocios suicidas en los que invertía sin estar preparado.

Martín hizo una pausa, casi teatral, en su discurso, como si pretendiese que los presentes fueran digiriendo la información sin empacharse. Antes de que se levantara el menor murmullo en la sala, continuó con su soliloquio:

—Todo está aquí, en el Expediente 243/75, que el pobre juez Sánchez Pintado, con tanto esfuerzo, logró recopilar tras sufrir en su propia carne los tejemanejes de Méndez Pascual. Parece ser que Jacinto extorsionó al propio juez con la amenaza de hacer pública la agresión a Remedios Sangüesa, la mujer de don Román. El juez hacía responsable a Méndez Pascual de todas sus desgracias: el abandono de su brillante carrera judicial, las pérdidas de su esposa, su prestigio y, aunque parezca un chiste, dada su condición, del juicio.

»La investigación sobre la vida y milagros de Jacinto Méndez se convirtió en una obsesión para el juez una vez hubo aterrizado en el juzgado de Valdemoro. Recopiló documentación, testimonios de víctimas de los engaños, pruebas bancarias de los movimientos fraudulentos, apuntes notariales y registrales, pero no se atrevió nunca a entrevistarse con su investigado. Imagino que seguía acumulando pruebas para que no se librara de la cárcel. El empeoramiento de la enfermedad mental del juez hizo que nadie más se acordara de Jacinto Méndez Pascual.

»Hasta que subió al tren expreso Madrid-Zaragoza y cayó fulminado delante de nosotros —dijo dirigiéndose a los ocupantes del compartimiento tres del coche número siete—, poco antes del descarrilamiento...

Un murmullo flotó en la sala. Los presentes no se miraban entre ellos. Parecía como si rehuyeran el contacto visual temiendo que los ojos los delataran. Martín tomó un sorbo de agua y pidió permiso con un gesto a la jueza para continuar hablando.

—Prosiga, inspector.

—Con la venia de su señoría. Nuevas evidencias, añadidas al extenso trabajo del señor juez Sánchez Pintado, nos hacen llegar a la conclusión, o al menos a la duda razonable, de que el propio juez fue intoxicado con una sustancia química que le anulaba el juicio. Se han encontrado restos del

tóxico entre los documentos del expediente 243/75 y se le han practicado análisis médicos completos que confirman la existencia de la droga denominada escapolamina en concentraciones muy elevadas depositadas en grasa abdominal y renal, lo que, según los peritos forenses, determina que «el paciente objeto del estudio —cito sus palabras—, sufre una acumulación de escapolamina en forma de metabolito orgánico que indica un aporte del veneno de manera continuada e ininterrumpida hasta el mismo día de la toma de muestras». Imaginen las implicaciones de este hecho si consideramos que el señor juez estuvo internado en una institución psiquiátrica pública a cargo de los preceptivos servicios médicos.

En ese momento, el doctor Miguel Sebastián se levantó de su asiento como accionado por un resorte. Con el rostro congestionado por la ira, comenzó a vociferar hasta que la jueza Luna le mandó callar:

—Doctor Sebastián, permanezca en silencio, ya tendrá oportunidad de decir lo que considere oportuno cuando le llame a declarar. Alguacil, oblíguele a sentarse si es necesario.

Miguel se hundió en la silla. Hasta su cuello parecía más corto, como absorbido por los hombros. En su rostro se adivinaba la inquietud. No llegaba a entender por qué no lo habían detenido todavía si todo apuntaba a su implicación, tanto en la agresión a Águeda como en el envenenamiento del juez. Lo cierto era que hubiera preferido una acusación en firme, aunque solo fuera para haber podido enfocar mejor su defensa.

El inspector Villanueva, por indicación de la jueza Luna, se retiró a su asiento. Águeda pidió entonces que entrase en la sala el médico forense, el doctor Roberto Fuentes. El forense dio un rápido vistazo a los asistentes y reconoció entre ellos a la mujer más joven. Era una de las dos personas que pidieron retirar el cadáver de Jacinto Méndez.

—Doctor Fuentes, ¿practicó usted la autopsia de Jacinto Méndez Pascual?

—Así es, señoría. En realidad participé en la primera como forense de guardia del Instituto de Medicina Legal de Madrid. El día del descarrilamiento, dada la magnitud del accidente, tuve que realizar varias autopsias y la de la persona que usted refiere fue una de ellas.

—¿Se dictaminó la causa de la muerte?

—En efecto señoría, se determinó muerte por decapitación y hemorragia masiva.

—¿Puede ser un poco más concreto, doctor? Recuerde que en esta sala no todos tenemos sus conocimientos científicos.

—El cuerpo había perdido la práctica totalidad de su sangre. La cabeza se encontraba separada del tronco, había maceración de tejidos con pérdida de cuero cabelludo a consecuencia de un traumatismo extraordinariamente violento.

—¿Es posible que la víctima estuviera sin vida en el momento del accidente?

—Si fuera así no se habría producido la exanguinación... la masiva pérdida de sangre, quiero decir.

—Pues los testigos, aquí presentes, afirman que se desvaneció ante sus ojos, que cayó al suelo entre espasmos y que se quedó inmóvil.

—Le tomé el pulso dos veces y no detecté latido —intervino el inspector sin poder reprimirse.

—Si el corazón no bombea, la sangre queda detenida en los tejidos, no se produce esa gran extravasación. El cuerpo llegó a mi mesa de disecciones desangrado, como si lo hubiesen faenado en un matadero, si se me permite la horrible comparación.

—Entonces, en su opinión, ¿estaba vivo cuando descarriló el tren?

—Es lo más probable, señoría. Al menos su corazón funcionaba, si bien no puedo decir que no hubiese habido una muerte cerebral previa.

—¿Y cómo es posible que el inspector Villanueva no le encontrara el pulso?

—Su corazón pudo haberse detenido y haber recuperado el latido posteriormente debido a la violencia del golpe. No es nada extraordinario que sucediera algo así, aunque solo reviviera para morir de nuevo.

—En cuanto al análisis toxicológico, ¿qué puede decirnos doctor Fuentes?

—Como bien sabe su señoría, dada la evidencia de sus lesiones y la gran confusión que se produjo con el accidente, en la primera autopsia no se le tomaron muestras. Tras la exhumación practicada por orden suya se

analizaron fragmentos de hígado, riñón, estómago y bazo. A pesar del tiempo transcurrido, pudieron obtenerse restos orgánicos suficientes como para que los resultados obtenidos puedan considerarse válidos, con valores significativos de diferentes moléculas que podrían demostrar que el individuo estuvo expuesto a varias sustancias tóxicas.

—¿Quiere decir que pudo ser envenenado a pesar de todo, como él afirmaba? ¿No contradice esto lo que nos ha contado anteriormente?

—No del todo. Mantengo que encontramos sustancias tóxicas y alguna de ellas, como el cianuro, en dosis que podrían considerarse mortales de necesidad.

—¿Y qué quiere decirnos con eso, doctor? —preguntó la jueza Luna un poco harta de tanto tecnicismo.

—El sujeto estudiado ingirió cianuro, pero no puede afirmarse que la procedencia del veneno fuese la bebida carbonatada. La lata de refresco no ha podido recuperarse y, por lo tanto, no es posible verificar que fuese la causante del envenenamiento. No obstante, las concentraciones halladas en las vísceras del cuerpo sugieren una intoxicación crónica.

—Muy interesante, doctor, pero ¿a qué nos lleva todo esto?

—A determinar que el sujeto ingirió una dosis letal de cianuro poco antes del descarrilamiento. Además, no solo encontramos ese tóxico en su cuerpo; también hallamos gemcitabina, que suele usarse en el tratamiento del cáncer de páncreas. El pobre hombre sufría, como ha podido establecerse en la segunda autopsia, un carcinoma metastásico de páncreas terminal. Apenas le quedaban unas semanas de vida. En casos tan graves, no es muy extraño que el paciente piense en el suicidio para evitarse una horrible agonía. Quizá el señor Méndez Pascual pensó que tomando dosis crecientes de cianuro consiguiera que su muerte fuese más plácida...

—O quién sabe qué oscuras intenciones tenía el fallecido para acusar a estas personas de envenenarlo una vez conocida su afición por las extorsiones —razonó Águeda en voz alta.

Todos los presentes permanecían atentos a las explicaciones del forense y a las reflexiones de la jueza Luna. Los componentes del grupo se mostraban inquietos, como esperando una nueva revelación que pudiera incriminarles en algo que ni ellos podían sospechar.

—Puede retirarse, doctor. ¿Están ustedes seguros de que no conocían a Jacinto Méndez Pascual? —preguntó la jueza de improviso—. Les recuerdo que el perjurio es un delito muy grave en un tribunal. Volveré a hacerles la pregunta: ¿Alguno de ustedes tuvo contacto con él?

Un silencio abrumador se paseó por la sala de vistillas. Nadie miraba al frente. Tornos jugaba con la cadena de su reloj; el cabo primero Molins, con los botones de su uniforme; Encarna, sentada lejos del que quiso ser su amante, miraba de soslayo al doctor Sebastián, que a su vez rehuía el contacto visual como si temiese convertirse en estatua de sal si cruzaba sus ojos con los de ella. Alejandro Longás, que había escuchado atentamente los informes del forense, ahora disimulaba estirándose el bajo del pantalón, agachado y mordiéndose las mejillas por dentro para no responder. Pero fue inútil, aquello que llevaba dentro tanto tiempo y que le quemaba como un hierro candente explotó en su boca sin medida ni freno:

—Claro que conocía a ese hijo de puta, señoría. Él nos llevó a la ruina a mi madre y a mí cuando murió mi padre. Y no le bastó con eso, de alguna manera, supo donde vivía y se las arregló para seguir chantajeándome —gritó el farmacéutico—. A los demás no sé qué les pedía, pero a mí me obligaba a proporcionarle productos químicos de la botica, primero de la facultad, y luego de la farmacia donde trabajaba como mancebo. Me costó mucho atar cabos y averiguar que era la misma persona que nos estafó. Pero era un maestro del engaño, se lo aseguro, señoría. Lo mismo les diría don Damián si viviera...

—¿Conocía usted a Damián Azara?

—Al inspector le dije que no, pero mentí. Era un habitual de la fonda donde me alojaba. Un burdel en realidad, pero gracias a la generosidad de esas pobres chicas pude seguir estudiando. Jacinto me amenazaba con dar a conocer mi relación con las prostitutas si no le seguía el juego. Al pobre Damián también le sacaba lo que podía, pero no hablábamos de eso fuera de la fonda, de hecho, aunque nos encontrábamos a menudo en el tren, nunca nos decíamos nada. A don Damián no le interesaba que se supiera que le gustaban las putas y a mí no me convenía que me relacionaran con los clientes de las chicas, así que el día del accidente actuamos como si no nos hubiésemos visto nunca.

—¿Y no reconoció a Jacinto en el tren?

—Estaba muy distinto, demacrado, vestido como un vagabundo y muy sucio.

—¿Cómo se comunicaba con usted?

—De una forma muy retorcida: por las páginas de anuncios por palabras del *ABC*. En realidad, la primera vez que contactó conmigo lo hizo por carta, utilizando recortes de periódico de una forma muy teatral. En la carta me daba instrucciones para que estuviera atento a los anuncios por palabras del *ABC* de los martes y los jueves. En la sección de contactos me iba dando instrucciones en clave para que le siguiera proporcionando las drogas. Yo debía de responder a los anuncios de una determinada señora a la que le gustaba bailar a un apartado de correos, enviando lo que me pedía ese cabrón en paquetes pequeños. Cuando llegaban los martes o los jueves, entraba en pánico hasta que comprobaba si había o no una nueva petición. Aun muerto Jacinto, todavía recibí varias extorsiones más. Imagino que debió dejar contratadas las publicaciones y siguieron los anuncios. Yo, por miedo, seguí cumpliendo con lo que se me exigía.

Águeda recordó los periódicos que su padre encontró en la cabaña del falso alcalde de Ateca, así como los recortes que Martín había ido recogiendo a lo largo de su investigación policial. Era algo que se le había pasado por la cabeza, pero ahora se confirmaba con el testimonio espontáneo del joven.

—Una cosa más ¿no sería escapolamina lo que le pedía Jacinto Méndez?

—Así es, señorita —contestó Alejandro Longás—, escapolamina hospitalaria en viales liofilizados. La última entrega la realicé hará cosa de un mes.

La respuesta de Alejandro quedó flotando en el aire. Tornos, ahora con la mano derecha en el bolsillo, movía las monedas que llevaba dentro del pantalón consiguiendo un tintineo arrítmico e histérico. La mirada irritada del cabo primero detuvo su concierto y comenzó a mover el pie repitiendo el patrón sonoro.

—Yo también sufrí sus extorsiones —afirmó Tornos como si el testimonio espontáneo de Alejandro hubiese abierto la espita de la verdad—. Lo conocí cuando trabajaba en el concesionario de Mercedes de Madrid. Él, por aquel entonces, ejercía de chófer y visitaba con frecuencia

el taller de mi trabajo. No sé cómo se las arregló para conocer mis aventuras amorosas, pero el caso es que pronto empezó a pedirme dinero por su silencio. Al principio, sus amenazas eran anónimas. Me mandaba sobres con palabras recortadas del periódico y me daba instrucciones para que le entregase dinero. Luego, el método cambió a un modo parecido lo que ha descrito el joven, aunque para mí reservaba los lunes, únicamente. De esa época me ha quedado la manía de leer los anuncios por palabras, a pesar de que sé que ya no puede hacerme daño, busco cada lunes en el *ABC* y solo descanso al comprobar que no hay nada entre esas páginas dirigido a mí...

—¿Y usted, Encarna, de qué conocía al muerto? —cortó la jueza.

—De nada, señoría, la primera vez que lo vi fue en el tren —mantuvo con aplomo la joven administrativa—. Mi viaje a Zaragoza era del todo personal.

—¿Quiere decir que nunca había visto antes a Jacinto Méndez Pascual?

—No, señoría, o al menos, no que yo recuerde.

—¿Está segura? Le recuerdo que el falso testimonio puede ser constitutivo de delito.

—¿Se me acusa de algo, señoría? Conozco mis derechos. No voy a responder a sus preguntas si no es en presencia de un abogado —dijo Encarna con el rostro teñido de rojo y la voz fruncida por la rabia.

Martín sonrió levemente al ver el nerviosismo de Encarna. La jueza estaba tirando del hilo de una manera muy astuta. Sin necesidad de tomar declaración individual a los testigos, con la vistilla, estaba consiguiendo poner en claro muchas incógnitas. Podía parecer que el interrogatorio era un poco errático, pero eso hacía que los testimonios surgieran de manera espontánea y eso les confería mayor valor. El viejo policía se alegró de haber vuelto a visitar a la madre de Encarna, de preguntar por el barrio, de averiguar cuánto y cómo frecuentaba la casa Jacinto Méndez. Águeda conocía todos los pormenores de las pesquisas de Martín y prefirió no insistir en las preguntas a Encarna. Al menos de momento.

—Doctor Fuentes ¿podría decirnos por qué se lleva el cuerpo de una persona fallecida al Servicio de Patología del Instituto de Medicina Legal?

—Porque la autoridad judicial así lo dispone en aquellos casos en que la muerte ha podido producirse de forma violenta —homicidio, accidente, suicidio...— o de manera extraña, en la que quepan indicios o sospechas de criminalidad. En estos supuestos la ley exige que un médico forense certifique la muerte y determine la causa y el modo en que se produjo —respondió el forense, solícito.

—Recuerde a los presentes para qué debe identificarse el cuerpo en una autopsia judicial.

—Para que el médico forense pueda extender un informe de autopsia sin que quepa la menor duda de que los datos reflejados en el mismo corresponden al muerto. Al familiar o conocido que hace la identificación se le formulan algunas preguntas acerca de sí mismo y de la persona fallecida. A continuación, se le muestra el cuerpo para que proceda a identificarlo. En casos excepcionales, en lugar del cuerpo se le muestra una fotografía del mismo, tomada por el propio Servicio de Patología del Instituto de Medicina Legal.

—¿Y qué hay que hacer para tenga lugar la entrega del cuerpo?

—El Servicio de Patología del Instituto de Medicina Legal indica a los familiares acreditados cuándo pueden hacerse cargo del cuerpo para que se proceda a su traslado por los servicios funerarios públicos concertados por el Instituto de Medicina Legal hasta el lugar de procedencia. Junto con el cuerpo, se les proporciona los documentos necesarios para el entierro o la incineración.

—Por lo tanto, para la retirada del cuerpo de Jacinto Méndez Pascual fue necesario, mejor dicho, imprescindible, como bien dice el doctor Fuentes, que los familiares que se hicieron cargo del cuerpo acreditaran su condición. Y así quedó reflejado en el registro del Instituto de Medicina Legal y en las diligencias practicadas por el juez de guardia.

Águeda sostuvo la mirada a Encarna que, pese a las afirmaciones de la jueza, se mostraba desafiante, como si se supiera intocable.

—En cuanto a usted, señor Molins, ¿también sufrió extorsión del muerto? —preguntó la jueza al cabo primero cambiando de tercio.

—Le aseguro, señoría, que no lo había visto nunca. Bastante tengo con lo mío como para cargar con otro cadáver. Aquel día volvía a casa de permiso. Soy de Zaragoza, ¿sabe usted?

Martín, dirigiendo su mirada a Águeda, asintió ratificando el testimonio del soldado. Sus investigaciones confirmaban la naturaleza totalmente aleatoria de la presencia del cabo primero Molins en el tren el día del accidente.

Gregorio Molins acababa de salir de la cárcel militar de Alcalá de Henares para preparar su defensa ante el inminente juicio militar que se iba a celebrar el mes próximo y en el que se le juzgaba por un posible delito de homicidio por el disparo, según él, accidental, que causó la muerte de una persona en las inmediaciones del cuartel donde prestaba servicio. Su traslado al juzgado de Valdemoro tuvo que ser autorizado por la autoridad militar no sin reticencias. Águeda se mostró muy convincente ante su colega del cuerpo jurídico militar y consiguió que Molins viajara a su juzgado, aunque con la presencia de una escolta de la Policía Naval sin uniforme.

Gregorio Molins relató a la jueza Luna su viaje accidentado con destino a Zaragoza. Resultó que su partida del cuartel de Arturo Soria, saliente de guardia, hizo que las culpas del homicidio por el que ahora se le juzgaba recayesen sobre otro componente de la guardia. Tal vez, el ver la muerte tan cerca en el accidente de tren, le hizo recapacitar, y cuando regresó al servicio, se confesó autor del disparo que acabó con la vida de una inocente ciudadana que tuvo la mala suerte de aparecer en su campo de tiro cuando a Molins se le ocurrió disparar su arma reglamentaria. Lo cierto es que aquel día estaba muy borracho. Las dos horas anteriores a la guardia se las pasó en la cantina atiborrándose de alcohol, apenas se tenía en pie cuando relevó, con quince minutos de retraso, a quien le precedía en el cuerpo de guardia. Él declaró que se estaba durmiendo y que para mantenerse despierto simuló que disparaba y que no calculó bien la presión que ejercía sobre el gatillo, y el arma detonó varios disparos. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, repuso las balas para que nadie sospechara nada al devolver el arma en el pañol de armamento. Luego cargó su petate y simplemente subió al tren sin pararse a pensar en las consecuencias de lo que había hecho.

Pero de todo eso, Águeda no tenía que juzgar nada. La jueza, una vez se hubo dirigido a todos los presentes, dio por terminada la vistilla no sin antes advertir a los ocupantes del compartimiento tres del coche número

siete de que la investigación seguía abierta y podían ser llamados nuevamente a su presencia en el juzgado.

45

A veces, cuando uno menos se lo espera, sucede algo que precipita los acontecimientos y lo que parecía un problema irresoluble se disuelve como la sal en el agua caliente. Nadie sabe lo que induce a una persona a tomar decisiones tan irreversibles como la que tomó el doctor Miguel Sebastián la mañana siguiente a la vistilla celebrada en el juzgado que presidía la jueza provisional Águeda Luna.

Abrumado por la culpa, o simplemente poseído por un impulso irrefrenable, Miguel se tomó treinta y tres comprimidos de diazepam y se ayudó, para pasarlos y aumentar su poder sedante, de un largo trago de ginebra que se administró directamente de la botella. Como si esto fuera poco, reafirmó su decisión de dejar este mundo anudándose una cuerda alrededor del cuello; pero cuando se disponía a colgarse de la barra de hierro donde hacía sus ejercicios gimnásticos matinales, el barbitúrico hizo su efecto. La depresión respiratoria le comprimió los pulmones, la falta de oxígeno privó a su cerebro del impulso necesario para ordenar a los músculos culminar su ejecución. Sin la fuerza necesaria, cayó desmadejado y laxo sobre las frías baldosas del baño, inconsciente, cobarde y culpable de una vida llena de mentiras, deslealtades y decisiones tomadas por otras personas que simplemente acató con obediencia ciega sin pararse a pensar en lo que hacía.

Tal vez este último acto de autocastigo fue lo más parecido a un gesto de rebeldía. Desde niño, asumió que su misión en la vida estaba prefijada. Su madre lo había educado en el desapego a los sentimientos, nunca le regaló un abrazo, ni siquiera cuando lo recluyó en un internado cuando apenas tenía siete años. Con la intención de endurecerlo, la mujer que le dio la vida hizo de Miguel un niño extraño que se licuaba entre las

sombras de los rincones más oscuros del colegio, que rehuía de los juegos con sus compañeros de encierro. Ese aislamiento forjó en él un carácter enfermizo que aprendió a disimular rodeándolo de varias capas de cinismo, sobre todo cuando tuvo que soportar la crueldad de los niños más mayores, que encontraron en Miguel la forma de quemar el tedio. Quizá esa etapa de su vida fue la que le hizo tomar el camino de la psiquiatría. Como su cuerpo, por entonces enclenque, no le brindaba las facilidades más apropiadas para defenderse de los abusos, supo encontrar en las debilidades de la mente humana su propia fortaleza. Sin que los propios matones se dieran cuenta del cambio, el que poco antes había sido el blanco de sus burlas, se convirtió en su líder, el instigador que les hacía acosar a los más débiles o simplemente anular a los que le hacían sombra en los estudios. Rodeado y protegido por su jauría, aunque siempre oculto por el ruido de sus ladridos, fue encadenando cursos hasta llegar a la universidad para estudiar lo que su madre había decidido para él: Medicina.

En la facultad, dulcificó sus modales, cambió de amistades, se abrió a nuevos intereses y disfrazó su carácter huraño con retazos de humor, de fina inteligencia, de una fingida simpatía que cubría su personalidad como si fuese pintura sobre pintura en un mueble viejo, color sobre color para ocultar la madera podrida que constituía su verdadera personalidad.

Y, empujado por el impulso irrefrenable de su madre, terminó dirigiendo el hospital psiquiátrico de Santa Isabel, en Leganés, el lugar donde el juez Sánchez Pintado ingresó por expreso deseo de su familia. Allí donde mantuvo al magistrado en estado cataléptico, impidiendo, con cada nueva dosis de escopolamina suministrada por él personalmente a diario, que saliese del agujero oscuro de la demencia química.

Conocer a Águeda, sin embargo, fue como un bálsamo. Como si la presencia de una mujer, distinta a su hermana y a su madre, ejerciera sobre él una influencia beneficiosa. No es que no se hubiese relacionado nunca con otras mujeres. En la facultad flirteó con varias, incluso mantuvo idilios que bien podrían calificarse como noviazgos, pero todas estas relaciones estaban dirigidas, encaminadas a medrar, a introducirse en círculos en los que no se puede entrar si no te llevan de la mano. Su interés por el sexo era meramente instrumental.

Era un amante eficaz y se aprovechaba de ello para conseguir seducir a quien más le interesaba, sin importarle incluso romper parejas de toda la vida acostándose con su presa aunque tuviese que ayudarse de drogas, como su querida escopolamina. Pero con Águeda todo fue distinto. Con ella se enganchó de verdad, por eso le permitió visitar a Sánchez Pintado, por eso se fue acercando a la vida de la joven jueza sin importarle el peligro que lo acechaba, sin temer por un momento ser desenmascarado. Tuvo que ser su hermana, fiel heredera del legado podrido de su familia, quien se ocupara de romper el hechizo. Fue ella la que, vestida de hombre, arrastró a Águeda al cuartucho del hostel Latina donde apareció vejada y desnuda. La que la violó con un pene de goma sembrando la duda sobre Miguel, su propio hermano.

—¿No ves que todo me acusa, que es jueza y que no parará hasta meterme entre rejas si descubre quién soy? —le había dicho Miguel al escuchar el retorcido plan de su hermana.

—Tu deber es con la familia, ocúpate de asegurar tu coartada. Esta zorra no es para ti. Se acerca demasiado y no podemos consentirlo —le recordó ella sin un atisbo de duda ni arrepentimiento.

Y Miguel se plegó a sus órdenes porque sabía que venían directamente de su madre. Drogó a Águeda y la condujo a un taxi donde la esperaba su hermana travestida con ropas masculinas. Luego, para asegurarse una coartada, bebió hasta emborracharse con varios colegas médicos a los que sabía que se encontraría, pues hacía tiempo que lo habían invitado a la despedida de soltero de uno de ellos. Y con cada trago de alcohol se maldijo por su cobardía, pero no hizo nada. Dejó pasar la noche temiendo lo peor y luego vomitó sus miserias, consciente de que nada podría cambiar en su vida de cartón piedra.

Por eso ahora yacía en el suelo, vencido por fin a su libre albedrío. Pero en este mundo, las cosas casi nunca salen como las planeamos. De pronto, un ruido de maderas rotas estalló en el piso del psiquiatra. El corazón de Miguel todavía latía débilmente cuando Martín Villanueva, acompañado de dos policías más, le practicó las maniobras de reanimación que todo buen agente de la autoridad aprende en la academia. El traslado al hospital fue inmediato, aunque no estaba claro que pudiese recuperar la consciencia. Martín se quedó en la vivienda buscando entre los papeles del

psiquiatra algo que lo ayudase a cerrar el círculo de sospechas, para averiguar la verdad que estaba a punto de recomponer, las claves de un episodio que comenzó en un tren cualquiera, entre personas corrientes que se vieron prisioneras en un extraño laberinto de engaños en el que el Minotauro vestía con gabán raído y no estaba claro quién era Teseo ni Ariadna.

La casa de Miguel Sebastián era bastante austera. Demasiado austera teniendo en cuenta el nivel adquisitivo de un médico psiquiatra, todo un director de hospital con unos cuantos años de ejercicio de la profesión. Un sencillo sillón tapizado en tela era la única concesión a la comodidad del pequeño salón que ejercía también de recibidor. Sobre la mesita auxiliar, que se situaba frente al sillón, un libro abierto con el lomo hacia arriba daba cuenta de la última lectura de Miguel: *Rabia*, de Stephen King.

Bajo la única ventana, una mesa de escritorio con dos montoncitos de folios en blanco perfectamente alineados a la izquierda del vade que cubría la mayor parte de la madera; y a su derecha, una pluma estilográfica con el plumín reventado. Martín rebuscó en los cajones y lo único que encontró fue un marco de fotos sin más contenido que una cartulina amarillenta y un sobre tamaño cuartilla con las palabras «Señora jueza» escritas con tinta verde. Parecía un chiste de Forges. Palpó el sobre y comprobó que estaba vacío. «No habrá tenido huevos para confesar», se dijo en voz alta Martín y guardó el sobre en el bolsillo derecho de su americana. De todas formas, espoleado por su hallazgo, siguió inspeccionando el piso con la esperanza de encontrar una prueba que le diera sentido a las medias certezas que el viejo policía había ido recopilando a lo largo de su investigación. Buscó entre la ropa de cama, en la cómoda del dormitorio, en el baño, en las alacenas semidesiertas de la cocina, en el cesto de la ropa sucia, hasta en el cubo de basura, pero no encontró más que las evidencias de una vida solitaria. «¿Qué te esperabas, Martín? Las revelaciones de los suicidas solo se dan en las películas y en las novelas malas», se lamentó el inspector mientras pensaba en abandonar el piso. Pero su instinto de viejo policía le decía que había pasado por alto algo importante. Regresó al espartano salón y volvió a observar los pocos objetos que adornaban la estancia. De la mesa de escritorio extrajo el marco fotográfico. Lo desmontó y retiró la cartulina. Al darle la vuelta,

una imagen de dos jóvenes muy parecidos sonreían a la cámara. Uno de ellos era Miguel Sebastián; la otra, Encarna.

46

Águeda recibió la noticia del intento de suicidio de Miguel con entereza. Los últimos acontecimientos que había sufrido le habían endurecido el carácter. Era como si hubiese realizado un curso acelerado de cruda realidad. Definitivamente, no tenía suerte con los hombres: primero Alfredo y su tóxica influencia, y luego Miguel con sus mentiras envenenadas, le hicieron pensar que quizá no estaba preparada para la vida amorosa, que se le daba mejor juzgar a los delincuentes que las relaciones personales. ¡Cuánto habría deseado poder sincerarse con su padre, buscar el consuelo de sus brazos como cuando era una niña y se despertaba llamando a su madre sin recordar que había muerto! ¡Cuánto lo echaba de menos! Es cierto que estaban sus hermanos, pero ellos tenían sus vidas, la complicidad no era la misma. No sabía si era por un efecto residual de la droga, o por el trauma psíquico sufrido, pero se sentía muy vulnerable. Hasta pensó en llamar a Rosario con quien, desde su breve relación con su padre, había surgido una amistad cosida por la intensidad de los últimos días compartidos con Daniel. Sin embargo, no se atrevió. Como siempre, prefirió guardarse su dolor, tragarse la congoja hasta convertirla en una bola ardiente en lo más profundo de su estómago y, sin concesiones al desaliento, decidió tomar una dosis más de lo único que le calmaba: el trabajo.

En su juzgado todos la trataban de manera distinta, como si estuviesen respetando un duelo de un muerto desconocido. La jueza Luna no estaba dispuesta a aguantar la condescendencia así que los reunió a todos y les dijo:

—Les recuerdo a todos que soy la jueza titular de este juzgado. Que como tal ejerzo mis funciones jurisdiccionales con independencia y sin

hacer caso a las circunstancias externas, ni siquiera cuando estas afectan a mi esfera personal. Les recuerdo que aquí todos estamos para administrar justicia y que la justicia es ciega.

Todos los presentes se abstuvieron de emitir el mínimo comentario ante la diatriba de su señoría. Como si les fuera la vida en ello, se volcaron en los expedientes que abarrotaban sus mesas y se refugiaron en los papeles para escapar de esa situación tan incómoda. Solo González, el secretario judicial, se atrevió a intervenir:

—Cuenta con nosotros, señoría. En este juzgado, a pesar de lo que pueda parecer, trabajamos para servirla...

—A mí no, a la Justicia.

—A eso me refería. Con su permiso quisiera hablar con usted en privado.

Águeda, aliviada de la tensión tras su perorata, hizo pasar al secretario a su despacho.

—Usted dirá, González.

—Tengo entendido que el juez Sánchez Pintado ha sido trasladado a otro centro sanitario.

—Así es. Están intentando desintoxicarlo en La Paz. Todavía es pronto para saber si puede llegar a recuperarse del todo. ¿Por qué lo pregunta?

—Perdone mi franqueza, señoría, pero, y creo expresar la opinión de todo el juzgado, preferiríamos que todo siguiera como ahora. Que usted siguiera ejerciendo en Valdemoro.

—Ya sabe que eso no depende de mí. Mi situación administrativa es provisional, estoy a la espera de destino definitivo. Por eso ahora debemos esmerarnos en cerrar todos los procesos que tenemos abiertos. Les pido su colaboración y total entrega...

—Señoría, tiene una llamada —interrumpió la auxiliar que manejaba la centralita telefónica—. Es el inspector Martín Villanueva y dice que es muy urgente.

—Pásemela. Discúlpeme, González...

—Águeda, necesito que emitas una orden judicial para un registro. Está relacionado con Miguel Sebastián, Encarna Muniesa y el loco del

gabán —dijo Villanueva utilizando el tuteo a sabiendas de que era una conversación privada.

—Explícate, Martín.

—Creo que son familia. O lo eran. Pero para confirmarlo debo acceder a la vivienda de la madre de Encarna. Y ahí no queda la cosa. Todavía no tengo pruebas concluyentes, pero sospecho que pudo ser la propia Encarna, la que vestida de hombre, te agredió en el hostel —dijo Martín que había llegado a esa conclusión nada más ver la fotografía de los dos jóvenes encontrada en la casa de Miguel.

Águeda, por un momento, comenzó a atar cabos. Martín podía estar en lo cierto. Tanto Miguel como Encarna eran de parecida altura y compleción, incluso se diría que sus facciones eran similares. Además, en la vistilla, tras la aparente fragilidad de la joven, había aflorado un carácter fuerte que ya le había suscitado recelos a Águeda.

—Encarna Muniesa hoy no ha ido al ministerio —continuó Martín—. Por eso te pido también una orden de búsqueda y captura bajo la sospecha de atentado contra la autoridad. En su casa, en la que vive con su madre, no responde nadie al teléfono y temo que hayan huido.

—No pierdas tiempo. Tienes mi autorización. Ahora mismo te envió la orden por burofax a la oficina de correos más cercana a tu domicilio.

Pero como Martín intuía, las dos pájaras habían volado. En la humilde vivienda del barrio de Chamberí no había nadie. Con el auxilio de un cerrajero, Martín abrió la puerta del piso y pudo comprobar cómo no quedaba nada: ni muebles, ni ropas, ni si quiera un triste calendario en la pared que diera testimonio de la vida de sus inquilinas. No obstante, el inspector no dejó rincón sin registrar. Martín sabía, por su experiencia, que era imposible dejar totalmente limpio un escenario, aunque allí, que él supiera, no se había cometido ningún crimen.

—Esas dos se largaron ayer por la tarde —gritó la portera, ya vieja conocida de Martín—. ¿Tanta contribución deben esas al ayuntamiento que tiene que intervenir la policía?

—¿Dejaron alguna dirección donde localizarlas? —preguntó el inspector sin hacer caso a la curiosidad de la portera.

—Ninguna, ya le dije a su compañero, el del ayuntamiento, que eran una siesas —dijo la portera guiñando el ojo para hacerle saber a Martín que lo había reconocido—. Vino un camión de mudanzas a mediodía, y antes de que se hiciera de noche se habían largado.

—¿Las dos?

—Claro, y las acompañaba un caballero muy apuesto. Con traje y corbata, ¡cómo sudaba el pobre ayudando a los de la mudanza!

—¿Y marchó con ellas?

—No, las mujeres se fueron en taxi y el del traje en un coche negro con chófer y todo. A mí no me gusta hablar, pero parecía un pez gordo de esos que mandan mucho y trabajan poco. ¡Quién sabe a quién habrán engañado esas liantas!

Martín recordó lo que le había contado su amigo Segis, del Ministerio de Agricultura sobre la carrera fulgurante de Encarna a cargo de las lonjas de contratación. Iba a seguir preguntando a la portera cuando se percató de que, apretado contra el pecho, la buena señora cargaba con un grueso libro de tapas acolchadas. Parecía un álbum de fotos algo deteriorado por el paso del tiempo.

—¿Y eso?

—Se les cayó de una caja y se mojó en un charco. Lo guardo por si vuelven...

—Démelo. Yo me encargaré de hacérselo llegar. Descuide.

La portera se resistía a soltar su presa. No le había dado tiempo siquiera a echar un vistazo al contenido del álbum, apenas le había limpiado el barro que todavía salpicaba las páginas interiores, pero la placa policial, la orden de registro y la mirada imperativa de Martín ablandaron sus firmes propósitos y entregó su botín al inspector.

—Me hubiera gustado devolvérselo yo misma. Al fin y al cabo, a pesar de que no nos tratábamos mucho, hemos sido vecinas varios años y ya sabe usted lo que se dice: «el roce hace el cariño». Y además, yo sé bien lo que pasa con estas cosas. Los recuerdos hay que guardarlos a buen recaudo que si no el olvido se los lleva para siempre —filosofó la portera.

—No se apure que yo le haré saber quién ha recuperado su pérdida —dijo Martín. Aunque sabía, sin ningún género de duda, que su intención de

restituir a sus dueñas el álbum era la misma que la de estas a la hora de pagar la contribución.

Martín se comió la curiosidad y reservó el grueso libro para una inspección más minuciosa y reposada. Volvió a entrar en el piso, pues estaba convencido de que podía encontrar algo para acompañar el hallazgo de la portera. Volvió a repasar cuarto por cuarto los recovecos, los armarios empotrados... pero no encontró nada de nada. El cerrajero permanecía en la casa, impaciente por volver a su negocio, y mataba el tiempo fumando junto a la puerta principal y arrojando las colillas directamente al suelo.

—Está usted contaminando posibles pruebas. Haga al favor de no echar más porquería al suelo.

—¿Más qué...? Si esto está más limpio que un quirófano...

—¡Tiene usted razón! ¿Cómo he podido ser tan descuidado? Nadie se lleva la basura en un traslado, por muy limpio que sea. Señora, ¿dónde está el cubo de basura de la comunidad? —preguntó Martín dirigiéndose a la portera que seguía observando cada uno de los movimientos del policía.

—¿La basura? Esto sí que es gordo... En el cuarto de las escobas, es una zona común donde todos me dejan la mierda, perdone usted la expresión.

Martín siguió a la mujer que se mostraba encantada de no perder detalle de las pesquisas del policía. El cubo de basura estaba a mitad de su capacidad, a pesar de que no eran ni las diez de la mañana.

—Mire que saben los vecinos que la porquería hay que sacarla por la tarde, pero ellos, erre que erre. Al punto de la mañana ya está casi lleno y luego voy yo a por mis cosas de limpieza y no puedo soportar el tufo. ¡Luego dirá el presidente de la comunidad que gasto mucho en lejía!

Martín no se amilanó por el olor y rebuscó entre los detritos hasta hallar una bolsa gris de las grandes, cerrada con doble nudo.

—¿No tendrá usted algo para vaciar esto sin que le manche demasiado el suelo?

—Tengo un hule viejo que utilizo para cubrir las plantas cuando hiela. ¿Servirá?

Martín asintió mientras comenzaba a desatar los nudos del saco. El contenido visible era una amalgama de papeles rotos en fragmentos muy

pequeños, botellas de vidrio, una cáscara de plátano, paños de cocina usados y dos viales de cristal, de esos que se utilizan en los hospitales, con restos de lo que parecía un polvo blanco que ya era muy familiar para Martín.

Al verter todo sobre el suelo protegido por la lona, en el túmulo de basura, unas hojas de periódico culminaban la cúspide. Martín reconoció las páginas de anuncios por palabras del *ABC* y no pudo menos que fijarse que presentaban varios huecos, recortes de anuncios que habían sido eliminados del periódico y ahora dejaban ver, a su través, noticias fragmentadas por el azar de la tijera. Con cuidado, el inspector separó lo que consideraba útil para su investigación y lo guardó en bolsas de pruebas etiquetadas con su caligrafía de maestro de escuela. El resto de la basura volvió a introducirla en su bolsa original y la cerró imitando los nudos que antes había deshecho.

—¿Se va a llevar esa porquería?

—Son pruebas. Quién sabe lo que se me ha podido pasar por alto. Gracias por su colaboración, señora. Cualquier cosa que recuerde de sus vecinas no dude en hacérmelo saber —dijo Martín mientras le entregaba una tarjeta y cargaba con todo lo que había encontrado hacia el coche.

47

El inspector no tuvo tiempo de llevar al juzgado todo lo que había hallado en la casa de las Muniesa Galve. En la puerta de su domicilio particular, a donde se había dirigido para recoger una documentación que quería entregar a la jueza Luna, lo esperaba un coche Z con dos policías de uniforme dormitando con las ventanillas bajadas. Martín se asustó al verlos, pensó que algo había podido suceder en su edificio y se colocó ante del vehículo policial exhibiendo su placa identificativa.

—Soy compañero. ¿Qué ha pasado aquí?

—Lo buscamos a usted, inspector. Tenemos órdenes de conducirlo a comisaría.

—No entiendo nada, ahora no ejerzo en Madrid. Estoy en comisión de servicios en el juzgado de Valdemoro.

—Nosotros no sabemos nada de eso. Son órdenes directas del comisario Márquez. Tiene que presentarse en su despacho urgentemente —indicó el copiloto colocándose la gorra reglamentaria y disponiéndose a salir del coche.

—Antes tengo que dejar todo esto en casa —dijo Martín señalando la bolsa de plástico con todo lo intervenido en el registro del barrio de Chamberí.

—Tenemos órdenes de llevarlo todo a comisaría. Súbalo usted todo al Z. Yo le ayudo.

Martín miró a los dos jóvenes policías, quizá recién salidos de la academia. El conductor se acercó al inspector con gesto decidido y quiso liberarle del peso que cargaba, mientras que el otro joven abría el portón trasero del automóvil para que depositaran allí las bolsas. Martín estaba desconcertado. ¿A qué venía ese repentino interés del comisario por verlo?

¿No decía que estaba encantado de perderlo de vista? No obstante, sabía muy bien que los dos compañeros que lo esperaban no tenían culpa alguna de sus problemas con Márquez, así que prefirió no mostrarles su enfado:

—¿No pretenderéis que vaya con vosotros como un detenido? Iré por mi cuenta, con mi vehículo particular.

—Pero... tenemos órdenes...

—¿Así os enseñan ahora en la academia a tratar a vuestros superiores?

Los policías se miraron entre sí sin saber muy bien cómo proceder. Uno de ellos se llevó la mano a la visera de la gorra a modo de saludo y dijo:

—Como usted quiera, síganos, inspector.

Martín se tomó su tiempo para subir al viejo Seat. Los dos novatos observaban por el retrovisor cómo el inspector Villanueva se ajustaba el cinturón, como aproximaba el asiento al volante, cómo ajustaba el espejo exterior y cómo arrancaba el auto. Lo que no vieron fue cómo Martín guardaba el álbum de fotos, que descansaba en el asiento del copiloto, en la guantera, pues como bien sabía él, cuando juegas con tramposos no está de más esconderse un as en la manga.

Una vez en la comisaría, Martín saludó con un leve movimiento de cabeza a sus conocidos, flanqueado por su escolta hasta el despacho del comisario jefe Márquez. En la puerta, impidiéndole el paso, esperaba el otrora compañero de Martín, el inspector Sena.

—Muérdete la lengua, Martín —le aconsejó—. No sé qué habrás hecho esta vez, pero el comisario está que vomita fuego. Le he oído gritar por teléfono y colgar de un manotazo...

Martín le dio un breve abrazo y llamó a la puerta con educación.

—Pasa Villanueva —bramó el comisario que lo esperaba con un cigarro sin filtro en la boca.

Martín cerró tras de sí y tomó asiento frente a su superior sin esperar a que este le diera permiso. Márquez arrojaba volutas de humo aspirando el cigarro como si con cada calada pudiera digerir su mala hostia y transformarla en gas licuado.

—Usted dirá, comisario...

—¿En qué cojones andas metido, Villanueva? ¿Otra vez arreglando el mundo? ¿Es que no vas a aprender nunca de tus errores?

—No comprendo a qué se refiere comisario. Además, no tengo por qué darle explicaciones, le recuerdo que ya no estoy adscrito a esta comisaría. Como policía judicial, solo debo rendir cuentas a su señoría, la jueza de Valdemoro.

—Déjate de gilipolces, estás en comisión de servicios y desde hoy mismo se te ha acabado el chollo de ir por libre. Me han llamado de la Dirección General pidiéndome explicaciones por no sé qué registro en casa de dos pobres mujeres...

—Por orden judicial, comisario, la jueza Luna...

—La jueza Luna ya no preside el juzgado de Valdemoro. Ha sido relevada de su cargo. Ahora se encuentra en espera de destino; desde hoy mismo, tengo entendido.

—Pero eso es imposible. Esta mañana he recibido órdenes tuyas.

—Al parecer hay un conflicto de intereses entre el caso que investigaba la jueza y su vida personal. Nunca mejor dicho: ella no puede ser juez y parte... Pero eso a nosotros no nos incumbe. Desde hoy vuelves a esta comisaría y te aconsejo que no sigas hurgando donde no debes si quieres jubilarte como inspector. El ministro de Agricultura en persona ha llamado al de Interior para pedir explicaciones y adivina a quién han llamado desde Interior...

Martín no contestó. Se levantó de la silla y prefirió no expresar ante el comisario lo que sentía. Estaba suficientemente bregado en el oficio como para entender que el comisario no actuaba por iniciativa propia y que no valía la pena discutir con él. Márquez deseaba seguir en su cargo a cualquier precio y si para ello había que sacrificar un peón más, no lo dudaría. Así que lo que le ocurriese a un inspector caído en desgracia se la traía al paio.

Con una serenidad que no esperaban en la comisaría, el viejo inspector abandonó el despacho de su superior, cerró con cuidado la puerta, saludó de nuevo a su compañero, el inspector Sena; y sin mediar palabra, se dirigió a su antigua mesa, ahora ocupada por un subinspector recién ascendido. Todos observaron en silencio cómo Martín tomaba un folio con el membrete de la comisaría y mecanografiaba su petición de jubilación

anticipada. Tecleaba con lentitud, y en su rostro no se reflejaba ira ni rabia. Por el contrario, una leve sonrisa se iba dibujando conforme las palabras adecuadas pasaban de sus dedos al papel, como si cada pulsación lo fuera liberando de un peso que le oprimía el pecho desde hacía mucho tiempo. Cuando terminó de redactar su renuncia al servicio activo, firmó la misiva, y con la misma parsimonia que había exhibido hasta ese momento, la depositó en el registro de la comisaría, donde recogió una copia sellada.

—Aquí os quedáis.

48

Habían pasado tres meses desde el cese forzoso de Águeda del juzgado de Valdemoro. Arropada por sus hermanos, Arturo y Baltasar, la joven jueza se preparaba para su nuevo destino: el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de la villa zaragozana de Caspe. En realidad, iba a ser su primer destino como titular de un juzgado, teniendo en cuenta lo irregular de su nombramiento en Valdemoro. Atrás quedaban sus investigaciones sobre el descarrilamiento, la muerte de Jacinto Méndez y del sometimiento químico del juez Sánchez Pintado. Investigaciones que no avanzarían, habida cuenta de la jubilación voluntaria de Martín. Águeda no creía las palabras que le habían dedicado desde el órgano colegiado de los jueces:

«Su agresión no quedara impune, señora Luna. La apartamos de Valdemoro por su seguridad. Sin duda, las circunstancias han hecho que asumiera responsabilidades impropias de su escalafón, debería usted haber disfrutado de un periodo de prácticas asistidas bajo la supervisión directa de un superior y, sin embargo, ha tenido que hacerse cargo de unas responsabilidades que no le correspondían...».

Sentada en la mesa más cercana a la ventana de la cafetería Nuevo París, la última adquisición de su hermano Baltasar, Águeda meditaba sobre lo rápido que había ido todo desde su incorporación a la carrera judicial. La indignación inicial había sido sustituida por una firme determinación: «Si queremos cambiar lo que no nos gusta, la mejor forma de hacerlo es desde dentro», se repetía. En sus vacaciones forzosas a la espera de destino definitivo quiso visitar al juez Sánchez Pintado. Román seguía en el hospital de La Paz e iba haciendo pequeños avances conforme

la escopolamina se iba retirando de su cuerpo. Pero cuando Águeda se acercó a saludar a su colega, se topó con la intransigencia de la familia:

—Lo siento, señorita, don Román no puede recibir visitas, por deseo expreso de su mujer y sus hijos —la informaron en el hospital.

—¿Y ni siquiera puedo preguntar por su estado a la dirección médica? Soy miembro de la judicatura y necesito hablar con mi colega.

—Pídale por escrito. Yo no puedo hacer nada, son las normas —replicó el celador que le impedía el paso a Águeda.

El expediente 243/75 estaba archivado con una doble capa de plástico para garantizar su estanqueidad. Según le informó González, el secretario judicial, el nuevo juez titular de Valdemoro había ordenado dar carpetazo al asunto y cerrar definitivamente el caso. Estaba claro que desde las altas esferas no querían airear el extraño suceso que había supuesto la anulación de la voluntad de un juez con una brillante trayectoria profesional. Además había implicado a un director de un centro psiquiátrico público y había terminado con la salida del juzgado de Valdemoro de la propia Águeda, con las heridas psicológicas todavía abiertas tras su agresión en el hostel Latina, y con las personas responsables campando libres a sus anchas.

Águeda estaba de espaldas a la puerta de la cafetería y no vio llegar a Martín. El policía, ahora jubilado, tenía buen aspecto. Hasta se podía decir que había ganado algo de peso. Parecía que le había sentado bien liberarse de la disciplina policial. Martín saludó al camarero y se dirigió directamente a la mesa de la hija de su amigo el revisor. Águeda sostenía una taza de té entre las manos y aspiraba con delicadeza los vapores de la infusión intentando apartar los funestos pensamientos que le oscurecían el ánimo.

—¿Qué hace la mejor jueza de España y sus regiones? —preguntó en un arranque de jovialidad impropio del Martín de otras épocas.

—Pues buena va la judicatura si yo soy la mejor jueza —contestó Águeda levantándose de la silla y abrazando a Martín.

El viejo policía, tan poco acostumbrado al contacto físico, tan poco propicio a manifestar sus sentimientos, se fundió entre esos brazos

menudos, jóvenes y cálidos. Se dejó apretar por una fuerza que nacía del cariño sincero. Un calor reconfortante y manso subió por sus mejillas tiñendo de rubor toda su cara. Entre los cabellos de Águeda, Martín derramó unas lágrimas que se evaporaron al ablandarse el saludo.

—No sé si serás la mejor jueza, pero desde luego eres la que da los mejores abrazos —dijo Martín recomponiéndose como pudo de la emoción que sentía.

—Siéntate, Martín. Me alegro mucho de verte. No sabes lo que lamento que por mi culpa ahora estés fuera de circulación.

—¿Por tu culpa? De ningún modo. No sabes el favor que me han hecho. Hace tiempo que debí dejar el servicio activo. Me estaba matando. He vivido toda mi vida para el trabajo. Y ahora me estoy dando cuenta de todo lo que me he perdido —dijo Martín, todavía un poco conmocionado por el abrazo—. ¿Cuándo dejas Madrid? —preguntó nada más tomar asiento.

—En tres días me incorporo al juzgado de Caspe, en Zaragoza.

—Conozco Caspe, no olvides que he servido en la RENFE. Hay pocos pueblos con estación que no haya visitado y, en el caso de las líneas de largo recorrido, todos. Te encantará tu nuevo destino, es un pueblo acogedor y pronto estarás como en casa.

—Eso no me preocupa, Martín. No me asusta alejarme de Madrid. Lo que me está matando es la sensación de fracaso, de impotencia por dejar el trabajo a mitad. Ahora que el rompecabezas comenzaba a resolverse, nos cortan las alas.

—Así son las cosas, Águeda. Lo mejor es adaptarse. Tú estás empezando en esto y lo mejor es que pases página, que disfrutes con tu profesión lo mejor que puedas y que vayas tomando el pulso a la vida real. ¡Quién sabe si algún día todo cambia y la justicia es ciega de verdad!

—No entiendo qué he hecho mal. Sé que no tengo experiencia y que seguramente he cometido muchos errores, pero no merecía una salida de Valdemoro tan penosa.

—No has hecho nada mal. Probablemente ese ha sido el problema...

—Bueno, ¿y tú cómo estás? ¿Te has adaptado a la vida civil?

—Poco a poco. Todavía sigo pensando como un policía, pero descuida, que a lo bueno pronto se acostumbra uno.

—¿Qué traes en esa carpeta? —preguntó la jueza Luna mientras Martín extraía unas notas y las acomodaba sobre la mesa.

—Por mucho que nos separen del caso, no vamos a dejar de aclarar lo que hemos averiguado, aunque solo sea para nosotros...

Águeda sonrió como si hubiese estado esperando el informe del inspector.

Martín pidió un café con leche y, tomando el primero de los folios, comenzó a relatar:

—Como expuse en la vistilla de tu juzgado, el loco del gabán, como lo llamaban algunos, o Jacinto Méndez Pascual, como constaba en su DNI, era un estafador profesional. Un individuo acostumbrado a la extorsión, a la usurpación de la personalidad. Un personaje extraño que vivía en un continuo engaño. Ejerció múltiples profesiones: desde abogado hasta chófer, desde profesor de latín a viajante de comercio. Ganó mucho dinero aunque cuando tu padre y yo lo conocimos en el tren pareciese un pordiosero. No puedo demostrarlo al cien por cien, pero estoy casi convencido de que el refresco solo sirvió para que Jacinto se tragara la cápsula de cianuro con la que quería quitarse la vida. Como dijo la autopsia, padecía un cáncer de páncreas en estado terminal. Le quedaban semanas de vida y quiso ser él quien decidiera cuándo terminarían sus días y no esperar que la enfermedad que lo consumía llevara la iniciativa. Siguiendo un retorcido plan, se aseguró de que nadie pudiera encontrar la lata jamás. Lo más seguro es que la arrojara por la ventana del retrete para que nadie pudiese analizarla y descubrir que en ningún caso contenía veneno, tal y como él aseguraba con tanta insistencia. Era su canto del cisne, su último engaño, y quería implicar a varios de los ocupantes del compartimento...

Martín sorbió un poco del café. Águeda lo miraba con atención, el inspector se pasó la lengua por los labios para limpiarse los restos de la espuma y continuó:

—Como te decía, su intención era una nueva extorsión. De una forma que yo no he podido averiguar, había conseguido que en el compartimento se encontrasen Tornos, el vendedor de coches, Damián Azara, el falso alcalde y Alejandro Longás, el estudiante de Farmacia.

—¿Y el resto?

—El cabo Molins estaba allí por pura casualidad y Encarna Muniesa..., de ella ya te hablaré más adelante.

—Continúa, Martín.

—A Tornos lo conocía desde sus tiempos de chófer. Lo extorsionaba mandándole anónimos como el mismo Alberto reconoció en tu juzgado.

—Un poco rebuscado, ¿no te parece?

—El primer anónimo, según Tornos, se lo envió por carta y desde ese momento se comunicaba con él por los anuncios del *ABC*. Le pedía dinero, cada vez más, con la amenaza de dar a conocer sus devaneos amorosos a su suegro, a quien debía su empleo y su posición económica, si no pagaba. Jacinto procuraba que nunca se vieran personalmente. Las transacciones económicas las realizaban a través de un apartado de correos abierto con nombre falso.

—¿Y don Damián?

—A ese lo conocía por su afición por las prostitutas. Damián alardeaba en las casas de putas de ser el alcalde de Ateca. Jacinto averiguó su engaño y comenzó a chantajearlo de forma parecida a Tornos. Tu padre y yo encontramos recortes de periódicos en su casa, imagino que el pobre hombre no quería desvelar ni ante sus amigas de la calle Montera su verdadera identidad, ni ante sus convecinos la auténtica razón de sus continuos viajes a Madrid. Así que continuaba pagando para seguir con la farsa en la capital y con su vida miserable en Ateca, sin saber que, en su pueblo, todo el mundo sabía de su afición a los clubs de alterne.

—Y te queda el estudiante.

—A ese pobre, la cosa le venía de herencia. Jacinto Méndez llegó a falsificar el testamento de su padre y por ello, Alejandro Longás y su madre, se vieron en la calle, sin casa ni tierras mientras litigaban para recuperar su herencia. Además, Jacinto, no conforme con eso, siguió acosándolo al averiguar que Alejandro vivía en una casa de putas.

—Pero a ese pobre chico no le pedía dinero...

—No, claro, estaba tieso. A él le pedía otra cosa: escopolamina, como él mismo confesó en la vistilla.

—Los tres tenían razones para odiarlo.

—Sí, pero en el tren no lo reconocieron. Jacinto estaba muy cambiado. Además, como te he dicho, era un maestro del engaño. Tornos no pensó

que el viejo decrepito que se cubría con ese absurdo gabán fuese el elegante chófer que acudía al concesionario de Mercedes Benz uniformado, pulcramente afeitado y desprendiendo un elegante aroma. Y Alejandro, que se había cruzado con él unas pocas veces en la casa de citas, no podía saber que era el causante del robo de su herencia, y menos aún que ese vagabundo lo estuviese llevando al borde de la expulsión de la facultad con cada sustracción de viales de escopolamina. En cuanto a Damián, su simpleza no le daba para buscar culpables. Se limitaba a pagar y a seguir dando rienda suelta a sus vicios, aunque para ello tuviera que seguir contratando los servicios de las putas más baratas.

—Pero no entiendo el porqué de la farsa del envenenamiento, entonces.

—Jacinto Méndez tenía una aprendiz. Una heredera, mejor dicho: Encarna Muniesa, su propia hija.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Totalmente. Por eso te pedí el registro de su casa. Me dirás que no tenía el mismo apellido. Encarna figura en el juzgado como hija de madre soltera, de padre desconocido, pero he averiguado que Jacinto era su padre; en su expediente administrativo como funcionaria interina del Ministerio de Agricultura está anotado el nombre de Jacinto como su progenitor, imagino que para maquillar su biografía ante el subsecretario. Tanto Encarna como su madre jugaban con sus identidades, de la misma manera que Jacinto, al que en la corrala donde vivían lo conocían como don Rufino. Con documentación falsa, se presentaron en el Anatómico Forense a retirar el cadáver de Jacinto. El doctor Fuentes reconoció a Encarna en la vistilla y se extrañó de su nombre cuando la interrogaste y me puso sobreaviso. El número de DNI que presentaron madre e hija correspondía a dos personas fallecidas, como pude comprobar en comisaría.

—Por eso madre e hija recogieron el cadáver, con su identidad falsa nada las comprometía.

—Así es, y por eso han huido de su casa en cuanto supieron que me acercaba a ellas. Y hay algo más. Encarna es hermana de madre del doctor Miguel Sebastián, hijo de una relación anterior. Miguel siempre ha vivido a la sombra y bajo la influencia de su madre y de su hermana. Cuando el

juez Sánchez Pintado ingresó en el psiquiátrico, Miguel solo tuvo que continuar administrándole la misma droga que Jacinto le había ido disolviendo en la botella de coñac que solía consumir el juez cuando daba clase de latín a sus hijos.

—¡No me digas que también Jacinto fue responsable de eso!

—Eso parece. Jacinto quiso aprovecharse del círculo de influencias de don Román. Para sacar partido de ello, procuró emplearse en la casa del juez para buscar algo turbio en la su esfera personal que pudiera utilizar para sus extorsiones. Sin embargo, no encontró nada reprochable en las vidas de don Román y de su mujer, doña Remedios. Así que comenzó a envenenarlo con escopolamina, como te dije antes, para someterlo, para que su conducta dejara de ser intachable y su condición de juez brillante se viera comprometida. Y si eso no era suficiente, le dejaba cartas simulando la letra de doña Remedios. Cartas que le hacían creer que su esposa era una adúltera, una persona muy distinta a la mujer que idolatraba. Todo eso, con la ayuda inestimable de la droga, llevó al juez a perder los nervios e intentar asesinar a su esposa, como bien sabes. Como Jacinto huyó de la casa poco antes de la agresión, a don Román le quedó el convencimiento de que el profesor de Lenguas Muertas era el amante de su querida Remedios. Por eso, nada más tomar posesión en el juzgado de Valdemoro, comenzó a trabajar en el dichoso expediente 243/75, acumulando pruebas que pensaba utilizar para encausarlo; pero no le dio tiempo a completarlo... Mientras, Jacinto Méndez seguía cometiendo tropelías, a pesar de que se estaba muriendo.

—Maldito sea. Y quería terminar su miserable vida por todo lo alto. Dejando la sospecha de un asesinato, para que su propia hija siguiera con el negocio.

—Eso es. Quiso sembrar la duda acusando a sus compañeros de viaje de que lo estaban envenenando. Llamó a tu padre para tener un testigo y nos implicó a ambos para asegurarse de que hubiese una investigación policial. Luego Encarna podía amenazar a Damián, Alberto y Alejandro con desvelar la verdadera relación de Jacinto con ellos, relación que podía llevarles a ser acusados de asesinato por envenenamiento. Lo que ni Jacinto ni Encarna podían tener previsto es que se produjera el descarrilamiento.

—Ni tampoco que el pobre juez se hubiese dedicado tanto tiempo a recoger pruebas contra quien, estaba convencido, le había robado a su mujer, su verdadera mujer.

—Nunca sabremos cómo llegó la escopolamina también al expediente que acumulabas en el juzgado. Quizá haya otro cómplice en Valdemoro que actuaba para que el juez perdiera la razón. Alguien con acceso a los archivos judiciales y de la confianza de Sánchez Pintado.

—Podría ser el propio secretario judicial. Es demasiado servil y siempre estaba diciéndome que dejara atrás el trabajo del juez. Una vez lo pillé hurgando en el expediente y él mismo me contó que acompañaba don Román a los bares donde se emborrachaba. Tendré que advertir al nuevo juez.

—No estaría de más hacerlo, aunque no creo que vuelva a actuar y no tenemos ninguna prueba que lo incrimine. Lo más seguro es que la escopolamina ya estuviera impregnando los papeles cuando tú tomaste posesión del cargo. Pero no sé si alguna vez conoceremos al culpable, para eso se han asegurado de separarnos de la investigación.

—Háblame de Encarna Muniesa.

—La heredera de Jacinto. Cuando Encarna supo que nos estábamos acercando mucho a la verdad, instigó al doctor Miguel Sebastián para que te drogara en el bar y ella misma se ocupó de agredirte en el hostel. Ella sabía que su hermano se estaba enamorando de ti y no podía permitirlo. Miguel siempre estuvo a merced de los deseos de su madre y tu influencia podía hacer que ya no fuese tan manipulable. Por eso Encarna actuó queriendo atajar del problema, a espaldas de su hermano, decidió actuar para separarte de él. El intento de suicidio de Miguel quizá fue su único acto de rebeldía contra su familia. Además creo que ella siguió recogiendo los paquetes de Alejandro, una vez muerto Jacinto, incluso volvió a publicar nuevos anuncios en el *ABC*. Lo he comprobado en el periódico.

—Esto no puede quedar así, Martín. Os lo debo a ti y a mi padre.

—No, Águeda, no nos debes nada. Olvídate de todo. Hay intereses muy extraños en este asunto. ¿Cómo si no se entiende que se ocupen de un juzgado de pueblo, de una jueza en prácticas y de un policía a punto de jubilarse? La telaraña es más grande de lo que pueda parecer y eso excede a nuestras posibilidades. Sé de buena tinta que hubo una llamada directa

del gabinete del Ministro de Interior y antes del de Agricultura, ordenando mi retirada de la investigación.

—¿Qué tiene que ver Agricultura en el asunto?

—El subsecretario es íntimo del ministro. Me refiero al ingeniero agrónomo con el que se ha relacionado a Encarna.

—Entonces él le fue con el cuento al ministro de Agricultura y este llamó al de Interior. Pero no comprendo la razón para tantas molestias que implican, como bien dices, a una jueza novata y un policía veterano.

—Para evitar el escándalo. La situación política no está como para dar más carnaza a la prensa. ¿Cómo van a explicar que un juez, con la prometedora carrera de Sánchez Pintado, haya sido destruido hasta llegar a anular su raciocinio y no se busquen culpables? Tu agresión no se está investigando, judicialmente el caso está cerrado por falta de pruebas. Los posibles delitos cometidos por Jacinto se archivaron con su muerte, la implicación del doctor Sebastián es posible que nunca se demuestre pues, tras el intento de suicidio, está internado en un hospital para enfermos crónicos con muy pocas posibilidades de que salga del coma. Muerto el perro, se acabó la rabia. Y luego están las dos mujeres: Encarna y su madre. Son muy peligrosas. Su huida no impide que sigan actuando desde donde quiera que se encuentren. Habrán cambiado de nombre y buscarán nuevas víctimas... Pero ahora lo importante es que mires hacia adelante, que te alejes de toda esta basura y que dejes que tu mundo se recomponga.

Águeda no dijo nada. Sabía que poco podía hacer, por ahora, para esclarecer judicialmente lo ocurrido y que Martín tenía razón y debía centrarse en su carrera. Pero eso no impedía que le quedara ese asco que le subía del bajo vientre, que la despertaba cada noche entre gritos, que la obligaba a mirar a los hombres con miedo y a desconfiar de la naturaleza humana. La amargura se reflejaba en las arrugas de su frente, grabadas a cuchillo por las experiencias tan duras que había sufrido en tan poco tiempo. Una lección que marcaría su carácter para siempre.

Martín se levantó de la silla. Le dio dos tiernos besos a Águeda y se despidió de ella.

—Adiós, Martín, estaremos en contacto.

—Te llamaré, no lo dudes. Y hazme caso, pasa página y olvida. Yo haré lo mismo.

Martín dejó atrás la cafetería. Subió a su coche y extrajo de la guantera el álbum que había rescatado la portera. Nunca llegó a mostrárselo al comisario Márquez. Lo había reservado para Águeda, para continuar con la investigación, pero la apartaron del juzgado de Valdemoro y todo se desmoronó. El nuevo juez titular dio carpetazo a la causa y el viejo policía se quedó con el álbum sin llegar a entregárselo a nadie.

Martín contempló los recortes de anuncios por palabras del *ABC* por enésima vez. Debajo de cada recorte, una cantidad anotada en rojo. Nombres, direcciones, fechas, todo estaba reseñado con mimo y letra femenina.

Y luego, con una tozudez obsesiva, analizó la fotografía de las dos mujeres que presidía el álbum. Miraban a la cámara con un descaro impúdico. Cogidas de la mano lanzaban un beso desafiante al objetivo y, con la que tenían libre, se despedían burlándose de su destino.

Martín cerró el álbum y lo arrojó al asiento de atrás. Puso el coche en marcha y se incorporó a la circulación. Tomó la M30 y salió de Madrid tomando la Nacional II dirección Zaragoza. «Podré estar jubilado, pero quien nace policía no sabe vivir de otra forma y nunca deja un caso a medias», se dijo.

Mientras, en un pueblo asentado a las faldas del Moncayo, dos mujeres vestían su casa con los restos de otra vida. Una madre y una hija iniciaban un nuevo álbum con recuerdos todavía por nacer, apenas una página con un nombre, un cargo en el Ministerio de Agricultura y un recorte del *ABC*. La cifra estaba por escribir.